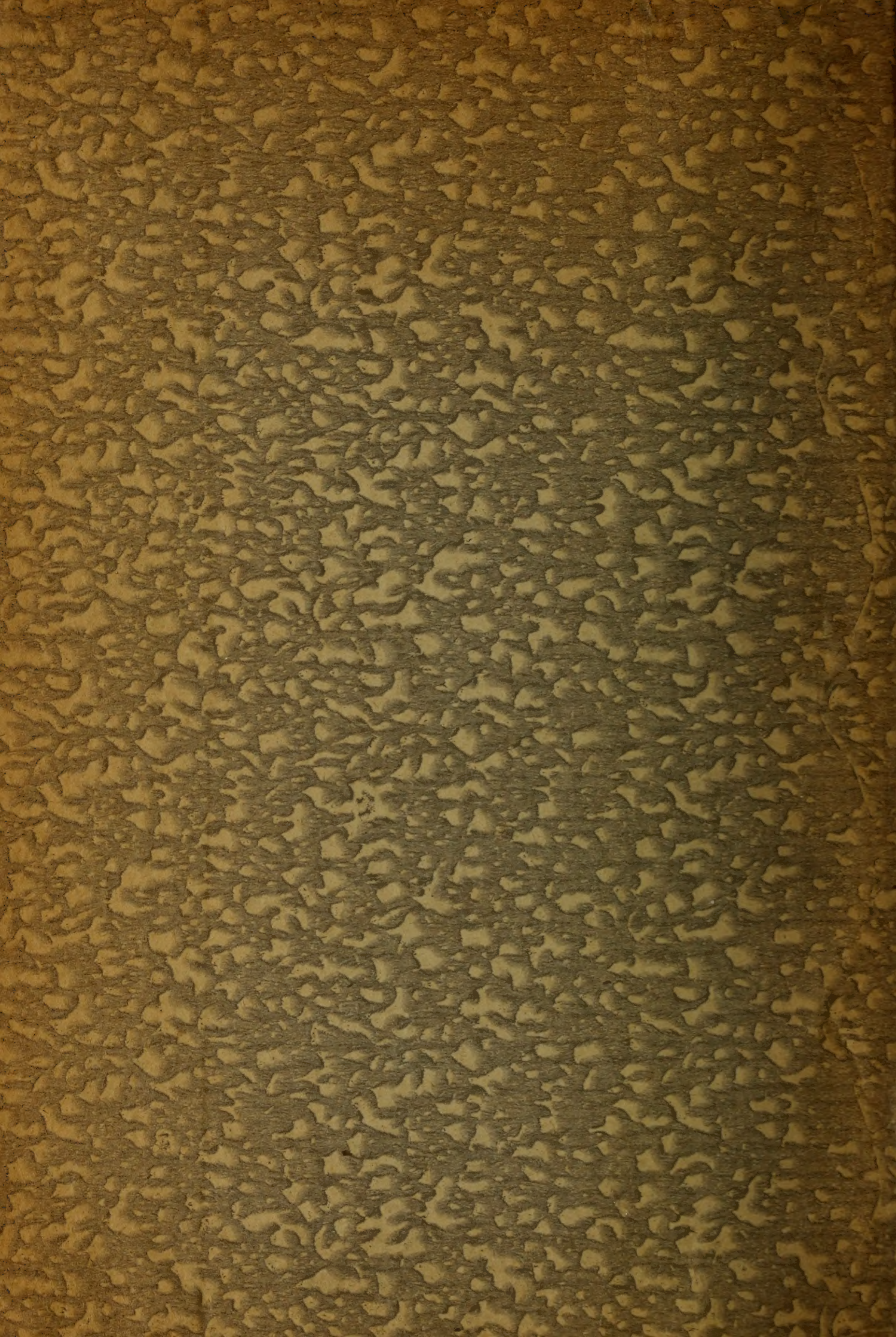
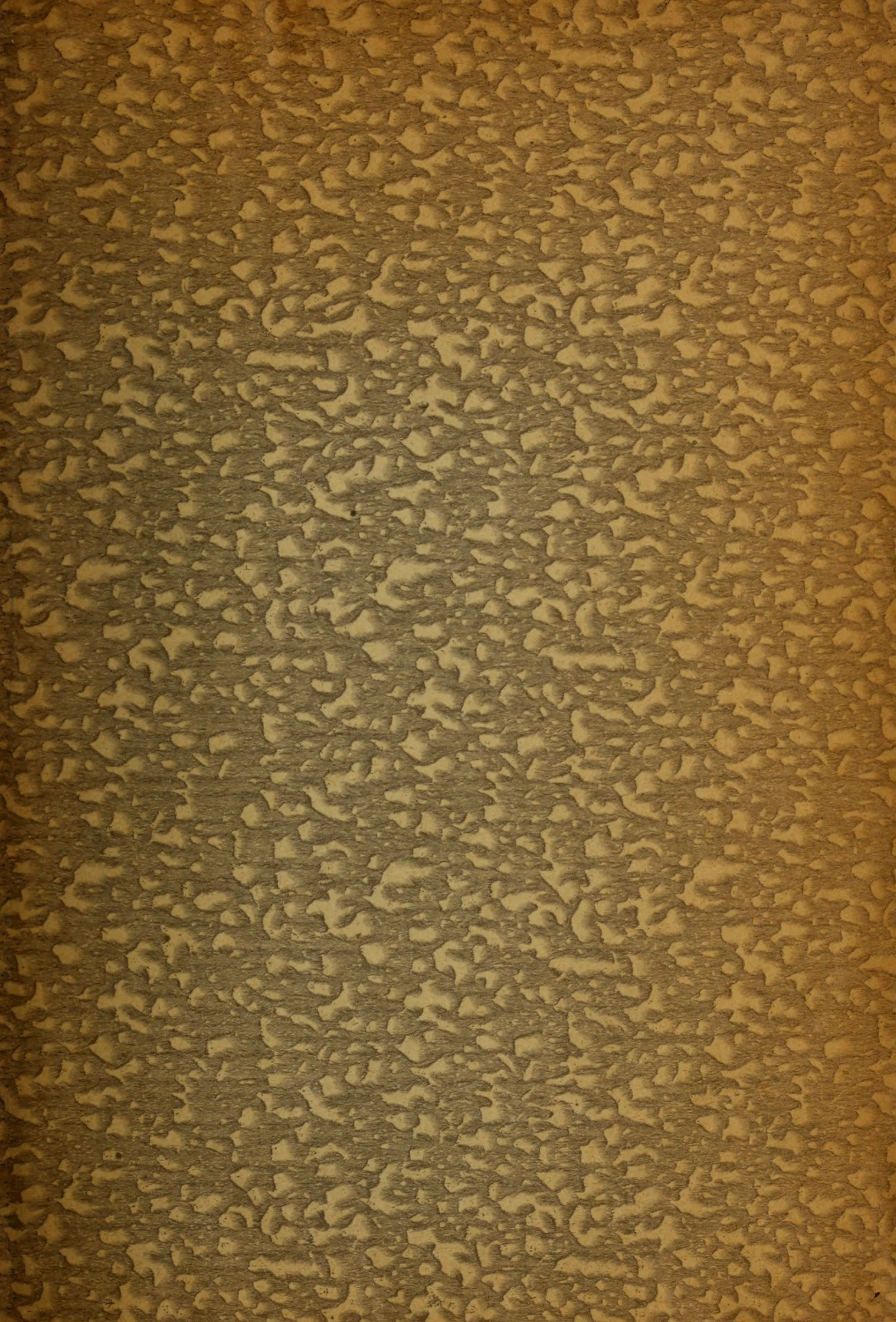

3 1761 09545992 1





PEPE-HILLO.

J. CASTRO Y COMPAÑIA, EDITORES.

PEPE-HILLO

MEMORIAS DE

LA ESPAÑA DE PAN Y TOROS,

POR

JULIO NOMBELA.

TOMO II.

ADMINISTRACION.

PLAZA DE LA CEBADA, NÚM. 11, MADRID.

1871.

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

Madrid.—Imp. de R. Labajos, Cabeza, 27.

LIBRO TERCERO.

EN BRAZOS DE LA MOLICIE.

CAPITULO I.

Una sirena de tierra.

I.

En los altos círculos de Madrid se referia y comentaba una noticia que habia traido de Méjico el último correo que habia hecho escala en las colonias españolas de América para traer barras de oro y plata, piedras preciosas, géneros ultramarinos y la correspondencia.

Esta noticia interesaba vivamente á uno de los personajes de mi historia.

Decíanse unos á otros:

—Pero ¿será verdad lo que cuentan?

—¿Qué es ello? preguntaba el que no habia oido la noticia.

—¡Parece fabuloso!

—¡Explíquese Vd!

—¡Pues nada! Se refiere á la familia de la marquesa del Puente.

—¿Qué les ha ocurrido?

—La marquesa viuda tiene un hermano á quien perdió de vista hace treinta años y ya le contaba por muerto...

—¿Y ha resucitado?

—Al contrario; ahora es cuando ha muerto, pero dejando una fortuna inmensa á su hermana.

—¿Habrá ido á América?

—Precisamente. Al ausentarse de España se dirigió á Méjico; allí descubrió una mina de las más ricas y ha tenido la paciencia de permanecer más de treinta años atesorando oro sin dar señales de vida, y lo que es más, sin buscar una familia á quien dejar tanta riqueza.

—¡Qué cosa tan extraña!

—El buen señor era de lo más raro que puede uno figurarse; odiaba á las mujeres, huia de la sociedad, vivia en el campo cerca de su mina y solo iba á la ciudad á vender las barras de oro y á depositar sus ganancias en casa de un banquero, su único amigo, pero que por más que ha hecho, segun dicen, para casarle, no lo ha logrado nunca. Al morir ha dejado dos millones de pesos, y como su único heredero es su hermana la marquesa del Puente, hé aquí por qué razon esa buena señora, que vive retirada de la corte, vá á ser sin duda alguna la más rica de todas las damas de la grandeza.

II.

Seguian los comentarios de que hago gracia al lector, y los que sabian que la marquesa tenia un hijo y que este á su vez era padre de una pobre niña, la que debia casarse con Antonio, descendiente del famoso torero Pepe-Hillo, murmuraban de aquella familia ó envidiaban su suerte.

El hecho era cierto. La marquesa habia recibido por conducto del Consejo de Indias la noticia del fallecimiento de su hermano y los antecedentes de la pingüe herencia que debia disfrutar.

Era necesario que su hijo partiese inmediatamente á Méjico con los plenos poderes de su padre para tomar posesion de la herencia y trasladar á España los intereses que la componian.

La buena marquesa agradeció infinito aquel favor de la fortuna, porque redundaba en beneficio de su hijo y de su nieta.

Esta, antes de entregarse á la alegría que debia naturalmente proporcionarla tan fausto suceso, preguntó á la marquesa si aquello seria un obstáculo á su casamiento con Antonio, y solo cuando supo que, por el contrario, aquella herencia aumentaria su felicidad, experimentó una inmensa alegría y aprovechó la primera ocasion para escribir á Pepe-Hillo aquella nueva.

Antonio continuaba en la frontera formando parte del ejército que sostenia la guerra con los franceses, y

animado por la esperanza de la felicidad que le brindaba su casamiento con Dolores, solo aspiraba á distinguirse para hacerse más digno de aquella suerte que debia al amor de la jóven.

III.

Suceden cosas en la vida que dan motivos para creer que no hay mayor desgracia que la fortuna.

La envidia y la codicia fijaron sus miradas en aquella familia que tan retirada vivia, en aquella familia á la que parecia sonreir la felicidad.

La marquesa del Puente regresó á Madrid con Dolores, y su hijo dispuso todo lo necesario para emprender el largo viaje.

Todo estaba preparado; el padre de Dolores se habia confesado y comulgado y habia hecho testamento, actos que precedian en aquella época á todo viaje, y mucho más á un viaje tan largo como el que iba á emprender el hijo único de la marquesa.

IV.

Así las cosas, ocho dias antes del señalado para su partida se vió sorprendido por una visita.

Un caballero de noble y venerable aspecto, presentándose en su casa, manifestó al lacayo que abrió la puerta que tenia necesidad de hablar á su amo.

Introducido en un gabinete de la casa, no tardó en presentarse á él el marqués.

—Vd. extrañará mi visita, le dijo.

—Sí, señor; puesto que no tengo el honor de conocerle.

—Vengo á ver á Vd. en nombre de una señora, antigua amiga suya, la señora marquesa de la Llana.

—En efecto, he conocido hace algun tiempo á esa señora, y tendria un verdadero placer en servirla.

—Yo soy su mayordomo, añadió el caballero, y creo poder dar gracias á Vd. en su nombre por el interés que en su obsequio manifiesta. Mi señora ha sabido que Vd. va á emprender un viaje á Méjico y le estimaria en el alma que fuese Vd. á verla, porque tiene desde hace tiempo algunos asuntos pendientes en aquella capital, y se alegraria en extremo de hablar á Vd. sobre el particular.

—Con el mayor gusto iré á ponerme á sus órdenes.

—En ese caso, solo me resta dar á Vd. gracias y anunciarle que la mejor hora para ver á mi señora la marquesa, es por la noche de nueve á diez.

V.

El marqués tomó nota de las señas de la habitacion de aquella señora, que por medio de un mayordomo tan venerable solicitaba una entrevista con él, y ofreció que aquella misma noche, ó á más tardar la siguiente, iria á ponerse á sus órdenes.

Diré, en honor de la verdad, que no le desagradaba poder ser útil á aquella dama, de la que en otro tiempo

habia estado prendado; pero cuando se unió con el marqués la perdió de vista, y aunque de vez en cuando habia llegado á su oido alguna noticia del carácter alegre y expansivo de la marquesa, ignoraba las costumbres un tanto libres en que vivia.

Poco despues de haberse retirado el mayordomo, comunicó á su madre los deseos de la Llana, y la marquesa, que, aunque alejada de la córte, sabia algo más que su hijo acerca de aquella dama, le manifestó que debia excusarse, porque no eran bien vistos los hombres que frecuentaban la casa de aquellla mujer de mundo.

—Como ignoraba esos antecedentes... dijo á su madre, he dado mi palabra de ir... y tengo que cumplirla.

—No me opongo á ello; pero te digo lo que sucede para que logres evadirte de cualquier compromiso. En mi opinion, esa mujer, que vive con el mayor lujo, debe estar muy empeñada, y no seria extraño que al saber la fortuna que debemos á esa herencia, quisiera tenderte un lazo, del que debes huir.

—No tenga Vd. cuidado, madre mia; vivo exclusivamente para Vd. y para mi hija.

VI.

El aviso que habia dado á su hijo la marquesa le hizo pensar que le convenia dejar para los últimos momentos su entrevista con la marquesa de la Llana; pero al dia siguiente volvió á recibir la visita del mayordo-

mo y ya no le fué posible aplazar el cumplimiento de su promesa.

La noche del segundo dia fué á visitar á la marquesa, y esta, que procuró presentarse á sus ojos rodeada de los mayores atractivos, pensando que podria haber llegado á noticia de Enrique la clase de vida que hacia, procuró sincerarse presentándose á su vista como presa de la calumnia.

—Vd. habrá extrañado, le dijo, que una antigua amiga, á la que no faltaria motivo para calificar de ingrata, olvidándole en sus alegrías, le haya llamado para que le preste ayuda en sus tristezas.

—Señora, contestó Enrique, es un deber de todo caballero conceder todo género de apoyo á una dama, y mucho más á una dama ilustre como Vd.

—¿Eso quiere decir que no me guarda Vd. rencor?

—¿Por qué, señora?

—En vano es que lo oculte Vd., dijo la marquesa. En otro tiempo fué Vd. demasido bueno conmigo; yo tenia una imaginacion muy ardiente, y en vez de oir la voz de la felicidad, me dejé dominar por el capricho y... Pero no hablemos de esto; los dos hemos sido muy desgraciados.

—¿Yo? no señora, contestó el marqués.

—Es inútil que quiera Vd. negármelo. Aunque parezco algo ligera, me preocupo mucho de todas las personas á quienes estimo, y como Vd. se ha hallado en este caso, conozco la historia de sus desdichas. Dicen que acaba Vd. de heredar una crecida cantidad de di-

nero y no faltan personas que envidian esa suerte. Yo ignoro si es verdad lo que cuentan, pero como estoy segura de que todas las riquezas del mundo no equivalen á la felicidad que disfruta el alma cuando ha sabido hacerse digna de ella, creo que daria Vd. todos los tesoros del mundo para poder presentar al lado de una madre cariñosa á la hija que debe Vd. á un amor desdichado.

Sorprendió á Enrique que la marquesa de la Llana conociera tan á fondo su historia, y un poco ofendido por aquel lenguaje,

—Supongo, señora, dijo, que no me ha llamado Vd. para ocuparse de mis asuntos, que no equivalen la pena de distraer la atencion de una dama tan ilustre.

—¿Se ofende Vd. de mis cariñosas palabras?

—No, señora; pero si Vd. ha sufrido, como dice, sabrá que hay heridas que duelen mucho al sondearlas. La mia es quizás de esa clase, y si me estima Vd. como tiene la bondad de asegurar, pido á su caridad que no profundice esa llaga. Voy á partir á Méjico, y, segun mis noticias, tiene Vd. allí algunos asuntos pendientes desde hace algun tiempo. ¿Necesita Vd. mis servicios para algo? Vengo á ofrecérselos.

—Tiene Vd. razon, dijo suspirando la marquesa; la vida no es más que una série de negocios. Las afecciones, los sentimientos no representan nada. Desde luego le hubiera hablado á Vd. de mis asuntos; pero temerosa de aparecer á sus ojos como dominada por la codicia ó por el interés, he querido hablarle antes de

asuntos ménos terrenales. Me he equivocado; creia hablar con un hombre de corazon y veo que hablo con un hombre muy fino, muy obsequioso, que prefiere hacerme un favor á recibir el más insignificante consuelo de una amiga. Sea en buen hora; ya que es Vd. tan complaciente, mi mayordomo tendrá el gusto de ver á Vd. y de llevarle algunas notas para que se digne hacer ciertas indagaciones en Méjico y se tome la molestia de escribirme lo que averigüe.

VII.

Enrique se levantó para retirarse.

—¿No volveremos á vernos? le dijo la marquesa acompañando á sus palabras una de esas miradas de fuego que emplean las mujeres coquetas con tan buen éxito cuando se ven vencidas ó contrariadas.

—¡Oh! sí, señora, contestó Enrique maquinalmente; antes de partir tendré el alto honor de venir á ponerme á sus órdenes.

—Si Vd. quisiera honrar mi mesa... Va Vd. á hacerme un favor, y justo es que le muestre mi gratitud.

—Señora, yo... dijo Enrique excusándose.

—¿Tampoco quiere Vd. admitir este obsequio de una señora que le está agradecida? Ya me habian dicho que era Vd. orgulloso; pero no creia que al orgullo uniera usted la indiferencia en tan alto grado.

—Vendré á comer con Vd., señora marquesa.

—¡Ah! Sea enhorabuena. Veo que quiere Vd. des-

mentir mi opinion. En ese caso, pasado mañana le espero á las dos de la tarde.

—No faltaré, señora.

—Entonces es inútil que vaya mi mayordomo. De sobremesa hablaremos de nuestros asuntos.

Enrique se despidió, y no pudo ménos de pensar:

—Esta mujer es peligrosa; aun es jóven y bella, y sobre todo, tiene mucho talento.

VIII.

Al salir Enrique de casa de la marquesa de la Llana entraba un guardia de Corps embozado en su capa de grana.

Enrique no reparó en él. El guardia pudo fijarse en la fisonomía del marqués, y dirigiéndose al lacayo que habia bajado á abrir la puerta:

—¿Quién es ese caballero? le preguntó.

—Es el marqués del Puente.

—¿Ha estado mucho tiempo con la señora?

—Más de una hora, contestó el lacayo.

Filiberto, que este era el guardia, entró en el aposento donde solia recibirle la marquesa, y sin saludarla se sentó en una silla y comenzó á mover el pié derecho con impaciencia.

La marquesa, despues de contemplarle un rato con una sonrisa burlona, soltó una estrepitosa carcajada.

—Llega Vd. tarde, le dijo; estoy muy cansada y me voy á retirar.

IX.

Así diciendo, se alejó, dejando estupefacto á Filiberto.

Este vió sobre un velador recado para escribir, y trazando estas líneas: «Marquesa, yo juro á Vd. que se acordará de mí,» volvió á embozarse, salió precipitadamente de la casa y anduvo muy deprisa, esperando encontrar todavía en el camino al marqués del Puente.

No fué así; y esperando que al dia siguiente descifraria aquel enigma, se fué á su casa y se acostó.

CAPITULO II.

Un negocio.

I.

La excitacion nerviosa de que se hallaba poseido Filiberto le produjo el natural desvelo.

—¡Todo lo comprendo! se decia al mismo tiempo que daba vueltas en la cama sin poder encontrar una postura cómoda. ¡Todo lo comprendo! Esa mujer, que á fuerza de jugar conmigo ha logrado que me apasione de ella, como no tiene corazon, como lo único que la agita en el mundo es el placer y como el placer necesita mucho dinero, ha sabido que ese marqués del Puente es heredero de una pingüe fortuna, trata de catequizarle... tal vez se case con él y es muy posible que me deje plantado. ¡Oh, si tal sucediera, capaz, sí, capaz soy de armar mi brazo con el puñal asesino y atravesarla el corazon para que no se viera cumplido su proyecto...! eso es y que me sorprendieran, me formaran un consejo de guerra, me exoneraran y me entregasen al verdugo... No; eso no puede ser. En quitando la causa desaparece el efecto. Si yo mato al tal marqués... ¡Nada más fácil! Le provoco, me insulta, le desafío, nos batimos y... Sin embargo, si él me mata... No, no, la rábia me dará toda la destreza nesesaria para atravesarle de parte á parte... Pero es un buen militar; ya se ha batido en muchas ocasiones y tiene fama de valien-

te... ¡Maldita la gracia que me haria quedar señalado para toda la vida ó morir por una mujer tan coqueta como la marquesa de la Llana! ¿Por qué me habré prendado de ella...? ¡Estas mujeres...! Estas mujeres le vuelven á uno loco.

II.

Fácilmente comprenderá el lector, por la rápida exposicion de las ideas, que Filiberto se hallaba dominado por la fiebre. El deseo de venganza ardia en su cerebro, y con él luchaba la idea de que no debia batirse por aquella mujer que le empujaba al precipicio.

Despues de llamar dos ó tres veces á su asistente para que mullera los colchones, asegurando que ni la patrona ni él sabian hacer una mala cama; en una palabra, despues de comunicar su mal humor á todos los que habitaban en su casa, allá al amanecer, fatigado, rendido, bañado de sudor, rindió á Morfeo su tributo, y su asistente Rufo, al oirle roncar,

—¡Gracias á Dios! exclamó. Lo ménos tiene para cinco ó seis horas, y como hoy no está de guardia, podré dormir á pierna suelta y desquitarme de la noche toledana que me ha hecho pasar.

Y dirigiéndose á doña Hermenegilda la patrona,

—Mi ama, la dijo, voy á ver si pego un poco los ojos. Esté Vd. á la mira y cuando mi amo se mueva llámeme Vd., porque si no me ve á su lado al despertarse, entonces sí que vamos á tener la de Dios es Cristo.

Como á la patrona la convenia estar bien con el asistente, le ofreció cumplir sus deseos.

—Duerme tranquilo, Rufo, le dijo, que yo seré el ángel de tu guarda.

—Un poco averiada está Vd. ya para ser ángel, pero no importa. Con tal que me despierte Vd. á tiempo...

—Descuida, Rufo, que mi palabra es de rey.

III.

Ya se disponia el asistente á olvidar, con el sueño, los disgustos de la noche anterior, cuando sonó un fuerte aldabonazo en la puerta de la calle.

—¡Por vida de...! ¡Por dónde habia de venir otro nuevo sugeto á molestarme...! Está visto que he de renunciar al descanso que necesito.

—Baja á abrir, Rufo, dijo la patrona.

—Mucho me temo que sea algun recado del cuartel. Sí; pues si llaman á mi amo, no es este hijo de su padre quien le despierta. ¡La cosa es para andarse en chiquitas! Como ha pasado tan mala noche, el que le quite el sueño se mama el contenido de las pistolas que guarda siempre á la cabecera de la cama.

Un segundo aldabonazo obligó al asistente á bajar á la puerta refunfuñando.

—¿Quién es? preguntó.

—¿Vive en esta casa el caballero guardia D. Filiberto Ruiz?

—Sí, señor, aquí vive, pero está durmiendo, dijo Rufo entreabriendo la puerta.

—Tanto mejor, contestó su interlocutor.

El asistente miró de hito en hito al recien llegado.

—¿Es Vd. su asistente? dijo el desconocido.

—Para lo que Vd. guste mandar.

—¿Y dice Vd. que duerme su amo?

—A pierna suelta. Y yo no lo despierto por cuanto hay en el mundo.

—Déjele Vd. dormir: el sueño le sentará bien.

—¿Es Vd. médico?

—No señor, pero conozco su mal. Hablando de otra cosa: ¿quiere Vd. ganarse media pelucona?

—¿Cómo... qué? exclamó Rufo admirado.

—En ménos de una hora... ¡qué una hora! un cuarto de hora basta para que pueda Vd. mirar en su bolsillo esta efigie en pequeño del rey Cárlos III, dijo al tiempo que le mostraba una amarilla, que fascinó al asistente.

—¿Una medalla? preguntó Rufo abriendo unos ojos de á palmo.

Y ¿qué tengo que hacer?

—Venirse un instante conmigo.

—¿A dónde?

—A la taberna. Tomaremos el aguardiente con buñuelos, me dirá Vd. cuatro palabras al oido, y en seguida se vuelve Vd. á casa con sus ocho pesos. ¿Acomoda?

—En marcha, dijo Rufo, dando por muy bien empleado perder el sueño cuando se le presentaba ocasion

de convertirle en oro. Pero déjeme Vd. que avise á la patrona.

—Vaya Vd. en buen hora; aquí le espero.

IV.

Rufo subió más alegre que habia bajado, y encarándose con el ama de huéspedes,

—¡Mi ama! la dijo; el que ha llamado es un antiguo camarada mio, y como hacia muchos años que no nos veiamos, vamos á echar unas copas en la taberna próxima.

—¡Para beber siempre estás listo!

—¡Qué le hemos de hacer! Me da tantos disgustos mi amo, que siempre que tengo ocasion de echar una cana al aire, la aprovecho.

—¡Anda, anda, condenado, pero no tardes, porque si tu amo se despierta no será flojo el recibimiento que te haga cuando llegues.

—No tenga Vd. cuidado, que no sucederá.

V.

Rufo bajó, y con el desconocido se fué á una taberna inmediata.

Despues de haber apurado un par de copas de aguardiente,

—¿Vd. no me conoce á mí? le dijo su interlocutor.

—No señor, contestó Rufo, pero me parece que para lo que hemos venido tendré que conocerle.

—En efecto; es verdad.

—Pues manos á la obra.

—Antes es necesario que yo sepa si tiene Vd. deseos de salir de pobre.

—Eso no se pregunta á un asistente de Guardias de Corps. Crea su mercé, que si no fuera por la sopa de los conventos, entre los pescozones que uno recibe y la abstinencia que pasa... hasta envidia uno al abadejo.

—Pues yo sé el modo de curar esa enfermedad.

—¿Cómo, si me ha dicho su mercé que no es médico?

—No lo soy; pero acá para entre los dos, aunque me ve Vd. con este traje de estado llano, está Vd. hablando con el mayordomo de una señora marquesa de los que más puntos calzan.

—Pues si es marquesa, de seguro la conoce mi amo.

—Y ¡tanto que la conoce!

—Será, sin duda, alguna de sus muchas novias.

—Eso es lo que él quisiera.

—Sí, sí, pues fíese su mercé de mi amo. ¡Tiene tal suerte con las damas, que lo mismo las más encopetadas que las garbosas manolas de Lavapiés y las chisperas de la calle Real del Barquillo se mueren por sus pedazos! ¡Tiene tal lábia y tal aquel, y se las arregla de un modo, que caen las pobrecitas como las mariposas en la luz!

—Me parece que no hablábamos de su amo de Vd.

—Es verdad, pero como le tengo tanta ley...

—En ese caso creo que no vamos á entendernos.

—¿Por qué?

—Porque precisamente se trata de jugarle una tostada.

—¿A mi amo?

—Así... por broma.

—¡Ah...!

—Pero teniéndole Vd. tanta ley, ni en chanza se atreverá.

—Si no le ha de suceder nada malo y yo puedo salir de pobre...

—Le puede Vd. hacer un señalado favor y ganarse ocho oncejas en muy poco tiempo.

—¿Pues no eran ocho pesos?

—Sí; pero desde que empezamos á hablar hasta ahora ha crecido cada peso, haciéndose diez y seis veces de más valor.

—¿Y están todavía para crecer?

—Veo que es Vd. un marrullero.

—Vamos al grano. ¿Qué es necesario hacer para amañar las ocho peluconas?

—En primer lugar, tener mucho ingénio.

—¿Con qué fin?

—Si Vd. consigue que en ocho dias no salga su amo de casa, al terminar el plazo coge Vd. el dinero.

—¿Quién me lo garantiza?

—Yo. ¿Quiere Vd. cobrar por dias, ó por horas?

—Hombre...

—Por horas adelantadas, ¿quiere Vd.?

—Y ¿cómo nos vamos á gobernar?

—La cosa es muy sencilla.

—A ver, diga Vd.

—Yo me sitúo en la tienda que hay al lado de la casa donde viven Vds. De las veinticuatro horas, dejamos ocho para dormir, y en las otras diez y seis le voy dando á peso por hora.

—¿Sabe Vd. que lo que me pide es muy difícil?

—Por eso lo pago bien.

—Díga su mercé: ¿no podré yo saber el motivo de privar á mi amo la libertad de tomar el aire?

—Es muy sencillo.

—Lo será; pero por ahora no lo comprendo.

—Su amo de Vd. tiene un lance pendiente con otro militar, que si se empeña le atraviesa de parte á parte.

—¡Hola, hola!

—La marquesa, mi señora, como Vd. ha supuesto antes, está prendada de su amo de Vd., y no quisiera exponerle á un peligro semejante. Pero como él es muy pundonoroso y muy valiente...

—Lo que es eso, lo disputo con cualquiera.

—Como buscará á su adversario, de aquí que quiera la marquesa que Vd. haga todos los esfuerzos que sean imaginables por evitar que salga de casa y tenerle encerrado ócho dias; nada más ocho dias.

—¿Por qué ese tiempo?

—Son los que faltan para que su enemigo se ausente de Madrid.

—La idea es excelente.

—Como de una mujer enamorada.

—¡Digo, si saben las mujeres!

—Con que ¿acomoda el trato ó no?

—La empresa es arriesgada... ¿qué ariesgada? imposible. ¿Quién le contiene á mi amo y más teniendo que dar guardias imprescindiblemente?

—Aguce Vd. el ingénio.

—Es que, como tendré que valerme de mil mentiras, puede llegar á sospechar que yo me he propuesto detenerle en casa, y entonces...

—Nada, nada, discurra Vd. y no solo logrará el premio de la marquesa mi señora, sino que despues su amo se mostrará tambien agradecido.

—Pero ¡por Dios, que nunca sepa que obro por interés!

—¿Qué duda tiene?

—Entonces acepto, dijo Rufo despues de meditar un breve rato; yo me las arreglaré como pueda.

—Y ¿cómo quiere Vd. cobrar?

—Por dias adelantados.

—Ahí va una onza.

—¡Qué ganas tengo que pase el dia de mañana!

—¿Para qué?

—Para que no esté sola; la pobrecilla se aburrirá.

—Le advierto á Vd. que si no cumple lo que ofrece, tendrá que encomendar sus costillas á San Benito de Palermo.

—Yo soy un hombre honrado y cuando digo una cosa jamás me vuelvo atrás de lo dicho.

—Pues hasta mañana á estas horas.

—¿Dónde nos hemos de ver?

—En la taberna.

El mayordomo de la marquesa se despidió de Rufo y este se encaminó á su casa, ideando, mientras andaba, el modo más eficaz y ménos peligroso de unir á la primera las siete peluconas que le habian ofrecido.

No era para ménos el caso.

Por de pronto daba gracias á Dios: encuentros como el que habia tenido aquella mañana, caian pocos en libra.

CAPITULO III.

—

Dónde Rufo empieza á ganar las peluconas.

I.

La empresa que acometia Rufo era difícil en extremo.

Necesitábase ante todo una gran dósis de audacia y no ménos grande cantidad de ingénio para conseguir que un guardia de Corps, jóven, enamorado, pendenciero, jugador y que además tenia que cumplir con los deberes de su cargo, permaneciese ocho dias encerrado en su casa.

Y no habia remedio; el asistente se habia comprometido á ganar las ocho onzas y no podia faltar á su palabra.

Meditando en los medios que emplearia para empezar á poner en juego sus planes, subia despacio la escalera de la casa, y á medida que dejaba atrás los escalones, se apoderaba de él el temor de no poder llevar á cabo su propósito.

—¡Si al ménos tuviera quien me ayudase! pensó.

En esto oyó la voz de la patrona que tarareaba con voz melíflua la sabida cancion de:

«Ya no voy al monte
á coger madroños, etc.»

—¡Si doña Hermenegilda fuera mi cómplice! pensó Rufo. Y ¿por qué no ha de serlo? Dicen que la codicia

rompe el saco; para que yo no vea mi saco roto debo hacer un sacrificio. Mas vale pájaro en mano que ciento volando; si no soy generoso, si no busco quien me preste auxilio, me quedaré sin ganar las ocho oncejas. Animo. La ofreceré cuatro doblones, y como la pobrecilla anda atrasada, porque mi amo no la paga con la puntualidad debida, abrirá, de seguro, cada ojo... Nada, nada, al ataque.

II.

Y despues de decidirse á ejecutar lo que habia pensado para que le ayudase la patrona en su arriesgado proyecto, subió con precipitacion los escalones que le quedaban y llamó á la puerta.

Doña Hermenegilda salió á abrir.

—¿Se ha despertado mi amo? preguntó Rufo.

—No, hijo mio, no. De buena te has librado con su sueño, porque si hubiera abierto los ojos y no te hubiese visto aquí, no doy dos cuartos por tus orejas.

—¡No puede Vd. imaginarse lo que me alegro, porque suceden unas casas! ¡Ay, mi señora doña Hermenegilda, qué cosas!

¡Vengo despavorido! dijo Rufo, que habia empezado á poner en práctica su plan.

—Pues ¿qué acontece? preguntó la patrona con la mayor curiosidad y un tanto atemorizada.

—¡Quién me habia de decir que ese antiguo camarada, que como indiqué á Vd. vino á buscarme para echar

unas copas, habia de prestar un favor tan inmenso á mi amo!

—¡Habla por Dios, Rufo, que me has puesto en cuidado!

—La cosa no es para ménos. Yo tengo un corazon muy leal. ¿No la he dicho á Vd. esta mañana lo que sospechaba?

—No me acuerdo.

—Pues es lo mismo que si se lo hubiera dicho; pero al ver esta noche á mi amo tan agitado, con una calentura que parecia una gallina clueca, malo, me dije, aquí pasa algo grave. Y si no, vamos á cuentas. ¿Se acuerda Vd. cómo vino mi amo anoche?

—Tú abriste la puerta cuando vino, porque yo estaba dando cabezadas.

—¿Pero ya notaria Vd. con qué malos modos entró?

—Sí por cierto; daba unas voces... Cuatro veces tuve que empezar la oracion de San Antonio porque sus gritos me asustaban lo que no puedes figurarte.

—Pues si Vd. hubiera sabido lo que acababa de pasar, le habria parecido á Vd., sin embargo, el hombre de más paciencia que hay en el mundo.

—¿Tú sabes lo que le pasó?

—Una desgracia de las más grandes que pueden ocurrir para Vd. y para mí.

—¿Para mí? dijo toda asustada doña Hermenegilda.

—Figúrese Vd. que ayer cogió un dinero y se proponia, como era natural, darle á Vd. un par de meses de hospedaje á cuenta de los muchos que la debe. Al

mismo tiempo destinaba para mí algunos cuartos. Y ¿qué hace? En vez de venirse á casa con sus ducados para pagarnos, se mete en el chiscon del Manco, que es el desplumadero de los guardias; juega, gana; al ver que le da el naipe sigue jugando, se le acaba la vena, pierde y se queda sin un maravedí.

—¡Santa Deigénitris! exclamó la patrona. Es decir que ya no hay ni la menor esperanza...

—Eso seria lo de ménos.

—¿Qué dices?

—Aun hay más. Lo que le pasó despues es todavía más grave. Incomodado al ver que habia perdido, se encara con un marquesito que estaba allí, y para hacer de tripas corazon, suelta una ruidosa carcajada.

—¿Se rie Vd. de mí? pregunta el marqués.

—No señor, contesta mi amo. Me rio de su peluquin de Vd. Como ha ganado su dueño se ha puesto muy contento, y para trasmitir su alegría á los demás se ha colocado de tal modo, que no es posible mirarle sin reirse.

—Me parece que quiere Vd. chancearse conmigo, dice el marqués.

—Y aunque así fuera, contesta mi amo amostazándose, ¿sucederia algo?

—Podria Vd. encontrarse con una estocada que no espera, repuso el marqués.

—Salga Vd. á la calle y lo veremos.

—No necesito moverme de aquí para castigar á un insolente.

Y al decir esto, continuó Rufo, tiran de las espadas; los amigos intervienen; uno de los jugadores apaga la luz; se arma un burdel; uno grita: «¡la ronda!» y todos desaparecen, incluso el dinero que habia sobre la mesa. Mi amo se retira, y la sed de vengarse de aquel ultraje es lo que le ha tenido toda la noche en agitacion.

—Lo más sensible de todo es la pérdida del dinero, porque si no me habria pagado...

—Lo más sensible no es eso, señora.

—Pues ¿qué es?

—Por ese antiguo amigo he sabido que el marqués que tuvo la reyerta con mi amo ha buscado á unos cuantos perdidos y les ha ofrecido una crecida cantidad si matan á palos á mi amo.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¡Qué desgracia, Dios mio, qué desgracia!

—Además, como faltó el dinero cuando se armó el burdel, el marqués y sus amigos han hecho correr la voz de que mi amo ha sido el que arrambló con todo, pretextando á este fin la riña, y como la cosa no puede llevarse á la justicia, los que perdieron las monedas han jurado tambien escarmentarle. De modo que, por un lado y por otro, están amenazadas sus costillas. ¡Pobrecito señor!

—Eso es lo que sucede á las personas desordenadas. Si en vez de irse por ahí á cometer calaveradas pensara más en lo divino que en lo profano, otro gallo le cantaria.

—De todos modos es preciso salvarle, dijo el asistente, que ya deseaba cerrar el trato. Vd. le estima...

—Ya lo creo que sí.

—Además, Vd. necesita que viva.

—Al fin es prójimo...

—No solo prójimo, sino deudor de Vd., y si se muere, adios deuda.

—Es mucha verdad.

—Por fortuna mi amo tiene personas que le quieren, y entre ellas figura una marquesa que bebe los vientos por él. Segun me ha dicho mi antiguo camarada, que sirve en casa de esa señora, ella, por bajo de cuerda, va á restituir á los jugadores el dinero que desapareció y á conseguir con su influencia, que es poderosa, que S. M. el rey destierre á ese marqués, que es militar. Para todo esto necesita ocho dias, y me ha dicho el muchacho que si logro que en este tiempo no salga mi amo á la calle, me gratificará la marquesa con un par de onzas. Ahora bien; esta es una cosa que debe hacerse grátis, por caridad, pero ya que me lo premian, estoy dispuesto á partir con Vd. si me presta auxilio.

—¡Ay, hijo mio de mi alma! si no estuviera tan atrasada, sin interés de ningun género te ayudaria; pero no vendrán mal esos 16 pesos.

—¿Es decir que cuento con Vd.?

—Va á ser difícil lo que quieres, pero no importa; haremos lo posible, y Dios, que ve la pureza de nuestras intenciones, nos iluminará para conseguir que se salve tu amo del peligro que le amenaza tan de cerca.

—Con que haga Vd. lo que yo la diga, saldremos adelante.

III.

En esta conversacion estaban cuando oyeron la voz de Filiberto.

—¡Rufo! gritaba; ¡Rufo, condenado Rufo!

—Cierre Vd. todas las puertas y ventanas, dijo el asistente á doña Hermenegilda.

—¿Para qué?

—Obedezca Vd. en todo y por todo sin chistar.

—¡Rufo! gritó de nuevo Filiberto.

—El asistente se desnudó á escape, encendió un candil, y presentándose en la alcoba de su amo con los ojos medio cerrados,

—¿Llamaba su mercé? dijo.

—¿Estabas durmiendo?

—Sí señor.

—Y ¿no has oido que me desgañitaba?

—Como hace un momento que le dejé á Vd...

—Un monento; pues qué, ¿no es aun de dia?

—Sí, sí, ¡buena es esa! ahora poco acaba de cantar el sereno.

—¡Pues si yo he visto claridad!

—No seré yo quien contradiga á su mercé; pero para mí aun no ha amanecido. Todavía puede su mercé dormir un par de horas.

—Cuidado, que á las ocho quiero levantarme.

—Está muy bien.

—A esa hora ha de estar aquí el peluquero.

—Iré á avisarle.

—Quiero tener toda mi ropa limpia; que tengo que salir muy temprano, ¿lo entiendes?

—En ese caso empezaré desde ahora á limpiarla, y eso que, la verdad, señor, si su mercé me dejara descabezar un poco el sueño... como he pasado la noche tan intranquila...

—¿Qué hora será?

—Las cinco y media, ó así.

—Pues duerme hasta las seis.

—Muchas gracias, mi amo. ¿No quiere su mercé tomar algo?

—¡Rejalgar tomaria!

—Es que...

—¡Silencio, no me hables una palabra más! Como á las ocho no me despiertes, te derrengo á palos.

IV.

Rufo se encogió de hombros y se alejó de la alcoba.

Apagó el candil y aguardó algunos instantes en la habitacion contigua.

Poco despues oyó roncar á su amo y se tranquilizó.

—¡Gracias á Dios que ha pasado por ahora el chubasco! pensó el asistente.

Filiberto continuó durmiendo ocho horas más.

Cuando volvió á despertarse, era de noche.

Veamos lo que hizo Rufo en este tiempo.

CAPITULO IV.

Los enemigos domésticos.

I.

El asistente cogió la ropa de su amo, la limpió, y despojándose de sus vestidos se adornó con los de Filiberto.

Cuando estuvo perfectamente ataviado se presentó á doña Hermenegilda.

—¡Santo Cristo del Tremedal! exclamó la buena señora; ¿qué significa esto?

—Esto significa que voy á hacer un gran servicio á mi amo.

—Pero ¿vas á salir?

—Sí señora.

—¿Y si se despierta?

—Me llamará.

—Sí, y no hallándote...

—Gritará, se desesperará...

—Y yo seré el blanco de su furia, dijo doña Hermenegilda poseida de un miedo terrible.

—Ya sabe Vd. que él nunca pega á las mujeres.

—Pero tirará los trastos...

—Nada, nada, hay que salvarle á toda costa.

II.

Rufo dió algunas instrucciones á doña Hermenegilda, y calándose el sombrero y colocándose la capa sobre los hombros partió con aire marcial, resuelto á conseguir dos cosas: primera, evitar la explosion de ira de Filiberto al levantarse y no hallarle á su lado; segunda, impedir, llevándose su traje, que saliera aquella noche.

Doña Hermenegilda se quedó temblando.

—Aquí va á pasar algo, se dijo.

Y para librarse de los peligros que la amenazaban, cogió el rosario y le dió cuatro vueltas nada ménos.

—¡Qué sueño tan pesado tiene! Si al ménos hasta la madrugada... Pero ¡cá! no es posible. ¡Bueno se va á poner cuando sepa que ha pasado el dia en la cama! ¡Dios me saque con bien del atolladero en que me ha metido el tal Rufo! ¡Vaya una vida la mia! ¡Tener un huésped que no paga y estar expuesta á ser objeto de su furia!

Para desvanecer estas ideas rezaba padre-nuestros al santo ángel de su guarda.

Dieron las siete, y ya no se veia ni gota; pero no se atrevió á encender luz.

—¡Cuánto tarda Rufo! Si al ménos viniera antes de que se despertase su amo, recibiriamos entre los dos la tormenta.

A cosa de las siete y media se estremeció de pronto. Filiberto llamaba á su asistente.

Doña Hermenegilda se levantó para ir al cuarto de su huésped; pero notó que sus piernas flaqueaban.

—No, no tengo valor, dijo; y se refugió en su alcoba.

—¡Rufo! ¡Rufo! gritaba Filiberto aumentando el diapason, lleno de ira.

Viendo que no acudia el asistente, se levantó Filiberto; salió al gabinete que habia contiguo á su alcoba, abrió la ventana, y como era de noche y como estaba á oscuras la calle, pensó por un momento que aun seria temprano.

Conteniendo su ira, fué á buscar su reloj, que era de repeticion, y tocando el resorte supo que eran las siete y media.

—¡Se habrá dormido ese pelmazo! ¡Yo le despertaré!

Y en paños menores y armado del espadin, salió á tientas de su cuarto, y dando nuevos gritos se dirigió al que servia de alcoba á su asistente.

No habria andado veinte pasos, cuando doña Hermenegilda oyó un fuerte grito, al que siguió una terrible interjecion.

III.

Filiberto habia tropezado en una silla y se habia dado un golpe tan fuerte en la espinilla, que le hizo detenerse inmediatamente.

—¡A ver, luz; una luz! gritó.

Doña Hermenegilda, más muerta que viva, llegó á la cocina, arrimó la pajuela á un áscua de las que tenia

enterradas entre ceniza en el fogon, y encendió el candil.

Toda temblando salió al encuentro de Filiberto.

Al verle espadin en mano se estremeció.

—¿Qué sucede, qué gritos son esos? dijo con voz entrecortada por el espanto.

—¿Dónde está Rufo? que voy á atravesarle de parte á parte.

La buena señora no pudo articular respuesta alguna.

—Déme Vd. esa luz, dijo Filiberto arrancando de sus manos el candil y dirigiéndose en un acceso de furor á la alcoba del asistente.

Su asombro fué inmenso al ver que no estaba allí.

—¿En dónde se ha metido ese truhan?

—Yo no lo sé, exclamó doña Hermenegilda.

—¿Ha salido?

—Lo ignoro.

—¿Vd. lo encubre?

—¿Yo? ¡Dios me libre! Hace más de dos horas que estaba en mi cuarto dedicada á mis devociones.

—¿Pues qué hora es?

—Las siete y media acaban de dar.

—¿Cómo no ha amanecido?

—¿Qué dice Vd?

—¿Cómo no ha amanecido á estas horas?

—¿Cómo quiere Vd. que amanezca á las siete y media de la noche?

—¿De la noche? dijo asombrado Filiberto.

—Sí señor.

—¿Las siete y media de la noche? repuso con la mayor indignacion.

—Sí señor, de la noche.

—¿No dije á ese bribon que me despertara á las ocho de la mañana.

—Ya le ha despertado á usted.

—Señora, ¿Vd. quiere volverme loco? dijo Filiberto dando un paso hácia doña Hermenegilda en actitud amenazadora.

—Los dos le hemos estado llamando á usted, añadió doña Hermenegilda, con lo cual empezaba á cumplir las instrucciones que la habia dado Rufo al marcharse.

—¡Yo les arreglaré á Vds. las cuentas!

Y dirigiéndose Filiberto hacia su habitacion, buscó su ropa para vestirse y salir á la calle en busca del doméstico con objeto de vengar en sus costillas la cólera que experimentaba al ver que habia perdido un dia.

IV.

Apenas empezaba á respirar doña Hermenegilda, oyó de nuevo una série de terribles imprecaciones.

—¡Doña Hermenegilda! ¡Doña Hermenegilda! gritaba Filiberto con voz enronquecida por la rabia.

La pobre mujer llegó temblando á su habitacion.

—¿En dónde está mi ropa?

—No lo sé.

—¡Ni mi sombrero, ni mi capa, ni mi casaca, ni mi peluca...! ¿qué es lo que aquí ha sucedido? dijo con voz de trueno. ¡Me han robado mis prendas!

En el colmo de la desesperacion, colocándose enfrente de doña Hermenegilda con la mirada centelleante,

—¡Dígame Vd. todo lo que ha pasado, exclamó, ó dispóngase Vd. á morir en el acto!

La patrona cayó de rodillas.

—¡Perdon, perdon! balbuceó.

—¡Hable Vd., ó la atravieso!

—¡Yo le contaré todo!

—¡Pronto!

—¡Déjeme Vd. respirar!

—¡Pronto, ó concluyo con Vd!

Doña Hermenegilda estaba decidida á contar toda la verdad, cuando sonó un aldabonazo en la puerta de la calle.

—¡Ahí está Rufo! dijo la patrona viendo en aquel acontecimiento su salvacion.

—¿Sí, eh? Pues bien, yo le arreglaré. Vaya Vd. á abrir y cuidado con decirle lo que ha ocurrido. Desde aquí escucho. Si le dice Vd. la más leve palabra, perece Vd. con él.

Así terminó aquella escena melodramática.

CAPITULO V.

Donde se vé cómo el dinero por un lado, y el peligro de sacar cardenales en las espaldas, aguzan el ingénio.

I.

Doña Hermenegilda, ya más tranquila, cogió el candil, fué á abrir la puerta, guiñó el ojo á Rufo, y este, comprendiendo lo que habia pasado, sacó fuerzas de flaqueza y tomando el candil de manos de la patrona se fué derecho á la habitacion de su amo, resuelto á templar su cólera.

—¡Señor, señor! gritó; acabo de prestarle á Vd. un gran servicio.

—¿Sí, eh? dijo con sorna Filiberto. Yo te le pagaré.

Y levantando el espadin iba á descargarle sobre Rufo, cuando este

—Un momento, señor, dijo. Tengo el candil en la mano, y si se derrama puedo manchar el traje de su mercé. Pégueme cuanto quiera, pero escuche; que al hacer lo que he hecho, cuando me he expuesto, á sabiendas, á las iras del mejor de los amos, alguna causa grave me habrá impelido á ello.

—¡Deja inmediatamente ese candil!

—Obedezco; pero ruego á su mercé que tenga pre-

sente que aun llevo su traje y que podian deteriorarle los golpes que me diéseis encima.

II.

Estas razones eran de mucho peso.

Filiberto pensó que para llegar á las costillas de su asistente tenia que lastimar antes el pelo de su casaca y aplazó su castigo.

—¡Quítate inmediatamente esa ropa!

—¡Es mi única defensa! Déjeme vuesa mercé que le cuente todo lo que ha pasado. Acto contínuo me despojaré de lo que no me pertenece, y si merezco ser castigado por lo que he hecho, podrá vuesa mercé castigarme cuando me encuentre en paños menores.

—Bien está, dijo Filiberto serenándose, gracias á la elocuente advertencia de Rufo; pero advierte que si me engañas....

—No estamos para bromas, señor.

—Responde á mis preguntas.

—Es mi deber.

—¿No te encargué que me despertaras á las ocho?

—Sí señor.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Ya lo hice.

—Faltas á la verdad.

—Ahí está doña Hermenegilda que no me dejará por embustero. A las ocho entré en el cuarto, llamé á su mercé, abrí las ventanas, le cogí de los brazos, tiré

fuerte y nada. Vuesa mercé estaba como un tronco, aunque es mala comparacion. Al ver que nada conseguia, me asusté, aguardé un rato, volví é entrar, torné á bambolear el cuerpo inerte de vuesa mercé, y nada. Embargado por el miedo salí á llamar al médico, y entonces fué cuando supe la horrible trama fraguada contra el mejor y más justificado de los amos.

—¿Que es lo que supiste?

—Un proyecto espantoso.

—Explícate en seguida...

—¡Ay, señor! no me llega la camisa al cuerpo. Figúrese vuesa mercé que estaban en la esquina tres ó cuatro hombres de mala catadura mirando mucho á los balcones de la casa. Mi corazon es muy leal. «Esos truhanes, me dije, están tramando alguna infamia. Al pasar junto á ellos oí pronunciar el nombre de vuesa mercé y algo de calentar costillas... *¡Malorum!* añadí recordando la frase favorita de fray Teodoro, el capuchino que tanto estima su mercé.

—No te detengas en perfiles. Al grano, al grano.

—Me metí en un portal, aceché desde allí á los que estaban en los guardacantones de la esquina y ví que á poco rato se dirigian á una taberna. Poco despues entré á pedir un vaso de lo añejo y así como quien no quiere la cosa, oí lo que decian. Ante todo, señor, permítame su mercé que sea indiscreto. Tiene noticia vuesa mercé de algun marqués... ¿Cómo dijeron?... del Arco... no, no; del Rio... tampoco... ¡Pícara memoria!

—¿Marqués del Puente? preguntó Filiberto.

—Ese es precisamente.

—Habla, habla pronto.

—Pues á juzgar por las palabras sueltas que pude oir á aquellos ganapanes, ese marqués les habrá ofrecido una crecida cantidad con tal de que diesen á vuesa mercé una buena paliza, tan morrocotuda que no le permitiese volver á levantarse del santo suelo. Yo no quise creerlo, sin embargo, pero la prudencia aconsejaba ponerse sobre aviso, y ante el peligro que corria vuesa mercé me olvidé del médico, vine á casa, me puse á reflexionar, y despues de dar muchas vueltas al magin se me ocurrió una idea... Déme vuesa mercé el castigo que quiera; poco me importa. En medio del dolor que me produzcan los torniscones tendré la inmensa satisfaccion de haber librado á mi amo de la muerte.

—Me estás desesperando con tu cachaza; dí pronto lo que has hecho.

—Al volver á casa entré en el cuarto de vuesa mercé á ver si ya se habia despertado... Ni por esas; cada ronquido de los que lanzaba vuesa mercé estremecian la casa. Cogí entonces la ropa, me puse el traje de vuesa mercé, me ceñí la espada y me dije: «Si esos truhanes están en los alrededores de la casa acechando el momento en que salga mi amo, como la noche está oscura se figurarán que yo soy él, descargarán sus garrotes sobre mis costillas, y como yo iré prevenido ensartaré á uno de ellos por lo ménos, y los otros huirán á mis voces y la justicia descubrirá al autor de este atentado.

Podré haber cometido un desacato cubriendo mi tosco cuerpo con el traje de vuesa mercé, pero como dicen los curas, la intencion salva y mi intencion ha sido buena. Pero vamos al caso.

Salgo, doy un paseo por la calle y no veo á nadie.

Vuelvo á meterme en el portal, y al cabo de algun tiempo oigo rumor.

Nada ménos que seis gañanes estaban preparándose diestramente para que no pudiera su mercé escaparse de sus manos.

En esto salgo yo. Paso junto á uno de ellos, le pongo un ceño de encausado, y nada; no se mueve.

Doy algunos pasos más; paso junto á otro y... la misma escena. Me acerco al tercero, le miro con fiereza y ¡asómbrese vuesa mercé...! suelta una carcajada. En esto me cercan todos, y uno de ellos, muy osado por cierto, exclamó con tono burlon: «Amigo Rufo, aunque la mona se vista de seda...» Ya sabe vuesa mercé lo demás... Nécio de mí, que sospeché por un momento que poniéndome el traje de vuesa mercé adquiriria ese aire que tanto gusta á las mujeres, ese yo no sé qué de un guardia de Corps de los más mimaditos de la córte.

—Estás apurando mi paciencia...

—Digo todo esto á vuesa mercé por si llega el momento de que me sacuda el polvo, que tenga alguna consideracion.

—¿Cómo no la emprendiste á cintarazos con aquellos canallas?

—Mostrándome cada uno de los seis un puñal muy reluciente: «Si no vas ahora mismo á tu casa y haces que salga tu amo inmediatamente, encomiéndate á Dios, porque en el primer momento en que te hallemos solo te escabechamos.»

«Y si dices á tu amo que le aguardamos aquí, te sucede lo mismo,» añadió otro.

—¿Con que es decir, exclamó Filiberto, que esos truhanes están aun en la esquina?

—No señor, dijo Rufo viéndole muy decidido á salir en el traje en que estaba; se han ido, porque yo, viendo lo inútil de la pendencia, apelé al ardid. «Sabia lo que tramábais, les dije, y aprovechando la circunstancia de estar enfermo mi amo, me he puesto su uniforme para ver si os acercábais á mí. Me habeis reconocido, pero en caso contrario yo me hubiese dado á conocer, os habria exigido una parte de los doblones que os dan seguramente, parte que reclamo desde ahora si quereis que, no hoy, porque eso es imposible, toda vez que está enfermo en cama, pero mañana ó pasado, cuando se restablezca, lo ponga á vuestra disposicion.

Me creyeron de buena fé, me dieron cuatro duros á cuenta y me vine.

Hé aquí toda mi historia.

Ahora bien, señor, ¿merezco ser castigado?

—Sí, exclamó Filiberto, pero no como supones. Esos cuatro duros son para mí. Quítate inmediatamente esas prendas.

—¿Es decir, que no me sacude su merced?

—Por esta vez no, porque en medio de todo me has librado de una emboscada. Pero como otra vez desobedezcas mis órdenes te envio al cuartel para que te den una carrera de baquetas.

III.

Rufo obedeció á su amo y se quitó la ropa.

A medida que se quitaba las prendas se las iba poniendo Filiberto.

—Pero, señor, ¿qué va á hacer su mercé?

—Ya se habrán ido esos truhanes. Voy á buscar al tal marqués del Puente y yo le diré lo que hace al caso.

—¡Dios me libre! Antes permitiré que vuesa mercé me haga trizas. Esos taimados se han quedado de guardia y desconfian hasta de mí. Yo no puedo dejar á su mercé que se marche: le cosen á puñaladas como dos y tres son cinco.

Doña Hermenegilda, que estaba detrás de la puerta, se presentó de pronto.

—¡Señor, señor, exclamó, no salga Vd.; se pasean hombres de mala catadura por la calle!

—¡Mil bombas! exclamó Filiberto; ¡pensar que un hombre de mi temple tiene que quedarse encerrado en su casa! Pero esto no puede quedar así. Es necesario que yo despache al marqués y despues... con unos cuantos camaradas daré cuenta de los asesinos. ¿Rufo?

—Señor.

—Corre inmediatamente al cuartel.

—En cuatro brincos me planto allí.

—Busca á mis amigos Juan de Acebes y Martin Aznares y diles que vengan inmediatamente, que los necesito.

—¿Les indico el objeto?

—Te guardarás muy bien.

—Voy en seguida.

IV·

El asistente partió y cumplió las órdenes de su amo, en tanto que este, alargando á doña Hermenegilda un par de duros de los cuatro que le acababa de entregar Rufo,

—Tenga Vd. á cuenta de lo que le debo, señora, dijo, pero es preciso que esta noche nos prepare Vd. una buena cena.

—Eso es; lo comido por lo servido, refunfuñó el ama de huéspedes retirándose.

Filiberto se puso á escribir á la marquesa de la Llana para hacer tiempo mientras llegaba Rufo con sus amigos.

CAPITULO VI.

—

De cómo se puede volver loco á un hombre que disfruta de cabal razon.

I.

—Pues señor, las cosas se complican, iba diciéndose Rufo por el camino. Ahora llegan este par de calaveras, mi amo les cuenta lo que sucede; como son locos y no tienen nada que perder le animan á arrostrar el peligro imaginario y yo me quedo con la onza que he ganado... Y en verdad que es difícil la empresa que he acometido... Debia haber contratado ocho peluconas por dia. Si otra vez llego á hallarme en caso semejante aprovecharé la experiencia; hoy por hoy, he pagado el aprendizaje... Si consiguiera que mi amo no saliese de casa... Si se me ocurriera una idea...

Sin encontrarla, llegó al cuartel, buscó á los amigos de su amo y les rogó que fuesen á verle.

—¿Cómo es eso, no puede salir de casa?

—No por cierto, contestó Rufo; y yo suplico á Vds. que vayan cuanto antes á verle porque le debe suceder algo extraordinario.

—Vámos allá, dijeron los dos guardias.

—Por el camino les referiré á Vds. todo lo que he

visto, y como supongo que pasarán Vds. la noche en su compañía, si no lo llevan á mal tomaré algunas botellas de Málaga y unos empiñonados.

—Tienes buenas ideas, amigo Rufo.

—No todo lo que yo quisiera.

—La que acabas de exponer es excelente.

—Si Vds. la aprueban...

—Con alma y vida: en marcha.

II.

Salieron del cuartel, y Rufo, que aguzaba el ingenio,

—Voy á contar á Vds., les dijo, todo lo que ha pasado.

—Habla, hombre, habla.

—Mi amo debe estar malo por fuerza.

—En efecto; cuando no ha salido de casa...

—¿Qué habia de salir? Se ha estado todo el dia durmiendo.

—¡Habrá perezoso!

—No es eso lo peor, prosiguió Rufo, sino que ó ha sido víctima de una atroz pesadilla que aun le dura, ó está atacado de la cabeza.

—¿Qué nos cuentas?

—No se lo digan Vds., por Dios, porque es capaz de derrengarme á palos. En primer lugar se ha empeñado en creer que yo me he disfrazado con su uniforme y he salido á la calle.

Los dos amigos soltaron una carcajada.

—No es eso solo; ha supuesto despues que yo le he dicho que por encargo del marqués del Puente le han estado acechando seis hombres para asesinarle.

—Vamos, se ha vuelto loco; la marquesa de la Llana tiene la culpa; le habrá hechizado.

—Si no fuera más que eso... ya hace tiempo que le tiene preso en sus redes.

—Vds. lo verán; en cuanto lleguemos les contará esa historia; pero es cosa sabida; Vds. le disuaden, le indican que está malo, le obligan á que se acueste, yo voy á llamar al médico, y en cuanto que repose dos ó tres dias cesará el trastorno de cabeza que ha sufrido.

—Pero no te olvides del Málaga.

—¡Ay! es verdad, dijo Rufo, sintiendo tener que cumplir la promesa, para lo cual necesitaba recurrir á sus ahorros puesto que no queria quitar un solo adarme á la pelucona.

III.

Provisto de cuatro botellas y de una docena de empiñonados llegó á su casa con los dos guardias.

—Pasad, pasad, queridos amigos, dijo Filiberto abandonando la carta que escribia.

—¿Qué te sucede?

—Soy víctima de una terrible trama.

—Rufo, que estaba en la habitacion dejando las botellas en una mesa, guiñó el ojo á los amigos de su amo.

—Vaya, tranquilízate, exclamó Juan de Acebes; aquí

nos tienes ya á tu disposicion y todo se arreglará.

—¿Pero qué es eso? ¿Quién te ha dado la órden de traer botellas?

—Como supongo que pasará vuesa mercé la noche con sus amigos...

—Así despilfarras el dinero.

—Me las ha fiado un amigo.

—Has hecho bien en traerlas; no te riño por eso, tanto más cuanto que la patrona nos está aderezando una cena... y pasaremos una gran noche.

Rufo fué á hablar á doña Hermenegilda á fin de que secundara sus planes.

Los dos amigos, que tenian apetito y no querian malograr la cena que veian en lontananza, al oir á Filiberto anunciarles que iba á contar lo que le sucedia:

—Poco á poco, dijo Martin; ante todo, cenemos.

—Pero...

—Nada, nada; no queremos saber una sola palabra hasta despues de cenar.

—Es mucha crueldad la vuestra.

—Despues de haber apurado unos cuantos tragos á la salud de esa mujer que te está sorbiendo el seso, seremos tuyos; pero antes...

—Pues, la cena.

Doña Hermenegilda les sirvió un conejo en chilindron y dos huevos pasados por agua.

Comieron aquellos manjares con el mayor apetito, bebieron, y al final otorgaron permiso á Filiberto para que les refiriese sus cuitas.

Hay que advertir que los dos amigos del guardia habian empinado el codo más de lo regular.

—Ya te escuchamos, dijo Juan.

—¡Ay! amigos, exclamó Filiberto, la marquesa de la Llana va á ser mi perdicion.

—La culpa es tuya; ¿á quien se le ocurre ser esclavo de una coqueta?

—Poco á poco; no permito...

—Si tú no crees que lo es, nosotros estamos seguros de lo contrario; no discutamos, porque no te tiene cuenta.

—Tened piedad.

—Venga tu historia.

—Anoche al entrar en su casa, como tengo de costumbre, ví salir á un galan.

—¿Y eso te extraña?

—¿Y quién era?

—Era el marqués del Puente.

—Razon de más.

—Entro en su gabinete, la verdad, algo mohino...

—El caso no era para ménos.

—Yo creí que al verme fosco me daria explicaciones.

—Se echó á reir. ¿Y tú?

—¡Já já já!

—No me reí yo entonces, al contrario; ardiendo en ira salí precipitadamente en busca de mi rival, pero no le encontré. La noche estaba oscura, y por otra parte me habia detenido más de lo regular al lado de la mar-

quesa. «No importa, me dije; en cuanto amanezca mañana yo buscaré á ese hombre y uno de los dos cesará de vivir.»

—¿Y aun vivís los dos?

—La culpa no es mia, sino del tunante de mi asistente.

—¿Llama su mercé, señor? dijo Rufo presentándose.

—¡Huye de aquí ó te rompo la cabeza con esta botella, miserable!

Al decir esto arrojó una de las botellas al criado, pero este tuvo tan buena suerte que la cogió en el aire, y retirándose con ella á la cocina, apuró el contenido de lo que quedaba de ella.

—Pues, como iba diciendo, prosiguió Filiberto, encargué á Rufo que me despertara muy temprano; y ¿cuándo direis que he despertado?

—¿A las doce?

—¡Sí, las doce! Una hora escasa hará que he dejado la cama.

Los dos amigos se echaron á reir.

—Reid, reid, que luego despues llorareis. Al despertarme llamo á Rufo, y nada, no parecia. Busco mi ropa y no la encuentro: el tuno del criado se habia vestido con ella y se habia marchado á la calle mientras yo dormia.

—¡Já, já, já! exclamaron, riendo á carcajadas los dos amigos, al mismo tiempo que se hacian una seña confidencial, como diciéndose: «ha perdido el juicio.»

—Al poco rato volvió, y si me habeis visto sano y

salvo, es porque en buena ley me ha prestado un gran servicio.

Los guardias continuaron riéndose.

—Parece que lo tomais á broma.

—Sigue, sigue, que nos interesa tu cuento.

—Seis hombres nada ménos habia en la calle armados con acerados puñales.

—¿Para asesinarte?

—Como lo oís.

A esta respuesta siguió una nueva carcajada de sus amigos.

—Parece que no dais crédito á mis palabras.

Nuevas carcajadas.

—¿Qué, no creeis lo que digo?

—Cá, hombre, cá, tú has soñado; bebiste anoche fuerte, y el alcohol te produce esa pesadilla.

—¿Con que es decir que suponeis que soy un embustero?

—De ninguna manera; pero á veces cuando uno duerme, sueña, y al despertar le parece cierto todo lo que ha soñado.

—Vais á oir á mi criado: ¡Rufo! ¡Rufo!

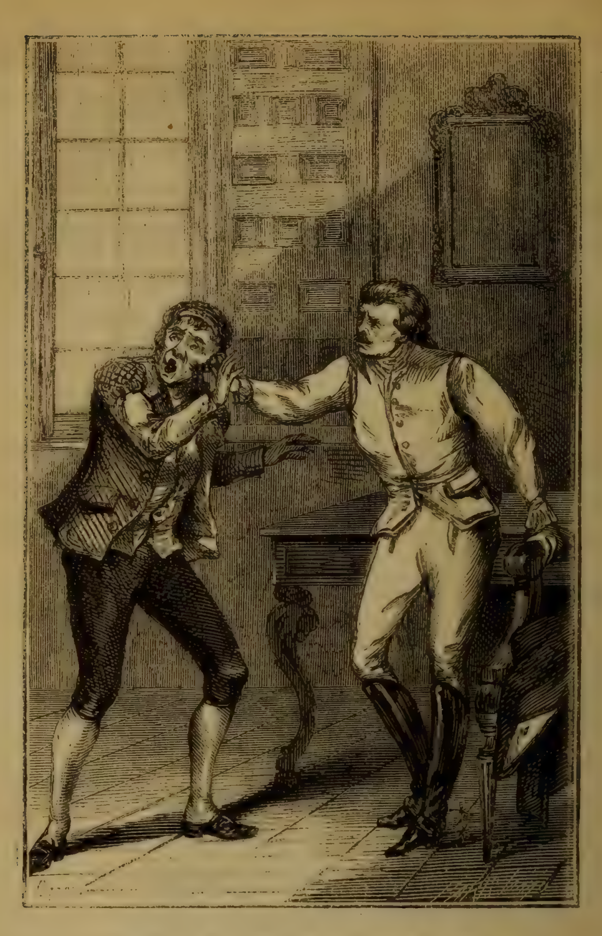
—Señor.

—Ven acá, hombre, ven acá, contesta á mis preguntas. ¿No te dije yo anoche, al acostarme, que me dispertarás muy temprano?

—Sí, señor.

—¿Y no es verdad que no me has despertado?

—Cincuenta veces.



Yo te diré, truhan, lo que hace al caso.

—Bien, pase, pero vamos, ¿no es cierto que te has puesto mi uniforme y has salido á la calle?

—¡Yo!

—Sí, hombre, tú.

—Señor, vuesa mercé no sabe lo que se dice.

—¡Habráse visto canalla! ¿Con que no te has vestido con mi traje?

—¡Si lo tiene su mercé puesto!

—Pues, truhan, ¿no acabas de quitártelo antes de ir á avisar á mis amigos?

—Le digo á su mercé que no.

—¿No es cierto que has encontrado en la calle á seis hombres dispuestos á asesinarme?

—¡En el nombre del Padre y del Hijo! Yo no he dicho tal cosa.

—Quítate de mi vista, miserable... ¿Lo estais viendo? Me voy á volver loco... Doña Hermenegilda, doña Hermenegilda, venga Vd. aquí.

Y levantándose y tirando de la oreja á Rufo:

—Yo te diré, truhan, lo que hace al caso, exclamó.

El asistente se alejó.

La patrona se presentó.

—¿Estaba malo el guisado?

—No se habla de eso. Dígame Vd.: ¿no es cierto que cuando yo me desperté esta noche llamé á Rufo y no estaba en casa?

—No me acuerdo, contestó con la mayor tranquilidad del mundo doña Hermenegilda.

—¿Con que no se acuerda Vd. de que fuí á buscarle

hasta su cuarto con la espada desenvainada para darle una paliza porque no parecia mi ropa?

—Por fuerza ha soñado Vd. Yo no me acuerdo de nada de eso.

Filiberto se levantó de la mesa y empezó á dar grandes paseos por la habitacion.

Parándose de pronto y cogiendo de la mano á la patrona:

—Dígame Vd., señora, exclamó; ¿con que no ha entrado hace poco Rufo vestido con mi uniforme? ¿Con que no me ha dicho que querian asesinarme?

—¡Válgame Dios del cielo! dijo doña Hemenegilda muy compungida. ¡Ay, caballeros de mi alma! Rufo, Rufo, corre, por Dios, y avisa al médico, tu amo se ha vuelto loco.

No lo estaba aun; pero se hallaba cerca.

—Huya Vd. de aquí, señora, ó le saco los ojos.

—Sí, sí, me iré, dijo doña Hemenegilda, y se escapó precipitadamente.

—Y en cuanto á tí, truhan...

—Vamos, hombre, tranquilízate, dijeron sus amigos; nada nos extraña; el susto que pasarias al ver á tu rival...

—La excitacion nerviosa.

—¿A ver el pulso? ¡Qué calenturon tienes!

—Pero si...

—Nada, nada, nosotros velaremos por tí; que vaya Rufo á avisar al médico.

—¿Pero es verdad que no es cierto lo que he contado?

—¡Ay, señor; no señor! Si todo eso... Voy en seguida á avisar al doctor.

IV.

Así lo hizo, y mientras tanto Juan y Martin convencieron á Filiberto de que se hallaba enfermo, y acaso de gravedad, y como era aprensivo, al ver á la patrona, mujer séria y honrada, al ver que su criado, que podia temer una paliza póstuma, negaba lo que él creia estar seguro de haber oido, se dió al fin por vencido, y dijo:

—Pues señor, he soñado, y debo estar muy malo.

Se acostó, y sus dos amigos quedaron á la cabecera de la cama cuidándole.

CAPÍTULO VII.

Donde Rufo sigue haciendo de las suyas.

I.

—Vamos á cuentas, iba diciendo Rufo mientras caminaba á casa del físico encargado de curar las dolencias á los guardias de Corps en la compañía *Española*; gracias á mi ardid y al interês que toma en mis asuntos la patrona, hemos embaucado á los amigos de mi amo, y ellos han contribuido, ayudados por el Málaga y la abundante y suculenta cena, á hacerle creer que está loco, ó poco ménos.

Pero los camaradas de mi amo no continuarán á su lado, y yo no sé si podré resistir á las caricias que me hará mi señor cuando estemos solos. Es necesario buscar quien me auxilie.

Habia andado algunos pasos reflexionando lo que haria, cuando dándose de pronto una palmada en la frente:

—Necio de mí, en vez de ir á buscar al médico voy á pedir auxilio á la marquesa... Sí, pero á la marquesa no la conozco; yo no he tratado con ella... Busquemos al mayordomo, y si no le encuentro tengo un motivo

para hablar á la señora... Me alegraria no encontrarle. Quizás saque de ella mejor partido, porque sin duda el mayordomo, que es muy taimado, se habrá guardado la mitad ó más de lo que su señora le habrá ofrecido para que se realice el milagro. Nada, nada, lo mejor es irse al bulto.

II.

Dicho y hecho.

Se encaminó á casa de la marquesa de la Llana, pero al llegar allí no podia ménos de preguntar por el mayordomo.

La fortuna le fué propicia.

Su seductor, su cómplice, no estaba.

—Pues pase Vd. recado á la señora marquesa, dijo á un lacayo que le abrió la puerta; tengo que hablarla.

—¿Y á quien le anuncio?

—Diga Vd. que está aquí el asistente de D. Filiberto Ruiz.

Como el lacayo conocia al guardia, se apresuró á participar la llegada de su criado á la marquesa.

Por fortuna tambien para Rufo, estaba en casa esta señora y se apresuró á recibirle.

—Pase Vd., buen hombre, le dijo; ¿qué es lo que ocurre?

—No sé si V. E. sabrá...

—Todo lo sé.

—Yo me he propuesto complacer á V. E. apenas he sabido por su mayordomo...

—En efecto; ya he visto que por hoy ha cumplido su palabra; su amo no ha salido de casa.

—Ni saldrá esta noche.

—¿Cómo ha podido Vd. conseguir que se realizara mi deseo?

—¡Ay! señora, me ha costado mucho trabajo y ¿por qué no he de decirlo á V. E. ya que es tan buena? mucho dinero.

Rufo contó á la marquesa de la Llana, exagerando los episodios, todo lo que habia sucedido aquel dia, y terminó refiriéndole el ardid que habia empleado con su amo para hacerle creer que habia soñado cuanto le habia sucedido.

La marquesa se rió á carcajadas, y cogiendo de encima de un velador un bolsillo de seda verde, sacó de él dos doblones de á cuatro y se los entregó á Rufo para indemnizarle.

—Dios se lo pague.

—Ahora me va Vd. á decir el objeto de su venida.

—Yo venia buscando al mayordomo de V. E., no le he hallado, y como temo que mañana me va á ser muy difícil cumplir mi palabra, si estoy dispuesto á renunciar á las generosas dádivas de V. E., no lo estoy á cumplir los deseos de V. E., y como si V. E. me ayuda puede permanecer mi amo los siete dias que quedan en casa, he venido para...

—Hablemos sin ambajes y dígame lo que quiere.

—Los compañeros de mi amo me han enviado á llamar al médico. He salido á cumplir sus órdenes, y por

el camino me he dicho: «Supongamos que encuentro al médico y que viene á ver á mi amo. En primer lugar, se pone de mal humor porque le levanto de la cama, ó le separo de una mesa de juego, ó le obligo á faltar á una cita amorosa. Pero doy por sentado que pasa por todo esto. Llega á casa; observa á mi amo, le pulsa y ve que está tan bueno y sano como nosotros. Mi amo, que es aprensivo, al oir al doctor se convence de que está bueno, y es capaz de salir á la calle aunque sea á media noche.»

—¿Y qué medio se le ha ocurrido á Vd.?

—Uno muy sencillo, señora; pero no sé si me atreva...

—Le exijo á Vd. que hable.

—Pues bien, supongamos que V. E. llamase al médico.

—¡Yo! Si estoy sana y buena.

—En buena hora lo diga V. E.; pero si Vd. supone...

—Ya caigo; continúe Vd.

—V. E. envia á llamar al doctor por medio de uno de sus lacayos. Viene; y como es, perdone V. E. mi indiscrecion y mi falta de respeto, como es muy enamorado, como V. E. sea un poco blanda con él y le pregunte con mucho interés por mi amo, si V. E. le dice que haga lo posible para ponerle bueno para que pueda venir á verla, le pone á dieta, le tiene tres ó cuatro dias en observacion como él acostumbra, trascurre el tiempo señalado, y con pagar al doctor las visitas, negocio concluido.

—No le falta á Vd. ingenio.

—¡Ay, señora! Soy pobre y deseo ser rico.

—Está bien; haré lo que Vd. dice porque me parece muy oportuno.

—Cuando él salga de aquí, yo, que le estaré espiando, me haré el encontradizo, le indicaré que he venido hasta aquí porque me habian dicho en su casa que le habia llamado V. E. y urge lo de mi amo. Por el camino yo me arreglaré para que deje satisfechos los deseos de V. E.

III.

La marquesa, que aceptó el proyecto, tomó las señas del doctor para que fueran á avisarle, y Rufo, muy satisfecho de haber conocido á la marquesa y de haber obtenido los dos doblones como indemnizacion, salió casi al mismo tiempo que el lacayo, y no tardaron en encontrarse en casa del Galeno.

Iba á acostarse porque era tarde y habia perdido aquella noche unos cuantos ducados, dicho lo cual no necesito decir que estaba de muy mal humor.

—Yo voy á entrar primero, espérame, dijo Rufo al lacayo, y cuando me veas salir, sube.

IV.

El doctor le recibió de muy mala manera.

—¡Bah! no será nada lo que tenga tu amo. Es un aprensivo...

—¡Ay! no señor, está muy malo, contestó Rufo; sus amigos, que están allí, temen que se haya vuelto loco. ¡Da unos gritos, unos saltos!

—Bueno, bueno; mañana iré.

—¡Ay! ¡no por Dios! Vaya Vd. esta noche.

—¡Maldito oficio! dijo el doctor cediendo á las instancias del asistente.

—Yo me voy en seguida, y diré que detrás viene usted.

—¡Anda con mil de á caballo!

Rufo salió y encargó al lacayo que subiera.

El lacayo le encontró vistiéndose.

—Vengo, le dijo, de parte de la señora marquesa de la Llana á suplicarle á Vd. que vaya á verla. Se encuentra enferma; su médico de cabecera tambien lo está; ha tenido noticia del mérito de Vd., y mucho agradeceria que fuera en seguida.

—El caso es que me han mandado llamar para un guardia.

—Las damas son primero.

El médico, despues de reflexionar un momento,

—Tal vez me esperan buenos honorarios y quién sabe si me sonreirá el amor, se dijo.

V.

Aquel médico era médico militar.

El bueno de D. Epifánio Longoria era jóven, porque apenas habia cumplido los cuarenta años, y en aquella

época los ocho lustros representaban el principio de la madurez en la vida del hombre.

—Como no sé la casa de esa señora, dijo al criado, aunque tengo noticia de su hermosura y elegancia, Vd. me guiará.

—Con mucho gusto, dijo el lacayo.

Rufo, que estaba en acecho, les seguia, aunque á alguna distancia.

VI.

Un cuarto de hora tardarian en llegar á casa de la marquesa.

Esta señora le recibió en su gabinete reclinada sobre un almohadon que habia colocado en un sofá, presentándose á sus ojos con cierta voluptuosidad que aumentaba su belleza física.

CAPITULO VIII.

—

Un cómplice mas.

I.

El doctor pulsó á la enferma y le dijo:

—Tranquilícese Vd., señora. Todo ello es un poco de agitacion nerviosa, que con el calmante que voy á recetar á Vd. se aliviará en seguida.

—¿Es decir que le he llamado á Vd. sin necesidad? ¿Que le he molestado?

—Al contrario; me ha proporcionado Vd. una ocasion de penerme á sus órdenes.

—Confieso que soy muy aprensiva; luego, por otra parte, he tenido tan buenas noticias de Vd., como me han encomiado tanto su acierto, su ciencia y sobre todo su amabilidad, no he vacilado...

—Me ha favorecido en extremo, señora, cualquiera que haya sido el que haya tenido la bondad de hacer de mí tan inmerecidos elogios.

—Debe Vd. ese concepto á un guardia de Corps.

—Permítame Vd., señora, que me extrañe. Por regla general son poco aficionados á cuidarse. Siempre me llaman tarde, y cuando les receto que no salgan de

casa, como son tan enamorados y siempre tienen pendientes citas amorosas, se desesperan, y por regla general se despachan á su gusto murmurando de mí.

—Pues no se halla en ese caso D. Filiberto Ruiz.

—¿Es ese el que ha hablado...?

—En muchas ocasiones me ha recomendado el acierto de Vd.

—Precisamente tengo que ir á verle.

—¿Acaso está enfermo? preguntó la marquesa fingiendo la mayor extrañeza.

—Su asistente ha ido á avisarme.

—¡Oh! Entonces me explico el motivo de su ausencia. Es muy amigo mio, frecuenta mi casa y hace dos dias que no le veo.

—Con efecto, dijo irónicamente el doctor, ya sabia que tiene la dicha de ser uno de los mejores amigos de Vd.

—Comprendo lo que quiere Vd. insinuar; pero me parece que está Vd. equivocado.

—No me atrevia á hacer ninguna suposicion.

—Soy muy franca y no me gustan los rodeos. Sé que hay muchos que murmuran de la amistad que le profeso; pero al confesor y al médico se le dice siempre la verdad: puedo asegurar á Vd. que no es más que mi amigo.

—Agradezco á Vd. esa confesion; primero, porque me prueba que la recomendacion que le han hecho de mí ha surtido efecto, y despues porque tambien los hombres somos envidiosos, y yo envidiaria siempre

á Filiberto la dicha de poseer la intimidad de Vd.

La marquesa pagó aquella galantería con una sonrisa entre maliciosa y benévola.

—No quiero detenerle á Vd. más, le dijo. Si Ruiz necesita sus cuidados...

—Sospecho que no será nada; es bastante aprensivo.

—Supongo que mañana vendrá Vd. á visitarme para ver si estoy mejor, y con eso me dará Vd. noticias...

—Con mucho gusto.

—El caso es que al mismo tiempo podria Vd. hacerme un favor.

—Disponga Vd. de mí.

—Voy á parecerle á Vd. indiscreta.

—De ningun modo.

—Pues es el caso que me han dicho que Filiberto tiene un lance pendiente con una persona á quien no conozco, y lo único que sé es que esa persona debe partir en breve de Madrid.

—¿Va muy lejos?

—A Méjico, segun mis noticias: y la verdad es que ya que está enfermo pudiera su enfermedad servirme para evitarle un contratiempo.

—¡Qué dichosos son los amigos de Vd., señora! dijo el doctor.

—¿Por qué?

—Por el interés que le inspiran á Vd.

—La caridad, solo la caridad... ¿Pero no contesta Vd. á mi pregunta? He sido imprudente al formularla,

y es justo que me castigue Vd. dejándome sin respuesta.

—Yo le prometo á Vd. ayudarle en su empresa caritativa, añadió el doctor acentuando la última palabra.

—Pues entonces hasta mañana.

—Hasta mañana.

II.

En el momento en que se disponia á salir Longoria, entró un lacayo á anunciarle que el asistente de D. Filiberto Ruiz le buscaba.

—Segun eso, debe estar peor, dijo la marquesa. Corra Vd., corra Vd., y quiera Dios que no sea grave la enfermedad.

El doctor encontró en la puerta al asistente.

—¿Qué sucede, hombre? ¿Por qué estás tan impaciente?

—He vuelto á casa y, la verdad, mi amo me inspira mucho temor. Cuando me despedí de Vd. ví entrar en su casa á un lacayo de la marquesa y supuse que habria Vd. venido á verla. Por eso me he atrevido á...

—Pues no he tardado tanto.

—Con efecto; pero como yo sé que se pasan las horas muertas al lado de la marquesa... Sin ir más lejos, mi amo muchas veces cuando viene á verla me dice que le espere á las nueve en casa y dan las once y las doce y hay ocasiones en que á la una todavía le estoy esperando.

—¿Segun eso tu amo viene á menudo?

—Todas las noches.

—Parece que lo dices con cierto retintin.

—¿Pues qué, no sabia Vd...?

—Algo he oido.

—¡Toma! Pues yo estoy seguro de que tarde ó temprano mi amo será feliz.

—¿De qué manera?

—Casándose con la marquesa. Está perdidamente enamorado de ella.

—Pero la marquesa le escuchará como á todos.

—Si yo me atreviese á decirle á Vd. una cosa...

—¿Qué? Habla; siempre estás con misterios.

—Por de pronto no le diga Vd. á mi amo que ha venido Vd. á verla.

—¿Por qué?

—Hace dias que hablando con un amigo suyo le dijo que estaba de muy mal humor porque la marquesa le habia hecho de Vd. grandes elogios. Y, mire Vd. lo que son las cosas, parece que le dijo: «Un dia de estos voy á fingirme enferma y á llamar al doctor Longoria. Este es un medio muy natural de conocerle.»

—¿Estás seguro de eso?

—Segurísimo.

—Pero ¿cómo lo supo tu amo?

—¡Toma! Pues qué, ¿cree Vd. que no tiene espías cerca de ella? Una de las doncellas de la marquesa es confidente suya.

—¿De tu amo?

—No, de la marquesa; aunque, mejor dicho, tambien de mi amo. Oyó decir estas palabras á su señora, se las contó á D. Filiberto y mi amo para desahogarse las refirió á sus camaradas.

—Todo lo comprendo, pensó entonces el doctor.

Y dirigiéndose á Rufo:

—Vamos á ver á tu amo y déjate de habladurías.

El asistente habia conseguido su objeto.

—Toda vez que la marquesa desea que no peligre la vida de su amigo, durante unos dias realizaré su deseo obligándole á estar en casa, y mientras tanto yo vendré á verla á menudo. ¡Qué diablo! ¡De ménos nos hizo Dios! ¿Por qué no ha de haberse prendado de mí?

III.

Haciéndose estas reflexiones llegó con el asistente á casa de Filiberto y entró en su habitacion.

Los dos amigos del guardia salieron á su encuentro.

—Qué es lo que sucede? preguntó Longoria.

—Ruiz debe estar muy malo; aunque parece que está en su sano juicio delira cuando habla, y nosotros tememos que esté amenazado de una apoplegía.

—Vamos, vamos á verle.

—Adelante, doctor, dijo el enfermo. Haga Vd. el favor de tranquilizar á estos aprensivos, porque á juzgar por los aspavientos que hacen se acerca para mí la hora postrera.

—Veamos, veamos, dijo con gravedad el médico.

—¿Quiere Vd. el pulso?

—Naturalmente.

—Pues ahí está.

El doctor permaneció mucho tiempo pulsando á Filiberto, sacó uno de sus relojes, hizo algunos movimientos con la cabeza como dando á entender que no le agradaba la situacion del enfermo, y despues de un cuarto de hora:

—¿A ver la lengua? dijo.

Los dos guardias, doña Hermenegilda y Rufo asistian á la escena.

—Pues señor, por fortuna llego á tiempo, exclamó Longoria.

—Pero qué, ¿estoy grave?

—Todos los síntomas son de una congestion.

—¡Dios mio!

—¡De una congestion!

—Sí, de esas que vienen de mano armada; pero lo repito, tenemos tiempo para combatirla.

—¿Y qué he de hacer?

—Unos sinapismos por de pronto. Despues, de media en media hora una cucharada de un cocimiento que le voy á recetar; dieta y silencio absoluto. Mañana temprano daré una vuelta.

—En ese caso nos quedaremos esta noche, dijo uno de los guardias.

—No, no hace falta; con su asistente tiene bastante.

—¿Y si se duerme?

—Yo, que tengo el sueño ligero, dijo doña Her-

menegilda, me quedaré á la cabecera de la cama.

—Con eso basta, dijo el doctor.

—Pero, doctor, si yo no siento...

—Ese es el peor síntoma. Cuando se siente la enfermedad casi puede decirse que no hace falta el médico. Las dolencias terribles son las que le hacen creer al enfermo que está bueno.

IV.

Hablaba con tal gravedad que hasta Rufo llegó á creerse que su amo era víctima de la broma y empezó á experimentar remordimientos.

El doctor extendió su receta en latin como era costumbre.

—Ea, vengan Vds., dijo á los guardias, y tú, corriendo á la botica á buscar el cocimiento. Hasta mañana, y mucho reposo.

—¿Y si la congestion se declara? preguntó Filiberto muy atemorizado.

—Yo le aseguro á Vd. que siguiendo el régimen que le he marcado no se declarará.

V.

Los tres salieron y Rufo se encaminó á la botica por la receta.

Más de media hora estuvo llamando á la puerta del boticario.

Al cabo de este tiempo se abrió una ventanilla que habia en la puerta, y con malos modos dijo una voz:

—Qué ocurre?

—Esta receta.

—¿A ver?

Rufo entregó el papel.

El boticario se caló unos anteojos, y despues de examinar la receta:

—¿Y para esto despiertan á un cristiano? refunfuñó. Bien se conoce que es médico de militares el que ha escrito esta receta.

—¿Qué tiene Vd. que decir de ella? preguntó Rufo.

—Que lo mismo te hubiera sido ir á la fuente y llenar la botella de agua.

—Pues venga, venga la botella.

—No faltaba otra cosa despues de haberme despertado.

El boticario se retiró y al cabo de algunos minutos le entregó la botella.

—¿Cuánto?

—Doce reales de vellon.

—Cara vende Vd. el agua.

—¡Deslenguado! contestó el boticario cerrando el ventanillo despues de haber cobrado las tres pesetas.

VI.

De media en media hora tomó Filiberto una cucharada de aquel cocimiento de flores cordiales y al amanecer se quedó profundamente dormido.

Por la mañana llegó el médico y le despertó.

—Francamente, doctor, le dijo, ya me encuentro bien.

—No nos hemos librado de mala; pero lo más temible ahora es una recaida. Hoy tiene Vd. que quedarse en cama.

—Y á dieta, ¿no es eso?

—Puede Vd. tomar dos tazas de caldo y unas sopas hervidas.

—Pero hombre, ¡si estoy sano!

—Entonces ¿para qué me ha llamado Vd.?

—Tengo que ir al cuartel y...

—Ya he dado parte de que está Vd. enfermo.

—Pues necesito salir á la calle y hoy no me quedo en casa.

—Bueno; pues salga Vd. Como está Vd. muy débil sentirá Vd. mareos; por otra parte, la agitacion excitará el sistema nervioso y detrás de una esquina se cae Vd. redondo. ¡Oh! si sale Vd. de casa, desde ahora me retiro, y que otro cargue con la responsabilidad de haberle permitido semejante locura.

—Bien está; me quedaré, pero lo que es mañana...

—¡Oh! mañana ya estará Vd. en disposicion de levantarse un par de horitas.

—¿Y no saldré á la calle?

—Hasta pasado mañana, no.

—¡Cómo ha de ser! Me conformaré. Pero no importa; pasado mañana aun es tiempo.

—¿De qué?

—De nada; yo me entiendo.

—¿Vé Vd.? Cuando digo que no está Vd. muy seguro todavía... A la tarde volveré.

Abandonemos un instante al enfermo imaginario para asistir á la entrevista que tuvo la marquesa de la Llana con el marqués del Puente el dia en que, como habia ofrecido, fué á comer á su casa y á hacerle la visita de despedida.

CAPITULO IX.

Lo que consiguen la ambicion, el tálento y la gracia cuando toman la forma de una mujer bonita.

I.

Cuando un hombre ha sentido amor hácia una mujer en su juventud y las circunstancias han adormecido ó apagado la pasion inspirada por un momento y pasan años y vuelve á hallar á la mujer que hizo latir su corazon, corre riesgo de tropezar en el escollo de que logró escapar, atraido entonces no solo por el objeto amado, sino por los recuerdos de la época en que por la primera vez le amó, que suelen ser los que están enlazados con su juventud.

Esto acontecia al marqués del Puente.

En sus mocedades habia encontrado en algunos salones á la marquesa de la Llana.

La belleza, la elegancia, el talento de aquella mujer le habian fascinado.

Habia pensado en ella algun tiempo, habia vacilado en declararle su amor, limitándose solo á manifestarle con las miradas, y cuando estaba decidido á confesarle su pasion, supo que iba á casarse.

Mas tarde se alegró de aquel suceso, porque cuando

tuvo acasion de conocer la conducta que observaba la marquesa, cuando llegaron á su noticia algunos rasgos de los que constituian su carácter, pensó que hubiera sido muy desdichado con ella y dió gracias al cielo por haberle librado de caer en la tentacion.

Pero habian trascurrido bastantes años.

En este tiempo habia tenido de sus desdichados amores con una mujer del pueblo de Sevilla á la niña que vimos prohijada por Pepe-Hillo y su mujer; habia sufrido mucho su conciencia; todo su cariño se habia concentrado en la hija de quien tenia que vivir apartado y en su madre; habia entrado en ese período de la vida á que la edad conduce á los hombres, y cuando le mandó á llamar la marquesa de la Llana solo pensaba en la fortuna que debia á la suerte, y daba gracias al cielo porque con ella podria labrar la felicidad de su hija.

Pero al ver á la marquesa no pudo ménos de recordar la época feliz de su vida en que la habia contemplado por primera vez, y las insinuantes palabras de aquella señora no despertaron un nuevo amor en su alma, no; esto era imposible, pero le estimularon á desear saber la historia de aquella mujer durante el período de tiempo en que habian vivido sin verse.

II.

Acudió, pues, al convite y la marquesa le dió algunos encargos para Méjico, en donde su difunto marido habia dejado algunos bienes á cargo de un administrador demasiado moroso.

Estos encargos los hizo la marquesa á su amigo durante la comida.

Al llegar á los postres comenzó la expansion.

—Si yo me atreviera haria á Vd. una pregunta, dijo Matilde, que este era el nombre de la marquesa.

—Yo seria un ingrato, respondió Enrique, si no me apresurase á manifestar á Vd. que deseo complacerla. Me ha tratado Vd. tan bien, con tanta amabilidad, me ha dado unos manjares tan escogidos y tan sabrosos...

—Es decir, que desea Vd. pagarlos.

—Corresponder al ménos.

—Pues bien, entonces, sea; voy á atreverme á hacer á Vd. esa pregunta.

—Hable Vd., señora.

—¿Se acuerda Vd. de la época en que nos conocimos?

—Hace lo ménos diez y ocho años.

—Es verdad; entonces tendria Vd. á lo sumo diez y seis ó diez y siete.

—Lo que quiere decir que ahora tengo treinta y tres ó treinta y cuatro.

—No los representa Vd.

—Gracias por la lisonja; pero no es eso lo que deseo. Si es Vd. franco yo lo seré tambien.

—He prometido serlo y cumpliré mi palabra.

—Vamos á ver, ¿me equivoqué yo, ó Vd. aspiró á ser algo más que amigo mio?

—Confieso que entonces no me hubiera bastado ese título. Sentí, en efecto, por Vd. un cariño que era algo más, bastante más que amistad.

—Gracias, gracias por la sinceridad.

—Pero vacilé, y cuando estaba decidido supe que iba usted á casarse.

—¿Y Vd. no sabe por qué tomé esa resolucion?

—Amaría Vd. al que iba á ser su esposo.

—Ha pasado tiempo y ya no hay peligro en confesarlo. Yo creia que Vd. me amaba, y, la verdad, correspondí á su afecto; pero Vd. no se explicaba, Vd. huia de mí, y despechada me casé. Solo así se comprende que una mujer honrada como yo haya sido tan infeliz en su matrimonio.

—¿Ha sido Vd. desdichada?

—¡Ah! mucho; dí con un hombre que no me comprendió.

—Sin embargo, al poco tiempo quedó Vd. viuda, volvimos á vernos, y Vd. evitó mi presencia, huyó de mí.

—Porque sabia una historia que me hacia mucho daño.

—¿Una historia?

—Sí, Enrique, sí; una mujer que se interesa por un hombre no le pierde de vista. Los más insignificantes detalles de su existencia le preocupan, y yo supe los amores que Vd. habia tenido con una hija del pueblo, y supe tambien que tenia Vd. una hija. ¿No es verdad?

—Sí, señora; por eso hoy vivo consagrado á ella, lamentando que la obcecacion de un momento me impulsase á abandonar á su madre, con lo cual condené á la más triste orfandad á su hija

—Y sin embargo, vive y está al lado de Vd. y de su madre.

—Segun eso, ¿lo sabe Vd. todo?

—Todo, absolutamente todo; por lo mismo he deseado que tuviéramos esta entrevista y celebro que exista entre los dos la confianza á que hemos llegado. Marqués, Vd. es bueno, y en nombre del afecto que nos hemos profesado, afecto que ya no puede ocupar nuestra alma, porque sobre aquel fuego ha caido la nieve de los años, voy á hablar á Vd. con entera franqueza. Su hija de Vd. ha vivido mucho tiempo al lado de una familia tambien del pueblo.

—Es cierto.

—El famoso torero Pepe-Hillo y su mujer la prohijaron. Su madre de Vd. pudo rescatarla; pero no ha logrado del mismo modo borrar el afecto que despertó en su alma un hijo de ese célebre torero.

—Ese jóven es hoy uno de los mas célebres militares españoles. Ha adquirido la estimacion de sus jefes y hasta del mismo rey, que Dios guarde, le considera como un héroe.

—¿Y Vd. piensa concederle la mano de su hija?

—Ya se la he concedido. En cuanto termine la guerra se casarán.

—Con lo cual labrará Vd. su desdicha.

—¿Qué dice Vd.?

—¡Ay! amigo mio; si no sintiera tanto interés por usted no le hablaria de este modo. Pero aun á riesgo de aparecer indiscreta, debo de contar á Vd. lo que se

refiere en los círculos más aristocráticos. Por la misma razon de que acaba Vd. de heredar una inmensa fortuna, los envidiosos de su suerte se han aumentado. No teniendo ningun motivo para motejarle, no pudiendo decir de Vd. sino que es un bizarro militar, un hombre honrado, un hijo cariñoso, un leal servidor del rey, la murmuracion, que necesita cebarse en las personas á quienes envidia, dice por ahí que Vd. concede al hijo del torero la mano de Dolores porque entre los dos jóvenes existe un lazo que cubriria su rostro de vergüenza si no lo santificase el matrimonio.

III.

Al oir estas palabras se levantó el marqués.

—¡Esa es una calumnia.

—No lo dudo; y estoy segura de que no la oirá pronunciar jamás. Pero á todas partes seguirá á su hija y á su esposo y los salones se cerrarán para ellos, porque ¿quién querrá admitir en su casa á la esposa del hijo de un torero?

—¿Y qué me importa? Con su valor ha hecho olvidar su orígen. El rey le ha ennoblecido.

—Si no lo dudo, si yo estoy segura de la inocencia de su angelical hija de Vd., pero... Vd. tiene un medio de sellar los lábios de los maldicientes.

—¿Cuál? hable Vd.

—¿Va Vd. á emprender un viaje dentro de dos dias? Pues bien, la boda de los jóvenes está dispuesta para dentro de un mes, ¿no es eso?

—En efecto.

—Aplácela Vd. Los que suponen que le corre á usted prisa casar á su hija se convencerán de que se han equivocado en sus malévolas suposiciones. En este tiempo podrá Vd. volver de su viaje, y entonces...

IV.

Enrique guardó silencio durante algunos instantes.

La marquesa, como asaltada por un pensamiento añadió:

—Enrique, voy á dar á Vd. una prueba del afecto que le profeso.

—¿Vd., señora? Me ha dado Vd. ya tantas...

—Voy á darle la última, la más grande.

—Hable Vd.

—Hace diez y ocho años que nos conocemos. Por entonces se dijo en algunos círculos que Vd. me hacia la córte... Pues bien, Vd., al casar á su hija con ese joven lo hace porque teme que no haya ninguna persona digna de su alcurnia que en atencion á lo oscuro del orígen de Dolores quiera darle su mano. Cuando nació su hija de Vd. yo estaba unida ya. Inventamos una fábula para el mundo. Yo confesaré que es hija mia, que nos unimos en secreto; Vd. no ha de casarse nunca, yo tampoco, y puede muy bien existir un motivo para que vivamos juntos, pero al fin y al cabo podrá aparecer como fruto de legítimo aunque de secreto matrimonio, y yo podré indemnizar á Vd. de los pesares que haya podido causarle á Vd. con mi conducta.

—¿Habla Vd. de veras? dijo Enrique.

—¿Puede Vd. dudarlo?

—Sé que acepta Vd. un sacrificio inmenso.

—¿Qué no se hace por el hombre que se ha querido?

—Si fuera Vd. capaz, añadió Enrique dominado por el orgullo de raza, si fuera Vd. capaz de dispensarme tan señalado servicio y no fuera un sacrificio para usted el que esa fábula se realizase, yo declararia que nos habiamos unido en secreto antes del nacimiento de esa niña y seria su esposo de Vd.

—¡Ah! Enrique, Enrique, esa seria mi mayor felicidad... Pero ignora Vd. que la familia de Pepe-Hillo sabe...

—No importa; si le he de decir á Vd. la verdad, Matilde, yo he aceptado esa union más como una necesidad que como una fortuna. El jóven es honrado, pundonoroso, valiente; pero siempre me ha exaltado la idea de que su orígen seria un eterno gérmen de disgustos para mi desgraciada hija. A ella le costaria trabajo renunciar á ese amor; pero al lado de Vd...

—¡Oh! A mi lado seria otro mundo muy distinto del en que ha vivido hasta ahora. Si Vd. consigue que su buena madre acceda á depositar en mi poder á esa jóven, yo me valdré de todos los medios para hacer su felicidad y conseguir que olvide esa pasion de la niñez. En cuanto á la influencia que pudieran ejercer sobre ella sus padres adoptivos, con la perspectiva de abandonar la córte de España, de ir á vivir á Italia ó Francia, hallará algun consuelo.

Allí, en los círculos aristocráticos, hallará nuestra hija un esposo digno de ella.

—Marquesa, si se realizaran todos esos planes yo seria el más feliz de los hombres.

—Pues en su mano de Vd. está que se realicen.

—Esta misma noche hablaré con mi madre.

—Mañana le espero á Vd.

V.

Poco despues se separó el marqués de Matilde, y convencido que de la solucion que le habia propuesto era la que más convenia á su posicion y á su fortuna, habló á su madre y consiguió que adoptase el plan.

Enrique cometia una gran ingratitud condenando á la desesperacion al que habia salvado su vida.

Pero el orgullo puede mucho en ciertas almas y la suya era orgullosa.

—Yo le haré rico, se dijo. De este modo le pagaré el beneficio que me ha hecho.

Aceptado el proyecto en todas sus partes, convinieron en preparar el viaje y en trasladarse el marqués con su madre y con su hija á Guadalajara, á donde iria tambien la marquesa de la Llana.

Su matrimonio se celebraria en Sigüenza, y despues partirian la marquesa del Puente, su nuera y Dolores á Zaragoza, donde tenia una casa la marquesa de la Llana, y en tanto emprenderia Enrique su viaje á Méjico.

Todas estas disposiciones se tomaron precipitadamente.

El doctor Longoria recibió una carta de la marquesa, á la que acompañaba un bolsillo con cuatro onzas de oro.

Se despedia de él y le daba las gracias por sus cuidados.

El mismo dia recibió Rufo una visita del mayordomo de la marquesa.

Aun faltaban dos dias para cumplir los ocho del plazo.

Pero le dió el total de lo pactado y le dijo:

—Ya quedas en libertad de permitir á tu amo que salga.

Rufo respiró.

CAPITULO X.

—

Donde se descubre la intriga.

I.

Al recibir el doctor Longoria la carta de la marquesa, sin poder explicarse aquella despedida y deseando aparecer á sus ojos como un hombre delicadísimo, contestó acto contínuo manifestando que no la habia asistido por interés, que era muy poco lo que habia hecho en cambio de la amistad que le habia ofrecido, y por lo tanto que le devolvia el dinero.

—Tome Vd. esta carta, dijo al lacayo, y devuélvasela Vd. con ese bolsillo á su señora.

—El caso es, contestó el fámulo, que no puedo servir á Vd. Mi señora ha partido.

—¿Sí? ¿Cuándo se ha marchado?

—Anoche; lo único que puedo manifestar á Vd. es que quien debe saber algo es Baltasara, una de las doncellas de la señora, que ha sido despedida, y sabiendo algo y no estando en la casa puede ser que se explique.

—Bien vale una onza esa noticia; tómela Vd. y dígame dónde vive Baltasara, aunque mejor seria que

usted la buscara y le anunciase mi deseo de verla. A mi casa puede venir; soy médico, y...

—Vendrá, señor, vendrá.

II.

El doctor rompió la carta que habia escrito y se guardó las tres onzas.

—Al ménos tendré este recuerdo de ella, se dijo. ¿Pero habrá dejado alguna persona encargada de sus intereses? añadió.

—Lo único que puedo decir á Vd. es que á estas horas estará cerrada su casa, y el mayordomo habrá partido á buscar á la señora. Mis compañeros y yo hemos quedado en libertad, y aunque nos pasa salario la señora hasta su vuelta, cada uno nos iremos á vivir donde mejor nos parezca.

—¿Segun eso se trata de un viaje misterioso?

—Me parece que sí.

—Vaya, pues tenga Vd. otra onza y dígame lo que sepa acerca de ese viaje.

III.

El doctor salió á hacer su visita.

Al dirigirse á casa de Filiberto con ánimo de darle de alta, se encontró la jaula vacía.

El pájaro habia volado.

—¿Dónde está tu amo?

—¿Quién lo sabe?

—¿Sin mi permiso?

—Yo le he dado de alta.

—¿Tú?

—Calle Vd., señor, los dos hemos sido víctimas...

—¿Qué es lo que estás diciendo?

—Esa pícara señora marquesa de la Llana, valiéndose del cariño que yo tengo á mi amo, me dijo que corria peligro, que no saliera de casa en unos dias; yo le hablé, y de la misma manera que Vd., porque tambien sé que se explicó en el mismo sentido, he contribuido á que permaneciera en casa.

—Tienes razon; los dos, movidos por la mejor buena fé, le hemos engañado.

IV.

No bien habia terminado de hablar cuando se oyó un fuerte campanillazo.

Poco despues entró gritando Filiberto.

—¿Que es eso? dijo el doctor, ¿ha recaido Vd.?

—Déjeme Vd. en paz.

—¿Qué pasa?

—Voy á cometer un crímen; es imposible que yo pueda resistir semejante felonía.

—Explíquese Vd.

—La ira me ciega.

—Calma, hombre, calma.

—La he de matar, y á él.

—¡Dos asesinatos!

—Mil cometeria; estoy furioso.

—Pero, señorito... se atrevió á decir Rufo.

—Quítate de delante, ó te divido.

—No me lo dirá su mercé dos veces, contestó el fámulo echando á correr.

—Tranquilícese Vd., dijo el doctor; veamos qué es lo que pasa: yo soy médico y amigo. Si no quiere usted los servicios de la ciencia, al ménos los de la amistad...

—No hay una mujer buena, dijo Filiberto paseándose precipitadamente por la habitacion.

—¿Y Vd. lo dudaba?

—Todas son pérfidas, coquetas.

—¿Todas? Habrá alguna excepcion.

—Ninguna, absolutamente todas, y más que todas la marquesa de la Llana.

—La conozco mucho; es una señora muy distinguida, notable, virtuosa.

—Es una infame.

—¿Está Vd. seguro de lo que dice?

—Segurísimo; y si no, vamos á ver, ¿qué opinaria Vd. de una mujer que despues de haberle á Vd. tenido engañado durante mucho tiempo aprovechase la circunstancia de encontrarse Vd. enfermo para salir de Madrid sin decir á dónde, llevándose al lado á un galan que acaba de heredar una inmensa fortuna para hacerle su marido?

—Eso es una iniquidad; yo no puedo creer...

—Créalo Vd.

—Necesitaria pruebas.

—Ha desaparecido de su casa, ha mandado cerrar las puertas, ha despedido á su servidumbre y no ha dicho á nadie á dónde ha ido.

—Quizás obedezca esa determinacion á alguna causa respetable.

—Apenas llegué y me enteré de lo que pasaba... ¡oh, yo tengo un corazon muy leal! comprendí lo que habia sucedido, y acto contínuo me fuí á casa del marqués del Puente. Tambien allí me dijeron que se habia marchado.

—Bien; pero Vd. no ignora que ha corrido la voz de que ha heredado una inmensa fortuna en Méjico y que ha ido á recogerla.

—¡Oh, qué rayo de luz acaba Vd. de darme! Ahora lo comprendo todo. Esa harpía, esa infame le habrá catequizado. Los dos han partido juntos, los dos van á pasar el mar... ¡Si al ménos se ahogasen...! ¡Si los tragasen los tiburones...! ¡Si naufragasen...! ¡Ah, Dios mio, Dios mio! Esa mujer va á ser mi perdicion, porque mañana mismo voy á pedir mi retiro, voy á pedir prestado á todo el mundo para emprender el viaje; voy á Méjico, los encuentro, los mato y me ahorcan; hé aquí una tragedia inspirada por una mujer.

—Serénese Vd.; ¿no seria mejor que en vez de perderse por una ingrata, suponiendo que lo sea, procurase Vd. olvidarla, aprovechando la circunstancia de ser jóven, buen mozo, guardia de Corps...?

—Sí, lo que es eso, buen mozo... como todos.

—Y luego el uniforme...

—Es verdad, el uniforme...

—Vd. tiene partido con las mujeres.

—Pues por eso me incomoda que me la haya jugado á mí una marquesa. Yo bien sé lo que haré. Ella tenia muchas enemigas, todas las damas de la córte. Hablaré mal de ella, descubriré todas sus faltas, diré que se ha escapado con el marqués sin haberse casado antes, porque la verdad es que no han tenido tiempo; buscaré algun fraile de buen humor que haga coplas satíricas, las propagaré por la córte y se las enviaré á Méjico.

—Eso, eso.

—Soy testarudo y no cedo.

—Yo le ayudaré á Vd. en su obra.

—Vd. ¿Con qué motivo?

—Por pura amistad.

—¿Pero Vd. la conoce?

—La he asistido dos ó tres veces y ¡qué diablo! voy á decirle á Vd. la verdad.

—¿Sabe Vd. algo?

—Le he hecho un favor á esa señora engañando á un amigo, á un compañero.

—¿Qué dice Vd.?

—Vd. no ha estado enfermo.

—Entónces, ¿cómo me ha tenido Vd. en la cama á dieta?

—Esa mujer me mandó llamar; me dijo que corria Vd. peligro, que unos cuantos hombres estaban

decididos á darle una paliza, á matarle, y pretextando que se interesaba mucho por Vd., me encargó que hiciera cuanto estuviera de mi parte para que no saliera de casa.

—¿He sido víctima de una intriga suya?

—Así parece.

—¿Y Vd. ha sido cómplice?

—Sin saberlo.

—Todo lo comprendo; conociendo mi genio ha dicho: «Este hombre busca al marqués, le mata y...» Pero Vd. no ha cumplido con su deber de caballero.

—No me negará Vd. que he cumplido con el de amigo.

—¿Todavía tengo que darle las gracias?

—Sí, y alegrarse de que yo me haya enterado: yo le libraré de esa dama que ha jugado con nosotros: venga esa mano.

Los dos se despidieron, y decidido Filiberto á olvidar en los brazos del placer el desengaño que acababa de recibir, acordándose de su aficion á los toros se fué á la botica de la esquina de la calle del Leon, donde solian reunirse los grandes diestros, y tropezó de manos á boca con Pepe-Hillo.

CAPITULO XI.

—

Entre toreros....

I.

La botica de la calle del Leon era en la época en que pasa la accion de esta historia el punto de cita, el centro de reunion de los toreros y aficionados á la fiesta nacional, y con las reseñas de las lidias taurinas alternaba la chismografía, especialmente la relativa á las hijas de Eva.

La murmuracion es un defecto que se atribuye al bello sexo, y si hemos de ser justos debemos convenir en que tambien alcanza al sexo feo.

II.

—Maestro, decia á Pepe-Hillo su banderillero Santos, me paese que si esperamos al Lechuguino nos vamos á estar aquí hasta el dia del juisio por la tarde.

—Chiquiyo, ¿por qué dises eso?

—Porque anda entretenío con una mujé, y en comensando é soltar la muy se le pasan las horas sin haser caso á naide.

—Pues yo creo, dijo otro, que si no viene es por mieo de que le abronquemos. Se ha sabío su aventura, y por sierto que tiene grasia.

—¿Qué es ello, muchacho? Echa por esa boca.

Todos prestaron gran atencion.

III.

—Pues naa; paese ser que en la última corría hiso tilin á una dama muy encopetá, y al dia siguiente al escureser se presentó en su casa un lacayo con mucho misterio y le largó un billete perfumao exigiendo que contestase en siguía.

—Difísil era eso.

—¿Por qué?

—Porque le estorba lo negro.

—Siempre has de ser tú fachendoso y nos has de avergonsar á los que no entendemos de letras.

—Lo que ese está buscando es que yo un dia le ponga la mano en la cara por charrán.

—¡Chitito! dijo Pepe-Hillo con aire de autoridad; callen toos y que continúe la aventurilla del Lechuguino.

El mayor silencio reinó de nuevo en la reunion.

IV.

—Como iba isiendo, añadió el que tenia la palabra, el Lechuguino salió de prisa y corriendo y se fué á ca-

sa de D. Lesmes, el maestro de escuela de la esquina.

—«Mire Vd., señó maestro, le dijo; aquí hay una jara pa que Vd. me desifre el contenío de este papel y despues se quée Vd. mudo y siego. Le advierto que si se *berrea* con alguno le largo una mojá que le parto.»

El probe maestro hiso mil protestas de guardar silensio, y calándose unas antiparras leyó con sonrisa maliciosa lo siguiente:

«He visto á Vd. en la plaza ejecutar con gran maestría las más arriesgadas suertes, y una voz secreta me dice que el que tal valor demuestra debe poseer un gran corazon.

»Casada con un hombre que no me comprende, con un hombre que considera á la mujer, no como un sér, sino como una cosa, mi alma se halla ávida de admirar esos bellísimos horizontes que solo sonrien cuando hay paridad de sentimientos.

»Al conocer á Vd. he creido encontrar...

»Me avergüenza la confesion que acabo de hacer. Rompa Vd. este billete y compadezca á una pobre mujer que ha tenido la debilidad de mostrar su corazon.»

V.

Terminada la lectura:

—¡Caracoles! exclamó Pepe-Hillo, me paese que la que tal ha escrito debe ser alguna buscona de esas que andan por ahí...

—No diga Vd. eso, maestro; si es naa ménos que...

Y acercándose al oido del diestro pronunció un nombre.

—¡Bendito sea Dios, y lo que son las mujeres! Desir que su marío no la comprende cuando está chalao por ella... ¡Qué lástima é carrera de baquetas que le pusiera el cuerpo lo mesmo que un tersiopelo...! Pero prosigue el cuento.

—Aluego que el señó Lesmes le leyó el papel, salió andando, y al hallar en la calle al lacayo que le esperaba:

—Oye, tú, le dijo; yo no sé escribir, y por lo tanto la contestasion á ese billete es difísil. Hay cosas que no deben fiarse á naide y...

—No tan difícil como parece, contestó el criado, que aunque astur se conoce que era un granuja.

—Pues no veo el medio.

—Bien dicen, que el amor es ciego.

—Mira, pa que alumbres, guárdate esa medalla, dijo dándole media pelucona de esas que cantan como una campana.

—No sé si debo aceptarla. Si mi señora supiera...

—¿Por quién me has tomao? ¿Crees que voy yo á ir con el cante...? Guárdala y dime qué debo haser, poique la letura de esa carta me ha guillao er sentío.

—¿Vd. no sabe escribir?

—Ya te lo he dicho.

—Yo tampoco.

—Estamos como tres en un zapato.

—Precisamente eso es lo mejor en el caso actual.

—¿Te burlas?

—Dios me libre.

—Acaba, condenao.

—Cuando una contestacion no se puede dar por escrito...

—¿Qué...?

—Se da de palabra.

—Es decir...

—Es decir que mi señora aguarda á Vd. porque desea conocerle. Supone que Vd. no traspasará los límites del respeto que se debe á una dama de su alcurnia, y solo desea conversar un rato acerca de la fiesta taurina, de la que es entusiasta admiradora.

—Andandito.

—Aun no he concluido.

—¿Qué farta?

—Lo más esencial.

—Te escucho.

—Para ir á su casa es preciso que le vende á Vd. los ojos, y cuando Vd. se retire de la entrevista le acompañaré guardando la misma precaucion.

—Lo mesmo que en las comedias, dijo Pepe-Hillo.

—¡Já, já, já! exclamó la cuadrilla.

—El Lechuguino se atavió, y guiado por el lacayo penetró en la casa de la dama. Despues de atravesar varias habitaciones llegó á una en donde quitándole el lacayo el pañuelo que cubria sus ojos:

—Aguarde Vd. aquí, le dijo, y mucha discrecion.

Un momento despues se presentó una mujer, y Jeromillo al verla se quedó sin saber lo que le pasaba. En fin, para concluir, que el hombre estaba tan cortao al verse ante una gran señora que por más insinuaciones de esta, por más que esgrimió toa su coquetería y le dirigió las más amables sonrisas se quedó como un palo.

Cansada la dama de ver lo inútil de sus esfuerzos:

—Antes de que nos separemos, le dijo, me permitirá Vd. que le dé un consejo. Abandone Vd. el oficio que ha elegido é ingrese en la órden de Gilitos.

Y sin darle tiempo á que contestase tiró del cordon de una campanilla, se presentó el lacayo, y con voz que revelaba el despecho de que se hallaba poseida,

—Acompañe Vd. á su casa á ese angelito, dijo.

VI.

Estas palabras produjeron una nueva explosion de risa en todos los que las escucharon.

—Vaya, dijo Pepe-Hillo, que el Lechuguino, que la echa de seductor, ha quedao corrío como un chino.

—Ya ve Vd., maestro, al fin y al cabo esa presoniya pertenese á otra clase, y el hombre que no está acostumbrao á ciertos requilorios... Vamos, que el que más y el que ménos en su caso...

—¿Qué estás disiendo, chaval? ¿Acaso esas señoronas son de otra especie que las demás mujeres? ¿Apostais algo á que drento de ocho dias este cura es dueño

de su corasonsito? Pero ¿qué digo? ¿Estaré yo loco? ¿Y mi probesita María del Pópolo? ¡Quiá, si como eso no lo hay en el mundo! Perdóname, Mariquilla; sabes ya que tu José es incapaz de cometer una felonía. Ea, muchachos, á la paz de Dios, que nesesito ir á mi casa. No se me quita el peso que tengo en el alma, por lo que he dicho, hasta que dé un abraso al ángel de mi via.

Y el protagonista de esta obra se disponia á salir cuando penetró en la botica nuestro antiguo amigo D. Filiberto Ruiz.

VII.

El bizarro guardia de Corps se enteró de lo que se trataba y por su parte añadió:

—Pues el Leohuguino debe dar mil gracias á Dios por haberse librado de las garras de esa sirena. Con tener en cuenta que pertenece á la aristocracia es lo bastante para comprender que tendrá seco el corazon.

—Señó Filiberto, contestó Pepe-Hillo, mala opinion le meresen á su mersé las damas de la aristocrasia.

—Quien dice la verdad, ni peca ni miente, y lo que digo de esas damas lo hago extensivo á sus maridos, hermanos, hijos, etc. No hay uno que abrigue buenos sentimientos. Y si no, ahí tenemos al marqués del Puente, que...

—Poco á poco; el señó marqués es un hombre mu cabal y no consiento á naide que hable sin respeto de su mersé.

—Con mucho calor le defiende Vd., señor José.

—Es que yo soy mu natural y me gustan las cosas rigulares.

—Como va á casarse Antoñito con su hija... exclamó en voz baja Santos.

Filiberto oyó esta exclamacion, y dirigiéndose al famoso torero:

—Puesto que Vd. iba á su casa le acompañaré, y por el camino hablaremos de un asunto que á los dos nos interesa.

—Sea en buen hora; las cosas sobre la marcha.

Los dos salieron y acto contínuo se entabló el siguiente diálogo.

CAPÍTULO XII.

—

Palabras y papeles.

I.

—Amigo Pepe-Hillo, Vd. es un hombre de corazon, un buen padre, y tratándose del porvenir de su hijo no puede Vd. permanecer indiferente. Han llegado á mis oidos ciertas noticias que deseo saber el grado de verdad que tengan, porque tal vez de ellas dependa el que su hijo Antonio sea feliz ó desgracido toda su vida.

—¿Qué es lo que Vd. dise, seño Filiberto? ¿Qué notisias son esas? Hable su mersé pronto.

—Escuche Vd. con calma, que de cualquier modo, aun es tiempo de prevenirnos para lo que ocurra.

—Ya escucho.

—Ante todo, va Vd. á contestarme á varias preguntas.

—Soy un Catesismo.

—¿Es cierto que su hijo Antonio piensa casarse con Dolores, la hija del marqués del Puente?

—Y tan sierto que solo por esa chiquiya ha ido mi Antonio á la guerra á conquistarse un lugar entre los

más valientes y poer ofreser á ese luserito los trofeos de la vitoria. Y á la verdad que el chaval ha cumplío como bueno. Ya ha alcansao el grao de capitan, y las notisias que he resibío últimamente, es que caa dia se cata el afeuto del general Ricardos, y quién sabe si andando er tiempo será tambien un general, que de ménos nos hiso Dios. Vamos, que estoy eseando que güerva pa que con Lolilla vaya á la iglesia y me los trinque el cura por el piscueso y les diga los laitines.

—No se entregue Vd. tan pronto á la alegría.

—¿Por qué?

—Porque tal vez no sea tan fácil como Vd. supone que se realice ese enlace.

—Los chicos se quieren, yo les doy mi bendision y...

—Sí, pero tal vez el padre de Lola no dé su consentimiento.

—¿Acaso se deshonrará su hija casándose con mi Antonio?

—No es eso, pero...

—Mire Vd., yo soy mu franco, y si á ver fuéramos ciertas cosas... Al fin mi Antonio es hijo de ligítimo matrimonio, al paso que Lolilla es hija del pecao. Su pare será too lo marqués que quiera; pero es soltero, y esa niña es el fruto de unos amores de contrabando.

—Algo he oido.

—Clarito; su madre era una infelis de mi tierra, del barrio de San Bernardo; murió, y mi mujersita, que tiene un corason como no hay otro, se compaesió de la probe criatura y la arrecogió. Dempues, en casa ha

vivío con nosotros, se la ha educao en el santo temor de Dios, y me paese á mí que el pare que la abandonó no tendrá derecho alguno pa impedir la boda.

—¿Dónde está el marqués del Puente?

—Disen que ha salío pa Méjico.

—¿Y su madre y Dolores?

—Esas se han dío á una posesion que tiene la marquesa yo no sé dónde; pero vendrán pronto, segun disen.

—¿Vd. no ha oido hablar de la marquesa de la Llana?

—No, señor.

—Pues bien, esa es una mujer intrigante, ambiciosa, sin corazon, que ha sabido que el marqués ha heredado una pingüe fortuna y trata de catequizarle para que la haga su esposa.

—¿Y á mí qué?

—Que Vd. tiene que estar muy sobre aviso, porque si se efectúa esa boda, esa mujer, á quien domina el orgullo de raza, hará cuanto esté de su parte para impedir el enlace de Antonio y Dolores.

—Lo que Vd. me ise es pa golverse loco un cristiano. Mi hijo moriria de dolor.

—Tranquilícese Vd.; yo le ayudaré, y por de pronto voy á ver á mi antiguo compañero y amigo el duque de la Alcudia para ver si puedo pasar al ejército de Méjico. Tengo una cuenta pendiente con el marqués del Puente y ¡vive Dios! que nos hemos de ver las caras.

—Pues buena suerte, y Vd., que es mi amigo, haga cuanto puea pa estorbar que se oponga ese mardesío marqués á la felisiá de mi hijo y Lolilla.

Se estrecharon afectuosamente la mano y Filiberto se dirigió al palacio del duque de la Alcudia mientras que Pepe-Hillo, hondamente preocupado con lo que acababa de oir, caminaba hácia su casa

II.

Cuando llegó encontró llorando á María del Pópolo.

—¿Qué te pasa, mujersita mia, que te veo tan afligia?

—¡Ay, Joselillo de mi alma, y qué desgrasiaos somos!

—¿Qué dises? Acaso nuestro hijo Antonio... habla pronto, porque paese que se me ha atravesao una espina en el corason.

—No es eso, José; á Dios grasias, nuestro Antonio seguía sin noveá cuando de él tuvimos notisias la última vez, y yo espero que la Santísima Vírgen oirá mis súplicas pa que salga sano y salvo de la guerra.

—Pus entonses no sé...

—Acabo de resibir una carta; Frasquito me la ha deletreao y su contenío me ha llenao de tristesa.

—¿Pus qué dise esa carta?

—Léela, léela.

—Si ya sabes que me estorba lo negro; pero calla

que aquí viene quien podrá sacarnos del compromiso, añadió al ver entrar á su discípulo.

Este leyó la carta, que decia así:

III.

«María: si como madre cariñosa desea Vd. conservar la vida de su hijo Antonio, procure Vd. por cuantos medios estén á su alcance que olvide á Dolores.

»Hay personas que tienen grandísimo interés en que no se efectúe el enlace proyectado, y si él persiste en su empeño, el dia ménos pensado, bien donde se halla, bien cuando regrese aquí, le quitarán de en medio.

»Yo bien comprendo lo difícil que es convencer á un jóven enamorado para que renuncie á sus ilusiones; pero en el corazon de una madre amante y cariñosa como Vd., hay bastante elocuencia para conseguirlo.

»No firmo esta carta porque si lo efectuase querria Vd. hacerme preguntas á las que por ningun concepto podria contestar.

»Valor y mucha actividad porque los instantes son preciosos.»

IV.

—Esa es una infamia, exclamó Pepe-Hillo cuando terminó la lectura de la carta, y me paese á mí que si encuentro al que dirige esa trama, mala corná me dé un toro si le dejo un hueso sano.

—Mira, José, lo primero es la vida de nuestro hijo.

—Está tranquila respecto de eso; el chico es valiente, y como tiene la consiensia tranquila, al que se presente lo espabila. Lo que yo deseo, como he dicho, es descubrir á los que dirigen la intriga.

V.

Se quedó pensativo y despues de una breve pausa:

—¡Ah, que idea! Ahora recuerdo lo que me ha dicho el señó Filiberto, ese guardia tan buen mozo que siempre anda en lios con mujeres... Milagrillo será que no anden en el belen los marqueses del Puente y de la Llana. Como yo me vea con ellos, de un modo ó de otro se arreglará tóo.

—José mio, no te presipites; más vale que vayas á pedir consejo á tu virtuoso amigo el guardian de San Fransisco.

—Es una buena idea; es hombre de mucho pesqui; nos quiere de veras y él me aconsejará lo que conviene.

—Pues no pierdas tiempo; yo entre tanto pediré á la Vírgen que nos saque de estas tribulasiones.

—Y yo por el camino le resaré una Salve y ofreseré un manto nuevo á la Vírgen de la Paloma si se conjura esta tempestá que nos amenasa.

Acompañemos al torero al convento, en tanto que su mujer buscaba alivio á sus penas en los inefables consuelos de la religion.

CAPITULO XIII.

Una visita al guardian de San Francisco.

I.

Atravesaba el famoso diestro los magníficos claustros del convento de San Francisco para dirigirse á la celda del padre guardian, cuando un lego saliendo á su encuentro,

—D. Pepe, D. Pepe, le dijo, salude Vd. á los amigos.

—No habia visto á Vd., fray José, que de otro modo no pasaria yo sin estrechar la mano de quien tanto quiero.

—Precisamente despues del refectorio iba á ir á buscarle.

—¿Pus qué ocurre?

—Que el *Tratado de tauromáquia* se está imprimiendo y pronto se pondrá á la venta.

—Y hará furor; yo, aunque esté mal el desirlo, creo que sé argo de toros, y con las ideas que le he apuntao, Vd., que escribe mu florío, habrá hecho una cosa güena... Pero me ocurre una oservasion.

—Vd. dirá.

—¿El libro va á llevar mi nombre?

—Naturalmente.

—Pero, hombre, los que me conosen y saben que no sé ni el *Cristus*, no van á creer que yo he escrito la obrilla.

—Error, D. José, error; sabido es que los que nacen en países meridionales tienen una imaginacion más viva, y además por escribir una obra no se entiende materialmente la parte mecánica de la escritura, sino el ordenar las ideas. Lo primero lo hace el escribiente; lo segundo, el escritor.

—Eso me tranquilisa, porque, la verdá, como muchos me tienen invidia, podia salir por ahí algun pelon con una toná disiendo que si yo no era el autor, que si fué, que si vino.

—Esté Vd. tranquilo respecto de ese punto, y empiece ya á comprender la celebridad que va á adquirir su nombre en España cuando se sepa que Vd. publica un tratado único en su género y que viene á cimentar sobre bases muy sólidas una diversion que por sus tradiciones, por los lances que entraña, por su originalidad es el asombro de cuantos extranjeros visitan nuestra patria.

—Fray José, que ucé era mi amigo, ya lo sabia yo; pero er favor que acaba Vd. de ispensarme escribiendo er libriyo es superior á cuanto pudiera isirle. Lo sierto es que me voy á colocar á la altura de toos esos escritores sélebres como D. Ramon de la Cruz, Menendez Valdés, D. Gaspar Melchor Jovellanos, y voy á ser, por arte de birli-birloque, su... ¿cómo le disen?

su compañero, esa es la idea; pero no le disen así, su...

—Su colega.

—Ajajá. Y si viera Vd. en qué sircunstancias va á venir er librito... Ya habrá Vd. sabío que mi hijo Antonio se está portando en la guerra como un héroe.

—He leido varias *Gacetas* que así lo demuestran.

—Tampoco ignorará Vd. que en terminando la guerra se casará con Dolorsillas, que aquí pa entre los dos, es casi marquesa.

—Algo he oido.

—Pues bien, si los padres de la chiquiya arreparan en que dé la mano á un hijo de un torero, me paese á mí que tratándose de un escritor... Vamos, que se darán con un cantito en los pechos. Además que mi Antonio no está desnuo, y su padre, Dios mediante, va á ganar mucho parné esta primavera. No es fantesía lo que voy á isir á Vd; pero no sé cómo arreglarme pa estar en toas las plasas donde quieren que toree. Me han avisao pa Málaga, Cádiz, el Puerto, Sevilla y no hay tiempo material estando comprometío en Madrid, á no ser que se varíen los dias de las funsiones. Quiero ganar mucho dinero pa comprar lo primero á mi Antonio un coche de coyeras, ¡qué diantre! quiero que brille el chiquiyo. Pero me estoy distrayendo del ojeto prensipal que me ha traío al convento. Fray Aniseto, hasta dempues, que voy á ver al pae guardian.

—Vaya Vd. con Dios, D. Pepe.

III.

Pepe-Hillo, olvidando por un momento las penas que le devoraban, radiante de satisfaccion al pensar que su nombre se haria inmortal con su *Tauromáquia*, entró algo más tranquilo en la celda del padre guardian.

Le besó la mano segun tenia por costumbre, aceptó un polvo de rapé que le ofreció el reverendo y abordó la cuestion que allí le llevaba en los siguientes términos:

IV.

—Padre, hoy, como siempre que estoy lleno de angustia, vengo á buscar en los consejos de Vd. el alivio á mis penas.

—Ya sabe Vd. amigo mio, que yo estoy siempre dispuesto á consolar al triste, cumpliendo así la mision á que estoy consagrado.

—Pues es el caso que mi Mariquiya ha resibío una carta de esas sin firma... ¿cómo le disen? un...

—Un anónimo.

—Eso; y la carta resa que es presiso que mi Antoniyo no se case con la mujer que idolatra, y que, si persiste en ello, el mejor dia al golver de una esquina me lo escabechan. Su probe maresita está con el corason como un alfeñique, y yo, aquí donde Vd. me ve, me susede lo mesmo.

Y al decir esto dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas del torero.

V.

—Calma, Sr. José, calma, y tenga Vd. en cuenta que esos disgustos que Vd. sufre son pruebas á que Dios nos somete para que expiemos nuestras culpas. Además, si yo no temiera ofender á Vd...

—Vd. no puede ofender, padre mio.

—Pues bien; si no temiera ofender á Vd. le diria que aconsejase á su hijo que desistiera de ese enlace.

—¿Poi qué?

—Porque no puede haber felicidad para él en el porvenir.

—Si los chicos se idolatran...

—No constituye la felicidad en el matrimonio la impetuosidad de la pasion. Al sensualismo grosero de los sentidos reemplaza, ó mejor dicho, debe reemplazar la apacible tranquilidad del afecto; y esa tranquilidad no puede existir cuando en los cónyuges existen diferencias de cuna, de educacion ó de carácter.

—Bien disen que no se acuesta uno nengun dia sin deprender algo nuevo; yo ignoraba que las señás marquesas tuviesen otro aquel que las probes, y por eso me paesía que un moso como mi Antoñiyo, que quiere á Dolorsitas con las entretelas de su corason, podria haserla feliz, replicó con sarcasmo Pepe-Hillo.

—Su hi o de Vd., Sr. José, tiene condiciones para

hacer feliz á una mujer; pero créame Vd., él no lo seria con esa muchacha.

—Si es un ángel.

—Sí, pero hoy que está enamorada la pasion acalla el orgullo de su linaje; cuando haya pasado la primera alborada, cuando trate de presentarse en sociedad con su marido, no tenga Vd. la menor duda de que se acordará de la profesion de su padre, y como no faltarán personas que á título de amigas le hagan ver la diferencia de clase, algun dia en uno de esos momentos que turban la tranquilidad de los esposos le echará en cara el sacrificio que ha hecho casándose con él.

—Vamos, que lo que acaba Vd. de isirme no me lo diria el mayor amigo. ¿Acaso mi hijo no es honrao? ¿Acaso yo he cometío arguna de esas fartas que avirgüensan á un hombre? Mi hijo se ha conquistao una posision brillante con su valor, se ha ennoblesío... Y si á dinero vamos mi hijo no es ningun pelon, que casas tengo yo en Sevilla y más dinero que algunos que andan vendiendo fantesía.

—Todo eso está muy bien; pero el mundo es injusto y no prescinde de ciertas preocupaciones.

—En fin, dígame su mersé lo que debo haser.

—Lo primero averiguar dónde se halla la marquesa del Puente.

—¿Y dempues?

—Hacer que María del Pópolo vaya á verla. Las mujeres se comprenden mejor, y esté Vd. seguro que lo que ella no alcance no lo conseguiria Vd.

—Pepe-Hillo se quedó pensativo un momento, al cabo del cual:

VI.

—Me paese muy bien lo que Vd. dise; pero ¿cómo sabré yo dónde está la señá marquesa? Ya he preguntao en su casa y naide da rason.

—Vaya, vuelva Vd. por aquí dentro de tres ó cuatro dias que yo lo averiguaré.

—Que Dios conserve la via de vuesa reverensia pa consuelo de los afligíos, dijo el torero despues de besar la mano al padre guardian, y se retiró de su presencia.

El héroe de nuestra historia volvió á su casa, refirió á María del Pópolo lo que habia pasado en la entrevista que acababa de celebrar, ella aprobó el consejo del reverendo y comenzó á hacer los preparativos del viaje para ponerse en camino en el momento en que se supiese dónde residia la marquesa.

VII.

Cuando espiró el término señalado fué Pepe-Hillo al convento, y el padre guardian, que como habrán comprendido nuestros lectores estaba en inteligencia con los marqueses del Puente,

—No tiene necesidad su mujer de Vd. de moverse de Madrid para ver á la marquesa. De un dia á otro regresará y puede ir á su casa.

—¡Grasias, padre! que Dios nos ilumine.

CAPITULO XIV

—

Una alegría inesperada.

I.

Preocupado Pepe-Hillo con lo que le pasaba, sintiendo esa opresion en el alma que anuncia algo funesto, se dirigia á su casa, y tan distraido iba que no notó que pasó á su lado D. Filiberto Ruiz.

Pero el bizarro guardia, acercándose á él y apoyando familiarmente una mano en la espalda,

—Sr. José, salude Vd. á los amigos, y mucho más nen á darle una buena noticia.

II.

Y sin dar casi tiempo al torero á que le contestase, sacó de uno de sus bolsillos un periódico, y mostrándosele,

—Escuche Vd. lo que dice *El Mercurio*.

—¿Es argo de la guerra?

—Sí señor; y para Vd. será una satisfaccion el escuchar lo que dice de su hijo Antonio.

—Pues ande Vd., que estoy en áscuas.

Filiberto desdobló el periódico y leyó lo siguiente:

III.

«La historia del reinado de Cárlos IV hará pasar á la posteridad muchos nombres esclarecidos que hace poco se encontraban olvidados, pero que gracias á sus gloriosos hechos serán inmortales.

»Si fuéramos á ocuparnos de todos los episodios de la campaña que venimos sosteniendo por la honra é independencia de nuestra querida pátria, hechos muchos de ellos dignos de los grandes tiempos de la Frena, necesitaríamos un tiempo y un espacio del que no podemos disponer.

»Pero cumpliendo la palabra que hemos dado á nuestros suscritores de reseñar, siquiera sea brevemente, lo más notable de la gnerra, vamos á referirles la hazaña, que así debe llamarse, llevada á cabo por el bizarro capitan D. Antonio Delgado.

»Este pundonoroso oficial se encargó una noche de las más crudas del presente mes de sorprender y destruir el parque de reserva que tenia Augereau en el Plá del Coto, entre Bellegarde y Figueras.

»Bastáronle para esta hazaña unos mil voluntarios de los tercios de Cataluña y doscientos somatenes.

»Este nuevo Leónidas hizo la postrer cena en compañía de sus jefes, y despues de brindar por su rey y por su pátria, partió derecho al Plá del Coto con sus

valientes esparciatas, atravesó el Muga con el agua hasta la cintura, trepó sendas y precipicios, llegó al parque sin ser sentido, cayó sobre el enemigo, mató al comandante, y mientras unos peleaban, otros clavaban los cañones y preparaban el incendio. Otro jóven tambien muy bizarro que iba á sus órdenes, llamado Tenreyro, pereció en la refriega; pero D. Antonio Delgado hizo rendirse á los que en la brigada enemiga escaparon de las bayonetas, y siguió la heróica empresa todo el tiempo que fué dable, sembrando la alarma á pocos pasos en el campamento enemigo.»

—¡Ay, señó Filiberto de mi arma, déjeme Vd. que le estreche en mis brasos, porque la felisiá inunda mi arma! Bendito sea Dios, que premite que un hijo mio haiga hecho esa hombrá... Si le igo á Vd. que el chiquiyo tié que dar que jablar más que paese.

Y al pronunciar estas palabras, lágrimas de ternura paternal, de orgullo, inundaban su rostro.

IV.

—«El campamento enemigo, prosiguió Filiberto, se componia de diez mil hombres, que eran franceses y no moros. En los tiempos del Cid se contaria este hecho como una maravilla; y, sin embargo, estos bravos eran soldados y adalides de los tiempos de Cárlos IV.

»Perecieron en la empresa unos cincuenta. Los demás volvieron salvos á los reales del ejército y trajeron mas de cien prisioneros.»

V.

—Miste, señó Filiberto, la letura de ese papel me hase recordar una dua que yo siempre he tenío y que osté me va á aclarar.

—Veamos.

—¿Vd. sabe si el Cid estuvo en Sevilla en arguna ocasion?

—¿Por qué dice Vd. eso?

—Poique más de cuatro veses al verme á mí en la plasa los afisionaos irme derecho al toro y plantarme elante de él pa darle mulé, he oio desir: «Ese hombre es más valiente que el Cid,» y no tendria naa de extraño que yo llevase sangre en mis venas, y que por consiguiente, mi Antonio...

—Tal vez, se limitó á contestar Filiberto no pudiendo contener la risa que le provocaba la pregunta del torero.

—Y hablando de ca cosa un poco, ¿consiguió usted del señó duque de la Alcudia que le mandase al ejército de Méjico?

—En cuanto le indiqué mi deseo se apresuró á complaserme.

—Vamos, que el sueldo será una cosa más que rigular.

—Nunca he sido ambicioso, y Vd. sabe muy bien que no es el vil metal lo que me anima á emprender la expedicion.

—Ya lo sé; y Vd. comprenderá que nunca fué mi ánimo... ¿Y cuándo es la marcha?

—Dentro de breves dias; ya tengo en mi poder una carta de mi amigo Godoy para el Virey, para que la presente y me ponga á sus órdenes.

—Pues que sea enhorabuena, y que realise Vd. too cuanto proyecta. ¡Dios quiera que yo tambien sarga del laberinto en que nos ha metío esa marquesa de los demonios, y que mi Antonio, al gorver vitorioso halle en su enlase con Dolorsillas er premio de su heróico valor y de los sacrifisios que ha hecho por la independensia de nuestra quería patria.

—Así sea.

VI

Los dos amigos se abrazaron de nuevo, y cuando iban á separarse:

—Miste, señó, Vd. dirá que es una fantesía mia, pero quisiera que me diese ese papel pa yevarlo á mi casa pa que se entere mi mujé, y dempues ponerlo en un cuadro pa que too er mundo sepa lo que es mi Antonio.

—Es muy natural lo que Vd. desea, y puede estar seguro de que si no le ofrecí el periódico antes, fué porque me olvidé de ello.

—Pues mil grasias, y déjese Vd. ver el dia de la marcha.

—Siempre pensé despedirme de tan buen amigo.

VII.

Pepe-Hillo entró triunfante en su casa con el periódico en la mano; uno de la cuadrilla lo leyó á María del Pópolo, y despues de la expansion natural en aquellos padres que tanto querian á sus hijos, refirió Pepe-Hillo á su mujer lo que le habia dicho el padre guardian respecto al regreso de la marquesa del Puente.

VIII.

—La Vírgen ha oio mis súplicas, dijo aquella virtuosa mujer; no pues figurarte lo que me alegra esa notisia, porque me hubiera sio mu doloroso separarme de tí en los pocos dias que fartan pa que tú salgas á cumplir los compromisos que tienes pendientes con algunos asentistas.

CAPITULO XV.

—

Una píldora dorada.

I.

—La señora no recibe á estas horas; hace un momento que ha regresado de su viaje y está descansando, decia un fámulo, con esa grosería innata en los de su clase, á María del Pópolo, que acongojada, febril, impaciente, llegaba como sabemos á la morada de la marquesa del Puente para ver si conseguia despertar en el ánimo de la aristocrática dama los buenos sentimientos é inclinaba su ánimo en favor de su hijo Antonio para que no se opusiera al enlace en que el valiente jóven fundaba todas sus ilusiones.

—Tenga Vd. la bondad de anunciarle que María del Pópolo, la esposa de Pepe-Hillo...

—No se canse Vd., señora; mi ama no está visible para nadie.

—Suplico á Vd. que le pase recao. Fray Meliton, el guardian del convento de San Francisco, me ha indicao...

—Si Vd. es la recomendada de Fray Meliton, puede pasar desde luego. Mi señora la aguarda.

Y el servil astur se deshizo en cumplimientos para disculparse por su grosería; pero María del Pópolo, sin hacerle caso,

—Avise Vd. mi llegada á la señá marquesa.

II.

El criado volvió un momento despues y acompañó á la afligida madre al gabinete de la aristocrática dama.

Saliendo ésta al encuentro de la esposa de Pepe-Hillo:

—Pase Vd., hija mia, pase Vd., que ansiaba verla.

—Gracias, señora, gracias.

—Mi muy amigo fray Meliton, el guardian del convento de San Francisco, ese santo varon que cifra toda su dicha en enjugar las lágrimas de los que sufren, me anunció ayer que vendria Vd. á verme, aunque sin decirme el objeto de su visita. Yo, que deseaba vivamente conocer á Vd., que ansiaba estrechar la mano de una persona tan digna, tan caritativa, tan virtuosa, dí órden á mis criados para que á no ser á Vd. no permitieran entrar á nadie, con objeto de que cuando llegara pudiera yo consagrarme á Vd. por entero.

—¡Ah! ¡cuánto agraesco lo que Vd. me dise, señá marquesa; y mi agraesimiento es tanto mayor cuanto que veo en sus bondades una esperansa de buen éxito respecto á la comision que aquí me ha traido.

—Hable Vd. con franqueza.

—Pues bien, señora; Vd. sabe que yo tengo en la guerra un hijo llamado Antonio.

—Efectivamente; y por cierto que es un bizarro jóven, modelo de valientes. Ayer precisamente he leido en *El Mercurio* un hecho heróico llevado por él á cabo. ¡Oh! ¡indudablemente la suerte le reserva un gran porvenir.

—Yo creo, por el contrario, que ha de ser muy desgrasiao.

—¿Desgraciado?

—¡Oh! mucho.

—Explíquese Vd., amiga mia.

—Mi hijo guarda en su pecho una pasion que le ha de haser infeliz.

—A su edad, señora, las pasiones son relámpagos que no dejan huella alguna. ¿Amará y no será tal vez correspondido? ¡La historia de siempre! En la juventud, cuando por decirlo así aun no se ha formado el corazon, cuando solo se vive de impresiones del momento, se disipan estas y se suceden con una celeridad pasmosa. ¿Quién no habrá pensado en esa dichosa edad que no hallaria felicidad sino con la persona que por primera vez hizo vibrar su corazon? Y sin embargo, si consultásemos á todos los que se han casado, difícilmente encontrariamos uno que haya realizado lo que podriamos llamar el primer sueño de amor.

III.

Estas reflexiones hicieron comprender á María que su interlocutora adivinaba el punto á que queria llevar

la conversacion, y auguró muy mal del éxito de su visita.

Pero como no era posible retroceder, como su cariño de madre le impulsaba á jugar el todo por el todo para saber á qué atenerse, aunque para ello tuviera que apurar la copa del dolor.

IV.

—Puedo asegurar á Vd., dijo, que en mi Antonio concurren sircunstansias por las que no se le pué comparar con los demás amantes.

Y como si esta confesion hubiera aumentado la tristeza de su alma, hizo una breve pausa y añadió:

—Me explicaré. Primeramente, no solo es acogío su amor por la presona á quien le dedica, sino que ella le corresponde con alma y vida. Además, no es la impresion de un momento la pasion que le devora: es la consecuensia del trato íntimo, de contemplar por espasio de mucho tiempo á la presona adorá, de haber estudiao su caráter, sus sentimientos; de haber vivío la misma vida, de hallar paridad de ideas, inclinasiones... Vd. sabe mu bien el tiempo que Dolores ha estao en nuestra compañía, y ella y mi Antonio han cresío juntos y el amor se ha infiltrao en su alma de una manera que ná ni naide podrá borrar, sin que al intentarlo cause su desgrasia.

V.

Hablaba con tal vehemencia María del Pópolo, su voz expresaba de tal modo la angustia de su corazon, que la marquesa, á pesar de estar preparada para aquella escena, á pesar de su mucha práctica para salir airosa en las circunstancias más difíciles, estuvo á punto de dejarse llevar de la emocion que le producian las palabras de la angustiada madre.

Pero reponiéndose y con una sonrisa bondadosa:

VI.

—Vd. exagera, mi buena amiga. No es esto decir que Dolores no sienta hácia su hijo un entrañable afecto; pero ¿puede traducirse esto en amor? El amor de los jóvenes es duradero como la vida de las flores: apenas nace, muere.

—¡Que Dolores no ama á mi hijo...! Vd. misma está persuadia de ello, y buena prueba es que pa ver si la ausencia le hase olvidarle...

—¿Alude Vd. á la separacion que se ha efectuado?

—Sí, señora.

—No ha sido esa la causa.

—¿Pus qué otra ha podío influir pa esa determinasion?

VII.

La marquesa se mordió los lábios porque no sabia qué responder, pero de pronto:

—No me atrevia á decir á Vd. la causa por temor de inferirle un agravio.

—Hable Vd., que jamás podrá ofenderme una presona que tanta estimasion y respeto me merese, repuso con la mayor humildad.

—La sinceridad de Vd. me obliga á ser completamente franca. Si hemos separado á Dolores de su lado es porque al fin y al cabo es hija de un marqués, y como usted comprenderá, es preciso que reciba una educacion esmerada.

María del Pópolo, que recordó en aquel momento los sacrificios que habia hecho por su hija adoptiva, y veia que no solamente eran olvidados, sino que se le queria dar á entender que habia descuidado la educacion de la niña,

VIII.

—A nuestro lao, exclamó con la mayor amargura, no ha visto ná de que pueda avergonzarse, y además me paese que ha aprendío cuanto pudiera desear la señorita más exigente.

—No ha sido mi ánimo ofender á Vd. en lo más mínimo. Bien sé que su hogar es modelo de virtudes...

Pero Dolores, que por sus circunstancias está llamada á brillar en el gran mundo, necesita adquirir ese refinamiento, por decirlo así, en su modo de ser, que solo se consigue alternando con personas de su clase. Así, pues, hemos determinado ponerla en un convento donde concurren como educandas las hijas de nuestra aristocracia, y á su lado adquirirá ese buen tono, esa elegancia, ese no sé qué... que distingue á las clases elevadas.

Este era un nuevo dardo dirigido al corazon de la esposa de Pepe-Hillo.

Pero, como ya hemos dicho, tenia fuerzas bastantes para apurar hasta el fin el sufrimiento, y sin darse por ofendida, con voz suplicante:

IX.

—¿Y podria yo saber, añadió, en qué convento ha ingresao Dolores?

—Daria la mitad de mi vida por poder contestar á usted. Pero el padre de la niña me ha impuesto la mayor reserva respecto de ese punto, y Vd. comprenderá...

—Comprendo, en efeto, ó mejor dicho, comprendia antes de venir aquí lo que iba á escuchar.

—¿Qué quiere Vd. decir?

—Que hase pocos dias he resibío un anónimo en el que se me desia que habia presonas que tenian un vivo interés en que mi Antonio no se casase con Dolores,

que desistiese de su empeño, y que tuviese en cuenta que si se obstinaba en dicho enlase temiese por su vida:

—¡Qué infamia! dijo aparentando la mayor indignacion la marquesa. Pero Vd. me ofende sobremanera al creer encontrar relacion entre ese anónimo y lo que estábamos hablando.

—Dispense Vd., señá marquesa; pero sufro tanto, que no sé ni lo que digo, ni lo que pienso.

Y deseando poner término á aquella entrevista por lo dolorosa que era para ella,

IX.

—Ahora, señá marquesa, añadió, ya que pierdo toa la esperanza que me animaba al venir aquí, permítame Vd. que me retire.

—No se deje Vd. dominar por el dolor. Quién sabe si algun dia... Con fuerza de voluntad, una madre lo puede todo.

—¿Qué quié Vd. desir?

—Su marido de Vd. es un hombre honrado, pero el arte á que se dedica será siempre un obstáculo para el enlace de Dolores. ¿Qué diria la buena sociedad cuando supiera que la hija de un marqués daba su mano al hijo de un torero?

—¡Ah, yo creia que en el mundo bastaba ser honrao, haber adquirío con el trabajo una posision desahogá, pero veo que me equivoco!

—El mundo es ciertamente injusto; pero ¿qué quiere

Vd.? No podemos prescindir de ciertas leyes, que serán tal vez precupaciones.

—Pus al precio que Vd. indica, jamás alcanzará mi hijo la felisiá. Su padre esta enorgullesio con la popularidá que ha alcansao en las lides taurinas, y más aun al ver que su conduta intachable le ha granjeao el apresio de muchas presonas de las primeras familias de España. El mismo duque de Osuna, que frecuentemente le sienta á su mesa, que se complase en hablar con él de los mil episodios de las lides taurinas, le habia prometío ser el padrino de la boda el dia en que mi hijo tornara de la guerra.

X.

La conversacion fué interrumpida por la llegada de un criado que anunció á la marquesa de la Llana.

Apenas entró esta:

—Tengo el gusto de presentarte, le dijo la del Puente, á María del Pópolo, la esposa del famoso torero Pepe-Hillo.

—Ansiaba conocer á una persona tan digna, y debo decir, en honor de la verdad, que el retrato que me habian hecho de su belleza era muy pálido respecto al original.

—V. E. me favorese mucho, dijo inclinándose María del Pópolo.

—Y ya que la casualidad me ha proporcionado la dicha de admirar á una persona cuyas virtudes, cuya ca-

ridad, cuyo acendrado amor hácia su esposo y sus hijos es proverbial, mi mayor deseo será que honre mi casa y me considere como su mejor amiga.

—Me confunde V. E. con sus bondades, y con el más profundo reconosimiento, séame permitío pedir lisencia pa retirarme.

—¡Oh! en ese caso yo la llevaré á Vd. en mi carruaje. De ese modo podré retardar algo el momento de separarme de Vd.

—Y así diciendo, se despidió de la marquesa del Puente, y venciendo la timidez de María del Pópolo, bajó con ella la escalera y un instante despues subian al carruaje de la aristocrática dama.

XI.

—No puede Vd. figurarse, le decia por el camino, lo que me gustan las lides taurinas. Bien es verdad que no hay espectáculo que las iguale. Ver que el valor y la destreza de un hombre hace humillarse ante él á un animal tan fiero como el toro, es admirable, y solo así se explica que no haya extránjero que al venir á nuestro país no fije especialmente su atencion en esas luchas, que son, por decirlo así, vivo reflejo de lvalor, de la entereza del corazon que, con orgullo podemos decirlo, se refleja en todos los españoles.

—Pus mire V. E. lo que son las cosas, la señá marquesa del Puente me aconseja que influya en el ánimo de mi marío pa que abandone esa profesion.

—¡Qué disparate! ¿Y por qué consejo tan absurdo? preguntó con la mayor sinceridad.

—Porque tengo un hijo que quie casarse con Dolores, y como el padre de ella es marqués, dise que jamás perdonaria la buena sosiedad que alternase con ella el desendiente de un lidiaor.

—Esa es una opinion particular de la marquesa, que yo seré la primera en combatir. Por lo demás, la fama publica las hazañas de su hijo de Vd. en la guerra; es un jóven muy bizarro, y aunque no tuviera otros títulos, que en él existen muy recomendables, bastarian los que ha adquirido recibiendo el bautismo de sangre al frente de los enemigos de nuestra patria.

XII.

María del Pópolo, como madre cariñosa, agradeció con toda su alma estas palabras, y en su orgullo natural no pudo adivinar la falta de sinceridad de la que las pronunciaba.

El carruaje se detuvo á la puerta de la morada de Pepe-Hillo, y María del Pópolo, despues de estrechar en sus brazos á la marquesa de la Llana, se despidió de ella.

El carruaje partió de nuevo.

María del Pópolo penetró en su casa.

CAPITULO XVI.

Lo que se hace por un hijo.

I.

—Mujersita mia, dijo Pepe-Hillo saliendo á su encuentro, ya estaba impasiente al ver que tardabas tanto. ¿Y qué tal, son güenas las notisias que ties que darme?

—¡Ay! Joselillo, no me atrevo á disirte en lo único que fundo mis esperansas.

—¿Qué es ello?

—De tí depende que se arregle la boda.

—¿De mí?

—Sí.

—Pus entonses, andandito.

—¿Me prometes que tú no serás un ostáculo?

—¿Chiquiya, te quies callar?

—Es que er sacrifisio que te voy á exigir...

—No pronunsies esa palabra; ¿acaso naa de lo que haga un pare por su hijo pué ser sacrifisio? Pero ante too, dime si has averiguao argo de Loliya.

—Loliya está en un convento.

—¿Te chanseas?

—Harto te dise mi rostro que no estoy pa gromas.

—¡Pero si me has dejao espatarrao con esa notisia! ¡Loliya en un convento! ¿Y qué va á haser allí? Porque á la chica, si hemos de ser francos, no le tiraba mucho el ser monja.

—La han llevao á él pa educarla.

—¿Tan atrasá está? Y que oiga uno estas cosas despues de haber visto lo que ha deprendío esa claveyina... ¡Probesita! Se va á aburrir entre aquellas viejas tan arrugás, tan gasmoñas...

—Tú, sin embargo, podrás evitarlo.

—¿Cómo?

—Recuerda que has prometío haser cuanto te diga pa la felisiá de los chicos.

—Acaba, mujer, acaba.

—Pus bien, la marquesa, que hoy por hoy se niega á que Dolores sea esposa de nuestro Antonio, dise que si tú...

—Que si yo... ¿qué?

—Que si tú te retirases del toreo tal vez...

—No digas más, Mariquiya, que semejante proposision me ensiende la sangre, y si no discurpase tu deseo de arreglar la boda...

—¿Vas á enfaarte conmigo?

—No; pero carcula lo imposible que eso es... Y ahora que voy á publicar un libro y voy á ganar más onsas con él... Y el dinero es lo de ménos... Voy á adquirir una importansia... Figúrate tu, naa ménos va

á ser este cura que un escritor, casi un presonaje.

—Sí, pero con toas esas satisfasiones, de que tú solo gosarás, nuestro Antoniyo será mu desgrasiao.

II.

Pepe-Hillo, que habia notado en los ojos de su esposa algunas lágrimas que pugnaba por contener María, iba á darse por vencido cuando la llegada del lego, á quien ya conocemos, fué un refuerzo, por decirlo así, para que no se declarase en retirada.

—Mariquiya, añadió, aquí viene quien podrá tersiar en la contienda y dar la rason á quien la tenga.

—¿De qué se trata, Sr. D. José?

—Fray Niseto, Vd., que es hombre de pesqui y de buen sentío, dirá si es justo que yo me retire del toreo.

—De ningun modo... Por supuesto que Vd. no debe hacer caso; solo algun envidioso puede haber aconsejado esa atrocidad.

—Pus pa que Vd. se pasme voy á isirle quién ha sio...

—¿A que lo adivino?

—Me paese que no.

—¿Pedro Romero?

—Quiá.

—¿Su hermano...?

—Tampoco.

III.

Y como viese que el lego se quedaba silencioso:

—No faitigue Vd. su caletre; quien me ha hecho semejante proposision ha sio mi María del Pópolo.

—Jesús, María y José, exclamó fray Aniceto.

La esposa de nuestro héroe no desplegó los lábios. ¡Tan dominada se hallaba por el dolor!

Pepe-Hillo continuó:

IV.

—Ya ves, mujer, como yo desia la fija.

—Vd., amigo José, continuó el lego, no puede retirarse del toreo porque es Vd. un hombre público.

—¿Ascuchas, Mariquiya?

—Y los hombres públicos no se pertenecen á sí mismos.

—¿Te enteras?

—Además, los que como Vd. han llegado á alcanzar cierto grado de popularidad no pueden prescindir de ciertos deberes, porque de otro modo pasarian por ingratos á los ojos de todo el mundo.

—¿Lo estás viendo?

María del Pópolo, que sufria lo que no es decible con aquella alegría que manifestaba su marido, se despidió del lego y se retiró para dar rienda suelta á su llanto.

Pepe-Hillo y fray Aniceto quedaron solos.

V.

—Ahora que ya poemos hablar de nuestro asunto con toa franquesa, ¿qué se dise por ahí del libro?

—Sr. D. José, el libro hará furor.

—Cuente Vd., comparito, lo que haya oio.

—Pasaba yo ayer por las gradas de San Felipe, cuando deteniéndome Ruperto, aquel cortador que se sienta junto al toril... ¿Se acuerda Vd.?

—¿No he de acordarme? Si no pierde corría...

—Pues bien, como iba diciendo, se acercó á mí y con mucho misterio,

—«Ahí va esa limosna, dijo poniendo en mi mano un peso de plata.

—»Dios se lo pague, contesté.

—»Vd. es hombre muy razonable, prosiguió, y va á contestarme á una pregunta.

—»Veamos, dije.

—»¿Es cierto que se está imprimiendo el *Arte del toreo?*

—»Y tan cierto que mañana se pondrá á la venta.

—»En ese caso diga Vd. á Pepe-Hillo que reserve un ejemplar para mí, porque segun mis noticias se van á arrebatar.»

—¡Carambita! exclamó con la mayor satisfaccion nuestro protagonista.

—Yo, continuó fray Aniceto, le ofrecí que le daria

el ejemplar en la primera corrida y se mostró muy agradecido.

—La verdá es que el libro tiene mérito. Y aluego la noveá... Naide se habia atrevío á reunir en un libro...

—La idea ha sido fecunda. Vd. sabe muy bien las mil disputas á que daban lugar ciertas suertes de la lidia, porque no habia unas reglas fijas á qué atenerse, al paso que ahora...

—¿Pero el libro se ha puesto por fin á la venta?

—Ya sabe Vd. que ayer se presentó á la censura eclesiástica, y lo ménos han de tardar un dia los que le examinen para darle el pase.

Parecerá una exageracion á nuestros lectores lo que decimos respecto á la censura, pero se convencerán de su exactitud si tienen en cuenta la época á que nos referimos.

VI.

Continuaban en sabrosa plática, siempre sobre el mismo tema, y no se daban traza de terminar, cuando la llegada del cartero les distrajo de su conversacion.

—D. José, dijo con alegría, hay carta para Vd.

—¿De estrangis?

—Sí señor; por la letra debe ser de su hijo.

—Pus lo ofresío es deuda: ahí van esos cuatro duros pa que vaya Vd. á la botiyería.

—Que haya buenas noticias; dijo el cartero retirándose.

—Estimando.

Pepe-Hillo abrió la carta y dándosela al lego,

—Hágame Vd. el osequio de ver qué me dise Antonio.

—Con mucho gusto, Sr. D. José.

La carta estaba concebida en los términos que van á ver los lectores en el capítulo siguiente.

CAPITULO XVII.

—

Donde Pepe-Hillo y su mujer descubren que lo que les hace tragar la marquesa es una píldora.

I.

«Mis queridos padres: He recibido una carta de Dolores que ha llenado de angustia mi corazon. Dice que vaya corriendo para librarla de proyectos que respecto á ella tienen la marquesa del Puente y la de la Llana, proyectos que desconoce, pero que le hacen temer por nuestra felicidad.

»Yo bien sé lo difícil que es el que me concedan licencia en estas circunstancias; pero si Vd. ve al señor duque de la Alcudia, él lo puede todo.

»De cualquier modo, aunque sea desertando de las filas, yo voy á Madrid: no puedo vivir tranquilo con lo que me ha escrito Lolita. Envio la carta de esta para que Vd. la presente si es preciso.

»Mil abrazos á mis hermanitos, y sobre todo á mi madre, y Vd. sabe, padre mio, que le quiere con idolatría su

Antonio.»

II.

—Y er condenao lo hará como lo dise. Capaz es de venirse andando el dia ménos pensao... ¡Y qué ingraton se ha güerto con esos maldesíos amores! Ni una palabra nos dise de sus hasañas... Pero ¡qué diantre! A su edad, cuando pica el bichiyo en el corason, se orvia tóo lo demás.—Ea, haga osté el favor por completo. A ver qué dise la carta de Loliya.

—Escuche Vd.

Y el lego leyó:

III.

«Antonio de mi vida: Hace dos dias que vine á un pueblo, cuyo nombre ignoro, con la marquesa de la Llana y mi abuelita la marquesa del Puente.

»Me preguntaron varias veces que si persistia en la idea de casarme contigo; contesté que sí, y aunque procuraron disuadirme con ruegos primero, con amenazas despues, yo juré que pasaria por todo ménos por renunciar á ser tu esposa.»

—Vamos, que la chiquiya escribe de perlas; ¿qué particular es que mi Antoñiyo esté chalao?

Fray Aniceto continuó:

IV.

«No insistieron, pero me dejaron anunciándome que necesitaba permanecer en el convento una larga tem-

porada, hasta que tú regreses de la guerra á lo ménos, para perfeccionar mi educacion. ¡Figúrate qué tontería! Yo tengo bastante con saber amar á mi Antonio de mi alma, y eso no me lo han de enseñar en el convento.

»De todos modos, yo esperaría todo el tiempo que fuera necesario, si no hubiera descubierto por algunas palabras que me ha dicho la superiora, y otras que he oido á algunas de las madres, las cuales en sustancia vienen á demostrarme que el proyecto de la marquesa del Puente, que se toma mas interés por mí del que parece natural, no es otro que apartarme para siempre de tu lado.

»Estoy atemorizada, porque si tú no acudes en mi auxilio, son capaces de tenerme aquí toda la vida.

»Dos ó tres veces ha intentado ya la superiora demostrarme que siendo yo hija de un marqués debo aspirar á casarme con una persona de mi misma clase, y habiéndole yo manifestado que eso no lo conseguiria de mí nadie en el mundo:

—»Pues, hija mia, me dijo, ya tienes para rato en el convento.

»Me eché á llorar, y he pasado muchos dias y muchas noches con los ojos llenos de lágrimas.»

—¡Pobresita de mi arma, dijo Pepe-Hillo pasándose el revés de la mano por los ojos; si no lo viera, no lo creeria!

—Pues carta canta, dijo el lego.

—Ande osté, fray Aniseto, acabe osté de darme el escopetaso.

—Ya queda poco.

—Pus lo tragaremos de un sorbo.

El lego prosiguió:

V.

«No te puedes imaginar, Antonio mio, lo que he trabajado para encontrar el medio de hacer salir esta carta del convento; todas las puertas se me cerraban. He intentado entenderme con algunas de las legas, y todas han rechazado mis proposiciones.

»Al fin y al cabo creo que he encontrado lo que buscaba.

»Un arriero que suele traer al convento provisiones, trajo una carta para la superiora; ésta la contestó, y me dijo por hallarme á su lado: «Lleve Vd. esta carta á la tornera para que la entregue al arriero y la ponga en la estafeta del pueblo.» Y como la tornera no sabe leer, la trasmití la órden de la superiora, pero en vez de su carta puse la mia.

»No me he atrevido á leer la que me dió la superiora, pero la guardo, y cuando tenga valor la leeré. No sé por qué me figuro que se ha de hablar de mí. Está dirigida á la marquesa de la Llana.

»Si se me presenta otra ocasion escribiré á tus padres.

»Estoy resuelta á salir de aquí, y con el primero que venga me marcho.»

VI.

—¡Digo, si tiene geniesillo la chica! ¡Y es capaz de de haser lo que dise!

—Hará muy mal, dijo fray Aniceto; y Vd. y su hijo incurririan en penas graves si intentaran siquiera sacarla de aquella santa casa.

—Pero diga osté, camará, ¿es cosa de que la chica se quee pa vestir imágenes?

—No señor; pero por otros medios...

—Está visto que la seña marquesa de la Llana nos la quie pegar, y lo que es á este cura, ni ella ni otra que calse más puntos le pué jugar una mala pasá... Pero dise Vd. bien; lo mejor es irse por er camino erecho. Que venga Antonio, que se presente al pare de la chica, y como Dolorsiyas se pirra por él... el refran lo dise, pare: lo que la mujer quiere, Dios lo quiere.

—No siempre, hermano.

—Naa, naa, lo dicho; me voy á ver ar duque de la Alcudia.

—Eso está bien pensado.

—Y como él es un hombre mu echao pa alante y comprende mu bien esas cosas de amoríos...

—Yo lo creo, y tanto como las comprende.

—Hermano, no sea malisioso.

—¿Yo? ¡Dios me libre! añadió fray Aniceto santiguándose.

—María, María, dijo Pepe-Hillo llamando á su mujer.

—¿Qué es lo que quieres?

—Me najo.

—¿A dónde?

—Voy á dar un paseo con el hermano.

—¿Qué, no le dice Vd...? murmuró fray Aniceto al oido de Pepe-Hillo.

—No señó. ¡Bah! ¡Pus poquito que se afligiria la infeliz! Esas son cosas pa nosotros.

—Me alegro que me lo advierta Vd., porque si no...

—¿Andan Vds. con secreticos? dijo María.

—¿A que no sabe Vd. lo que me estaba diciendo don José?

—Alguna marrullería.

—Pues me decia: Mire Vd. á mi mujer. ¿No es verdad que es la moza más guapa que se pasea por Madrid?

—¡Anda, marrajo!

—¿Para qué me descubre Vd., fray Niseto...? Vamos, vámonos.

VII.

Pepe-Hillo se despidió en el postigo de San Martin del lego y se fué al palacio de los Ministerios.

No estaba el duque de la Alcudia, pero como tenia que hablarle, le esperó.

Al anochecer llegó S. E., y apenas le anunciaron

que estaba Pepe-Hillo en la antecámara le mandó entrar.

—¿Qué le trae á Vd. por aquí, famoso lidiador? le preguntó.

—Vengo á pedir un favor á S. E.

—He sabido, dijo Godoy, que va Vd. á dar á la estampa un tratado de tauromáquia.

—Así paese.

—Tengo curiosidad de leerle.

—Uno de los primeros ejemplares será para V. E. Yo me complaseré en traérsele en prēsona... Creo que le está desaminando la sensura eclesiástica.

—¿Sin duda tienen detenido el trabajo y desea usted alguna recomendacion para que lo activen?

—No señó; no vengo á ocuparme de mí.

—¿Pues de quién?

—De mi hijo Antonio.

—¿El militar?

—El mesmo.

—¿Supongo que estará Vd. orgulloso de tener un hijo tan bizarro?

—La verdá, si señó.

—Se ha distinguido y hasta S. M. ha mandado espedir una real órden manifestándole lo mucho que estima su lealtad y su valor; de modo que debe Vd. estar satisfecho y él tambien.

—Vaya si lo estoy; pero miste lo que son las cosas: á él no le suséе lo mesmo.

—¿Qué dice Vd.?

—El probe está afligío. Yo bien sé que hay cosas que no son más que impertinensias; pero, ¡qué diantre! V. E. tambien es jóven y sabrá que los hombres más valientes cuando se trata de las mujeres se quean tamañitos.

—Explíquese Vd.

—La cosa es muy sensilla: mi hijo está enamorao.

—Sí; ya tengo noticia; trata de casarse con la hija del marqués del Puente.

—Así debia ser; pero paese que le quien birlar la novia.

—¿Quién?

—Lo ignoro; la muchacha ha sio depositá en un convento, y la probe se ha ingeniao pa escribirle disiendo que venga poique si no la van á casar á la fuersa con otro. Y yo desia: como mi hijo se ha portao bien y ha trabajao por tóo lo alto, náa tiene de extraño que su majestad, que es bondadoso, quiera darle una lisensia de un mes siquiera. En esto viene, se casa con la chica y dempues güerve á su puesto.

—Lo que Vd. quiere es imposible.

—¿Imposible?

—Sí señor. Separar del ejército á un oficial tan valiente cuando es preciso acabar con esa guerra que nos debilita, es imposible.

—Me ha dejao V. E. parao. ¿No habrá nengun medio?

—Ninguno; Vd. mismo debe desear que su hijo continúe en el ejército porque allí se distinguirá más, y si,

como sospecho, los deseos de casar á esa jóven con otro tienen por objeto unirla á un hombre de su clase, cuanto más se distinga su hijo de Vd. mayores méritos tendrá á los ojos de esa familia. Por lo demás, ya sabe usted que á las muchachas no les gustan los conventos. Basta que se halle en uno de ellos para que se le figuren los dedos huéspedes y pida auxilio.

—Pus miste que yo no respondo de mi hijo. Capaz es de venirse y...

—Hará muy mal; eso seria una desercion y perderia lo que ha ganado.

—Voy á mandar que le escriban las mesmas palabras que acaba de pronunsiar V. E.

VIII.

Pepe-Hillo se retiró muy triste á su casa y María del Pópolo descubrió en su rostro las huellas del pesar que le dominaba.

Despues de verse muy hostigado no tuvo más remedio que confesar la verdad de lo que le pasaba.

Lo que más apuraba á Pepe-Hillo era que muy en breve tenia que partir á cumplir sus contratas.

Pero María de Pópolo, haciendo, como suele decirse, de tripas corazon, le tranquilizó, asegurándole que mientras él estuviese fuera ella averiguaria toda la verdad.

El torero partió, y al dia siguiente María de Popólo,

recordando la amístad que le habia brindado la marquesa de la Llana, fué á verla.

—El camino más corto es el derecho, se dijo.

Y se dirigió á casa de Matilde.

¿Qué no haria aquella mujer tratándose de la felicidad de su hijo?

Aprisa y corriendo se puso la mantilla, y con la ligereza del gamo tomó el camino más corto.

CAPITULO XVIII.

—

Lo que se puede oir desde una antesala.

I.

Al llegar á casa de la marquesa se dió á conocer.

Uno de los lacayos buscó á la doncella de la marquesa y le dijo:

—Ahí está una mujer que dice que es esposa del torero Pepe-Hillo.

—Pues haz que pase adelante, porque tiene dicho la señora que se la reciba siempre que venga.

Gracias á esto fué María del Pópolo conducida á una salita, donde la camarera de la marquesa le dijo:

—Tenga Vd. la bondad de esperar porque la señora tiene visita.

—Entonses me iré y golveré.

—No, señora; nos tiene dicho que si viene Vd. alguna vez no la dejemos marchar; pero está ocupada. y en cuanto salga la visita que hay le anunciaré la llegada de Vd.

II.

María del Pópolo se decidió á aguardar.

A poco rato oyó una voz en una habitacion contigua que le pareció la de la marquesa.

Percibia el rumor, pero no sus palabras, y como al fin y al cabo era mujer, se acercó á la puerta de la habitacion; viendo que nadie la observaba deslizó una mirada por la cerradura, despues aplicó el oido y pudo enterarse de la conversacion que tenia lugar.

Oigan los lectores lo que escuchó María.

III.

La marquesa hablaba á un jóven.

—Es necesario que reflexiones bien lo que haces, decia; si los vínculos que te unen á mí por ser hijo de mi pobre hermano me obligan á favorecerte, tambien tu ingratitud puede autorizarme á abandonarte por completo.

—Haga Vd. lo que quiera, contestaba el jóven.

—No es esa manera de hablar; oye y resuelve. Las locuras de mi pobre hermano fueron causa de que acabara con su fortuna. Tú quedaste huérfano y yo costeé tu educacion en el colegio, y más tarde, cuando fuiste hombre, logré para tí un empleo en el ministerio de Hacienda. Es verdad que con tu conducta y tu talento te has granjeado las simpatías de tus jefes, pero eso no

basta: al fin y al cabo no eres ni más ni ménos que un covachuelista.

—Eso no me deshonra.

—Pero tienes que ocultar á todo el mundo que eres sobrino de la marquesa de la Llana.

—Por no avergonzar á Vd.

—Sea por lo que fuere, lo cierto es que tengo ocasion de labrar tu fortuna y tú eres un insensato renunciando á la felicidad que te ofrezco. ¡No parece sino que se trata de casarte con una vieja!

—Aunque fuera con la Vénus de Milo, renunciaria.

—Has de saber que la futura de quien te hablo es una jóven muy bella, muy graciosa, que llamará la atencion en los salones, que posee un título de los más nobles y distinguidos y una fortuna de las más pingües de la nacion.

—Nada de eso me seduce.

—Pero ¿me quieres explicar por qué razon...? Por que sin un motivo no se desprecia á una mujer rica y noble.

—¿Pero no lo adivina Vd., tia?

—¿Sin duda otros amores?

Precisamente.

La marquesa soltó una carcajada.

IV.

—No se ria Vd., prosiguió el jóven; estoy enamorado de una mujer que no es noble, ni rica; pero nos

amamos, nos hemos prometido hacer mútuamente nuestra felicidad, y, créalo Vd., todas las riquezas y todos los títulos del mundo no llevan la ventura á una casa donde el marido y la mujer se han unido por interés, por egoismo.

—Decididamente eres un insensato, y yo no puedo consentir que renuncies de ese modo á la posicion que te ofrezco.

—Pues yo estoy decidido á renunciar; por nada del mundo abandono á Paquita.

—¡Paquita! ¡Vaya un nombre! Será sin duda alguna hija de un empleado del ministerio de Hacienda.

—No es tan humilde como Vd. cree; es hija de un intendente de Filipinas muy hombre de bien, muy recto y muy inteligente, que se ha jubilado y goza de las mayores consideraciones.

—Vamos, Luis, sé juicioso; te doy ocho dias de plazo para que resuelvas.

—Es inútil; lo que hoy digo lo diré dentro de ocho dias.

—¿Quién sabe? Yo estoy segura de que si vieras á mi protegida te convencerias de que vale mucho más que tu Paquita. Pero tambien te digo que si al cabo del término que te señalo persistes en tu idea, debes renunciar por completo á mi proteccion y hasta á mi cariño.

—Grande es la pena que me impone Vd.

—Estoy decidida á castigarte de ese modo.

—Dios me dará fuerzas para sufrirlo.

—Segun eso, te obstinas...

—Estoy seguro de que dentro de ocho dias hablaré á Vd. de la misma manera que ahora.

V.

La marquesa iba á continuar su diálogo, cuando se vió interrumpida por la doncella.

—¿Qué quieres? le preguntó.

La camarera le dijo al oido que le aguardaba la esposa del torero.

—Déjame ahora, dijo la marquesa á su sobrino, y vuelve mañana.

Luis Perez de Guzman, que así se llamaba, saludó respetuosamente á su tia y partió.

Al salir le dijo María en voz baja:

VI.

—Necesito hablar con Vd., caballero.

—¿Quién es Vd.?

—¡Silensio! Ya lo sabrá Vd... Ahora le ruego que vaya Vd. á verme.

—¿Con qué objeto?

—Tengo que hablarle sobre un asunto que nos interesa á los dos.

—¿Dónde he de ir?

—A la calle del Cármen, esquina á la de la Salú. Pregunte Vd. por la esposa de Pepe-Hillo.

—¿Es Vd...?

—¡Silencio!

—Señora, que pase Vd.; dijo la doncella presentándose en la puerta de la habitacion de donde habia salido Luis.

VII.

La marquesa de la Llana y María del Pópolo quedaron solas.

La entrevista fué breve.

Por si la esposa del torero habia oido algo de la conversacion que Matilde habia sostenido con Luis, le dijo que era un sobrino suyo por quien se interesaba mucho, y que, deseando labrar su dicha, trataba de casarle con una jóven llamada Juanita, que poseia un gran dote, y sobre todo un carácter que era una promesa de felicidad para el que lograra interesar su corazon.

María comprendió la intencion, y por lo tanto ocultó el verdadero objeto que motivaba su visita.

Al despedirse le dijo la marquesa:

VIII.

—Esta noche voy á dar un gran sarao, que espero honrará Vd. con su asistencia.

—Agraesco en el alma esa oferta; pero Vd. comprende mu bien que yo no puedo aseptar tanta honra. Es fama que en este palasio se reune la sosiedá más

escogía de la córte, y la esposa de un torero desconose esos perfiles y haria un papel ridículo.

—Veo, mi querida amiga, contestó con zalamería Matilde, que la modestia supera al mérito que Vd. tiene. No solamente no hará Vd. un papel ridículo, sino que dará brillo á la fiesta. Así, pues, no admito excusas, y la espero mañana.

—Pero, señora, si yo no tengo trajes á propósito.

—Vd. viene á casa de su mejor amiga, y eso no debe inquietarla.

—Sea lo que Vd. guste.

Se despidieron, y María del Pópolo regresó de nuevo á su casa, en donde esperó con impaciencia la visita de Luis Perez de Guzman.

CAPITULO XIX.

Donde la marquesa y un convidado, queriendo divertirse á costa del prójimo, encuentran la horma de su zapato.

I.

—Es extraño, se decia María del Pópolo paseándose febrilmente por su habitacion; van á dar las nueve y ese jóven que tan solenemente ofresió venir no paese. ¿Habrá lograo convenserle su tia? No es creible; ¡habla con tanta pasion de su Paquita...! Pero por otra parte, él vive del reflejo de la marquesa, y si le farta su protesion quedará en la miseria. ¡Qué duda tan horrible! Pronto saldré de ella. El asistirá al baile y aprovecharé cualquier ocasion favorable pa hablarle.

Y así diciendo, vistió sus mejores galas, se adornó con las preciosas joyas que debia al cariño de su esposo y se encaminó de nuevo á casa de la aristocrática dama.

II.

Los saraos en la época en que pasa la accion de esta historia no se parecian en nada á las *soirees* que se celebran en nuestros dias.

Un concienzudo escritor, cuyo nombre vivirá eternamente en la memoria de las letras, Antonio Flores, ha descrito magistralmente en su preciosa obra *Ayer, Hoy y Mañana* aquella clase de fiestas, y seria por lo tanto atrevimiento censurable en nosotros tratar de bosquejar lo que trazó su mágico pincel.

III.

Pero á aquellos de nuestros lectores que no conozcan la citada obra, les diremos que no habia en los saraos ni la magnificencia, ni el esplendor, ni el buen gusto que hoy se advierte en las reuniones del gran mundo.

No habia la animacion, la concurrencia que hoy brilla en las aristocráticas *soirees*.

La razon es muy sencilla.

Un ligero refresco, generalmente dispuesto por los dueños de la casa, ó cuando más chocolate y algunos dulces, no atraian ese enjambre de parásitos que hoy pueblan los salones, y que con las vandálicas escenas á que dan lugar en la hora del *buffet* creeria cualquiera que su objeto principal era halagar al estómago más bien que deleitar la imaginacion.

IV.

Entonces, cuando una persona invitaba á sus amigos á pasar una noche en su casa, solo tenia por objeto proporcionarse y proporcionarles un rato de expansion.

Hoy, por lo general, con raras excepciones, entrañan las reuniones otra clase de interés.

El banquero que ha perdido una gran suma en la Bolsa quiere dar á entender que no ha producido lesion en su fortuna, y al efecto da un baile, en el que no se sabe qué admirar más, si el lujo de los salones ó la magnificencia de los trajes y joyas que lucen la esposa é hijas del que convoca á los amigos.

Otras veces es un médico, que por su falta de talento ó de fortuna ha permanecido oscurecido entre el vulgo, y haciendo un supremo esfuerzo, acudiendo á esa palanca que conmueve la sociedad moderna, el crédito, alquila suntuosos muebles, encarga un magnífico *buffet* y convida con predileccion á unos cuantos gacetilleros.

Estos caballeritos, que por lo general son muy agradecidos, publican al dia siguiente en sus respectivos periódicos pomposas descripciones, elogiando el talento, la finura y la distincion del que les proporcionó gratas horas de solaz y suculenta cena.

Sirven tambien de anzuelo las citadas reuniones á aquellas madres cuyas hijas no fueron de las más agraciadas por la naturaleza; pero que disponiendo de grandes bienes de fortuna anhelan la ocasion de exhibirlos en forma de diamantes, perlas, encajes, etc., etc.

V.

Pero dejemos enojosas digresiones, que serian interminables, y continuemos nuestro relato.

María del Pópolo llegó á casa de la marquesa, y saliendo esta á su encuentro y besándola con efusion, la presentó á los convidados.

Todos se fijaron en ella admirando su belleza y la gracia con que llevaba su precioso traje andaluz.

VI.

—En verdad, dijo uno de los currutacos que tenia fama de galante, que no sé cómo su esposo de Vd. se atreve á ponerse delante de las fieras expuesto á perder el tesoro que posee en una joya tan inestimable como usted.

—Agraesco la lisonja; pero mi marío tiene mucho valor, y además yo siempre pido á la Vírgen que le saque con bien.

—Sí, pero no negará Vd. lo expuesto que es jugar todos los dias la vida en ese oficio.

—Como quiera que cuando le ejerse es con el ojeto de atender al sustento de su familia, la Providensia vela por él.

—Parece mentira, dijo en voz baja el que hablaba con María á otro que estaba á su lado, que una mujer del pueblo se exprese como ella.

—No me asombra, contestó con fatuidad su interlocutor; los que nacen en los paises meridionales tienen una imaginacion más viva; pero no hay que confundir sus destellos con el verdadero talento que existe en nuestra clase.

—Pero lo que no me negarás es que la esposa de Pepe-Hillo es de una belleza admirable, realzada con esa altivez que es proverbial en las hijas del pueblo.

—No es tan fiero el leon como le pintan. Conozco algo ese género, y puedo decirte que las que parecen tan crueles se humanizan cuando á una galantería oportunamente dirigida se acompaña alguna joya ú objeto de valor.

—Pues te digo francamente que si fuera cierto lo que me indicas intentaria la conquista de esa mujer.

—¿Y por qué no? Parece mentira que seas tan tímido, tú que eres el coquito de todas las tertulias. Si fuera mi tipo, te aseguro que antes de tres dias habiamos de ir á almorzar al soto de Migas-Calientes en un coche de colleras.

—Dicen que María del Pópolo es muy buena esposa; que su conducta es intachable.

—De esa fama goza; pero al fin y al cabo no oirá de lábios de su marido más que vulgaridades, y al hablarle el lenguaje de la pasion, pero con formas más delicadas, no dudes que te acogerá benévolamente.

—Pronto saldremos de dudas... Por allí viene. Voy á hablarla.

VII.

Y con cínica sonrisa, acercándose á ella:

—¿Quiere Vd. aceptar mi brazo para dar una vueltecita? la dijo.

—Hase mucho calor para dir tan juntitos.

—Advierta Vd., María, que no le habla un ingrato.

—No comprendo...

—Quiero decir que yo sé recompensar...

—Soy tan torpe, que si no se explica Vd. mejor me quearé en ayunas.

—Pues bien, María, desde que he visto á Vd. he sentido una emocion, un no sé qué inexplicable. Yo, que jamás me he turbado en presencia de las más peregrinas hermosuras, enmudezco ante su belleza y casi no me atrevo á declarar á Vd. la pasion que devora mi alma.

—Pus agua, agua, pa que no tome incremento ese fuego.

—¿Vd. se burla?

—¡Qué disparate!

—Puedo ofrecer á Vd. joyas que realcen su hermosura.

—Doy á Vd. las grasias; pero la más estimable á mis ojos es el cariño de mi marío, y por lo tanto puee usté ofreser esas joyas á quien las nesesite.

—Sus desdenes de Vd. hacen más codiciosa su conquista. Pídame Vd. lo que quiera con tal de que estampe un ósculo en su nevada mano.

VIII.

Y aquel estúpido iba á poner por obra lo que decia, cuando sintió en una de sus mejillas una mano de Ma-

ría, que, aunque muy pequeña, le hizo sentir todo su peso.

—Manos blancas no ofenden, dijo en tono zumbon uno que casualmente pasaba por el sitio donde tenia lugar aquella escena.

El que habia recibido el castigo de su insolencia permanecia con una mano puesta en la mejilla, y resentido, llevó su brutalidad hasta el extremo de exclamar:

—Manos blancas no ofenden, pero las coces lastiman siempre.

—Hase Vd. bien en insultarme, dijo María vertiendo abundantes lágrimas; si mi marío estuviera aquí no seria Vd. tan valiente.

IX.

Luis Perez de Guzman, que habia acudido á ver qué motivaba el corrillo que se habia formado en torno de María y del insolente jóven, al enterarse:

—Vd. es un miserable, que olvida las consideraciones que debe á la casa en donde se halla y el respeto que merece esta señora. Por la misma razon de que se halla entre los que pretenden pasar por mejor educados, no debia traspasar los límites de lo conveniente; pero se ve claramente que es Vd. muy estúpido y muy cobarde cuando se ha permitido inferir tan graves insultos. Pero ¡vive Dios! que le he de arrancar la lengua.

—¡D. Quijote, D. Quijote! gritaron algunos.

—Señora, salga Vd. de aquí y permítame que la

acompañe á su casa. Despues yo volveré á castigar á este miserable.

—¡Oh! yo agraesco á Vd. infinito ese interés; pero no pueo aseptar.

—Es cierto; la maledicencia se ensañaria con Vd. Avisaré á un criado para que la acompañe.

X.

Esta escena pasó con tal rapidez, que la marquesa no se enteró de lo ocurrido.

María se despidió preocupada por las consecuencias que podria tener aquel suceso, y rogando á Luis Perez de Guzman que no se comprometiera por su causa.

Pero esto era imposible.

Quedó acordado un desafío para el dia siguiente, y cuando iba á efectuarse se presentó un alcalde de Córte y se apoderó de los dos contendientes.

La noticia cundió por todas partes, y el rey ordenó que permanecieran en sus casas en calidad de presos.

XI.

María fué á ver al pundonoroso jóven que tan oportunamente salió á su defensa; le dió las gracias, y despues de hacerle saber que habia oido la conversacion que tuvo con la marquesa, le refirió el gran interés que

tenia en que no se efectuase su casamiento con Dolores.

—Eso no sucederá jamás, dijo Luis; ¿cómo habia yo de hacer infeliz á esa jóven?

—En ese caso finja Vd. por el pronto obediensia á su tia, pa ver si podemos averiguá en qué convento está enserrá Dolores.

Luis Perez de Guzman ofreció complacerla.

CAPITULO XX.

—

En alas del amor y del deber.

I.

Han trascurrido dos dias.

Un jóven y bizarro militar, seguido de su asistente, atraviesa con rápido paso por la calle del Cármen, se detiene un instante delante de la casa que hace esquina á la de la Salud y penetra en ella.

Nuestros lectores le habrán reconocido; es Antonio Delgado, el hijo de Pepe-Hillo.

Al verle su madre corre á sus brazos, le estrecha en ellos con efusion, y durante algunos instantes madre é hijo apenas pueden articular palabra alguna, poseidos de la alegría que inunda sus almas.

II.

Cuando la emocion empieza á calmarse, María del Pópolo, besándole de nuevo y contemplándole con orgullo:

—¡Hijo de mi arma; qué alegría tan grande me causa tu presensia...! ¡Y qué hermoso estás! ¡Cuánto he sufrío durante tu ausensia! Ca vez que habia carta tuya ansiaba y temia saber su contenío por si era una alegría ó una desgrasia la que venia á anunsiarme. ¡Ah! disen que el dolor mata: no debe ser sierto, puesto que yo he podío vivir despues de tan larga separasion... Pero ya no te separarás de nosotros; ¿no es verdá, hijo mio?

Y como Antonio vacilase en contestar:

—Habla, por Dios, añadió; que de tu respuesta depende el que yo sea completamente felís ó desgrasiá.

III.

El jóven comprendia la pena que necesariamente habia de causar á su madre su respuesta y trataba de retardarla todo lo posible.

Despues de haber hablado largamente con sus hermanos, que con infantil curiosidad examinaban su uniforme; despues de saber que su padre habia salido á trabajar en las plazas en que tenia compromiso con los asentistas, asediado de nuevo por María del Pópolo:

IV.

—Pues bien, madre mia, exclamó, por más que lo sienta en el alma, mi permanencia en Madrid será muy breve.

—¿Qué dises?

—Vengo á cumplir una mision que me han confiado mis compañeros, y en cuanto la termine regresaré á dar cuenta de ella.

—Y haces bien; ¿qué importa que yo sufra? Nada, nada, activa el asunto que aquí te ha traío, y güerve al seno de tus compañeros, de tus amigos... ¡Dios mio, Dios mio...! ¿Qué pecao he cometío pa que me trateis así? Ni en mi via de hija, de esposa, ni de madre hay ná de que puea arrepentirme, y sin embargo me herís en lo más íntimo de mi arma.

—No os aflijais, madre mia, exclamó Antonio vertiendo abundantes lágrimas. Oidme, y si despues no sois la primera en aprobar mi resolucion, me quedaré á vuestro lado.

V.

Estas palabras tranquilizaron á María del Pópolo, y con esa dulzura que solo atesora el corazon de una madre:

—¡Cómo sabes, picaruelo, que yo no pueo negarte ná!

—Vd. verá como hay razones antendibles para...

—Ya eres tú güeno... Pero vamos, ya escucho.

—Pues bien; ha de saber Vd. que la situacion del ejército es la más lamentable. Al cansancio, á la fatiga, á las privaciones consiguientes á la guerra hay que añadir la desesperacion en que nos encontramos. Des-

pues de habernos portado como héroes, despues de haber afrontado los mayores peligros para sacar incólume la honra de nuestra querida patria, despues de haber derramado por tan santa causa nuestra sangre, despues de haber perecido muchos de nuestros hermanos en la demanda, los que hemos sobrevivido pasamos á veces veinte y treinta horas sin probar alimento, casi desnudos, ateridos de frio, y por todo galardon á tanto sacrificio, cuando hemos enviado emisarios á la córte pintando nuestra angustiosa situacion no hemos sido atendidos.

—¿Que no habeis sío atendíos? preguntó con asombro María del Pópolo.

—No, pero no culpamos por ello al rey, nuestro señor.

—¿A quién entonses?

—A los palaciegos; á esa turba de parásitos enemigos de nuestra patria, que segun es fama ayudan á los opresores de la nacion, si no ostensiblemente, de una manera hipócrita.

VI.

Antonio hizo una breve pausa.

La indignacion que sentia su alma al considerar que en su misma patria existian personas que simpatizaban con el extranjero, ahogaba la voz en sus lábios.

—Diferentes veces, añadió, han venido con objeto de enterar al rey de cuanto ocurre y jamás han podido verle.

—Y tú...

—Yo me he ofrecido á desempeñar esa comision y traigo pliegos que, ó poco he de poder, ó he de entregar al rey en persona.

—¡Oh! y lo conseguirás fásilmente.

—¿De qué modo?

—El duque de la Alcudia es mu amigo de tu padre; preséntate á él, y por su mediasion conseguirás una audensia con nuestro soberano... Pero descansa antes, hijo mio; estás mu fatigao del viaje y temo por tu salú.

—Dios da fuerzas para llevar á cabo toda empresa que es noble, que es grande, y creo que difícilmente podria hallarse otra que reuna en tan alto grado estas condiciones como la que aquí me ha traido.

VII.

Antonio, con esa volubilidad propia de la juventud, pasó del amor patrio al que le inspiraba Dolores y conversó largamente con su madre respecto á las dificultades que se oponian á la realizacion de aquel enlace, en que cifraba su porvenir, su ventura.

Deseando cuanto antes terminar la mision que le traia á la córte, no solo por un deber de compañerismo, sino tambien para poder consagrarse por entero á averiguar dónde se hallaba su prometida, fué á ver al duque de la Alcudia.

VIII.

En el momento en que Antonio Delgado llegaba al palacio del favorito, se hallaba esté conversando con uno de sus secretarios.

—Es preciso, decia, terminar á todo trance esa guerra tan desastrosa para nuestra patria.

—No desconoceis, señor, los esfuerzos titánicos, los sacrificios de todas clases que se han hecho, pero desgraciadamente sin éxito.

—Precisamente eso mismo obliga á una transaccion.

—Cuando el vencido la pide debe suponer que no serán muy ventajosas las condiciones que se le impongan, se atrevió á decir el secretario.

—Teneis razon; pero á cualquier precio debe cortarse esa lucha que tanta sangre y dinero nos cuesta, que priva á la agricultura de tantos brazos, y que por consiguiente amenaza para el porvenir con una época de miseria.

—Es verdad; pero para negociar esa paz la integridad de nuestro territorio habrá de padecer necesariamente.

—Desde luego. Mi opinion, sin embargo, es entre dos males elegir el menor, y estoy resuelto á proponer que la Francia pueda extender sus límites hasta la orilla del Ebro, con tal de que España conserve el Portugal.

IX.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando presentándose un ugier:

—Señor, dijo, acaba de llegar un jóven que desea hacer á V. E. graves confidencias.

—No recibo á nadie; dígale Vd. que vuelva mañana.

—Le he participado la órden que tenia de V. E.; pero él, insistiendo en su pretension: «Pase Vd. esta tarjeta, me dijo, y Vd. verá cómo se me recibe acto contínuo.»

—¡Qué audacia..! Pero veamos esa tarjeta.

El ugier aproximó la bandeja de plata que llevaba en la mano y el duque cogió la tarjeta de Antonio Delgado.

Apenas la leyó:

—Que pase inmediatamente, dijo.

X.

Un instante despues se presentaba el hijo de Pepe-Hillo en aquella lujosa estancia.

Godoy salió á su encuentro.

—Gran satisfaccion me causa, exclamó, estrechar la mano de un valiente. En todos los episodios más notables de la guerra habeis tomado parte, y parte muy gloriosa. Permitid que os felicite y que me honre ofreciéndoos mi amistad.

—Gracias mil por vuestras bondades, y aceptando

con júbilo esa amistad que me ofreceis, la invoco para pediros un favor.

—Cualquiera que sea le teneis concedido de antemano. Pero veamos cuáles son esas revelaciones tan importantes que deseábais hacerme.

Y como Antonio dirigiese una mirada en torno suyo para convencerse de que nadie les oiria, al notarlo Godoy:

XI.

—Podeis hablar con entera franqueza, añadió; el señor aquí presente es uno de mis secretarios de mayor confianza.

—Pues bien, dijo el jóven afrontando con valor la situacion; vengo comisionado por mis compañeros de armas para noticiar al rey, por medio de unos pliegos que se me han confiado, el abandono en que hace tiempo se tiene al ejército, que tantas pruebas ha dado de heroismo.

—¿Abandono? Explicaos, porque á la verdad no comprendo...

—Y abandono incalificable. ¿Parece justo, ni siquiera equitativo, á V. E. que los que tan generosamente están derramando su sangre en defensa de la madre patria se vean faltos de alimento cubiertos de harapos y sin tener ni aun el consuelo de que en la córte se aprecien sus sacrificios?

—En la córte se ignoraba que su situacion fuera tan crítica.

—Si V. E. no se ofendiera le diria que en la córte se sabe cuanto pasa, pero que ha habido buen cuidado de que no llegue á oidos del rey.

—¿Y en qué funda Vd. suposicion tan gratuita?

—En que ninguno de los emisarios que me han presidido en la mision que hoy traigo han logrado ver al augusto monarca.

XII.

La energía con que pronunció el jóven estas palabras desconcertó á Godoy.

Pero reponiéndose y dando á su voz el acento más amable y cariñoso:

—¿Y Vd. desea tal vez poner en manos de S. M. esos pliegos?

—Precisamente, y el favor que venia á solicitar de V. E. era que me proporcionase una entrevista con nuestro querido rey, que Dios guarde.

—Si Vd. lo cree indispensable...

—He ofrecido entregarle en propia mano los pliegos y cumpliré mi palabra.

—Hará Vd. perfectamente; pero el rey se halla actualmente de caza en el Pardo. Tenga Vd., sin embargo, la seguridad de que le manifestaré sus deseos en cuanto regrese.

—Mucho agradeceré á V. E. poder realizar el objeto de mi viaje.

XIII.

Despues de un momento de silencio:

—Si no fuera indiscreto, prosiguió Godoy, me atreveria á indicarle que puede aprovechar entre tanto el tiempo en otra mision que tambien le ha traido aquí.

—¿Otra mision?

—Sea Vd. franco conmigo y no le pesará. No es un secreto para nadie la buena inteligencia, el cariño que reina entre Vd. y Dolores; pero se presentan obstáculos, y yo, que soy su amigo, voy á indicarle el medio de que pueda vencerlos. ¿Vd., como es natural, deseará saber dónde se halla su prometida?

—Es mi mejor deseo.

—Sé que está en un convento establecido no lejos de Guadalajara; pero no recuerdo el pueblo. Yo lo averiguaré hoy mismo y esta noche recibirá Vd. carta mia participándoselo.

—¡Oh! mil gracias. ¿Con qué pagaré á V. E. esa bondad?

—Lo que yo desearé es que llegue Vd. á tiempo de impedir que esa jóven dé su mano á la persona por quien se interesa su familia.

—Mañana mismo me pondré en camino.

—¿Irá Vd. á caballo?

—Sí, señor.

—¿Con su asistente?

—El me acompañará; es un hombre muy leal y jamás se separa de mi lado.

—Pues vaya Vd. tranquilo, que esta misma noche le enviaré lo ofrecido.

Antonio saludó respetuosamente y se retiró de nuevo á su casa.

Veamos lo que pasó.

CAPITULO XXI.

El militar y la novicia.

I.

Antonio refirió á María del Pópolo la entrevista que acababa de celebrar, y al terminar su relato:

—Una cosa sola me preocupa, añadió. He comprendido en el duque de la Alcudia repugnancia en que los pliegos que traigo lleguen á poder del rey, y no seria extraño que tratase de apoderarse de ellos por algun medio violento. Las preguntas que me ha dirigido respecto al dia en que he de ponerme en camino me afirman en esta sospecha.

—Pus es mu sensillo evitarlo.

—¿Cómo?

—Dame á mí esos papeles y yo los guardaré.

—¡Ay, madre mia! Bien se conoce lo buena que es Vd. Si D. Manuel Godoy trata, como temo, de apoderarse de esos documentos, con cualquier pretexto hará que se registre nuestra casa.

—Yo te aseguro que aunque susediera no daria con ellos.

—¿Dónde los va Vd. á guardar?

—En el marco de aquella divina imágen, dijo señalando á una Vírgen de la Soledad que habia en la estancia.

—Es una buena idea... Pero han llamado...

—Sí, y preguntan por tí.

—Será tal vez que el señor duque de la Alcudia me envie la carta ofrecida.

II.

Así era, en efecto.

Godoy habia cumplido su palabra.

Con febril curiosidad abrió aquella misiva el hijo de Pepe-Hillo y leyó lo siguiente:

«He averiguado lo que Vd. deseaba.

»El pueblo en donde radica el convento es Cifuentes.

»Pregunte Vd. por el demandadero Pantaleon, y cuando logre Vd. hallarse en su presencia, pronuncie á su oido estas dos palabras: *ventura azul.*

»Ese hombre se pondrá á la disposicion de Vd. y le facilitará los medios de hablar con Dolores.

»Vd. es muy discreto, y por consiguiente nada más tengo que encargarle.

»Su amigo, *M. G.*»

III.

—¡Domingo, Domingo! exclamó Antonio llamando á su asistente apenas terminó la lectura de la carta.

—¿Qué manda su mercé?

—Ensilla los caballos, que vamos á ponernos en camino inmediatamente.

—Pero, hijo mio, ¿sin descansar apenas quieres ya haser tan larga jornada? dijo María del Pópolo. Aguarda siquiera hasta mañana.

—Mejor seria, se atrevió á decir el asistente; á estas horas andan los duendes por los caminos y podria sucedernos alguna desgracia.

—No seas majadero y haz lo que te digo.

María trató de nuevo de convencer á su hijo para que aplazase hasta el dia siguiente su viaje á Cifuentes, pero no insistió al ver la impaciencia que manifestaba Antonio por tener una entrevista con Dolores.

IV.

Antonio y Domingo se pusieron en marcha, y dos dias despues llegaban á Cifuentes al amanecer.

El asistente, que además de ser miedoso era muy gloton, indicó á su amo la conveniencia de esperar en el meson á que fuera de dia para ponerse al abrigo de los imaginarios peligros que él veia, y al mismo tiempo para poder echar algo entre pecho y espalda.

El hijo de Pepe-Hillo accedió á aquella indicacion, no porque él tuviera apetito, sino porque comprendia que no era hora oportuna para presentarse en el convento.

No hay para qué decir que amo y criado, despues de

la cena, cedieron al cansancio y no despertaron hasta las ocho.

Antonio se vistió, y encargando al asistente que echase un buen pienso á los caballos, se dirigió al convento.

V.

Preguntó por Pantaleon, y en cuanto pronunció las dos palabras consabidas, el demandadero se puso á sus órdenes.

—¿Hay en este convento una jóven que se llama Dolores?

—Sí, señor.

—Necesito hablar con ella.

—Nada más fácil; diga Vd. que viene de parte de los marqueses del Puente, y por el locutorio podrán conversar.

—¿Pero solos, sin testigos?

—Eso no; la madre tornera presenciará la entrevista.

—No es eso lo que yo deseo; necesito hablar á solas con esa jóven.

—Dificililllo es.

—¿Pero no habria algun medio...?

Y para estimular al demandadero puso en sus manos una pelucona.

VI.

Pantaleon, que sin duda era muy aficionado á coleccionar medallas, guardó aquella, y despues de permanecer pensativo un instante, exclamó:

—Ahora recuerdo: se espera la visita de un fraile jóven, que trae una mision especial del general de la Orden:

—¿Y bien?

—Segun costumbre, todas las monjas y novicias se confesarán con él, y Vd. podia... pero ¡Jesús! ¡Dios me perdone lo que iba á decir!

—Vamos, concluye.

—No, por Dios; es un sacrilegio.

—Déjate de gazmoñerías.

—Pues bien, Vd. podia disfrazarse de fraile, yo le presentaba como la persona á quien se espera, comenzaba Vd. á confesar á las educandas, y al llegar á Dolores podia hablar largamente con ella. Despues, pretextando que se hallaba Vd. indispuesto, podia retirarse, y Cristo con todos.

—No eres mal trucha.

—Soy agradecido y me gusta pagar las bondades que se me dispensan.

—¿Y cómo voy yo á arreglarme para eso?

—Voy á traer el hábito y despues le daré instrucciones.

VII.

Antonio, ¡parece mentira! dominado por la pasion que le inspiraba Dolores, accedió á cometer aquel sacrilegio.

Un momento despues saludaba á la tornera y pasaba á una capilla, desde la cual, por medio de una espesa celosía, se confesaba á las monjas.

La segunda que acudió al tribunal de la penitencia fué Dolores.

El audaz jóven se dió á conocer.

VIII.

—¡Antonio mio! exclamó la muchacha poseida del mayor asombro. ¿Es posible lo que veo? ¿No es esto un sueño? Pero mira, creo que no debo escucharte; el medio de que te has valido para verme es sacrílego y Dios no puede ménos de castigarnos.

—Tranquilízate, alma mia; Dios es misericordioso, lee en nuestros corazones y perdona las culpas cuando no hay perversidad al cometerlas. Pero no perdamos tiempo. ¿Estas dispuesta ahora como antes á ser mi esposa?

—¡Y tú me lo preguntas! ¡Qué daño me haces con esa duda!

—No es que dude, Lolita, pero sé que tratan de casarte con otro, y como hay personas que tienen gran

interés en ello, procurarán disuadirte de mi cariño por todos los medios imaginables.

—Prefiero profesar en el convento si no me caso contigo. Pero vete; podrian sorprenderte y enviarte á un presidio. Espera; aquí tengo, dijo sacando de entre el pecho un papel, aquí tengo aquella carta que la superiora me mandó dar al demandero para que la llevase á la estafeta del pueblo. Es una prueba más de las intrigas que se están fraguando contra nosotros; pero todo será en vano. O soy tu esposa ó no salgo de este convento.

—¡Qué pena me causa separarme de tu lado!

—¡Y á mí! Pero tengamos valor. Adios.

—¡Adios, Dolores! Dí que me hallo indispuesto y he tenido que retirarme.

—Así lo haré. Adios.

IX.

Antonio salió, devolvió al demandadero el hábito que le habia servido para su disfraz, y ávido de saber el contenido de aquella carta se dirigió de nuevo á la posada.

La superiora del convento quitaba toda esperanza á la marquesa de convencer á su nieta á aceptar el enlace que le proponia su familia, y terminaba con estas líneas:

«Es indudable que Dolores oculta en su pecho una pasion que domina todo su sér.

»La mayor parte del dia le pasa llorando, y una novicia que cautelosamente la vigila dice que algunas veces pronuncia entre sollozos un nombre: Antonio.

»Está resuelta á profesar, y es deber de conciencia participarlo á Vd., porque como es el despecho y no la vocacion lo que la anima, se perdería su alma si vistiese para siempre las tocas.»

X.

—¡Cuánto me adora! exclamó Antonio vertiendo lágrimas de agradecimiento. Pero no, no profesará. Al fin y al cabo yo venceré todos los obstáculos y la haré mi esposa. Nuestros enemigos son poderosos; no importa: si venzo, la victoria será más gloriosa.

Y lleno de esperanza ordenó á su asistente que ensillase los caballos para volver á la córte y ver si el rey se hallaba ya de vuelta de su cacería para entregarle aquellos documentos en que con tan vivos colores se pintaba la aflictiva situacion de los que exponian su vida por el honor y la independencia de España.

CAPITULO XXII.

—

Corazon y cabeza.

I.

Si Antonio Delgado hubiese tenido esa experiencia de la vida, ese conocimiento de los hombres que se adquiere en la edad madura, hubiera adivinado desde luego, en las preguntas que le dirigió el duque de la Alcudia respecto al dia en que iba á emprender su viaje y quién habia de acompañarle, alguna traicion.

Pero era jóven, y por lo tanto confiado, y además el amor que llenaba su alma absorbia por completo su imaginacion.

II.

Poco más de media legua se habian alejado de Cifuentes amo y criado cuando se vieron sorprendidos por ocho hombres, que, á favor de la oscuridad que reinaba, se hallaban ocultos detrás de una casa medio derribada que habia en el camino.

—¡Alto! exclamó uno de ellos.

Y como si esta fuera una señal convenida de antemano, los siete que le acompañaban rodearon á Antonio y al asistente, sin dar tiempo al primero á ponerse en defensa.

III.

—Esta es una infamia, exclamó indignado el jóven. Pero ya adivino que sois salteadores cuando en tan superior número que nosotros y valiéndoos de la sorpresa nos habeis acometido.

—Disculpo vuestras palabras, que hasta cierto punto disculpan vuestra actitud. Pero pronto os convencereis de que ni tratamos de robaros ni de sugeriros el menor daño.

—¿Pues qué os proponeis?

—Pertenecemos á la policía y tenemos órden de sorprender á dos hombres que se sabe han de pasar por aquí con pliegos para los que en la córte favorecen los planes ambiciosos de la Francia.

—Semejante injuria... Pero una sola palabra destruirá la equivocacion en que estais. Soy soldado, soldado de los que en la frontera están vertiendo su sangre por la independencia de la patria, y no tengo para qué deciros que no soy yo la persona á quien buscais.

—De cualquier modo, yo tengo que cumplir la órden que he recibido. No os pido vuestra espada, porque si como decís sois soldado, un oficial prefiere morir antes que sufrir tal ultraje. Dádme vuestra palabra de caba-

llero de que ninguna resistencia opondreis, resistencia que por otra parte seria inútil, y yo os prometo que si no hallamos en vuestro poder ni en el del criado que os acompaña esos documentos, continuareis, sin que nadie os moleste, vuestro viaje.

IV.

La sinceridad con que, al parecer, pronunció estas palabras el que capitaneaba aquel grupo tranquilizó á Antonio.

Le registraron, y hallando en sus bolsillos la carta que acababa de darle Dolores:

—¡Hola! decíais que no llevábais documento alguno.

—Y lo repito.

—¿Negareis lo que estamos viendo?

—Esa carta en nada se relaciona con lo que buscais.

—Pronto lo sabremos... Mira tú, Lorenzo, añadió, enciende una pajuela y á ver si lees el contenido de este papel.

V.

La persona á quien dirigió esta órden sacó del arzon de su caballo una bolsa de cuero y de ella un eslabon, una piedra y una pajuela.

En cuanto prendió la llama indicó á dos de sus compañeros que evitasen con los sombreros que la apagara el aire y leyó por dos veces la carta, procurando adivi-

nar si tendrian otro valor aquellos renglones que el que aparecia á primera vista.

Sin duda se convenció de lo contrario, porque devolviéndola al jefe despues de referirle su contenido:

VI.

—No es esto lo que buscamos, dijo.

—Registremos al criado, contestó.

Así lo verificaron, y no obteniendo tampoco resultado sus pesquisas:

—Ea, podeis marchar, dispensándonos el haberos molestado.

El asistente, que durante la anterior escena no habia despegado sus lábios, se apresuró á poner en práctica aquella indicacion.

Antonio le siguió un momento despues, y continuaron su viaje á Madrid sin que nada les ocurriera digno de mencionarse.

VII.

Al saber la madre del jóven oficial el episodio que acabamos de referir:

—No sé por qué, hijo mio, le dijo, me paese que en ese asunto debe andar el señor duque de la Alcudia.

—¿Acaso Vd. supone...?

—Apostaria, sin temor de equivocarme, que D. Manuel Godoy tiene interés en que esos pliegos no lleguen á poder del rey.

—Pronto saldremos de dudas. ¿Vd. sabe si regresó ya S. M. del Pardo?

—Sí; ayer le vimos en paseo.

—Pues mañana mismo veré al señor duque para que me proporcione la entrevista ofrecida.

—Deseo y temo que llegue ese momento, porque una voz secreta me anunsia algo que ha de causarnos honda pena.

—El exceso del cariño que Vd. me profesa le hace ver peligros en todo.

—Quiera Dios que me equivoque... Pero acuéstate, hijo mio, estás falto de descanso y pudieras caer enfermo.

Antonio obedeció, y á pesar de las diferentes ideas que ocupaban su cerebro, no tardó en ceder al cansancio.

VIII.

Al dia siguiente, á las doce, hora en que daba audiencia el favorito de los reyes, acudió á su palacio.

Apenas se anunció le mandó entrar el privado.

—Mucho celebro, amigo mio, le dijo, que regreseis tan pronto, porque esto me hace creer que habeis realizado el objeto que os llevó á Cifuentes.

—Doy á V. E. gracias por su poderosa cooperacion, puesto que á ella debo el haber podido hablar con mi prometida, y ya que es tan bondadoso me atrevo á recordar á V. E. la otra súplica que le hice.

—¿Aludís á la entrevista que deseais tener con S. M.?

—Precisamente.

IX.

Godoy permaneció silencioso durante algunos minutos.

—Y si yo os dijera, exclamó al fin, que debeis renunciar á esa idea, ¿qué contestaríais?

—Que por nada, ni por nadie, dejaria de cumplir la mision que aquí me ha traido.

—Veo que sois esclavo de vuestra palabra, lo que revela un gran carácter; pero por la misma razon seria sensible que esas mismas dotes solo os sirvieran para labrar vuestra eterna desventura.

—No comprendo.

—Sentaos, dijo con familiaridad Godoy, y hablemos como amigos.

Antonio obedeció.

X.

Desde el primer momento en que os ví, prosiguió el duque de la Alcudia, me interesásteis vivamente.

—Yo agradezco...

—No se trata ahora de eso; digo esto porque en mi mano está el que os unais con Dolores; pero para ello es preciso que sacrifiqueis algo.

—No puedo suponer que exija de mí V. E. nada que pueda avergonzarme.

—A vuestros años no se forma una idea exacta de

las cosas de la vida. La juventud se apasiona locamente de todo; la imaginacion exajera todas las cuestiones, y á veces un exceso de celo perjudica los más caros intereses. Os hago estas reflexiones para demostraros la inconveniencia de presentar al rey esos pliegos.

—¿Es acaso inconveniente, preguntó con sarcasmo Antonio, que S. M. conozca la verdadera situacion en que se halla el ejército y acuerde el medio de poner término á los males que le afligen?

—No es ocasion oportuna para ello. En este momento se está en negociaciones de una paz, único medio de poner fin á tantos desastres. Así es que vuestras quejas no serian oidas.

—Me asombra lo que escucho. ¿Es posible que todos nuestros esfuerzos, que todos nuestros sacrificios hayan sido estériles?

—Qué quereis; la razon de la fuerza hace enmudecer la voz del patiotismo.

—Pues yo creia que la pátria era lo primero, y al pensar así me parecia interpretar los sentimientos de toda la nacion. Recordad, señor duque, los donativos que para la guerra hicieron todas las clases de la sociedad, y en ellos vereis una prueba evidente de que son de mi opinion.

—La deduccion no es lógica; si antes de medir nuestras fuerzas con el extranjero, creimos poder contrarestar el empuje de sus ejércitos, los descalabros sufridos aconsejan adoptar una transaccion, siempre que no sea deshonrosa para España.

Antonio no insistió.

Ocultando su despecho se despidió del duque de la Alcudia y volvió á su casa.

—Bien decia Vd., madre mia, exclamó cuando se halló al lado de María del Pópolo; indudablemente Godoy tenia interés en apoderarse de estospliegos.

Y refirió la entrevista que acababa de celebrar.

Cuando hubo terminado:

—Considera, Antonio, dijo su madre, que el duque de la Alcudia lo pué tóo, y si tratas de ponerte en abierta lucha con él, sucumbirás.

—Esos papeles deben llegar á poder del rey.

—Déjamelos á mí, que yo procuraré realisar tu deseo. Créeme, hijo mio, vuelve á lo frontera porque aquí temo por tu vía. Ya ves si sentiré que nos separemos otra ves, pero ¡qué remedio!. Una mano aleve podria poner fin á tus dias.

XII.

Con cariñosa solicitud logró convencerle, y Antonio, despues de escribir una carta al demandadero del convento en que se hallaba Dolores para que se la entregase á esta, en la que decia á su prometida que por el mismo conducto podia escribirle, partió de nuevo á incorporarse al ejército para referir las intrigas que en favor de la paz se fraguaban en la córte y ver si con su relato conseguia que los generales, poseidos de justa indignacion, adoptaban una medida extrema.

CAPITULO XXIII.

Sucesos históricos.

I.

La guerra que venia sosteniendo España con Francia era el tema obligado de todas las conversaciones.

En las gradas de San Felipe, centro de reunion de los desocupados, los noticieros se despachaban á su gusto.

—Nuevas catástrofes anuncian los partes recibidos por el último correo, exclamaba uno con misterioso acento.

—¿Pues qué ocurre?

—Una cosa increible; la entrega de la plaza de Figueras.

—No es posible; tengo entendido que coronaban sus muros descientas piezas de grueso calibre.

—Y la guarnecian diez mil hombres.

—Si les han faltado municiones ó víveres...

—Nada de eso; segun se dice habia más de diez mil quintales de pólvora, agua en abundancia y provisiones sin cuento.

—Pues se ha entregado de la manera más vergonzosa, sin que precediera un ataque.

—Indudablemente hay algunos que en España quieren llegar á una paz vergonzosa.

II.

Uno de los que hasta entonces se habian limitado á escuchar lo que allí se decia, tomando la palabra,

—Y tanto, dijo; si no, la córte no se hubiera apresurado á admitir la dimision del valiente general D. Ventura Caro. Ya sabeis que, dueño Moncey de los Alduides y parte del Bastan, el general que he nombrado antes, viendo lo imposible de contrarestar sus fuerzas, indicó la conveniencia de limitar la defensa á los puntos de Vera é Irun.

—¿Y no se aprobó su plan?

—No; y por eso presentó su dimision.

—La verdad es que cada dia sufrimos mayores reveses.

—Lo peor es el angustioso estado del Tesoro para sufragar los gastos de la guerra.

—España ha dado suficientes pruebas de patriotismo y continuará dándolas para que prosiga la guerra.

—Toda paz seria vergonzosa.

III.

Uno que llegó en aquellos momentos:

—¿De qué se trata, señores? preguntó.

—Estábamos hablando de la guerra.

—Al estado á que han llegado las cosas, dijo el nuevo personaje que tomaba parte en la conversacion, no queda más esperanza que un tratado de paz.

—Nadie que tenga patriotismo debe desear semejante cosa.

—A patriotismo no me gana nadie. Pero la situacion de nuestros ejércitos en ambos Pirineos y la poca armonía que reina entre sus jefes, y entre estos y el gobierno, no hacen esperar un lisonjero porvenir. Además debo decir, porque así me lo han referido, que las proposiciones para un arreglo han partido de la Francia, y por lo tanto no es de temer que sus condiciones sean muy irritantes.

—¡Friolera! Hay quien dice que lo que piden es toda la parte del Ebro.

—No hay tal cosa.

—Muy inocente será el que crea que va á reportar ventaja alguna á España un tratado de paz.

—¿Por qué?

—Porque los franceses están reforzando sus ejércitos á toda prisa.

—Veo que desconoce Vd. por completo el arte de la guerra. Precisamente en esos casos es cuando los beligerantes aprestan todas sus fuerzas.

—Siempre será este alguno de la camarilla de Godoy, dijo uno en voz baja al que estaba á su lado.

El que tenia la palabra continuó:

IV.

—España tambien envió recientemente refuerzos á nuestras tropas: Cataluña, Valencia, Aragon y Navarra han dado contingentes respetables.

—Y de Castilla la Vieja se ha destinado un cuerpo de reserva á cubrir el Ebro.

—Pero ya se ha visto lo inútil de esas disposiciones. El general Crespo ha tenido que retroceder al verse arrollado por las tropas de Moncey. Se ha querido impedir que este se apoderara de Pamplona, y solo se ha conseguido al distraer fuerzas que tomase Bilbao y Vitoria.

—Y hasta llegar á Miranda de Ebro, pero con grandes pérdidas.

V.

Los que atribuian á Godoy la idea de negociar una paz con Francia estaban en lo cierto.

Las operaciones de la guerra en uno y otro campo aconsejaban esta medida.

Las bases y condiciones para llegar á este acuerdo fueron objeto de prévias pretensiones, reparos y cesiones mútuas, como acontece casi siempre en tales casos.

Pretendia la Francia conservar hasta las paces generales las plazas que habia conquistado en España.

El gobierno español rechazaba esta propuesta, y por

su parte á la condicion de sacar á salvo la absoluta integridad del territorio invadido, sin ceder ni una sola aldea, añadia la de que el gobierno francés habia de mostrarse justo y equitativo, y olvidar todo rencor respecto á la familia del destronado rey de Francia.

Mostróse irritado por esta respuesta el gobierno de la República.

Pero como quiera que la paz entraba en el interés de ambas naciones, se vino sin dificultad á un comun acuerdo, tanto más cuanto que la Francia accedió á restituir todas las plazas y paises conquistados en territorio español durante la guerra, pidiendo por única indemnizacion la parte española de la isla de Santo Domingo.

El gobierno español, teniendo en cuenta el estado de anarquía en que dicha isla se encontraba, y que por consecuencia conservarla era á la nacion más gravoso que útil, ni el rey, ni Godoy, ni el Consejo tuvieron dificultad alguna en condescender, y sobre estas dos principales bases se procedió al ajuste definitivo de la paz.

Ciertamente ninguna potencia de las que en aquel tiempo, antes ó despues de este ajuste, concertaron paces con la República francesa, lograron hacerlo con ménos sacrificio y con condiciones ménos gravosas que España.

No podia llamarse sacrificio la cesion de la parte española de la isla de Santo Domingo, que estaba siendo una carga para la nacion, y de hecho se podia ya considerar como abandonada por los principales colonos,

y esto á cambio de la evacuacion completa del territorio de la Península, con la devolucion hasta de los cañones y pertrechos de guerra que existian en las plazas que habian de restituirse al tiempo de firmarse el tratado.

No hallamos por lo mismo la razon en que pudieron fundarse los que calificaron esta paz de vergonzosa para España. No la consideran así los historiadores franceses de más nota.

«La Francia, dice uno de ellos, concedia mucho, por una ventaja ilusoria, porque Santo Domingo ya no pertenecia á nadie; pero estas condiciones las dictaba la más profunda política.»

«Fué recibida la noticia de esta paz, añade el mismo escritor, con el mayor regocijo por cuantos amaban la Francia y la república.»

El rey Cárlos IV, en recompensa de este servicio, confirió á su primer ministro D. Manuel Godoy, duque de la Alcudia, el título de *Príncipe de la Paz*, cuya elevacion é inusitada merced provocó nuevas y más ágrias murmuraciones y críticas de parte de los que odiaban, que eran muchos, al que llamaban favorito de la reina y valido del rey.

Tal vez en el trascurso de esta historia volvamos á ocuparnos con más extension del hecho histórico que acabamos de referir, y que es conocido con el nombre de la *paz de Basilea*.

Traslademonos ahora á casa del intendente jubilado de Filipinas D. Bartolomé Samaniego.

CAPITULO XXIV.

—

La familia en 1795.

I.

En la casa del ex-intendente reinaba la apacible tranquilidad de costumbres propia de aquella época.

Diariamente se reunian en ella algunos amigos de confianza que formaban su tertulia.

Al oscurecer se rezaba el rosario, tomábase despues chocolate, y en las veladas de invierno no era extraño que se echase una partida al *siete y medio* ó *á la peregila*.

Debo decir á fuer de verídico que en estas expansiones familiares no tomaban parte las jóvenes solteras hasta la edad de veinticinco ó treinta años, porque sus padres consideraban perjudicial para su desarrollo moral el que pudieran escuchar alguna frase que *despertase sus sentidos*.

II.

A la tertulia de D. Bartolomé, como á la de la mayor parte de las personas de buena posicion, acudian dos frailes.

Esto nada tenia de extraño.

A principios del siglo actual habia en Madrid más de dos mil repartidos en treinta y cinco conventos.

Poco aficionados, por lo general, á los paseos, se distribuian en las casas de las familias mejor acomodadas de la córte, y es fama que intervenian muchas veces en los asuntos domésticos y aun privados de las personas á quienes visitaban.

III.

Era costumbre obsequiarles con chocolate, y siendo tan aficionados los reverendos al soconusco, dicho se está que no serian los últimos en asistir á aquellas reuniones.

Los que concurrian cuotidianamente á casa de don Bartolomé llamábanse fray Celedonio el uno y fray Antolin el otro.

El primero, además de ser confesor de la esposa del ex-intendente, era tambien, por decirlo así, su consejero áulico.

IV.

Los maliciosos, cuando recuerdan las atenciones de que eran objeto los frailes en las casas de nuestros abuelos por parte del sexo femenino, quieren atribuir á algo más que amistad la buena acogida que les tributaban.

A nuestro juicio esto solo era el resultado de la envidia, y se queria por semejante medio destruir la influencia que como colectividad ejercia el clero en nuestra católica España.

El dia á que nos referimos, apenas acababan de sentarse fray Celedonio y fray Antolin en casa de D. Bartolomé, llegó éste, y despues de saludarles respetuosamente y besarles la mano:

V.

—No me riñan Vds., les dijo, por no haber asistido ayer al sermon del padre Millan.

—Ya le habiamos á Vd. echado de ménos.

—Y en verdad, que se ha perdido Vd. una cosa buena.

—Tengo noticia de que fray Millan es elocuentísimo.

—Y de una vasta erudicion.

—Su voz es tan persuasiva y su oratoria es de una sencillez tan poética, que conmueve á cuantos le escuchan.

—Tengo entendido que hace poco ha llegado á Madrid.

—Así es, en efecto; él pertenecia al convento que de nuestra órden hay en Valladolid. El general tuvo noticia de sus grandes dotes oratorias y le encargó viniese á predicar el sermon de Dolores. Despues él solicitó y obtuvo permiso para permanecer aquí, y todos nos

honramos con su determinacion de permanecer entre nosotros.

—Pues cada vez siento más no haberle oido; pero la superiora de Capuchinas, ya saben Vds., sor Angela, me dió un encargo para la secretaría de Hacienda y fuí á complacerla. Tiene un sobrino, gran pendolista, que desea entrar como meritorio en dicha secretaría.

—¿Qué edad cuenta?

—Veinticinco años.

—Ambicioso es para ser tan jóven.

—¡Oh! ¡pero es muy aplicado! Ya lleva dos años de latin con gran aprovechamiento.

—¿Y qué noticias corren por ahí respecto de la guerra?

—Que la paz será un hecho dentro de poco tiempo. Y á propósito de esto, ¿ya habrán Vds. oido lo que se dice de mi amigo Godoy?

—¿Qué?

—Que se le va á conferir un título.

—No lo extraño, dijo con sorna fray Celedonio. La reina le ha tomado bajo su proteccion y es verdaderamente pródiga; tal vez más de lo que debiera.

—Hermano, contestó fray Antolin, tenga un poco de caridad. Esas apreciaciones que se permite son pecaminosas.

—Vamos, no sea hipócrita fray Antolin, que otras veces no es el último en dar pábulo á lo que dice la crónica escandalosa.

VI.

El reverendo no se dió por aludido, y dirigiéndose á D. Bartolomé:

—Continúe Vd. lo que nos estaba refiriendo.

—Pues decia que se le va á conferir el título de príncipe nada ménos.

—¿Y á qué viene ahora esa gracia tratándose de la guerra?

—Como él es el que ha negociado para la paz entre España y Francia, se le llamará en lo sucesivo, si aquella se efectúa, *príncipe de la Paz*.

—Si no fuera bochornoso que un aventurero disfrutase de tanto favor, seria risible que acumulase tantos honores y distinciones.

—Digan Vds. lo que quieran, prosiguió D. Bartolomé, que recordaba que habia sido amigo de Godoy en otro tiempo, no negarán que si el favor ha entrado por mucho para alcanzar la posicion que hoy ocupa, le ha ayudado mucho su talento.

—No negaré semejante cosa; pero en su edad no puede haber el aplomo, la experiencia que requieren los negocios de Estado.

—Yo por mi parte reconozco que la intriga la maneja á las mil maravillas.

—Solo así se comprende que haya podido arrebatar las riendas del gobierno á un honbre tan eminente como el conde de Aranda.

—Asombra lo que ha medrado en poco tiempo.

—No le envidio sin embargo, dijo sentenciosamente fray Antolin. Las posiciones que se fundan en bases tan deleznables como en la que asienta la suya D. Manuel Godoy vienen al suelo al primer vaiven de la fortuna.

VII.

La conversacion empezaba á tomar un giro algo inconveniente hallándose delante una señora; pero presentándose Paquita con las jícaras de chocolate en una bandeja, seguida de una criada que en un cestito traia bizcochos, puso fin á ella.

—Dios guarde á sus mercedes, dijo sin levantar los ojos.

Fray Celedonio y fray Antolin miraron á la hermosa Paquita para admirar aquella obra de Dios, y de paso al rico chocolate que iba á servirles.

Terminado este se retiró la jóven, y fray Celedonio dirigiéndose á su madre:

VIII.

—Orgullosa puede Vd. estar, dijo, de tener una niña tan bien educada.

—Gracias á los consejos de Vds.; pero gracias tambien á mi celo, porque las muchachas del dia, si se las dejase, yo no sé á dónde irian á parar.



Fray Celedonio y fray Antolin miraron á la hermosa Paquita, para admirar aquella obra de Dios y de paso al rico chocolate que iba á servirles.

—No puede Vd. quejarse. Jamás se le ha visto asomarse al balcon en dia de trabajo.

—Ni, á Dios gracias, ha perdidó un solo dia de ayuno.

—Todos los dias, dijo D. Bartolomé con orgullo paternal, apenas se levanta viene á besarnos la mano.

—Pero ese prurito de aprender á escribir, dijo con pena la esposa del intendente, es lo que me quita el sueño.

—Algo hay que conceder á las exigencias de la época, dijo D. Bartolomé.

—¡Qué diferencia cuando yo era soltera! Más de veinticuatro años tenia y aun no habia empezado á hacer palotes.

—Esa, esa era la buena educacion, dijo con entusiasmo fray Celedonio. Pero ahora se da una educacion fatal á la juventud, salvo la excepcion honrosa que yo hago de Paquita.

—Ciertamente que hay mucho desenfreno en las costumbres.

—Y yo no sé á qué obedece ese afan de hacerse sábias las mujeres.

—Pero si todo está desquiciado.

—La bondad de S. M. tiene la culpa.

—Ha querido hacer iguales á todos, y hasta los menestrales enseñan desde muy temprana edad á sus hijos á leer y escribir.

—El pueblo debe permanecer siempre en la ignorancia, porque de otro modo se desarrolla en él la ambicion.

—Naturalmente.

—Lo que va á suceder con esa manía de querer ser todos sábios, es que va á llegar dia que no haya quien se ocupe en hacer zapatos ni en labrar la tierra.

—Y no ha de tardar mucho.

—Pues todo hay que agradecérselo á D. Manolito Godoy.

—Ese mentecato ha de ser la ruina de España.

—Como que el demonio le inspira.

Los reverendos continuaron despachándose á su gusto, como se dice vulgarmente, respecto al duque de la Alcudia, y una hora despues se despedian de los dueños de la casa para retirarse á su convento.

CAPITULO XXV.

Una intriga disfrazada de caridad.

I.

Caminaban murmurando todavía de la privanza de que disfrutaba D. Manuel Godoy, amenizando su conversacion con chanzonetas que, á haberlas oido, no hubieran sido muy del agrado de Cárlos IV, cuando saliendo á su encuentro una mujer como de unos cuarenta años:

—¿Sus mercedes tendrán la bondad de decirme si conocen á fray Antolin?

—Yo soy; ¿qué se ofrece, hermana?

—La señora marquesa de la Llana me mandó que fuese al convento y preguntase por su mercé, porque desea verle.

—Diga Vd. á su señora que me honraré mucho en ponerme mañana á sus órdenes. A no ser, añadió, que fuese para algo urgente. ¿Está enferma tal vez y desea confesarse?

—No, señor; solo desea consultar no sé qué á vuestra reverencia.

—Pues nada, repito lo dicho; mañana iré.

La fámula besó la correa del hábito de fray Antolin y fué á dar el recado á su ama.

II.

No hay para qué decir que el reverendo cumpliria su palabra.

Al dia siguiente acudió á casa de la aristocrática dama.

Esta, apenas le anunciaron la visita del reverendo:

—Mil perdones le pido á Vd. por la libertad que me he tomado de molestarle, le dijo.

—La señora marquesa me honra mucho al llamarme á su casa, y solo deseo poder serle útil.

—Mi objeto, dijo aparentando una sencillez, un candor de que carecia, es hacer algunas limosnas, y queria consultar á Vd. sobre las familias que en el barrio se hallan en mayor necesidad de ser socorridas.

—Laudable es mil veces esa intencion; lo primero, por la filantrópica idea que entraña, y además por el legítimo deseo de no convertir el óbolo de la caridad en medio de fomentar la holganza y los vicios.

—Pero ahora me ocurre una idea. Mejor será entregar á Vd. la suma que destino á esas limosnas para que Vd. la distribuya.

—No sé si debo admitir...

—Permítame su merced, que es un deber de su mi-

nisterio endulzar los dolores del que sufre, atenuar los padecimientos de los necesitados.

—Ciertamente que no puedo eludir obligacion tan sagrada.

—Por otra parte, sin que yo deje de agradecer en lo que vale esta molestia que le ocasiono, creo, si mal no recuerdo, que otras señoras le dan encargos semejantes. Si la memoria no me es infiel, hace pocos dias que la esposa de un ex-intendente de Filipinas confió á Vd. cincuenta ducados para que los distribuyera.

—Es cierto, y además regaló al santísimo Cristo de la Misericordia una sabanilla bordada por su hija Paquita.

—¿Paquita se llama la hija de esa señora? preguntó afectando curiosidad.

—Ese es su nombre. ¿Acaso la conoce Vd.?

—He oido hablar de una Paquita, pero no debe ser esa.

—¿Qué apellido tiene la á que Vd. se refiere?

—Samaniego.

—Es la misma.

—¡Qué casualidad! Tengo entendido que es muy bella.

—Su mejor hermosura es la educacion que le han dado sus padres. Es una muchacha modelo de candor.

III.

La marquesa se mordió los lábios.

—Para que se vea lo injusto que es el mundo, continuó, ¿querrá Vd. creer que se asegura que esa jóven, á pesar de su corta edad, tiene ya novio?

—¡Calumnia! Difícilmente se podrá hallar hoy dia una jóven más humilde, más inocente, más candorosa... En fin, ¿Vd. supone que si algo existiera de lo que dice, no lo sabria ya su señora madre y me lo habria comunicado á mí, que me consulta en todo?

Matilde se sonrió maliciosamente.

IV.

—Dice un refran, exclamó la marquesa, que del agua mansa nos libre Dios... Paquita tiene novio y ya le ha escrito varias cartas, bastante apasionadas por cierto.

—No puede ser; esa niña no sabe escribir; ahora empieza á aprender.

—Eso creen sus padres. Pero debo ser completamente franca. ¿Vd. extrañará cómo sé yo todos estos detalles?

—¡Efectivamente!

—Nada más sencillo; tengo un sobrino que es el novio en cuestion de esa niña.

—¿Será posible? preguntó con asombro fray Antolin. Mentira parece que sus padres no se hayan apercibido.

—Anda por medio una criada muy gazmoña, pero muy ladina.

—¡Jesus, María y José! exclamó santiguándose fray Antolin. ¡Qué corrupcion! ¡Qué hipocresía! Pero yo hablaré á sus padres para que tomen una determinacion severa.

V.

La marquesa, que habia logrado traer la conversacion al punto que se proponia:

—He ofrecido hablar á Vd. con franqueza y voy á cumplir mi palabra.

—Escucho á Vd. con el mayor gusto.

—Yo quisiera á todo trance destruir esos amores de mi sobrino y Paquita, porque tratándose de un hijo de mi desgraciado hermano, que no tiene á nadie en el mundo más que á mí que vele por su felicidad, es deber mio oponerme á esa boda.

Fray Antolin empezó á comprender el verdadero objeto de la invitacion que le hizo Matilde para que fuera á su casa.

VI.

—Ha de saber Vd., continuó esta, que todos los de la familia habiamos proyectado enlazar á Enrique, que así se llama mi sobrino, con una jóven hija de padres ilustres y que además de poseer un corazon excelente, una belleza poco comun y un carácter angelical, une á estas condiciones la de poder aportar al matrimonio un dote considerable.

—Vd. sabe muy bien que las riquezas no constituyen la felicidad.

—Por sí solas no; pero pueden contribuir á ella. En fin, yo, que sé la legítima influencia que ejerce Vd. en esa familia, reitero mi súplica.

—Lo más grave que encuentro en el caso es que Paquita no haya hecho conocer á sus padres esos amoríos.

—¡Y tan grave! Mi sobrino es de carácter impetuoso, vehemente en sumo grado, y si pronto no ponemos remedio pudiera esa jóven llorar eternamente.

—Es verdad; así, pues, permítame V. E. que me retire; no podemos perder tiempo. Yo, con la mayor cautela, averiguaré lo que haya y obraré en consecuencia.

VII.

Fray Antolin iba á retirarse, y la marquesa, dando á su voz el acento más dulce:

—Con la conversacion nos habiamos olvidado de lo principal.

Abriendo un buró sacó de él un cartucho de monedas, y entregándolas al reverendo:

—Sírvase Vd. distribuirlas entre las personas que más lo hayan menester.

—Así lo haré, y en su nombre le doy las gracias.

—Puedo asegurar á Vd. que la mayor satisfaccion que me ofrecen las riquezas que poseo es la de poder aliviar con ellas algun tanto las penas de los menesterosos.

—Esas ideas la enaltecen á Vd. á los ojos de todos.

—Mil gracias.

La marquesa, despues de ofrecer á fray Antolin con la mayor distincion su casa y de besar su correa, le despidió.

El fraile por su parte prometió volver á participar á la aristocrática dama el éxito que podia esperar de la mision que le habia confiado.

VIII.

—Pues señor, se iba diciendo el bueno de fray Antolin, positivamente las predicaciones modernas van influyendo de una manera desastrosa en el modo de ser de la sociedad actual y amenazan destruirlo todo con sus teorías disolventes. ¡Hasta en la familia, hasta en los sentimientos se empiezan á tocar ya sus desastrosos efectos!

¡Es inaudito, es inverosímil lo que sucede! Al candor de las jóvenes ha reemplazado la hipocresía más supina. ¡Pero si no puede ser que en Paquita haya tanta doblez! Una muchacha educada con tanto recogimiento... ¿Si tendré que convenir con fray Millan, que dice que el exceso de severidad de costumbres para con la juventud es siempre contraproducente? ¡Bah! ¡bah! esas son teorías y nada más. A bien que hasta ahora España puede decirse que ha sido el país propio de la familia, y no es de presumir que un breve tiempo pueda trastornar nada nuestras costumbres.

Y como si esta reflexion le hubiese tranquilizado algun tanto, se dirigió á su convento y refirió á su inseparable amigo fray Celedonio cuanto habia ocurrido en la entrevista que acababa de celebrar con la marquesa de la Llana.

CAPITULO XXVI.

—

Severidad é hipocresia.

I.

Fray Antolin y su inseparable fray Celedonio fueron aquella tarde, como de costumbre, á casa del ex-intendente.

El primero, aprovechando un momento oportuno, dijo á la madre de Paquita:

—Vaya Vd. mañana á la hora en que estoy en el confesonario, porque tengo que enterarla á Vd. de un asunto de gran interés.

—¿Pero no podré saber...?

—Necesitamos hablar sin testigos, se limitó á contestar el reverendo.

II.

Aquella noche la pasó la buena señora en la mayor inquietud.

—Qué tendrá que decirme fray Antolin, exclamaba. Y que debe ser grave el asunto es indudable, puesto que

quiere que estemos sin testigos. ¿Si se tratará del casamiento de mi hija? Hace dias que viene aconsejándome la conveniencia de que tome estado mi Paquita, y no seria extraño que fray Antolin, que tanto interés se toma por nosotros, si en alguna de las casas que frecuenta hay algun jóven de buenas cualidades, trate de unirle con mi hija.

Esta reflexion, que hoy parecerá extraña á nuestros lectores, era en aquella época muy natural, si se tiene en cuenta que la mayor parte de los casamientos los hacian los frailes sin contar con la voluntad de los futuros cónyuges, y á veces ni aun con la de sus padres.

III.

A la hora convenida fué, pues, la madre de Paquita á ver á su confesor.

Este con la mayor gravedad:

—Antes de manifestar á Vd. el motivo á que obedece mi deseo de hablar á Vd., le voy á hacer varias preguntas.

—¡Ay, Dios mio! me asusta el tono con que hoy me habla Vd.

—Calma, hija mia, calma. Vamos á ver. ¿Vd. cree que yo me intereso por su felicidad y por la de toda su familia?

—No lo he dudado un momento.

—Bien; ¿Vd. supone que á no ser por una causa inevitable jamás le proporcionaria yo un disgusto?

—Me aterra ese preámbulo.

—Es para demostrar á Vd. la pena que me causará decirla que vigile mucho á su hija.

—Si solo de eso se trata, dijo con dignidad maternal la buena señora, estoy completamente tranquila. A Dios gracias, la educacion que he dado á mi hija, el ejemplo que ha visto en mi casa, la severidad de costumbres en que la hemos criado aleja de mí todo temor.

—Soy el primero en reconocer la severa austeridad en que Vd. y su esposo han tratado de educar á su hija; pero á veces los más nobles propósitos, los mayores sacrificios son estériles por los consejos oficiosos, por las malas artes, por las sugestiones de personas que por imprevision muchas veces, por vil interés, por egoismo otras, van infiltrando poco á poco el veneno en el corazon de las hijas de familia.

—No comprendo...

—Vigile Vd. tambien á la criada y tal vez hallará la clave. Hoy por hoy no puedo decir más. Mi deber de amigo me aconseja prevenir á Vd.; mi deber de confesor me prohibe violar el secreto del tribunal de la penitencia.

—Pero...

—Ni una palabra más.

Y sin dar tiempo á que formulase su interlocutora nuevas preguntas, salió del confesonario y se dirigió á la sacristía.

IV.

La indignacion que se apoderó de la virtuosa señora fué inexplicable.

Vertiendo abundantes lágrimas permaneció algun tiempo rezando á la Santísima Vírgen, á fin de que la iluminase para poder conjurar el peligro que amenazaba á su tranquilidad, y terminada su plegaria regresó á su casa.

Cuando llegó, Paquita se acercó para quitarle la mantilla; pero la madre separándola bruscamente:

V.

—No se acerque Vd. á mí, infame, dijo.

La jóven presintió que iba á comenzar una escena terrible.

—Póngase Vd. de rodillas y jure decir verdad á cuanto voy á preguntarle.

—Su mercé puede preguntarme cuanto guste, balbuceó Paquita.

—Con esas gazmoñerías nos ha tenido Vd. engañados á su padre y á mí; pero yo le prometo que si las sospechas que me han hecho concebir tienen fundamento, ha de concluir Vd. los dias que le restan de vida en un convento.

—Pero ¡por Dios!

—¡Silencio! No me replique Vd., infame. Estos dias anda Vd. en secretitos con la criada.

—¡Yo!

—Sí; y no debe ser para cosa buena cuando todo el mundo se escandaliza.

—Yo juro á su mercé que la han engañado. Además yo no me separo de su lado, y con la criada solo he ido alguna que otra vez á misa.

—Dígame Vd. la verdad.

—Si yo...

—Nada, nada; necesito saberlo todo.

—Pero si nada tengo que decir.

—Está bien; retírese Vd... Yo averiguaré.

Paquita iba á obedecer; pero su madre, dispuesta á depurar la verdad, y temerosa de que su hija podia prevenir á la criada:

—Entre Vd. en esa alcoba, dijo.

Paquita, sin despegar los lábios, puso en práctica aquella órden.

VI.

—¡Tomasa! ¡Tomasa! exclamó la madre llamando á la criada.

—¿Qué manda su mercé?

—Venga Vd. acá. Cuando acompaña Vd. á misa á mi hija, ¿quién suele acercarse á hablar con ella?

—Nadie.

—No niegue Vd. y trate de engañarme, porque lo sé todo.

—Pero, señora...

—¡Es el modo que tiene Vd. de agradecer el pan que come!

—Bien sabe Dios que de nada me acusa la conciencia.

VII.

Pronunció con tal serenidad estas palabras, que casi desconcertó á su ama.

Pero esta, queriendo jugar el todo por el todo, acercándose á su oido:

—Paquita me ha confesado que suele esperarla un jóven y que frecuentemente Vd. le trae recados suyos.

—La señorita no dirá eso delante de mí, porque no es cierto.

—¿Con que no es cierto?

—No, señora; y para que su mercé no desconfie de mí, ahora mismo me da la cuenta, que me marcho.

—Espere Vd. á que venga el amo.

—Esperaré.

Tomasa se retiró.

—Pues señor, se decia la buena señora, sin duda el extremado cariño que nos profesa fray Antolin le ha hecho ver algun peligro donde realmente no existe. Es imposible que Paquita insistiese con tanto aplomo y lo mismo Tomasa. Yo vigilaré, sin embargo.

VIII.

No hay para qué decir que la jóven ansiaba poder hablar con Tomasa para ponerse de acuerdo, á fin de que no se descubriese lo que tanto interés tenia en ocultar.

—O mucho me equivoco, dijo Tomasa, ó en este asunto debe de andar fray Antolin.

—Pero ¿cómo habrá podido saber...?

—¡Ay, señorita! los frailes son muy entrometidos, y como conocen á tanta gente y son tan preguntones, todo lo averiguan.

—¿Y qué debo hacer?

—Por de pronto escribir al señorito D. Enrique noticiándole lo que ocurre. Dígale Vd. que hasta que usted le avise ni siquiera me hable á mí cuando me encuentre en la calle; que tampoco pase por delante de la casa á las horas en que la señora no está; en fin, que tenga mucho juicio, porque pudiera perderse todo.

—Tienes razon; pero ¿cuándo escribo yo esa carta? Ahora me vigilarán más que nunca.

—Todo puede arreglarse. La señora va á ir esta tarde á la novena. Manifieste Vd. gran interés en acompañarla y esto bastará para que se lo prohiba. Una vez solas en casa, Vd. escribe la carta, y cuando venga el aguador yo se la doy diciéndole que es para un primo mio.

—Excelente idea. ¿Con qué te pagaré yo esto?

—En el mundo debemos ayudarnos unos á otros.

—Si yo no me casase con Enrique seria desgraciada toda mi vida.

—Por eso le ayudo á Vd. y porque comprendo que es un jóven muy apreciable.

—¡Me quiere tanto!

—Hasta ahora así parece; pero no le demuestre usted demasiado cariño porque los hombres abusan.

—¡Dices unas cosas...! El no seria capaz...

—Señorita, Vd. sabe poco de mundo. Créame Vd. á mí; si en otro tiempo no hubiera yo sido tan tonta no estaria ahora sirviendo... Pero, en fin, olvidemos lo pasado. Al fin y al cabo la experiencia no se adquiere de balde.

Paquita puso en práctica el plan de la doméstica y todo salió segun habia previsto esta.

Veamos cómo se expresaba en su carta la niña á quien sus padres creian tan candorosa.

CAPITULO XXVII.

Una conferencia en una celda.

I.

«Enrique de mi vida: No vengas á verme hasta que yo te avise, ni aunque encuentres á Tomasa te detengas á hablarla.

»Yo no sé quién ha sospechado el cariño que nos une y lo ha comunicado á mis padres.

»Mucho trabajo me ha costado mentir, pero he negado y por mí nada se ha sabido.

»Gracias á Tomasa, que tanto se interesa por nuestra felicidad, puedo hacer que esta carta llegue á tus manos.

»No puedes figurarte lo que me cuesta condenarme yo misma al suplicio de no verte. Tú, si me quieres como dices, sufrirás tambien, pero consuélate al saber que te adoro cada dia más y que estoy dispuesta á todo con tal de ser tu esposa.

»He dicho antes que no sabia á quién atribuir el que nos hayan descubierto, pero ahora que recuerdo que mi madre salió á misa temprano, casi me atreveria á

apostar á que ha sido fray Antolin el que ha ido con el cuento.

»Adios, Enrique mio, y acuérdate siempre de la que nunca te olvida.—Tuya,

P.»

II.

La lectura de la anterior epístola produjo en el corazon del enamorado jóven una verdadera tempestad.

Enrique Perez de Guzman, que amaba con delirio á Paquita, que habia concentrado en ella todo su cariño, que era muy feliz al pensar solo en la dicha que le sonreiria el dia que pudiera llamarla su esposa, al concebir el temor de que una intriga pudiera destruir todas sus ilusiones, con esa impetuosidad propia de la juventud, sin meditar en las consecuencias se dirigió al convento y preguntó por fray Antolin.

III.

Una vez en su celda:

—¿Es el padre fray Antolin á quien tengo el honor de hablar?

—Yo soy.

—En ese caso suplico á su merced me conceda un momento de atencion.

—Con mucho gusto; tome Vd. asiento.

—Mil gracias, dijo Enrique sin aceptar aquel ofrecimiento.

—Veamos de qué se trata.

—Segun tengo entendido, Vd. va diariamente á casa de un ex-intendente de Filipinas.

—Es cierto.

—Ese caballero tiene un hija...

—Paquita.

—Ha pronunciado Vd. su nombre. Pues bien, yo adoro á esa jóven, ella me corresponde y estoy resuelto á vencer todos los obstáculos que se opongan á nuestra felicidad.

—¿Segun eso, los padres de la muchacha no son gustosos en que se realice ese casamiento?

—No he consultado su opinion.

—Eso es muy grave. Todo jóven, lo primero que debe hacer al conocer á una muchacha, si sus fines son buenos, es hablar á los padres; los caminos tortuosos no conducen más que al pecado.

—No niego ni concedo la exactitud que pueda tener esa opinion; pero á mi juicio me parece absurdo el dar el paso que Vd. aconseja sin tener la seguridad de que corresponde la persona amada.

—Esas son argucias para eludir el cumplimiento de las leyes que ha establecido la moral.

IV.

Enrique Perez de Guzman, que deseaba cuanto antes ir al verdadero objeto que allí le habia llevado:

—No perdamos el tiempo en una discusion inútil. Ni

Vd. podria convencerme á mí, ni yo trataré de imponerle la opinion que he formado hace tiempo respecto á las costumbres, á las prácticas establecidas.

Habia tal vehemencia en la voz del jóven, causaban tal energía sus palabras, que fray Antolin, á pesar de su edad y de su experiencia, se sentia dominado por la entereza del imberbe mancebo.

V.

—Y bien, exclamó para reanudar aquel interrumpido diálogo.

—Al decir que estaba resuelto á destruir todos los obstáculos que se opusieran á nuestra dicha, me referia á Vd., añadió Enrique de una manera harto brusca.

—¿A mí?

—Sí, señor; porque nadie sino Vd. ha podido enterar á los padres de Paquita del cariñoso lazo que une nuestras almas.

VI.

El reverendo sacó de entre los hábitos la caja del tabaco, tomó un polvo de *flor baja* y se aventuró á decir:

—¿Y si yo demostrase á Vd. que si he dado algun paso ha sido por su bien?

—¿Por mi bien?

—Sí; voy á ser franco con Vd. Disculpo que á su

edad crea que es una pasion avasalladora lo que solo sea tal vez una ráfaga de sensualismo, y dicho se está con esto que en el estado en que se encuentra, nada tiene de extraño que desoiga la voz de la conveniencia, de la razon, que le brindan un enlace que verdaderamente labraria su felicidad.

—No prosiga Vd., que ya sé dónde vamos á parar. Vd. va á hablarme de una jóven que se llama Dolores, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—No tiene Vd. que decirme quién es la persona que tiene interés en destruir mi enlace con Paquita: ya le he dicho que preferia la miseria á renunciar á mis ilusiones, y tengo suficiente firmeza de carácter para no doblegarme por nada ni por nadie.

—Reflexione Vd., jóven. ¿Qué porvenir le aguarda á Vd. casándose con Paquita? Al paso que aceptando el enlace que le proponen quienes verdaderamente se interesan por su felicidad...

—No se moleste Vd... Sostengo lo que he dicho tantas veces, y debo advertirle que si Vd. aprecia á la familia de Paquita, si desea que conserve su buen nombre, no debe oponerse á nuestros amores. Convencido de que corresponde á mi cariño, estoy decidido hasta á dar un escándalo, y francamente, no quisiera que la que sea mi esposa diese pábulo á la murmuracion...

—¿Seria Vd. capaz...?

—De todo; ó pondria fin á mis dias.

—¡Qué horror! El suicidio es un crímen que condenan las leyes civiles y reprueban las leyes morales.

—Digo á Vd. esto para demostrarle cuál es la situacion de mi espíritu.

VII.

Fray Antolin, que preveia algo funesto para Enrique:

—Le veo á Vd. en mal camino, le dijo, y como yo tendria un remordimiento eterno en haber sido causa de que adoptase una determinacion extrema, le prometo firmemente no mezclarme en lo sucesivo en nada que se relacione con Vd. ni con Paquita.

—¿De forma que Vd. confiesa...?

—Confieso que yo he sido quien ha encargado á la madre de esa jóven que la vigilase; pero repito mi promesa. Siento, sin embargo, que Vd. se halle tan obcecado que no vea la situacion á que quedará reducido el dia en que por completo rompa con la persona á quien debe la posicion que hoy disfruta.

—He pensado en ello, y me parece que encontraré el remedio de abandonar esa tutela que yo habia creido hija del cariño; pero me convenzo cada dia más de que solo procede del egoismo, de que obedecia á un plan hace ya tiempo meditado. Y me ofende esto tanto más cuanto que estoy seguro de que se habia considerado mi corazon como una mercancía.

Fray Antolin nada respondió á las palabras de Enrique, y este se despidió un momento despues.

CAPITULO XXVIII.

Medidas extraordinarias.

I.

Como los maliciosos atribuian principalmente la privanza de que disfrutaba D. Manuel Godoy á sus amores con una alta persona, Enrique Perez de Guzman creyó que, franqueándose con el duque de la Alcudia, pintándole su situacion le protegeria y alcanzaria por su poderosa influencia un destino en América, con cuyo sueldo podria atender con desahogo á las necesidades de su futuro estado.

II.

—Si consigo que el duque acoja mi peticion con benevolencia, si realiza mis aspiraciones, entonces iré á pedir á los padres de Paquita la mano de su hija. La verdad es que hoy por hoy aventuraria mucho si lo efectuase, porque seria probable que mi tia, resentida por no haber yo aceptado el enlace que me proponia, trabajase para que me quitaran el destino que debo á

su influencia. Además, yo debo gestionar para mi traslacion á América, porque estoy convencido que en la Península no me libraria de las asechanzas de mi vengativa parienta. Pudiendo ofrecer una posicion á mi futura, yo creo que sus padres no negarán su consentimiento para nuestro enlace; pero si le negaran, como Paquita sea gustosa, acudiré al amparo de los tribunales para que ordenen el depósito.

III.

La entrevista que el enamorado jóven tuvo con Godoy fué en extremo satisfactoria para él.

Enrique Perez de Guzman, con esa poesía que presta al lenguaje el corazon cuando le llena por completo un sentimiento avasallador, le pintó la situacion de su espíritu, y el duque de la Alcudia no pudo ménos de interesarse por él.

Profesaba el privado la teoría de que las grandes pasiones solo se albergan en las almas privilegiadas, y que solo las almas vulgares podrán oponerse á su desarrollo.

Así, pues, apenas formuló el jóven su peticion:

IV.

—A decir verdad, exclamó, si yo obedeciera á los ruegos de la amistad no deberia acoger su súplica. Y digo esto, porque su señora tia, mi distinguida amiga

la marquesa, me habia hablado varias veces de este asunto, confiándome que su mayor deseo era que se casase Vd. con la hija del marqués del Puente.

—Razon más para que yo agradezca tanta bondad.

—No soy yo de los egoistas que dispensan un favor por el solo hecho de que se les agradezca. A mi juicio, cuando se lleva á cabo algun acto generoso, por meritorio que sea, si se busca recompensa, pierde toda su grandeza. En la vida todas las acciones deben medirse, no por el sacrificio que haya que arrostrar para verificarlas, sino por la utilidad, por el consuelo, por la felicidad que puedan reportar á la persona que sea objeto de ellas.

V.

Enrique Perez de Guzman escuchaba embelesado á Godoy, y en su interior disculpaba á la persona que era blanco de las murmuraciones de todos por haberse apasionado de un hombre que, al ser sincero, al exprerarse de aquel modo, revelaba poseer un gran corazon.

—Despues de haber oido á Vd., prosiguió el duque de la Alcudia, seria hasta criminal secundar los planes de su señora tia. Sé algo de achaques de mundo, y ayu darla en su empresa equivaldria á labrar la desdicha de Vd. y á malograr disposiciones que pueden ser muy útiles para el servicio de la nacion. Déjeme Vd. las señas de su casa y esta noche recibirá el nombramiento de su destino, en el que pueda hacer gala de los vastos conocimientos que le adornan.

Enrique dió las gracias á Godoy, y respetuosamente se despidió de él.

VI.

El tiempo que medió hasta el momento en que recibió la credencial ofrecida le pasó formando mil risueñas ilusiones para el porvenir.

Las ocho de la noche serian cuando un ugier del ministerio le entregó un nombramiento de oficial de la Caja Real de la Habana con 4.000 duros de sueldo.

VII.

A pesar de que Enrique Perez de Guzman llevaba ya algunos años de servicio, su elevacion á aquel empleo escandalizó á todos.

Se creia en aquella época que para ocupar ciertos puestos era preciso haber llegado á una edad provecta y tener dilatados años de buenos servicios.

Es verdad que entonces no se conocia en España lo que se llama progreso, y no se veia, por lo tanto, que los que acababan de salir de las áulas ejerciesen cargos que por ningun concepto eran aptos para desempeñar.

VIII.

Enrique, como hemos dicho antes, se presentó en casa de los padres de su prometida.

Habia escrito al ex-intendente suplicándole una entrevista y terminaba su carta con estas palabras:

«Habiéndome confiado S. M. un puesto importante en la Habana, para poder llenar fielmente mis deberes me complaceria en extremo oir de lábios de una persona tan ilustrada como Vd., de tan vastos conocimientos, los consejos, las observaciones que se sirviera darme sobre nuestras posesiones ultramarinas.»

IX.

Como se ve, Enrique comenzaba halagando el amor propio del padre de Paquita, y este era un buen medio para captarse sus simpatías y llegar á la realizacion de sus propósitos.

El ex-intendente se apresuró á contestarle; cuando fué Enrique le recibió en su despacho, y en su conversacion, que duró más de tres horas, exhibió aquel antiguo funcionario todos sus conocimientos rentísticos y hasta le leyó varias Memorias que habia escrito para mejorar los ingresos del Erario, especialmente en la renta de tabacos.

X.

Enrique escuchó con evangélica resignacion la lectura de aquellos escritos, los elogió exageradamente, y cuando su interlocutor le felicitó por haber alcanzado tan jóven un puesto tan importante y de tanta confianza como aquel para que era nombrado:

—De Vd. depende, dijo, que pueda ser completamente feliz.

—¿De mí?

—Sí señor.

—No comprendo...

—Es muy sencillo.

—Veamos.

—Vd. tiene una hija á quien yo adoro, y de quien, segun creo, soy correspondido.

XI.

El padre de Paquita se quedó estupefacto al oir aquella revelacion á quema-ropa.

—Caballero, exclamó, mi hija está educada en el mayor recogimiento y por su edad ignora completamente qué cosa sea amor. No sé en qué funda Vd. que ella corresponda á su cariño.

—Tengo pruebas que me dan derecho á explicarme así.

—No puede ser.

—Y si yo dijera á Vd. que poseo cartas de su hija que me hacen el más feliz de los mortales.

—Es imposible; mi hija no sabe escribir.

—Vd. así lo cree; pero carta canta, añadió sacando del bolsillo de su redingote un paquete cuidadosamente atado con una cinta de seda.

—Es decir, exclamó el anciano con la mayor desesperacion, que su madre y yo hemos estado siendo ju-

guetes de nuestra hija. Y Vd., caballero, es muy poco digno en venir á insultarme á mi casa.

—No creo sea insulto, contestó Enrique, venir á pedir la mano de su hija para consagrar toda mi vida á labrar su felicidad. Por lo demás, yo juro á Vd. por lo más santo, y creo que tratándose de una jóven tan virtuosa como su hija estoy relevado de hacer semejante juramento, juro, repito, que en nuestro cariño no existe nada que pueda ofender esas canas.

—Ofensa y grave me ha inferido Vd. al no haberse dirigido á mí á consultarme oportunamente.

—He omitido ese detalle, es cierto, pero empiezo por conocer mi culpa, y Vd. sabe muy bien que el que conoce su error está cerca del arrepentimiento.

XII.

A pesar de lo que se esforzó Enrique en disculparse con el ex-intendente, este fué inexorable.

—Negó su consentimiento, y Enrique tuvo que ponerse bajo el amparo de la ley.

La niña fué depositada en casa de un alcalde de Córte, y evacuadas las diligencias consiguientes, cuando terminó el plazo prefijado por la ley dió su mano de esposa á Enrique.

XIII.

Despues de recibida la bendicion nupcial, ceremonia á que no asistieron los padres de Paquita, los novios

fueron á instalarse á la fonda del *Grifon de Oro*, y dos dias más tarde ocupaban una galera que hacia el viaje á Cádiz.

Ocho dias despues se daban á la vela para la Habana, felices porque habian realizado sus designios, pero sintiendo á veces opresion en el alma porque recordaban la pena que su enlace habia producido en el corazon de los ancianos padres de la jóven desposada.

CAPITULO XXIX.

—

Un mal corazon.

I.

Los sucesos que acabamos de narar se habian verificado con la mayor precipitacion y sin que pudiera enterarse de ellos la marquesa de la Llana.

Enrique, conociendo las intenciones de su tia, su habilidad para llevar á cabo las intrigas, habia tenido muy buen cuidado de que fray Antolin no pudiese verla, así es que la primer noticia que tuvo Matilde de la resolucion desesperada de su sobrino fué la de que habia partido á Cádiz con el fin de embarcarse para América.

Su desesperacion fué inmensa.

La locura de Enrique, como ella la llamaba, echaba por tierra todos sus planes.

II.

Era difícil, dada la primitiva educacion que habia recibido Dolores al lado de Pepe-Hillo y su mujer, que quisiera casarse con ella algun hijo de casa noble sin

que el marqués del Puente y ella, que estaba segura de llegar á ser su esposa en breve, tuvieran que hacer un inmenso sacrificio pecuniario.

Por el contrario, casándola con Enrique apareceria á los ojos de todo el mundo, y aun á los del mismo jóven, como su protectora, y podia limitar á una pequeña cantidad el dote de la niña.

Su sobrino habia sido más hábil que ella, y como era necesario que alguien sufriese las consecuencias de su desesperacion, eligió para víctima propiciatoria á la amada de Antonio.

III.

—Es necesario, se dijo, que esa niña no estorbe mis proyectos. Si permaneciese en el convento sin profesar, sostenida por la esperanza de llegar á ser algun dia la esposa del hijo de su padre adoptivo, creceria la pasion en su alma y seria muy difícil extinguirla. Si se casa con él, y yo, como deseo, cambio mi título por el de marquesa del Puente, seré objeto de las burlas en el gran mundo. Si la sacamos del convento, si la traemos á Madrid y la presentamos en los salones para distraerla y hacerla olvidar ese amor poético que llena su imaginacion, la facilitaremos los medios de que se comunique con su amante, ó para lograr que le olvide y se case con otro, será de todo punto necesario darle una buena parte de la pingüe herencia de su padre. Es necesario á toda costa que renuncie al mundo y abrace para

siempre las severas reglas de la comunidad religiosa en donde se halla.

IV.

Decidida á llevar á cabo este pensamiento, fué acto contínuo á buscar á la marquesa del Puente.

Aquella buena señora, á quien sus achaques tenian retirada de la sociedad, sentia en el fondo de su corazon una inmensa pena, porque aunque comprendia que en efecto podria perjudicar al buen nombre de su familia enlazar á su nieta con el hijo de un torero, estaba persuadida de que el amor que profesaba Dolores á Antonio era verdadero, y puesto que le brindaba la mayor felicidad, sentia en extremo los obstáculos que se oponian á su ventura.

Aguardaba, sin embargo, que regresase su hijo para resolver la determinacion que habia de tomar, y como no sospechaba los planes de la marquesa de la Llana, agradecia su interés creyéndole hijo de la más desinteresada amistad.

V.

—Estoy muy triste, dijo Matilde á la buena señora despues de saludarla, y como somos tan buenas amigas vengo á desahogar con Vd. las penas de mi corazon.

—¿Pues qué ha pasado? preguntó la marquesa.

—Ya sabe Vd. el afecto que le profeso, lo mismo que á todas las personas de su familia.

—Muchas pruebas nos ha dado Vd. de su bondad.

—Hasta ahora no habia querido comunicar á Vd. un plan que he venido elaborando, pero las circunstancias lo han destruido, y ya creo un deber en mí revelársele á Vd.

—¿De qué se trata, mi buena amiga?

—Se trata de la ventura de su nieta de Vd., estrechando al mismo tiempo más y más los lazos que unen á nuestras dos familias..

Tengo un sobrino, á quien pensaba dejar todos mis bienes. Siendo jóven, honrado y ocupando una posicion en la secretaría de Hacienda, mi deseo era vencer todos los obstáculos para que se hubiera casado con Dolores. De esta manera, con los bienes de Vds. y los mios podrian haber llegado á ser poderosos y por lo tanto felices. Pero ese endiablado sobrino, sin que yo lo supiera, tenia relaciones con una jóven de la clase media, con la hija de un ex-intendente, y al saber mis intenciones, guardándose de mí ha llevado á cabo un acto que le privará en lo sucesivo de mi afecto. Contra la voluntad de los padres de la jóven, la ha sacado depositada, se ha casado con ella y ha partido para las Indias. Acto contínuo he revocado mi testamento, y ya como si tal pariente tuviera.

—Es demasiada severidad.

—No lo crea Vd.; pero, en fin, ya no se trata de mi sobrino, sino de su nieta de Vd. Yo, que he sido la pri-

mera que, comprendiendo lo que es el mundo, he ayudado á Vd. á colocar á Dolores en situacion de olvidar al hijo de Pepe-Hillo, me he llegado á convencer de que no hay más remedio que acceder á esos amores, siquiera sea preciso que apenas reciban la bendicion nupcial desaparezcan de Madrid y vayan á ocultarse en el fondo de de alguna provincia para que la murmuracion cortesana no menoscabe su ventura.

—Precisamente, dijo la marquesa, me preocupan esas mismas ideas.

—¿Es decir que se muestra Vd. propicia á dar su consentimiento para esa union?

—No del todo; pero entre la ventura de mi nieta y el qué dirán, me inclino más á la primera.

—Celebro infinito que estemos de acuerdo; pero por lo mismo que ya tenemos cierta edad, por lo mismo que los años nos dan cierta experiencia, es necesario, en mi opinion, antes de resolver ese problema tan árduo en realidad, tan insignificante en la apariencia, que adquiramos pleno convencimiento de que esa niña ama de veras á su novio.

—Yo estoy segura...

—Sin embargo, marquesa, en la juventud domina más el corazon que la cabeza, y sobre el corazon de los jóvenes está la imaginacion. Considere Vd. que esa pobre niña, huérfana y abandonada desde los primeros años de su vida, fué recogida por la familia de Pepe-Hillo. Creció al lado de Antonio, y de pronto se separó de él para cambiar de posicion. ¿No puede influir en el

afecto que le tiene el sentimiento de la gratitud, el deseo de pagar los beneficios que ha recibido? En buena ley todo esto seria muy plausible; pero ¿y si despues de enlazada con él para siempre llegase á persuadirse de que solo la imaginacion ó el sentimiento habian sido la causa de su determinacion?

—Eso es verdad; pero yo creo...

—A mí se me ha ocurrido un medio de conocer á fondo toda la extension de sus sentimientos.

—¿Cuál? mi querida amiga.

—Se trata de hacerle creer una fábula. Antonio está en la guerra. Hasta ahora la fortuna le ha favorecido; pero nada más fácil que perecer en un combate.

—Vamos á causarle un hondo pesar.

—Así lo creo; pero es el único medio que tenemos de convencernos. Vd., ó yo, autorizada por Vd., le ofrecemos los dos caminos que puede seguir: ó abandonar el convento y venir á la córte para vivir como la hija del ilustre marqués del Puente y aceptar un brillante casamiento, ó renunciar al mundo para siempre y profesar. Le damos tiempo para que reflexione, y si al cabo de este plazo quiere venir á Madrid, entonces podemos estar seguras de que su amor era una ilusion que el tiempo ha desvanecido. Pero si, por el contrario, poseida de un profundo dolor, no le sonrie esperanza alguna; si resuelve encerrarse para siempre en el convento, ¡oh! entonces, mi querida marquesa, podemos estar seguras de que su amor es verdadero, profundo, y este convencimiento debe decidir á Vd. y á su hijo á arros-

trar las consecuencias de su union con el hijo de Pepe-Hillo. Tendrá que renunciar quizás á la vida ostentosa de la córte, pero en cualquier aldea, en el campo, en cualquier rincon del mundo será la más dichosa de las mujeres, porque, Vd. lo sabe, el amor verdadero es la única felicidad de la tierra.

—Es Vd. mujer de talento y acepto su proposicion.

—Conocemos bastante el mundo para guiar á esa niña por el camino del bien, añadió la marquesa.

—Por mi parte estoy dispuesta á llevar á cabo su proyecto.

—Pues el mejor medio de practicarlo es que vayamos las dos á verla. Puestas de acuerdo podemos hacerla creer la fábula convenida, y dándola un plazo corto, una semana, dos, por ejemplo, podemos pasar ese tiempo en Cifuentes, y hasta ese desahogo dará esparcimiento á nuestro ánimo. La verdad es que Vd. está triste con la ausencia de su hijo, y yo, que no tengo derecho á estarlo por la misma razon, cansada de la sociedad, triste por la soledad que me rodea, gozaré algunos instantes de felicidad acompañándola á Vd.

VI.

Convenidas las dos marquesas, hicieron los preparativos del viaje, y cuatro dias despues salieron de Madrid, llegaron á Guadalajara, permanecieron allí algunas horas y se dirigieron á Cifuentes.

Su primera visita fué á la superiora del convento.

CAPITULO XXX.

—

Una mujer muerta en vida.

I.

Natural era, tratándose del bien de una jóven educanda del convento, que dieran parte á la superiora las dos marquesas de la intriga que con tan buen fin se proponian llevar á cabo.

La superiora halló excelente el medio y ofreció ayudarlas, porque, como las dijo:

—Es tan grande el cariño que hemos tomado á Dolorcitas, que tengo el mayor gusto en hacer hasta un sacrificio tratándose de su felicidad.

II.

—Pues en ese caso, dijo la marquesa del Puente, que llevaba la batuta en aquella cuestion, es necesario que la prepare Vd. para que cuando nosotras la veamos mañana no se sorprenda, y en ese caso sea peor el remedio que la enfermedad.

—Déjenlo Vds. á mi cargo, y yo les aseguro ayudarles en todo.

En efecto, cuando las dos señoras salieron del convento buscó la superiora á Dolores.

Hacia ya algunos dias que estaba la jóven poseida de una profunda tristeza.

Nada sabia de Antonio, y su imaginacion se explicaba aquel silencio de una manera dolorosa.

III.

—Vamos á ver, hija mia, dijo la superiora despues de habérsela llevado á su celda; es necesario que me hables con franqueza. Hace algunos dias que te hallo triste, pensativa. Estoy segura de que á solas sufres y lloras. ¿Qué es lo que te sucede?

—Nada, señora, nada.

—Haces muy mal en negármelo. Sabes que he sido siempre una madre para tí. Si me pagases el cariño que te profeso debias ser buena como lo es siempre una hija para su madre.

—Si no sufro, dijo Dolores.

—Harto sabes que no ignoro las penas de tu corazon. Conociendo las horribles tempestades del mundo, he procurado distraerte. Solo en el retiro, en la soledad de esta santa casa puede hallar el alma la tranquilidad, el reposo que necesita para vivir feliz. Tú, sin embargo, dominada por un afecto que comprendo y disculpo, consideras este asilo como una cárcel y deseas romper las puertas que te separan del mundo, ¿no es verdad?

—Ya sabe Vd., madre superiora, que no sé mentir. Estoy muy agradecida á las bondades de Vd.; reconozco que no soy digna de las atenciones que toda la comunidad me dispensa; soy una ingrata; comprendo tambien la paz dulcísima que aquí se disfruta; pero yo no puedo disfrutarla porque en mi corazon se agita confusamente la tempestad del deseo.

—Gran desgracia es esa, hija mia. Por eso en todas mis oraciones pido á Dios que ilumine tu mente y encienda en tu alma el santo amor de todas las esposas de Cristo.

—Es inútil, madre superiora; yo seria una mala religiosa.

—Dices eso porque estás alucinada; pero hablemos con sinceridad. Si fueras víctima de alguna de esas terribles desgracias con que se pone á prueba en el mundo la fe de los creyentes; si por ejemplo, ese jóven á quien amas y que es militar, segun creo, fuese herido ó muriese en un combate...

—¡Oh! calle Vd. por Dios, madre superiora; esa idea me horroriza.

—Y sin embargo, es muy posible.

—Demasiado posible. ¡Si diera crédito á mis presentimientos...!

—¿Acaso piensas...?

—No pienso, sufro.

—¿Es decir que no tendrias valor para soportar una terrible prueba?

—¡Solo Dios lo sabe!

—Y sin embargo, si eso sucediera, cuanto más grande fuese la desesperacion de tu alma hallarias en esta santa casa, en los consuelos de la religion, en mi cariño, en el de todas las monjas, el único alivio á tu dolencia.

—Solo de esa manera profesaria, dijo Dolores.

—¡Ay! hija mia, exclamó la superiora, quiera Dios que no sea el dolor quien te cierre para siempre las puertas del convento; y, sin embargo, creo en mí un deber hacerte una revelacion.

—¿Una revelacion, madre?

—Sí; hoy mismo han llegado á la ciudad la marquesa del Puente y la marquesa de la Llana.

—¿Cómo lo sabe Vd.?

—Acaban de separarse de mí.

—¿Han estado en el convento y no han querido verme?

—Han tenido miedo.

—¡Miedo! ¿De qué?

—No han querido explicarme la causa de su pesar, pero yo he notado que sufren, que necesitan confiarte alguna triste nueva y temen...

—¡Oh!

—Pero tranquilízate; mañana vendrán, y lo único que te exijo, lo único que te ruego es que desde este instante hasta que hables con ellas fijes tu pensamiento en Dios. Acostúmbrate á las ideas más penosas, á los martirios más grandes, para que la Providencia te depare los consuelos que necesitas, y de este modo tu sufrimiento será mucho menor.

IV.

La superiora, como vemos, preparó muy bien el terreno, pero no consiguió los últimos deseos que habia manifestado la jóven, porque en vez de fijar su pensamiento en la divinidad pasó todo el resto del dia y toda la noche queriendo adivinar cual seria el motivo que habia llevado á su abuela y á la marquesa de la Llana á Cifuentes y cuál la fatal nueva que iban á comunicarle.

V.

Dolores aguardó con impaciencia y al mismo tiempo con miedo la visita que le habia anunciado la superiora.

A cosa de las once se presentó en el convento la marquesa de la Llana.

Despues de oir de los lábios de la superiora que Dolores estaba ya perfectamente preparada, la llamó á la celda prioral y se verificó la entrevista de Matilde y Dolores.

VI.

—¿Viene Vd. sola, señora? exclamó la jóven.

—Sí; la marquesa del Puente ha pasado la noche muy mal. Ha tenido calentura y se ha visto obligada á

guardar cama. El médico abriga algunos temores por la edad avanzada de la buena señora; pero yo creo que exagera algo. En cuanto descanse uno ó dos dias se restablecerá por completo.

—Siento mucho no verla, dijo Dolores; no sé por qué está llena mi alma de tristes presentimientos.

—Para Vd., hija mia, no es nueva ni desconocida la desgracia. Ya sabe Vd. que conozco su historia y que puedo por lo tanto hablar de esta manera.

—Es cierto; pero tambien lo es que cuando yo era una pobre huérfana, cuando vivia en el seno de una humilde familia, todo me sonreia; el cariño de mi madre adoptiva, las atenciones de aquel hombre honrado que me queria tanto como á sus hijos, los juegos con aquellos que eran hermanos de mi corazon constituian mi felicidad. No sabia que habia en el mundo riquezas, ni títulos, ni honores: no he conocido la desdicha hasta que la fortuna ha venido á buscarme.

—Eso parece una acusacion á su padre de Vd., á la marquesa del Puente.

—De ningun modo; yo les agradezco infinito todo lo que por mí han hecho. Yo les quiero como si hubiera nacido en el seno de su familia, como si siempre me hubieran colmado de atenciones y cuidados. Pero ¿he de engañarla á Vd.?

—Eso no.

—Entonces déjeme Vd. al ménos que me desahogue diciendo que desde el período más feliz es cuando soy más desgraciada. Así, pues, hable Vd. sin temor. Al-

gunas palabras que me ha dicho la superiora me demuestran que ha sucedido algo extraordinario, algo triste; y es más, hasta adivino que mi abuelita no ha tenido valor para venir á decírmelo; pero yo sí lo tengo para escucharlo.

—Pues bien, Dolores, es verdad, dijo la marquesa, ocurre una gran desgracia; pero la marquesa del Puente está verdaderamente enferma; de lo contrario ella hubiera venido, porque teniendo más títulos que yo al afecto de Vd., hubiera podido darle esa noticia y al mismo tiempo estrecharla en sus brazos.

—Hable Vd. por piedad, señora; estoy impaciente.

—¿No adivina Vd...?

—Temo adivinarlo; acaso Antonio...

—Sí, hija mia, sí.

—¡Ha muerto!

—Todavía no.

—¡Todavía no! repitió Dolores presa de una desesperacion espantosa. Explíquese Vd. por lo que más ame en el mundo.

—Es un valiente.

—Ya lo sé, pero...

—No solo impulsado por el cumplimiento de su deber, sino por el deseo de adquirir gloria para hacerse más digno del amor que Vd. le profesa, acometió una empresa arriesgada, y próximo á obtener el triunfo cayó herido.

—¡Dios mio!

—Las últimas noticias que se han recibido, prosiguió

la marquesa aprovechando la emocion de la jóven, son graves, muy graves. La herida ha sido en el pecho y, vamos, la verdad, está de mucho cuidado y los médicos aseguran...

—¡Oh! hable Vd. por piedad; no me lo diga Vd. en dos veces. Tengo valor para soportar mi desdicha.

—Pues bien, Dolores, añadió la marquesa, rece usted por él.

Al mismo tiempo la tendió los brazos y deshecha en llanto cayó en ellos Dolores.

Permanecieron algun tiempo silenciosas.

Solo se escuchaban los sollozos de la jóven.

VII.

—Valor, dijo de pronto la marquesa; es necesario no abatirse de ese modo. Tiene Vd. un padre, es Vd. jóven, es Vd. buena y la Providencia le otorgará el consuelo que necesita. La marquesa y yo hemos venido á sacarla del convento. Iremos á Madrid en cuanto pasen algunos dias, algunos meses si es necesario, proporcionaremos á Vd. toda clase de distracciones, y el tiempo, que todo lo cura, hará que al fin y al cabo recupere Vd. la tranquilidad perdida y llegue á ser feliz. Esto, añadió la marquesa con intencion, si no prefiere usted quedarse en el convento y profesar, que si esa fuera su resolucion, la marquesa del Puente la respetaria.

—Se anticipa Vd. á mis deseos; no ahora, hace ya mucho tiempo que comprendiendo los peligros que cor-

ria Antonio juré abandonar el mundo para siempre si él sucumbia: ha llegado el instante de cumplir mi juramento.

—Pero, hija mia, piense Vd. que si ese es un consejo que le da en este instante el dolor, quién sabe si más tarde se arrepentirá Vd.

—No, no, señora.

—Antes seria conveniente que pasara una temporada en Madrid á nuestro lado.

—Es inútil.

—Pero sin vocacion...

—Dios, que lee en mi alma, comprenderá que necesito su misericordia y me la otorgará.

—Sin embargo, la marquesa, pensando que podria usted tomar esa determinacion, desea que reflexione usted sobre ella. Tal vez el exceso del dolor la ofusque á Vd. Permaneceremos aquí una semana, dos, todo el tiempo que Vd. quiera; y si al cabo de ese tiempo resuelve Vd. profesar, se harán inmediatamente los preparativos, y nosotras no partiremos de aquí sin habernos despedido de Vd. y llevarnos la seguridad de que al ménos ha encontrado el consuelo que exige su inmensa pesadumbre.

—Por mi parte estoy resuelta.

—Sin embargo, aguardemos una semana siquiera.

—Bien está, dijo Dolores con indiferencia; lo mismo diré hoy que dentro de ocho dias, que dentro de un año, que dentro de ciento si fuera posible. Ha muerto Antonio, nada me queda en el mundo.

La marquesa llamó á la superiora, hizo delante de ella el papel, y despues de rogarla que emplease todos sus recursos para ofrecer consuelos á la jóven, se despidió de ella.

Toda la noche la pasó Dolores ensimismada en su dolor.

Aunque tenia resignacion para sufrir, renunciar á sus ensueños de felicidad era muy violento para su alma.

CAPITULO XXXI.

—

Una resolucion desesperada.

I.

Matilde comunicó á la marquesa del Puente el resultado de su entrevista con Dolores.

—¿Ve Vd. como hemos hecho bien? le dijo; ya estamos plenamente convencidas de que el amor que profesa á Antonio es verdadero. Pero aun debemos esperar una semana por si acaso es necesario para que se resuelva Vd. por fin á labrar su ventura enlazándola con ese jóven.

Así lo convinieron, y la marquesa del Puente, que deseaba ver á su nieta, no restablecida todavía de su indisposicion, y sin permiso del médico, fué al convento.

II.

Creyó encontrar á Dolores en extremo afligida; creyó que estaria siendo víctima de una febril agitacion.

Estaba, sin embargo, tranquila.

Habia llorado mucho, pero habia encontrado al fin y

al cabo esa calma aparente que suele suceder á las grandes agitaciones del alma.

Se habia apoderado de su imaginacion la idea de que iba á morirse muy pronto y que al abandonar el mundo se uniria para siempre á Antonio, y esta idea, llenando de esperanza su corazon, le habia otorgado esa calma terrible y espantosa que resuelve las crísis del alma como una tregua, como una preparacion para un fin próximo y deseado.

III.

—¿Sufres mucho, hija mia? le preguntó la marquesa?

—¡Oh! no señora; acato la voluntad de Dios y me resigno.

—¿Pero vas á encerrarte para siempre en el convento? Eso equivale á buscar una tumba.

—Vd. ha deseado siempre mi felicidad. Si yo le digo que el único bien, que la única ventura que aguardo en el mundo es la soledad, el silencio que aquí reina, comprenderá que al consentirme la reclusion que anhelo contribuye á labrar mi dicha.

IV.

La marquesa estuvo á punto de revelarle la verdad.

Pero se sentia muy débil y temerosa de que la faltaran fuerzas para tornar á su casa, se despidió de la jóven, prometiéndole en cuanto se restableciera por

completo volver á verla, y revelándole la verdad partir con ella para Madrid.

Al tornar á su casa se vió obligada la marquesa á guardar cama.

Sintió un fuerte dolor en el costado izquierdo y mandó llamar al médico.

V.

El doctor, que puso muy mala cara, hablando aparte con la marquesa de la Llana:

—Esa buena señora, le dijo, ha cometido una locura. Ha salido de casa sin estar aun restablecida, y su indisposicion, que hubiera podido curarse con el sosiego y el método, se ha agravado hasta el punto de convertirse en una pulmonía.

Aunque le prestaron los auxilios que exigia su estado con la mayor rapidez, la edad de la buena señora no pudo resistir y á los tres dias espiró, dejando á la marquesa de la Llana como tutora de su nieta.

VI.

El fallecimiento de la marquesa del Puente acabó de resolver á Dolores.

Despues de verificado el entierro, y cuando la superiora del convento, afligida por todo lo que pasaba, manifestó á la marquesa de la Llana qne era ya tiempo de decir la verdad á Dolores:

VII.

—¡Dios nos ha castigado! exclamó con hipocresía Matilde; yo misma he recibido la noticia de que la muerte del prometido de Dolores es cierta.

—¿Qué dice Vd.? exclamó la superiora santiguándose.

—La fábula que habiamos inventado era muy verosímil. Ya se ve, un militar está expuesto á cada instante; pero no podiamos imaginar que lo que era un ardid llegase á ser un hecho.

—¿Y es positivo?

—La noticia se ha publicado en el diario de los partes de la guerra. Mi mayordomo me ha escrito despues de informarse y ya no hay duda.

—¿En ese caso profesará Dolores?

—Sí, es lo mejor que puede hacer. Voy á hablarla, y haremos en seguida los preparativos necesarios para que acto contínuo... y acaso yo no tarde en imitarla, porque la verdad es, madre superiora, que los goces del mundo no compensan ni con mucho los sacrificios ni los dolores que en él se padecen.

VIII.

Un mes despues se celebraba con la mayor solemnidad el acto de profesion de la hija del marqués del Puente, siendo su madrina la marquesa de la Llana.

Al renunciar al mundo tomó el nombre de sor Antonia de los Dolores.

Matilde habia conseguido su objeto.

IX.

Tornó á Madrid y escribió dos cartas.

Una al marqués del Puente noticiándole todo lo que habia sucedido, y justificando la resolucion de su hija por un desengaño que habia recibido de Antonio.

A este le escribió tambien manifestándole que habia sido tan inmenso el sentimiento que le habia causado la muerte de su abuela, que habia resuelto tomar el hábito y olvidarse para siempre del mundo y de sus pompas.

CAPITULO XXXII.

—

Efectos de la intriga de la marquesa.

I.

Al llegar á este punto de nuestra historia, necesitamos indicar á grandes rasgos el efecto que produjo en la familia del protagonista de esta historia la intriga llevada á cabo con tanta habilidad como mal corazon por la marquesa de la Llana, y abandonar acto contínuo el hogar doméstico de Pepe-Hillo, para observar en él el espíritu que dominaba en la nacion, y seguir las trasformaciones que sufrió, desde la abyeccion hasta el heroismo, desde pan y toros hasta la guerra de la Independencia.

Cuando Dolores profesó se hallaba Pepe-Hillo cumpliendo sus contratas en las plazas más principales del reino.

María del Pópolo se habia trasladado á Sevilla con sus hijos, porque el menor de ellos habia sufrido una larga y penosa enfermedad, y los doctores le habian aconsejado que respirase los aires natales durante algun tiempo.

Interesada siempre en el buen éxito de los deseos de su hijo, confiaba María en que no se realizarian los propósitos de la marqnesa de la Llana, porque Enrique se oponia á ellos, y al mismo tiempo esperaba, de acuerdo con lo que el jóven le habia prometido, que cualquier cosa que pudiera afectar al porvenir de Dolores, y por lo tanto á la ventura de su hijo, se lo participaria.

Pero sucedió lo que sucede siempre.

Obligado Enrique á tomar una resolucion definitiva, preocupado con los obstáculos que se oponian á su felicidad, decidido á destruirlos, jugó el todo por el todo, logró por los medios violentos que recuerda el lector la mano de Paquita, y partió con ella, olvidándose por completo de la promesa que habia hecho á María.

Hallábase, si no tranquila, confiada, en su casa del barrio de San Bernardo, cuando se vió sorprendida por la visita de su hijo Antonio.

Trabajo le costó reconocerle.

No era aquel jóven el militar valeroso que algunos meses antes habia venido desde la frontera á comunicar al rey los padecimientos de su leal solicitud, ni mucho ménos el galante doncel que, arrostrando toda clase de peligros y valiéndose de todos los medios que sugiere la imaginacion á un hombre enamorado, habia llegado hasta el convento donde se albergaba Dolores.

Al presentarse á su madre era á lo sumo la sombra de lo que habia sido.

—¿Qué sinifica esto? le preguntó María del Pópolo

despues de haberle estrechado contra su corazon.

—Esto significa, querida madre, que ya no me queda en el mundo más que el cariño de Vds., la soledad y la muerte.

—Explícate, hijo mio, ¿qué desgrasia nos ha ocurrío?

—No ha sido una, sino todas las que podian suceder.

—Habla por Dios, que me estás matando.

Antonio refirió á su madre que habiendo llegado al último extremo la situacion precaria de los soldados que se hallaban en la frontera, que al ver defraudadas todas sus esperanzas, le enviaron con órden expresa de ver al rey sin pasar antes por la ingerencia de su primer ministro, explicándole entonces la verdad de lo que pasaba y anunciándole que las tropas se rendirian si no se hacia la paz ó se enviaban refuerzos.

Necesario de todo punto era que el buen rey Cárlos IV se enterase de estos pormenores, porque tanto su primer ministro como los demás individuos de la camarilla que le rodeaba, se habian propuesto ocultarle la miseria, la desesperacion, el desaliento de los soldados, sin otro objeto que el de no turbar las magníficas fiestas en que vivian los cortesanos.

No ignoraban los del campamento que su mayor enemigo era Godoy.

Sabian tambien que este hombre, tan funesto para España, estaba en tratos con los revolucionarios franceses, y que convencido de la docilidad del pueblo no vacilaba en realizar el sueño de la república de extender su territorio hasta la orilla del Ebro con tal de que

en cambio de las ricas provincias que le entregase España pudiese nuestra nacion recuperar el Portugal.

Habian salido con instrucciones para informar al rey cuatro oficiales distinguidos, y uno de ellos fué Antonio.

Por una casualidad al llegar á Madrid supo que la marquesa del Puente habia fallecido y que su nieta habia tomado el velo de religiosa.

No queriendo dar crédito á esta noticia, que era para su corazon una herida de muerte, se decidió á buscar á la marquesa de la Llana, y esta se apresuró á recibirle.

La marquesa confirmó sus temores.

—Me llena Vd. de asombro, dijo al verle; le creia á Vd. muerto, y no ha habido un solo dia que no le haya tenido presente en mis oraciones. La noticia de su muerte de Vd. llegó á Madrid con tales visos de verdad, que al saberla Dolores, y al tener que llorar al mismo tiempo la muerte de su buena abuelita la marquesa del Puente, desoyó todos mis ruegos y hasta los de la misma superiora y profesó en el mismo convento donde se hallaba.

Si estima Vd. en algo su tranquilidad, que ignore que vive Vd.; de lo contrario consideraria como una prision espantosa lo que hoy le parece un asilo de bendicion y consuelo, y siendo ya imposible romper los hierros que la separan del mundo, nada habria que calmase su profundo dolor.

No habia duda.

Antonio comprendió que habia sido víctima de una intriga, y hubo uu momento en que pensó atentar á su vida, porque sin la esperanza de su amor todo le sobraba en el mundo.

Pero pensó en las desventuras de sus hermanos, y con más ánimo que antes, puesto que la vida le importaba muy poco, resolvió á toda costa ver al rey, decirle la verdad y despues retirarse al seno de su familia á devorar su pena esperando la muerte, que, dada la situacion de su espíritu, no debia tardar en abrirle sus brazos.

Cuantas tentativas hizo para ser recibido por el rey fueron inútiles.

Los espías de Godoy le habian comunicado su llegada y sus propósitos, lo mismo que la de los otros tres oficiales.

El favorito de Cárlos IV habia llegado á uno de los períodos más difíciles de su existencia ministerial.

Despreciado por los buenos patricios, objeto de las intrigas de las camaristas de la reina, viendo quebrantadas y perdidas las fuerzas que podia oponer España en la frontera á la premeditada invasion de los extranjeros, no tenia en aquella horrible tempestad más puesto de salvacion que la costumbre de Cárlos IV.

Este monarca, débil y perezoso, se consideraba muy feliz porque su favorito pensaba y gobernaba por él.

Creia justificar su abandono de los asuntos del Estado con el interés y la pericia de su primer ministro, y Godoy, que le conocia, estaba seguro de que la idea de

perder aquella comodidad impediria en todo tiempo su caida.

Antonio no fué afortunado.

El mismo dia en que intentaba ir hasta el Pardo á buscar al rey en la misma cacería y decirle la verdad, le llamó Godoy á su despacho.

Antonio habló con energía al privado, llegando hasta á faltarle al respeto.

Al dia siguiente fué exonerado de su empleo y desterrado de Madrid.

Entonces se dirigió á Sevilla á buscar en el cariño de su familia, si no un consuelo, por lo ménos un pretexto para no atentar á su vida.

Los lectores, que conocen el carácter de María del Pópolo, comprenderán cómo se exaltaria al oir todo lo que le refirió su hijo.

Ofreciéndole los tesoros de cariño que siempre tiene el corazon de una madre:

—No tengas pena, hijo mio; tu madre te hará olvidar las desdichas que lloras, y si le pagas el cariño que te tiene, aun podrás ser felis á su lao.

¡Ilusion engañosa!

Desde aquel dia desapareció la expansion, la felicidad que reinaba en aquel hogar.

Cuando Pepe-Hillo tornó á su casa á descansar de sus trabajos se enteró de lo que habia sucedido, y exclamó:

—¡Ah! ya comprendo tóo lo que ha pasao. La marquesa de la Llana es una lagarta y ha querío atrapar al

pare de Dolores por chuparle los pesos duros; pero yo le aseguro que no lo logrará. Presisamente al pasar por Madri he visto al mayordomo del señor marqués y me ha dicho que pa el 30 llegará á Cádiz. Estamos á 28. Mañana mismo me pongo en marcha, le veo, le cuento lo que ha pasao, y si no escupe en la cara á la marquesa, digo que no es hombre de caliá.

En efecto, así lo hizo, y Antonio fué en su compañía.

No el dia 30, sino el 15 del mes siguiente llegó el marqués á Cádiz.

Padre é hijo acudieron al puerto á presenciar el desembarque de los viajeros.

Pero con gran asombro suyo vieron llegar al marqués del Puente acompañado de la marquesa de la Llana, que habia ido en la falúa del puerto á recibir al que consideraba como su futuro esposo.

CAPITULO XXXIII.

—

Donde Pepe-Hillo se desahoga.

—

I.

—Nos la ha jugao de puños, dijo Pepe-Hillo á su hijo; esa mujer es el mismísimo demonio. Pero no importa; ellos no se han de dir de Cádiz en unos cuantos dias, y malo á de ser que yo no encuentre ocasion de colocarme en su casa cuando ella no esté pa poer disir al marqués las verdaes del barquero.

—Todo será inútil, dijo Antonio, que no podia dominar su profunda tristeza.

—Mira, hijo mio, mal de muchos consuelo de tontos; pero aunque seamos tontos, lo que yo te digo es que lo que á tí te ha hecho pasar lo ha de pasar ella.

II.

Los dos se informaron de la casa en donde se habia hospedado el marqués del Puente y se fueron á su posada, resuelto Pepe-Hillo á proporcionarse una entrevista con el marqués al dia siguiente muy temprano.

A las ocho de la mañana fué al hospedaje del marqués.

El pájaro habia volado.

La noche anterior á las doce habia salido con la marquesa de la Llana en una silla de posta resuelto á llegar en cinco ó seis jornadas á Madrid.

Pepe-Hillo se abroncó.

—No, pues lo que es esto no se quea así. Tú te queas con tu madre y yo me voy á la corte.

—Es inútil, padre; mi enfermedad quiere reposo; cuanto más se agiten mis idéas, más sufro. Aproveche Vd. el descanso para estar al lado de la familia y poco á poco yo olvidaré mis penas.

III.

El torero y su hijo regresaron á Sevilla, y aunque el primero manifestó deseos de ir corriendo á Madrid, entre su esposa y su hijo lograron disuadirle.

Sin embargo, la impaciencia le dominaba.

Necesitaba desahogarse, y despues hasta seria capaz de perdonar á la marquesa de la Llana.

Ni el cuidado de sus intereses, ni las atenciones que exigian sus hijos, ni sus conversaciones con los aficionados y los toreros de Sevilla, nada le entretenia, nada le preocupaba.

Solo absorbia su imaginacion la tristeza de su hijo y la mala pasada que le habian jugado.

Buscando el medio andaba de escaparse á Madrid, cuado una mañana se vió sorprendido por el ruido de los tambores que precedian al pregonero de la ciudad.

Por todas partes resonaban vivas entusiastas al rey, y no tardó en saber que habia caido Godoy, que le habian reemplazado los ministros Jovellanos y Saavedra y que se habia firmado la paz de la manera ménos onerosa para España.

IV.

Tomando parte en la alegría general entró en su casa.

—Ahora sí que me voy á Madrid, dijo á su esposa. Seguramente habrá fiestas, y entre ellas corrías de toros, como es mu natural y está mu en el órden, y si esto sucede el primero quel legue será el amo de la plasa.

No tuvo más remedio María del Pópolo que dejarle partir, y, en efecto, ocho dias despues llegó á la córte y su primer cuidado fué buscar al marqués del Puente.

Por el mayordomo se informó de que su amo habia resuelto casarse con la marquesa de la Llana y que se estaban haciendo los preparativos para llevar á cabo aquel enlace.

—Aun llego á tiempo, se dijo.

Y haciendo pasar recado al marqués, logró que le recibiera.

V.

—Venga Vd. acá, amigo mio, le dijo; deseaba ver á Vd., porque seguramente los dos estamos siendo víctimas de un mismo pesar.

—Esa es la fija, dijo Pepe-Hillo.

—¡Qué fatal coincidencia!

—¿Coinsidensia?

—Ciertamente; llegar la noticia de la muerte de su hijo de Vd. precisamente al poco tiempo de haber fallecido mi pobre madre. Estos golpes debian, como era natural, hacer tomar á mi hija una resolucion extrema. La verdad la hemos sabido tarde.

—Miste, señó marqués, yo no quieo andá con tapujos ni rodeos. Vd. y yo y Dolorsiyas hemos sío vítimas de una mala intension.

—¿Quién puede haberla tenido?

—¡Clarito! La marquesa de la Llana.

—¿Está Vd. en su juicio?

—Lo dicho, dicho; no me retracto. Esa buena señora, y no se ofenda Vd. porque yo he de desir la verdá; esa buena señora no veia con muy güenos ojos el casamiento de Dolorsiyas con mi hijo, y trató de estorbarlo por toos los medios. Al fin y al cabo, aunque mi hijo era un valiente, aunque se habia ganao con sus puños la charretera, naide podia quitarle la deshonra de ser hijo de un torero.

—Está Vd. equivocado; era el hijo del hombre honrado, más honrado que yo, puesto que recogió á una pobre huérfana que yo habia abandonado.

—Asín pensará Vd.; pero lo que es la señá marquesa...

—Yo creo que Vd. la juzga con sobrada severidad.

—Esa mujer ha querío echarle á Vd. el guante, y ya

sé que lo va á conseguir. Pero si en argo estima Vd. á su hija, si argo pué la pena que me devora y la tristesa que se ha apoderao de mi hijo, hágame Vd. un favor.

—¿Cuál?

—Vaya Vd. á ver á Dolorsiyas antes de casarse; dígale Vd. que le hable de verdá tóo lo que sienta; anúnsiele Vd. su propósito de dar su mano á esa mujer, y despues de oirla oiga usté á su consiensia.

—No escuchando sus consejos de Vd., sino mi propia voluntad, me proponia dar ese paso antes de contraer matrimonio. Además, ayer mismo se ha recibido una carta, en la que la superiora del convento anuncia que Dolores está enferma y que se niega á tomar los medicamentos que le han recetado. Segun nos manifiesta, se ven en ella deseos de morir, y Vd. comprende que un buen padre no puede consentir que eso suceda.

—Pues vaya Vd. en seguía y yo aseguro que no es Vd. el que se casa con la marquesa de la Llana en cuanto sepa too lo que ha enredao pa hasernos desgrasiaos á toos.

—Lo único que yo le exijo á Vd., dijo el marqués; lo que le suplico es que influya en Antonio para que por nada del mundo contribuya á que sepa mi hija que aun vive; eso sí que la mataria.

—Señó marqués, nosotros semos probes y del estao llano; pero á noblesa de corason no nos gana naide. Yo mesmo, aquí donde Vd. me ve, si supiese que habia de

morirse mi hijo y que su salvasion estaba en que Dolores supiera su existensia, le dejaria morir aunque se me hisiera peasos el corason.

—Eso me basta; por lo demás, esté Vd. tranquilo; creo firmemente que los mejores deseos han impulsado á la marquesa; pero si así no fuera, si yo llegase á comprender que alguna idea mezquina le habia impulsado, yo sé perfectamente lo que habia de hacer.

—Pues así que venga nos veremos.

VI.

Al salir Pepe-Hillo de casa del marqués:

—No, iba pensando, no logrará esa maldesía mujer el plan que se ha propuesto. Hay Providensia, y si mi hijo y Dolores, que son güenos, sufren y lloran, no ha de gosar esa serpiente.

El marqués, sin anunciar á la que debia ser su esposa en breve su resolucion, partió para Cifuentes, y esta resolucion inesperada alarmó á la marquesa.

Su conciencia le hacia presentir el éxito que iban á tener sus aspiraciones.

VII.

Terminado su primer deber, se preocupó Pepe-Hillo de las magníficas corridas de toros con que debia solemnizarse la paz, y como eran el reflejo, como eran la síntesis del pueblo español, no pudo ménos de partici-

par de la alegría que todos sentian al ver que habia terminado la guerra y, lo que más les agradaba aun, al ver que Godoy habia caido de la gracia de los reyes.

En efecto; uno de los oficiales que habian abandonado la frontera al mismo tiempo que el hijo de Pepe-Hillo, comprendiendo desde luego cuál era el mejor medio de obtener lo que deseaba mientras los buenos patricios procuraban en vano presentar á los ojos del rey el abismo á donde caminaba España, buscó para llegar á su objeto la influencia de la Matallana.

Llegó oportunamente.

La camarista, por ódio á Godoy, habia conseguido que María Luisa fijase con benevolencia sus ojos en otro guardia, buen mozo tambien, llamado Mallo.

Segun cuentan las crónicas de aquel tiempo, esta benevolencia, más que de afecto, era hija de los celos que inspiraban á María Luisa las relaciones de Godoy con Pepita Tudó.

VIII.

Los despachos que traia el oficial llegaron á manos de la reina, y queriendo humillar más y más al favorito, ella misma los presentó al rey y Godoy tuvo que abandonar el ministerio.

Pero ¡ay! por desgracia para España, si le quitaba el rey un cargo que desempeñaba á los ojos del público, no le perdió el afecto que le tenia y la fuerza de la costumbre se conservó en él.

Las consecuencias de esto debian ser funestas.

Entonces fué cuando se inició la conspiracion que, erigiendo como jefe y bandera al príncipe de Astúrias, al que más tarde debia ser Fernando VII, habia de traer sobre España la gran calamidad, aunque al mismo tiempo la inmensa gloria de la guerra de la Independencia.

CAPITULO XXXIV.

—

La curiosidad.

—

I.

La indisposicion de Dolores era mucho más grave de lo que la superiora del convento habia manifestado á su padre, y ofrecia tanto más cuidado cuanto que poseida de una inmensa desesperacion se negaba á tomar toda clase de medicamentos y solo suspiraba por la muerte.

Todo se descubre en el mundo, y Dolores habia descubierto el engaño de que habia sido víctima.

II.

Por medio de una de las lavanderas del convento habia sabido la llegada al pueblo del hijo de un labrador que, al principio de la guerra, lleno de fé y de entusiasmo como todos los españoles, se alistó á las banderas para ir á combatir á los franceses.

El infeliz, despues de haber pasado grandes trabajos, habia regresado enfermo á su casa á curarse.

La lavandera le habia visto, le habia oido contar muchos episodios de la guerra, los habia abultado y los habia referido á las monjas, las cuales á su vez se habian preocupado en extremo de la relacion de la lavandera.

III.

—Quizás ese enfermo, pensó Dolores, haya conocido á Antonio; quizás haya formado parte de su compañía; quizás haya sabido su muerte.

Impulsada por estas ideas aprovechó la primera ocasion que tuvo, y al hallarse á solas con la lavandera la preguntó cómo seguia el enfermo.

IV.

—Está muy aliviado; ya se ve, en cuanto ha respirado el aire de su pueblo, en cuanto ha comido bien y ha podido dormir en buena cama...

—Al ménos, dijo Dolores, ese hombre ha sido afortunado, y su familia aun más, porque le tiene en su compañía. Pero yo, que no he sabido nada desde hace mucho tiempo de un pariente mio, le rezo casi todas las noches porque creo que ha muerto.

—¿Ha ido algun pariente de Vd. á la guerra?

—Sí, señora; un primo mio.

—Pues de seguro le conocerá Basilio, porque era muy querido de todos los jefes, y yo supongo que su pariente de Vd. seria lo ménos...

—Era capitan.

—Pues quizás pueda darnos noticias de él Basilio.

—Si Vd. fuera tan buena que le preguntara...

—Vaya, con mucho gusto; todo lo que Vd. quiera. Ya sabe Vd. que estoy agradecida á la comunidad porque me favorece dándome toda la ropa, y no digo eso, que nada vale, sino aunque fuera otra cosa de mayor cuenta...

—Pero es el caso que si la superiora sabe que yo hago esa pregunta... En mi concepto debe haber muerto mi primo y me lo quiere ocultar; por eso cuando hablo de él se muestra disgustada la superiora. Si al ménos supiera positivamente que habia dejado de existir, rezaria por él y me consolaria de este modo.

—Yo lo averiguaré sin que nadie se enteré.

—En ese caso, hágame Vd. el favor de preguntar á ese jóven si ha conocido al capitan D. Antonio Delgado.

—¿Es de por aquí, de esta tierra?

—No, señora; es andaluz como yo.

—¿De la tierra de María Santísima? Pues de seguro le habrá conocido, porque yo le he oido hablar de algunos oficiales que dice entretenian el tiempo contando chascarrillos. Le digo á Vd. que el tal muchacho sabe de todas esas cosas tanto ó más que la *Gaceta*.

—Si él no tiene noticias, quizás pueda adquirirlas.

—Es verdad.

—Quiere decir que aunque yo tarde en saberlas...

—Déjelo Vd. todo por mi cuenta.

V.

La lavandera habló al soldado, y como el pobre se habia puesto en camino casi al mismo tiempo que los oficiales que venian á España con pliegos, apenas oyó pronunciar el nombre de Antonio Delgado:

—Vaya si le conozco. No ha sido capitan de mi compañía, pero me he batido á su lado y sé que es un valiente.

—¿Estás seguro de que es ese el jóven de quien yo te pregunto?

—¿Me dice Vd. que es capitan D. Antonio Delgado?

—Sí, uno andaluz.

—Ese es hijo de un torero; aunque él no lo decia todos lo sabiamos por allí.

—No debe ser ese, porque es primo de una monjita y no creo que esté emparentada con un torero.

—Pues el que yo digo, que ha estado prisionero mucho tiempo y era el ojito derecho del general en jefe, ha venido conmigo hasta Sória y allí nos separamos, yo para venir al pueblo y él para dirigirse á Madrid.

—¿Entonces no ha muerto?

—¡Qué ha de morir! Si está tan guapo y tan robusto...

—En fin, hijo, creo que tú me hablas de otro; pero yo referiré las noticias que tú me das á la persona que me ha preguntado.

En efecto, al dia siguiente habló con Dolores.

VI.

—Me parece, le dijo, que no le va á servir á Vd. lo que he averiguado He preguntado á Basilio por el capitan D. Antonio Delgado, y me ha dicho que le conoce mucho y no ha muerto.

—¡Que no ha muerto! exclamó Dolores profundamente conmovida.

—No, señora; ha venido con él hasta Soria y allí se separaron. Pero no debe ser ese capitan su primo de Vd., porque Basilio ha añadido que ese mozo es hijo de un famoso torero y yo le he dicho que ese no puede ser pariente de sor Antonia de los Dolores.

—Es verdad, tiene Vd. razon, dijo conteniéndose la jóven. Pero de todos modos, tambien he oido hablar de ese otro que tiene el mismo nombre que mi primo; y ese vive, ¿no es cierto?

—¡Vaya! Tan guapo y tan robusto como dice Basilio que está. ¿Pero qué tiene Vd.? añadió observando que la jóven se apoyaba en un árbol para no caerse, porque la escena pasaba en el jardin del convento.

—Nada, nada, las noticias de Vd. me confirman en la creencia que tengo de que mi pariente ha muerto. Voy á retirarme á orar por él.

VII.

Dolores se retiró á su celda.

Entonces comprendió que habia sido víctima de un

engaño y comprendió una cosa más triste aun: saber que vivía Antonio y que ya no podia ser su esposo, que sufriria tanto como ella y que los dos estaban condenados á ser mártires en el mundo y que no les quedaba más que una esperanza: la de unirse en el cielo.

A partir de aquel momento, la desesperacion se apoderó de su alma.

No dormia.

Apenas tomaba alimento.

Cuando estaba delante de las otras religiosas ó asistia al coro, sacaba fuerzas de flaqueza y aparecia tranquila.

VIII.

Pero cuando estaba sola, y procuraba estarlo la mayor parte del tiempo, lloraba, pasaba las noches en contínua fiebre, y llegó hasta no poder levantarse del lecho.

Entonces fué cuando la superiora avisó á su padre, porque el estado de la jóven inspiraba sérios temores.

El marqués del Puente llegó al convento.

IX.

Precisamente al llegar estaba en el locutorio el doctor que visitaba á la comunidad hablando con la superiora de la enfermedad de Dolores.

—Aquí está su padre, exclamó la madre abadesa, y

conviene que se entere. Este señor, añadió dirigiéndose al marqués, es el doctor que visita á su hija de Vd.

—Celebro infinito nuestro encuentro; dígame Vd. con entera franqueza qué es lo que tiene mi hija.

—No es una enfermedad definida, pero es muy grave. Sus fuerzas se han debilitado por completo; la vida se extingue poco á poco en ella como una lámpara que agoniza, y no surten efecto los tónicos que la propino porque no veo el resultado.

Dolores no tomaba los medicamentos; ¿cómo habian de surtir efecto.

X.

—¿Segun eso, desconfia Vd. de poder salvarla?

—La ciencia poco puede en estos casos; solo la voluntad de Dios. Pero ha hecho Vd. bien en venir. Quizás al verle se reanime; quizás al escuchar los consejos de Vd. tomará ciertas medicinas hácia las que se muestra rebelde.

XI.

El marqués, conducido por la superiora, entró en la celda de Dolores.

No la reconoció.

Aquellas sonrosadas mejillas; aquellos ojos vivos, brillantes, alegres; aquella boca risueña; aquel color que respiraba salud, habian desaparecido.

Estaba pálida como el papel; los ojos hundidos.

La rigidez de sus facciones y la postracion de su cuerpo, más la asemejaban á un cadáver que á un sér viviente.

XII.

—Padre mio, dijo Dolores con voz débil, Dios ha escuchado mis ruegos, puesto que viene Vd. á despedirse de mí.

El marqués dirigió una mirada á la abadesa.

—¿Quiere Vd. hablar á solas con su hija? preguntó esta.

—Sí, señora, si Vd. me lo permite...

—Es Vd. muy dueño, puesto que es su padre; y si bien es cierto que al abrazar la religion se ha desprendido de todos los lazos que le ligaban al mundo, hay momentos supremos en los que es preciso dejar en completa libertad para que exhále sus ayes.

La superiora se retiró y padre é hija quedaron solos.

CAPITULO XXXV.

—

Confesiones dolorosas.

I.

—Vamos á ver, hija mia, dijo el marqués; es necesario que, acaso por la primera vez de tu vida, comprendas cuán grande es mi arrepentimiento por los pesares que he podido causarte, y haciendo un esfuerzo de generosidad me pagues mal por bien.

Respetemos los designios de la Providencia. Ella ha querido que en estos momentos ni tu pobre madre que murió, ni la honrada mujer que te ha servido de madre adoptiva, ni que el hombre en quien habias puesto tus ojos y á quien has amado con toda tu alma se encuentren á tu lado. Reconcentra en mí por un instante siquiera el cariño que has profesado á todos esos séres y háblame con franqueza. ¿No es verdad que yo soy la causa de todos tus males?

—Vd. no, padre mio, dijo Dolores. Si alguna vez lo hubiera creido así, despues de haber escuchado sus cariñosas palabras habria borrado ese triste pensamiento de mi imaginacion. Para darle á Vd. pruebas de que

es verdad lo que le digo, segura como estoy de que se acerca mi última hora, voy á confesarle todos los sentimientos de mi alma.

—Eso quiero, hija mia.

—Es inútil que me oculte Vd. por más tiempo lo que sé. Me han engañado; me han hecho creer que habia muerto Antonio, y Antonio vive, ¿no es verdad?

—Sí, Dolores, sí; vive y sufre como tú.

—Dios perdone el mal que nos ha hecho á la que tiene la culpa de nuestra desdicha.

—Segun eso, tú crees que la marquesa de la Llana...

—No la guardo rencor; estoy muy cerca de la otra vida y quiero perdonar, porque solo así podrá mi alma alcanzar los consuelos del Juez Supremo. Pero ¡ay! esa señora, sin que yo pueda comprender los motivos que le han impulsado á ello, ha parecido gozarse en mi desdicha. Ella es quien ha fraguado esa fábula valiéndose quizá del inesperado fallecimiento de mi pobre abuela, y ha conseguido el fruto de sus desvelos.

Dentro de poco se cerrarán mis ojos para siempre. Antonio no tardará en seguirme, porque yo le conozco: me ama demasiado para soportar nuestra separacion.

Moriria contenta si no le dejara á Vd. en el mundo. Pero si las palabras de una pobre mujer que se halla en la agonía pueden quedar en su corazon de Vd. como el ángel de su guarda, perdone Vd. á la marquesa, pero no se fie de ella.

—Todo lo comprendo, dijo el marqués sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas. ¡Ah! en mal hora ha

llamado á mis puertas la fortuna. Por ir á buscarla me separé de tí. Quizás estimulada por el deseo de ser rica, la marquesa de la Llana, que ha creido llegar á ser mi esposa, viendo en tí tal vez un obstáculo, no ha vacilado en enterrarte en vida. ¡Dios escuchará mi plegaria: tú no morirás!

—¡Ah, padre mio! Pida Vd. á Dios que me llame á su seno; la vida me es insoportable.

—¿Y yo?

—Tiene Vd. razon; pero Vd. pensará siempre en mí, elevará los ojos al cielo con más frecuencia que ahora, rezará Vd. por su pobre hija, y Dios escuchará sus oraciones y ofrecerá consuelo á su corazon.

—Dios no querrá que se rompan los lazos que nos unen; pero si así sucediera, yo te ofrezco que abandonaria la pompa que me rodea, que renunciaria al mundo y llamaria á las puertas de un convento para vivir pobre y solitario, consagrado á buscar en el silencio el perdon de mis culpas.

II.

Hubo una pausa, durante la cual solo se escuchaban los sollozos de padre é hija.

—Voy á pedirle á Vd. un favor, dijo Dolores interrumpiendo el silencio que reinaba en la estancia.

—Habla, hija mia, habla.

—Busque Vd. á Antonio; sea Vd. un padre para él; dígale todo lo que ha pasado; que no me culpe, que

considere nuestra separacion como una desgracia, que acate los decretos de la Providencia, y que si algun afecto me profesa todavía, le pido que se consagre al servicio de sus padres, pagándoles de esta manera los beneficios que me han dispensado. Pronto serán viejos: ¿Quién sabe si entonces tendrán los recursos de que hoy disponen? Si habia Vd. pensado darme algo de sus bienes en el mundo para que yo lo disfrutase, mi mayor alegría será que lo disfruten ellos.

—Nada tienes que hablarme sobre ese particular, dijo el marqués; todo cuanto tú hayas pensado, y mucho más, eso haré.

—¡Dios le bendiga á Vd., padre mio...! Ya estoy más tranquila... Tenga Vd. fuerzas para soportar mi despedida, porque el dia de mi eterno viaje se acerca. Respete Vd. la voluntad de Dios, como yo la respeto buscando en otra vida mejor lo que me ha negado en esta.

—Yo seguiré tu ejemplo, angel mio; yo seré digno de tí, dijo el marqués.

III.

La superiora interrumpió su conversacion, y el padre de Dolores se retiró muy afligido, pero resuelto á realizar los propósitos que le habia inspirado su hija.

Al dia siguiente muy temprano recibió del convento un recado muy urgente.

Acudió, y solo llegó á tiempo de recibir el último suspiro de su hija.

Dolores entregó su alma á Dios despues de una agonía lenta, pero tranquila.

IV.

El marqués soportó con resignacion aquel duro golpe, y solo permaneció en el pueblo el tiempo necesario para cumplir los últimos deberes de padre.

Dolores fué enterrada en el mismo convento, y el marqués dispuso que todos los dias al amanecer se dijera una misa por el alma de su hija.

Una de las primeras cosas que hizo al tornar á Madrid fué constituir un patronato para que en todo tiempo recibiese aquel sufragio el alma de su hija.

V.

El mismo dia de su llegada recibió una carta de la marquesa, que le habia espiado durante su ausencia y que temia el resultado de su entrevista con Dolores.

Matilde se quejaba de que hubiese partido sin anunciarle su propósito, y le suplicaba que fuese á verla.

El marqués trazó en un papel estos renglones:

«Yo no puedo volver á ver en mi vida á la mujer que ha asesinado á mi hija.

»No existe nada entre los dos.

»Respete Vd. mi dolor y no vuelva á acordarse de mí sino para pedir al cielo que se apiade de mis tribulaciones.»

Como ven los lectores, la culpable sufrió el castigo que merecia.

VI.

Poco despues, gran número de acreedores, á los que habia estado entreteniendo con la esperanza de llegar á ser rica cuando se casase con el marqués del Puente, reclamaron sus créditos, y la marquesa no tuvo más remedio que vender sus alhajas y sus joyas y retirarse avergonzada al fondo de una provincia.

La causa principal de su castigo fué Filiberto: pronto veremos lo que hizo para castigarla.

El marqués, apenas hubo arreglado sus asuntos, buscó al hijo de Pepe-Hillo.

Creyendo que el famoso torero se encontraria en Madrid, y sabiendo que tenia amistad con el padre guardian de los franciscanos, fué á verle.

VII.

Pepe-Hillo habia partido algunos dias antes prometiendo que no volveria á lidiar en la corte en tanto que no fuese castigado el Corregidor por la mala pasada que acababa de jugarle.

Protector de Romero el Corregidor, habia logrado con apariencias de legalidad que el famoso diestro, rival de Pepe-Hillo, fuese el director de la plaza en las funciones reales con motivo de la paz.

Habíase convenido en que lidiasen juntos los tres grandes maestros Romero, Costillares y Pepe-Hillo, y este último, que por su arrojo siempre recibia cogidas de los toros castellanos, se conformó con estar á las órdenes de Romero, siempre que los toros que se lidiasen no fuesen castellanos.

Pero el Corregidor, que no solo por proteger á Romero miraba de reojo á Pepe-Hillo, sino que recordaba que por las comunicaciones de su hijo habia sabido el rey lo que pasaba en el campamento y habia destruido la influencia de la camarilla de que formaba parte, quiso vengarse, y lo preparó todo para que tuviera que habérselas Pepe-Hillo con un toro castellano.

Al conocerlo el diestro le cegó la rabia y sufrió una cogida que, aunque no fué de consideracion, causó profunda alarma, y dió lugar á que el pueblo de pan y toros, sin descontar á la aristocracia de aquella época, buscase y guardase como reliquia los fragmentos del capote y del traje que habia sacado Pepe-Hillo para lidiar en aquella funcion.

Pasado el peligro, pero aun no restablecido, tornó el famoso diestro al seno de su familia.

Al saberlo el marqués, se puso en camino para buscarle y llevar á cabo sus propósitos.

CAPITULO XXXVI.

—

Quien siembra vientos...

I.

Vamos á aclarar algunas palabras del capítulo anterior.

Hemos dicho que la duquesa de la Llana sufrió el castigo de sus culpas viéndose reducida á la pobreza, y hemos dicho que el instrumento de su castigo fué Filiberto Ruiz.

Nuestros lectores recuerdan que despues de la mala pasada que jugó al guardia de Corps su asistente, estimulado por la marquesa, el alocado militar, figurándose que su rival se hallaba en Méjico, pidió ser destinado á aquella guarnicion.

Salió resuelto á buscar al marqués, á provocarle, y por último á matarle ó á morir á sus manos.

II.

El tiempo es una gran cosa.

El hombre, que en un minuto es capaz de cometer la

mayor locura, puede en un cuarto de hora de reflexion variar por completo de intenciones.

Si en los momentos en que supo Filiberto, ó presumió al ménos que tenia un rival, hubiera encontrado al marqués, quizás habria llevado á cabo su propósito.

Pero desde Madrid á Méjico hay mucha distancia, y á medida que se fué alejando el foco de luz en torno del cual habia girado hasta entonces, comprendió que su ídolo no merecia los sacrificios que habia hecho.

Su pasion fué enfriándose; lo que perdia en sentimiento lograba en ambicion, y al embarcarse ya se decia:

—¡Quién sabe si hallaré en Méjico alguna mujer rica á quien dar mi mano!

III.

Cuando llegó, despues de un largo viaje, á la ciudad de Motezuma, era ya otro hombre.

Presentó al virey la carta de recomendacion que le habia dado su amigo Godoy, y aunque supo que estaba allí el marqués del Puente no se cuidó de buscarle, porque á los pocos dias de su llegada fué nombrado gobernador de una isla, y se dirigió á su ínsula muy decidido ya á realizar su proyecto de casarse con alguna rica mejicana.

La suerte le fué propicia.

No habia trascurrido un mes desde que tomó posesion de su cargo cuando fijó sus ojos en una hermosa

jóven huérfana y en extremo rica, puesto que habia heredado de sus padres una mina de oro de las más productivas.

Filiberto la visitó, y prendado de su belleza y de su fortuna, mandó llamar al mayordomo de la jóven, hombre de edad, antiguo servidor de su familia y que la queria entrañablemente.

Cuando estuvo en su presencia le manifestó los deseos que aquella hermosa señorita le habia inspirado.

Tratándose del enlace de la jóven con la primera autoridad de la provincia, natural era que experimentase una gran alegría el viejo mayordomo, y así fué.

Se encargó, pues, con el mayor gusto de vencer las dificultades que se opusieran á la realizacion de aquel proyecto, y tres meses despues se enlazaba el gobernador de la provincia con la jóven millonaria.

IV.

Sucede frecuentemente que los más calaveras, los que más han jugado con el amor en su juventud, llegan á encontrar en la vida mujeres inocentes y buenas que les inspiran una verdadera pasion, que les hacen comprender de qué manera tan lastimosa han gastado el tiempo, en una palabra, que les fascinan y les subyugan.

Esto pasó con Filiberto.

Su esposa era angelical, y con el cariño, con el candor habia llegado á dominarle.

Una de las más vehementes aspiraciones de la jóven mejicana era visitar á España.

Habia oido á sus padres hablar mucho de la metrópoli, y no olvidaba que uno de los proyectos que con más entusiasmo habia acariciado el autor de sus dias era el haber pasado uno ó dos años en Madrid.

Manifestó, pues, la jóven el capricho de realizar este proyecto, y como Filiberto, unido á ella, no necesitaba de su empleo, hizo dimision de él y resolvió tornar á España.

Dejaron la administracion de la mina al mayordomo, hicieron buena provision de dinero y acordaron pasar dos ó tres años en la Península, volviendo más tarde á Méjico.

Antes de partir, por lo que pudiera suceder, arreglaron sus asuntos é hicieron los dos consortes su testamento, conviniendo en que el que falleciese dejaria toda su fortuna al que sobreviviera.

Se pusieron en camino y llegaron á Madrid algunos dias despues que el marqués del Puente.

V.

La variacion de clima fué fatal para la jóven mejicana.

El llegar de uno tan templado como el de Méjico á otro tan variable y tan crudo como el de Madrid, debia alterar por completo las condiciones de salud de la jóven.

Al dia siguiente de su llegada cayó enferma con un fuerte resfriado.

Tal vez guardando cama y tomando alguna precaucion hubiera podido salvarse; pero el afan que tenia de visitar el palacio, de correr los paseos de Madrid, en una palabra, la impaciencia de los pocos años y la debilidad de su esposo por complacerla agravaron su dolencia, y la infeliz no volvió á levantarse del lecho.

A los quince dias de su llegada á Madrid sucumbió, quedando Filiberto en posesion de la inmensa fortuna de su esposa.

Cundió la noticia de su llegada, de su desgracia y de su fortuna, y como es natural, sus antiguos camaradas acudieron á consolarle.

Poco á poco fué calmándose su pena, y al noticiar á Méjico la nueva del fallecimiento de su esposa, envió plenos poderes á una persona de toda su confianza para que consiguiera que le reconociesen como heredero legítimo de la difunta.

Al mismo tiempo daba sus instrucciones al mayordomo, diciéndole que vendiese la mina, que conservase para atender á sus necesidades en el resto de su vida el 5 por 100 de lo que produjera, y que le remitiera el resto á España por conducto del virey.

VI.

Como para emprender el viaje se habia provisto de fondos, podia aguardar á que la herencia viniera á sus manos y aguardar ocioso.

Ahora bien, la ociosidad, proporcionándole contínuas entrevistas con sus antiguos camaradas, y entreteniéndole en murmuraciones, le facilitó los medios de conocer la mayor parte de las debilidades que habia cometido durante su vida la marquesa de la Llana, y como esta, al ver perdidas sus esperanzas de enlazarse con el marqués del Puente, pensó que Filiberto, viudo y rico, podria reemplazar al marqués, hizo lo posible por atraerle á su lado.

Entonces fué cuando se despertó en el antiguo guardia de Corps el deseo de vengarse de ella.

Filiberto, que no podia olvidar su antigua vida de soldado, logró volver al real cuerpo, seguro de obtener entonces más éxito que nunca, toda vez que su fortuna le permitia los medios de favorecer á sus camaradas y obsequiarles con contínuos banquetes y francachelas.

En una de ellas, y cuando estaban á los postres, se habló, como sucede siempre en semejantes casos, de las mujeres más en boga.

La marquesa de la Llana dió más que ninguna pasto á la murmuracion.

Cada cual refirió una anécdota para dar á conocer las

debilidades galantes de aquella mujer, sus codiciosas intrigas y sus malévolas intenciones.

—Su última obra, dijo uno, es verdaderamente la más inícua.

Y despertando la curiosidad con esta proposicion, á ruego de los asistentes se vió obligado á referir la conducta que Matilde habia observado con la hija del marqués del Puente, haciéndola creer que su amante habia muerto en la guerra y obligándola á profesar en un convento.

—Estas noticias indignaron á Filiberto.

—Yo os ofrezco, queridos amigos, exclamó, castigar á esa infame mujer que durante tanto tiempo me ha tenido engañado.

—Pronto la castigarán sus acreedores, dijo uno.

—A pesar de su habilidad y su talento, añadió otro, son tantas las trampas que ha hecho últimamente, que no la dejan á sol ni á sombra, y el dia ménos pensado va á estallar de un berrinche.

—Lo que no impide, observó un tercero, que salga todos los dias á pasear en su carroza por el Prado de San Fermin y que se dé tono pasando por las gradas de San Felipe.

VII.

La conversacion terminó y todos se retiraron.

Precisamente en aquella misma noche recibió una car-

ta de la marquesa rogándole que fuese á verla sin pérdida de tiempo.

El guardia se excusó pretextando que no era prudente que un hombre que acababa de quedar viudo fuese á visitar á una señora jóven y guapa, pero que si tenia mucho interés en hablarle la esperaria en su casa al dia siguiente á las tres de la tarde.

La marquesa ofreció asistir, y Filiberto, de acuerdo con sus amigos, buscó á la mayor parte de los acreedores de Matilde y les dió cita para el dia siguiente á las dos en su casa.

Al mismo tiempo convidó á sus camaradas para proporcionarles el espectáculo de la divertida escena en que iba á desempeñar el principal papel.

Algunos acreedores acudieron á la cita, y Filiberto les manifestó que les habia llamado porque á las tres debia ir á verle la marquesa de la Llana, y como era tan difícil para ellos echarle la vista encima, creia dispensarles un favor facilitándoles lo que tanto deseaban.

VIII.

Preparadas las cosas de este modo, á las tres en punto llegó la marquesa en su carruaje hasta la puerta de la casa donde habitaba Filiberto.

Este salió hasta el coche, abrió la portezuela y se apresuró á dar la mano á la marquesa para que bajase.

Segun las instrucciones que habia dado á los acree-



La marquesa de Lallana manifestó su indignacion á Filiberto.

dores y á sus amigos Filiberto, en el momento en que la marquesa se apease del carruaje debian presentarse todos en la puerta de su casa.

Filiberto se acercó con la mayor finura á Matilde, y cuando ya habia puesto el pié en el estribo vió en el portal á los coristas de aquella escena.

Quiso retroceder, pero Filiberto, que ya tenia cogida su mano,

—Tranquilícese Vd., señora, la dijo; todas esas personas deben ser muy conocidas de Vd.

La marquesa de la Llana manifestó su indignacion á Filiberto.

—Es Vd. un miserable, le dijo. Creí tratar con un caballero y veo que me he equivocado.

—Yo tambien creí tratar en otro tiempo á una señora, y la verdad, estoy arrepentido de haber abrigado semejante creencia.

—Todo ha acabado entre nosotros para siempre, dijo la marquesa soltando la mano de Filiberto y volviéndose al carruaje.

—¿No quiere Vd. descansar en mi casa? Lo siento, porque podria Vd. haber ajustado sus cuentas con los que la esperan.

La marquesa no contestó una palabra más.

—¡A casa! gritó al cochero llena de ira.

Y partió el carruaje enmedio de los silbidos y de los hurras de los que presenciaron aquella escena.

IX.

Si hubiera tenido recursos la marquesa, hubiera comprado aquel mismo dia el brazo de un asesino para castigar á Filiberto.

Pero pronto trocaron su irritacion en desesperacion los acreedores, que al dia siguiente citaron ante los tribunales á la marquesa, obligándola á deshacerse de todo cuanto tenia para pagarles y á retirarse de Madrid avergonzada, como indicamos en el capítulo anterior.

La pobre pagó bien sus pecados en aquel destierro.

En cuanto á Filiberto se vió obligado á partir de nuevo para Méjico, porque surgieron dificultades que requerian su presencia.

X.

Tenemos que cumplir una promesa que hemos hecho á los lectores.

Darles á conocer lo que el abyecto pueblo de *pan y toros* fué cuando el látigo del invasor de España le despertó de su letargo.

Antes de trazar estos cuadros, que han de completar nuestro trabajo, veamos qué es lo que sucedió á los personajes más importantes de esta historia.

CAPITULO XXXVII.

—

Generosidad y abnegacion.

I.

Dejamos al marqués del Puente profundamente impresionado por la muerte de su hija y por el desengaño que habia sufrido al persuadirse de que la marquesa de la Llana habia sido la verdadera causa de todas sus desdichas impulsada por el vil móvil de la codicia.

Eran muchas las desgracias que experimentaba su corazon para que no se doblegase al peso de ellas.

Despues de haber sufrido durante muchos años atrás remordimientos por haber seducido á la madre de Dolores, si habia hecho desgraciada á su hija, obedeciendo á su noble impulso se proponia indemnizar á la jóven llevándola á su lado y labrando su felicidad.

Al poco tiempo de realizar este pensamiento, una pingüe herencia vino á facilítarle nuevos y poderosos recursos para llevar á cabo su propósito, y cuando ya creia haber haber vencido aquella série de desventuras, cuando le sonreia la idea de pasar el resto de su vida en apacible tranquilidad, disfrutando del amor y de la gratitud de su hija, del mismo sentimiento paternal,

aquellas mismas riquezas con que esperaba fomentarle despertaron en la marquesa de la Llana ideas codiciosas, y aquella mujer con su diabólica habilidad eclipsó de nuevo la estrella del marqués.

—¿Qué va á ser de mí? se decia. He perdido á mi madre; he presenciado la terrible agonía de mi hija y estoy convencido de que el único afecto que inspiraba ó creia inspirar en el mundo era vilmente interesado. Solo en el mundo, sin afecciones, sin esperanzas, ¿de qué me sirven las riquezas que poseo? No pueden ser más que un torcedor para mi alma, porque al recuerdo de la fortuna no podré ménos de experimentar un dolor cruel, viendo que de nada sirve cuanto poseo para ofrecer un poco de felicidad á los séres á quienes he hecho desgraciados.

II.

Dominado contínuamente por esta idea, concibió un pensamiento, y antes de realizarle consultó á su confesor, un venerable dominico de aquellos que con su ciencia y su virtud hacian olvidar á las personas honradas y buenas las debilidades de algunos otros frailes.

—Padre, le dijo, ha muerto mi hija. Para encontrar algun destello de su alma necesito dirigirme al corazon del hombre que la ha amado, y á quien ella consagró todo su afecto. Ese hombre es honrado y pundonoroso; ha sacrificado su porvenir á su desesperacion. Yo necesito que sea dichoso, porque solo de esta manera podré

creer que lo es mi hija. Confiando en la misericordia de Dios, presumo que esa pobre mártir podrá ver desde el cielo el bien que yo dispenso en nombre suyo y me bendecirá. Así pues, padre mio, he pensado dividir en tres partes mi cuantiosa fortuna. Una para Antonio Delgado, que es el hombre á quien amó mi hija; otra para los pobres; la otra, en fin, para un convento, en el cual entraré á acabar el resto de mis dias. ¿Qué os parecen mis planes, padre mio?

—Que os los inspira Dios, contestó el dominico. Sí, amigo mio; esa resolucion que habeis tomado es la única que puede ofrecer alguna tranquilidad á vuestro espíritu. Cuando el hombre llega á una situacion semejante; cuando rompe todos los lazos que le ligan á la tierra, lo primero que debe hacer es desprenderse de los bienes terrenales para olvidar las preocupaciones que producen y poder consagrarse por completo á la meditacion, á la oracion.

III.

Animado por el beneplácito del dominico, emprendió su viaje á Sevilla, y preguntando por Pepe-Hillo, no tardó en ser conducido á su casa.

Antes de emprender el viaje formuló en toda regla la donacion inter-vivos de la tercera parte de su fortuna para que entrase desde luego en posesion de ella Antonio Delgado.

La otra parte la donó de la misma manera á los es-

tablecimientos de beneficencia, y conservó la tercera con ánimo de entregarla al tornar de su viaje al convento de la Merced, en donde se proponia tomar el hábito.

El marqués fué recibido con la mayor cordialidad en casa del torero.

Todavía no se hallaba Pepe-Hillo completamente restablecido de la última cogida que habia sufrido en la plaza de toros de Madrid.

Su casa, centro en otro tiempo de la más expansiva alegría, parecia en aquella ocasion asilo de tristeza.

Y no era el estado poco satisfactorio de salud de Pepe-Hillo el que proyectaba aquella sombra en su hogar.

Tanto él como su esposa y sus hijos estaban acostumbrados á verle con frecuencia sufrir las consecuencias de sus heridas.

Pocos toreros, en efecto, han sido más desdichados que Pepe-Hillo bajo este punto de vista.

Hábil y diestro, era á la vez tan arriesgado, que puede decirse que de cada veinte veces que salia al redondel, una, por lo menos, era cogido.

Pero tenia una excelente encarnadura, mucho ánimo, y no tardaba en restablecerse y en volver á buscar el peligro.

Lo que causaba la tristeza de aquella familia; lo que habia cambiado por completo el carácter de María del Pópolo; lo que hacia que aquella mujer, tan aficionada antes al lujo, vistiese con la mayor modestia; lo que

habia convertido en casi sepulcral silencio la alegría, los chistes, los chascarrillos, en una palabra, la animacion de aquella casa, era la pena que se retrataba en el rostro de Antonio.

IV.

Tambien el jóven habia sabido la causa verdadera de la muerte de Dolores, y si como buen hijo habia hecho los mayores esfuerzos por ocultar su pesadumbre para evitar que sus padres sufrieran al verle sufrir, no habia podido ménos de caer en un profundo abatimiento, y aunque contínuamente hacia asomar á sus labios una sonrisa complaciente, no era aquella sonrisa más que la máscara que ocultaba la hiel de su corazon.

¿Y cómo no?

Jóven, valeroso, entusiasta, impulsado por aquella pasion, de humilde plebeyo se habia convertido en militar distinguido.

Habia saboreado el goce de la gloria; habia soñado una felicidad sin límites con la posesion de Dolores; habia experimentado el sentimienio de la patria; la habia visto entregada á la rapacidad de una camarilla insolente y menguada, y habia perdido á Dolores para siempre por efecto de una intriga vil y miserable.

Estas impresiones á los veinticuatro años debian marchitar su corazon, y lo marchitaron en efecto

V.

Antonio abandonó el servicio militar y aseguró á sus padres que si querian verle tranquilo al ménos, le permitieran vivir en su compañía, exclusivamente consagrado á cuidar los intereses de su familia y á fomentarlos para asegurar el porvenir de sus hermanos.

Hacer una vida vulgar, monótona, ir amortiguando poco á poco sus sentimientos, vejetar... hé aquí la medicina que se proponia dar á su enfermedad.

No tardó el marqués en conocer la situacion de aquella familia, y proporcionándose una entrevista con Antonio, le comunicó la resolucion que habia tomado.

El jóven se negó á aceptar el beneficio, pero el marqués le aseguró que al obrar de aquella manera habia obedecido la última voluntad de su hija, sagrada para él.

—Vd. tiene un deber que cumplir, añadió. Sus padres de Vd. han perdido la tranquilidad para siempre por efecto de la desgracia que pesa sobre Vd. ¿Quién sabe si la tristeza, quitando á su padre de Vd. el gusto de su profesion, puede conducirle á la pobreza? Entonces es un deber en Vd. velar por su madre y por sus hermanos. Solo haciendo el bien podrá Vd. encontrar alguna tranquilidad, y no olvide Vd. que dispensando beneficios es como Dios le recompensará uniéndole en el cielo con mi pobre hija.

VI.

Estas últimas palabras conmovieron á Antonio en alto grado.

—Tiene Vd. razon, señor marqués, le dijo. El móvil que me ha impulsado á no aceptar sus generosos donativos no es bueno, porque le alimenta el orgullo. Seré humilde, aceptaré esa dádiva del padre de mi esposa, porque como esposa mia la considero.

—¡Gracias, Antonio, gracias! Ahora solo me falta comunicar á Vd. mi pensamiento.

—Hable Vd., ya le escucho.

—En cuanto llegue á Madrid voy á entregar lo que me queda al convento de la Merced y á pedirle un asilo. Cuando esté preparado tomaré el hábito, y desde aquel apartado retiro elevaré al cielo contínuas preces por la felicidad de Vd. y por la salvacion de mi querida hija...

VII.

Antonio llamó á sus padres, les comunicó delante del marqués lo que acababa de saber, y todos, bendiciendo á aquel generoso protector, se despidieron de él con lágrimas en los ojos, sin conseguir, como anhelaban, que permaneciese algunos dias á su lado.

El marqués tenia prisa en buscar la soledad del convento.

La parte que donaba al hijo de Pepe-Hillo consistia en una crecida cantidad de dinero, que estaba depositado en el Banco de San Cárlos y en dos casas que tenia en Madrid el marqués.

Antonio tuvo que venir á Madrid para tomar posesion de estos bienes, y al efecto hizo el viaje con el marqués; pero no estuvo en la córte más que el tiempo preciso para despachar sus asuntos, y regresó á Sevilla dispuesto á conseguir que su padre se retirase de la lidia y pasase el resto de sus dias en santa paz, gozando de las comodidades que podia ofrecerle su hijo.

CAPITULO XXXVIII.

—

El amor y el amor propio.

I.

¿Qué seria de nosotros si no existiera el dolor? ha dicho una escritora distinguida.

Sin el dolor difícilmente adquiririamos ese conocimiento del mundo que da la reflexion, porque lo único que hace reflexionar al hombre es el dolor.

Antonio, desde su retiro, recordaba lo que habia visto mientras habia estado en la guerra, y al comparar los heróicos rasgos de valor de sus camaradas, los inmensos sacrificios de aquellos voluntarios de la patria con las miserables intrigas, con las infames cábalas, con el miserable egoismo que dominaba en la córte, no podia ménos de sentir una aversion inmensa hácia el foco de corrupcion en donde se fraguaban todas las desdichas del país.

Antonio sabia que el ejército era bueno, que el rey era bueno tambien; pero veia en el ejército, representacion del pueblo, y el rey, padre de ese mismo pueblo,

una perturbadora y miserable camarilla de gentes que, explotando las debilidades bondadosas del monarca y la obediencia ciega del ejército y el pueblo, á trueque de emplear el tiempo en orgías, de entregarse á todos los vicios, de enriquecerse en breve tiempo, no tenian inconveniente en vender á la patria, en sacrificar á sus mejores hijos, en hacer aparecer á los ojos de Europa como un autómata á aquel pobre rey, víctima de la codicia de sus servidores y de las pasiones de su esposa.

Aparecióse, pues, á los ojos del jóven el monarca español como un árbol carcomido por los gusanos, y temia á cada instante que aquel árbol hueco desapareciese á impulsos del terrible huracan que se llamaba la República francesa y que se habia desencadenado sobre Europa.

II.

No era solo Antonio el que abrigaba este temor.

Los buenos españoles, y entre ellos se contaban algunos hombres de ilustracion, de carácter, de virtudes, fijos los ojos en Francia, veian aumentarse aquella espantosa hoguera que habia consumido el trono, las instituciones seculares, el sentimiento religioso; en una palabra, toda la vida de aquel gran pueblo de Luis XIV; y como sus llamas se aumentaban y se extendian, no podian ménos de pensar que, no oponiendo un vallado de acero á aquel fuego asolador, tambien alcanzaria á España la consecuencia del incendio.

De nada servia que hombres de la ilustracion y de la virtud de Jovellanos y de Saavedra tuvieran en sus manos las riendas del poder.

Su dominacion fué breve; vivian sobre un volcan.

Sus pensamientos, sus planes, se estrellaban en los caprichos del favorito de la reina, que, aunque ostensiblemente no gobernaba, vuelto á la gracia de María Luisa despues de un breve período de tiempo en que estuvo alejado de ella, era el verdadero jefe del Estado.

Todo esto hacia creer á las personas pensadoras, y entre ellas se encontraba Antonio, que lo mejor que podia hacerse en semejante situacion era retirarse del foco corruptor, apartando de esta manera combustible.

III.

Al volver de Madrid á Sevilla, lo primero que hizo Antonio fué comunicar á su madre su pensamiento.

María del Pópolo lo aceptó con entusiasmo.

Para ella habia acabado todo en el mundo al extinguirse la alegría en el corazon de Antonio.

—Tienes razon, le dijo, es necesario que procuremos que tu padre abandone la lidia. Ya tiene bien sentá su reputasion, y con lo que él posee y lo que el señó marqués te ha legao podemos vivir como prínsipes.

—En ese caso, toda vez que Vd. aprueba mi pensamiento, es necesario que me ayude Vd. á realizarle.

IV.

De acuerdo madre é hijo, abordaron la cuestion con Pepe-Hillo.

No se ocultaba á los indivíduos de su familia lo difícil de la empresa, porque un hombre que desde los primeros años de su vida se habia consagrado con tan loca aficion al toreo, que por su mérito habia adquirido tanta celebridad, que con el trabajo habia podido proporcionarse al mismo tiempo que la reputacion una fortuna, por muchas desgracias que pesasen sobre él, por triste que estuviera su corazon, á pesar de los disgustos que amargaban la última parte de su vida, la pasion por la lidia, los hábitos adquiridos en su larga carrera, las mismas costumbres de su vida ordinaria, debian de ser insuperables obstáculos al logro de los deseos de su esposa y de su hijo.

Es verdad que podian apoyar sus pretensiones en los recursos con que contaban para atender á su subsistencia y aun para asegurar el porvenir de sus hijos.

Es verdad tambien que las muchas cogidas que habia sufrido durante su vida el famoso diestro, proporcionándole contínuos achaques, daban ocasion á que, fundados en el afecto que le profesaban su esposa y sus hijos, trataran de disuadirle.

Tenian, además, otro argumento, y era el de que habiendo escrito ó mandado escribir todas las reglas del toreo; habiendo formulado, por decirlo así, los pre-

ceptos del arte de torear, habia llenado su mision en el mundo y podia retirarse á descansar sobre sus laureles.

Como los lectores recordarán, en los momentos en que tal deseo abrigaban María del Pópolo y Antonio, estaba Pepe-Hillo convaleciente de la última cogida que habia sufrido en la plaza de Madrid por efecto de la mala intencion del Corregidor, que habia permitido que lanzasen al circo un toro castellano, cogiendo desprevenido á Pepe-Hillo.

Los dolores que le producian sus heridas le hacian pasar ratos de muy mal humor.

Pero como tenia muy buen carácter y amaba en extremo á su familia, no tardaba en conocer, despues de haberse incomodado, lo injusto de su proceder, y se esmeraba en resarcir con algunas frases, con afectuosas caricias, á los que momentos antes habia puesto tristes con su impertinencia ó su vivacidad.

V.

María del Pópolo habia ofrecido una misa cantada á la Vírgen de los Reyes el dia que estuviera completamente restablecido su esposo.

Llegó ese dia, y María del Pópolo, su esposo, sus hijos y numerosos amigos acudieron á la capilla á cumplir la promesa.

VI.

Al salir del templo fueron á su casa, donde habia preparada una comida para obsequiar á los amigos.

Hubo en aquel banquete gran expansion y sincera alegría.

Pepe-Hillo estuvo muy contento

Por un momento habia olvidado todos sus pesares, y la idea de verse rodeado de su esposa, de sus tres hijos, de sus antiguos amigos y de algunos camaradas le estimularon á ser decidor, bromista.

Refirió con sumo gracejo los principales episodios de su vida.

Recordaba las *suertes* que habia inventado, los peligros que habia corrido, y entusiasmado con esta conversacion, despues de haber recibido los plácemes de todos, de haber estrechado muchas manos amigas, de haber repartido cariñosos abrazos, al quedarse solo con su familia,

—Igan lo que quieran, exclamó Pepe-Hillo, no hay profesion como la er torero, ni hay en er mundo ocupasion más grata pa mí que la de lidiar toros.

VII.

Antonio y su madre aprovecharon la ocasion para abordar á Pepe-Hillo.

—Es cierto, dijo Antonio; Vd. puede estar satisfecho

de haber sido un valiente, de haber poco ménos que creado una profesion y de haber contribuido con ella á sacar de la miseria á una familia y á proporcionarla todo género de comodidades. No se ofenda Vd., sin embargo, por lo que voy á decirle; no es mi ánimo culparle, pero deje Vd. á mi alma exhalar un gemido. Acaso si Vd. no hubiera sido un célebre torero, no seria su hijo de Vd. un pobre desdichado.

—Ya sé lo que vas á isir, exclamó Pepe-Hillo; y en verdá que una sola palabra ha borrao toa la alegría que tenia en er corason. ¡Probe Dolorsiyas! ¡Cá ves que pienso que he vivío durante tres ó cuatro horas sin mentarla siquiera, sin acordarme de ella, me desespero y me arrancaria los pelos! Ties rason, Antoñiyo. No vale ná mi via, no vale ná la gloria que he arcansao ni los aplausos que en el sirco man tributao toas las gentes; no vale ná tampoco la estimasion del rey y de toa la córte. Tó eso y mucho más daria yo, hijo é mi arma, porque tú fueras dichoso, y como has dicho bien, el ser tu padre un probe torero te ha servío de desventura.

—No quiero decir eso, padre mio. Yo respeto los designios de la Providencia; no le culpo á Vd. ni culpo á nadie. ¿Cómo he de formular cargos cuando en medio de mi desventura quiere Dios que haya Vd. podido salvarse de todos los peligros que ha corrido y quiere tambien que yo esté á su lado en estos últimos años? Si le he recordado á Vd. los sucesos que proyectan tan triste sombra sobre nuestra felicidad, ha sido,

francamente, porque mi madre y yo tenemos un deseo, y para realizarle, por ser difícil, es necesario tocar los resortes más delicados.

—Tié rason Antoñiyo, dijo María del Pópolo; jase ya mucho tiempo que no tenemos más que un aquel.

—¿Y pué saberse cuál es esa intension?

—Mira, Joseliyo, yo soy mu clara. Si tú quiés darme gusto, si quiés que tu hijo sea felis y que tu esposa no tenga ya más sobresartos ni esté siempre con el arma en un hilo, es presiso que renunsies ar toreo pa siempre.

—¿Qué es lo que estás isiendo?

—Lo que oyes.

—¡Pero mujé, tú has perdío er juisio!

—No, prenda é mi arma. Ya vamos siendo viejos, y pues Dios ha querío que no nos farte ná pa vivir, ¿á qué buscar peligros? ¿Cuánto mejor seria que viviésemos toiticos juntos siempre en Sevilla, donde hemos nasío, dando calor á los hijuelos, mejorando las casas y las hasiendas, léjos der mundo y de sus pompas y de sus picardías, que no son pocas? Mira, José, ¿qué pué importarte ya que igan ó que no igan? Tú ya has dejao er pabellon bien puesto. Er dia ménos pensao te coge un toro, y ¡adios toitico lo que yo tengo en er mundo!

—Entoavía no ha nasío er toro que ma é coger á mí pa darme mulé.

—No son pocos los que tan herío.

—¡Y qué! Er buen torero como er buen sordao ha é tener er cuerpo yeno é costurones. Ende lejos paese que una corná es un mundo, y yo que he resibío tan-

tas en mi via, casi macostumbrao. ¡Figúrate, mujé, si lo que no han hecho los toros casteyanos lo harán los otros! Y lo que te prometo es no lidiar nunca toros de esa ralea.

—¿Es isir que no quiés escuchar los ruegos de tu esposa y de tu hijo?

—No me hableis de la mar.

—Y sin embargo, padre, dijo Antonio, yo sentiria ofender á Vd.; pero mi madre y yo estamos resueltos á evitar á toda costa que Vd. vuelva á tomar contrata ní á salir á la plaza. No nos faltarán medios.

—Ya se ve que no. Si me venís con salamerías soy hombre muerto.

—Se me ocurre una idea y estoy seguro de ques va Vd. á aceptarla.

—Echa por esa boca, que tú en cuando en cuando estás iluminao.

VIII.

—Mire Vd., padre, dijo Antonio, prométanos Vd. vivir un año, que no es mucho, completamente consagrado á la familia. En este tiempo procuraremos hacerle á Vd. estimar el bienestar que le rodea. Si al terminar el año no se ha amortiguado en Vd. esa pasion que tanto le domina; si tiene Vd. deseos de coutinuar como hasta ahora consagrado á la lidia, nosotros respetaremos la voluntad de Vd. Pero si conseguimos hacerle olvidar esas emociones; si logramos que nuestro

cariño y nuestros cuidados ofrezcan á Vd. una ventura que le indemnice de lo que pierda, entonces Vd. mismo nos dirá: «soy todo vuestro,» y yo iré á ofrecer la espada y la muleta de Vd. al rey nuestro señor para que se conserve en todo tiempo como una memoria del gran torero cuyo nombre no ha de olvidarse jamás.

—¿No te isia yo que er chico hablaba como un libro? Ahi tienes, ahí tienes lo que estruye la guerra. Y ya se ve que queará mi nombre en er mundo. Pus qué, ¿san de orviar de Pepe-Hillo? Y por si se orviasen, ¿no he estampao ya en un libro toitico lo que se le ha ocurrío á este meoyo?

—Tiene Vd. razon, padre; pero contésteme á la pregunta que le he hecho, porque estoy deseando que me conceda Vd. esa gracia.

—Ascucha antes y dí si no es verdá que toa la custion está aquí en que ha paesío er pare é la Dolorsiyas, que si no ella se hubiá contentao con ser la hija de un torero, os hubíais casao los dos, hubíais vivío en en santa pas, sin nesesiá de los cuartos é su pare poique yo hubiá ganao pa tos, y entonses no me vendríais con riquilorios ni lilailas, y tu mesma mare que se las echa de santurrona masusaria pa gorver como en otro tiempo á ser la reina é la plasa y á partí con su mairito los aplausos, cuando este prójimo, con la grasia que Dios la dao, remataba un bicho.

—¿Pero aseptas la idea é tu hijo?

—¿Pus no la he de aseptar? Por darle gusto y por dártelo á tí; pero yo no sus engaño; estoy seguro é que

en cuanto se pasen dose meses sin que yo coja en mis manos el estoque y la muleta no me vais á poer aguantá. Ná, lo que igo.

—¿Pero acepta Vd.?

—Si, hijo mio; pero tu mare va isirme á cá instante: «Anda, vé á matar toros y no me quemes más la sangre, condenao.»

—Queda hecho el pacto, dijo Antonio; dentro de un año es Vd. libre; pero entre tanto, como yo me propongo aumentar la fortuna que tenemos, viviremos completamente unidos... Yo le pediré á Vd. consejos y usted me ayudará á realizar todas las mejoras que requiera nuestra hacienda.

IX.

Despues de meditar algunos instantes, dijo Pepe-Hillo:

—Lo único que mapura es lo que van á menearme los huesos mis camarás. Van á creer que tengo canguelo, poique como la úrtima ves ma cogío er toro... Déjame una corría na más; una siquiera. Que yo deje er pabeyon bien puesto, y dispues...

—No, padre, no, es inútil. Todo el mundo proclama su valor de Vd. y su pericia. Ha empeñado Vd. su palabra y...

—Arrastrao, mas cogío. En fin, yo no me güervo atrás. Sufriré con pasiensia tresientos sesenta y sinco

dias, que van á paeserme tresientos sesenta y sinco calabosos, y dispues ya veremos.

X.

Así lo acordaron en definitiva, pero María y Antonio se retiraban tristes.

Conocian demasiado al torero y sabian que su última frase era la más sincera manifestacion de su inquebrantable deseo.

—Ya lo ves, hijo mio, decia María del Pópolo; lo que hemos arcansao es mucho, pero no too lo que nos proponiamos.

—¡Qué le hemos de hacer! Puede que estando contínuamente á nuestro lado logremos disipar de su imaginacion esa tenaz idea.

Trascurrió, en efecto, un año sin qué Pepe-Hillo apareciese en las plazas.

Pero en este tiempo sufrió lo que no es decible.

A cada instante llegaban á su oido las murmuraciones de que era objeto.

El amor propio, tan excitado en todos los que lucen ante un público una habilidad, le mortificaba.

Por otra parte, temia quedarse atrás; temia que eclipsaran su gloria otros toreros que iban ganando terreno.

XI.

Al fin y al cabo, despues de sufrir mucho, al dia siguiente del plazo convenido dijo á su mujer y á Antonio.

—Ya habeis visto que he sío un pasientísimo cordero. Acabo de firmar una contrata pa trabajá en Madrid de primero, y lo que es ahora ni vosotros ni naide me quita á mi er plasé de tomá la revancha.

Los ruegos de una y otro fueron inútiles.

Pepe-Hillo decidió ir á la córte, y María del Pópolo, que presentia las consecuencias de aquella resolucion, quiso acompañarle.

Antonio, por fin, quedó al cuidado de sus hermanos en Sevilla, y algunos dias antes de la Páscua de Resurreccion del año 1801 llegaron á Madrid Pepe-Hillo y su esposa.

El famoso torero acudia á buscar la más horrible de las muertes.

CAPITULO XXXIX.

—

El dia 11 de Mayo.

I.

Las desgracias habian influido de tal modo en el ánimo de Pepe-Hillo, que puede decirse que no era ni su sombra.

Al llegar á Madrid hizo, como tenia de costumbre, la visita á sus protectores el duque de Osuna, y hasta al mismo duque de la Alcudia, príncipe de la Paz entonces.

Él, que nunca habia tenido presentimientos tristes, que jamás habia temblado ante la idea de salir al redondel, no podia ménos de mezclar en sus conversaciones la idea fatal de sufrir tal vez una cogida de mayor trascendencia que las anteriores.

Hasta tal punto llegó en tan triste cavilacion, que obligó á María del Pópolo, que le escuchaba con lágrimas en los ojos, á decirle:

—¡Por Dios, Joseliyo de mi arma, si abrigas esas ideas arroja la muleta y la espá y vámonos á Seviya con los hijitos de nuestro corason!

—¡Ya no es posible! ¡Cúmplase la voluntá de Dios!



Antes de comenzar la lidia, oraban todos con verdadera fé.

Pero la verdá es que en cuanto mate este año en las corrías que tengo escriturás, me paese que lio er trapo y no güervo á pisá una plasa por tóo el oro der mundo!

II.

Llegó el dia 11, en cuya tarde debia celebrarse la primera corrida de la temporada.

Trabajaban en ella Pepe-Hillo y Romero.

Á la hora acostumbrada fué el desgraciado torero con su cuadrilla á la plaza.

Como siempre, le acompañaba el lego fray Anselmo, su amanuense de la tauromáquia, y aquella tarde quiso tambien acompañarle María del Pópolo.

Siguiendo la costumbre establecida por una práctica piadosa que aun se conserva, aunque no en las proporciones anteriores, antes de comenzar la lidia oraban todos con verdadera fe en la capilla de la plaza, donde se veneraba una imágen de Nuestra Señora de la Soledad.

Empezó poco despues la corrida, y al llegar á este punto, todo cuanto pudiera yo decir seria pálido al lado de la reseña que se conserva por los aficionados de la época.

Voy, para completar mi trabajo, á reproducir un documento que, por ser de un testigo ocular, explicará el triste suceso mucho mejor de lo que yo podria hacerlo.

Trátase de una carta, en la que se refieren los por-

menores de la lidia y la muerte del famoso torero.

Héla aquí:

III.

«Amigo mio: En las fiestas ejecutadas aquí antes de ayer estuvieron demasiado expuestos los toreros de á pié, y especialmente los estoqueadores, con varios toros, libertándose de ellos más por un efecto casual y feliz que por el de una notoria destreza, á causa de hallarse corridos anteriormente, y por lo mismo en el caso de no poderse burlar, ó sortear por medio de los auxilios y reglas que para conseguirlo son propios del arte, que con innegable crédito desempeñan los insinuados profesores.

»Siempre que se han corrido toros de dicha clase ha presenciado el público idénticas contingencias, como nos lo recuerda la triste memoria de los muchos que han sido víctimas de ellos, y sobre todo la que acabamos de experimentar.

»Unicamente me propondré por ahora hablar del mencionado sétimo toro, que fué el que causó el terrible sacrificio, de que se hará la más comprensible demostracion. Solo recibió tres ó cuatro varas, á las que entró siempre huyendo de los caballos, por ser para estos demasiado cobarde. Despues, con mucha maestría le puso un par de banderillas el aplaudido *Antonio de los Santos*, y seguidamente le clavaron otros tres pares *Joaquin Diaz* y *Manuel Jaramillo*. Luego se

presentó á matarle JOSÉ DELGADO; le dió tres pase de muleta, los dos por el órden comun (ó despidiéndole por su izquierda) y el restante de los que llaman al pecho, con lo cual se libertó del apuro contra los tableros en que le encerró la mucha prontitud con que se revolvió el toro, algo atravesado de resultas de haberle dado el segundo pase no hallándose puesto aquel en la mejor situacion.

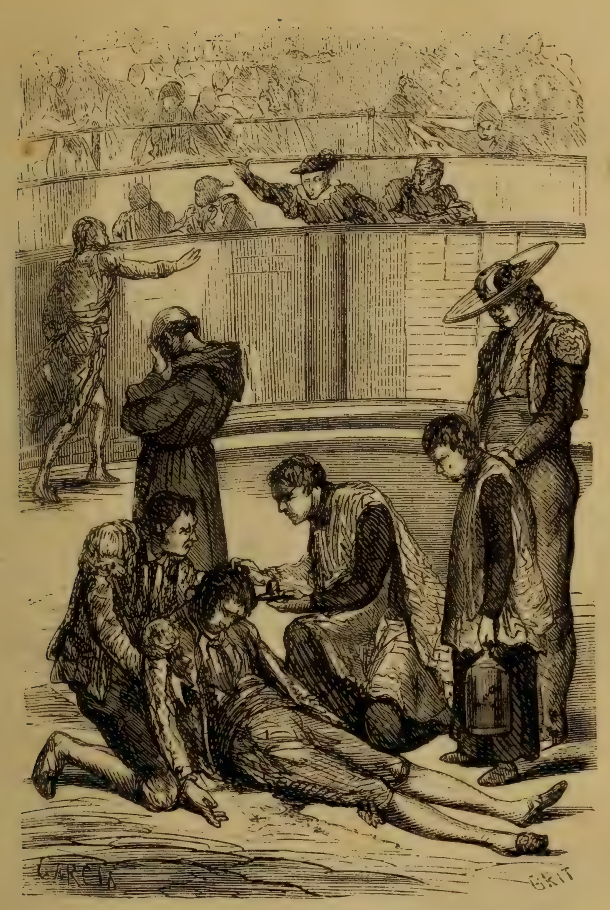
»Estando ya en la fatal de la derecha del toril, á corta distancia de él y la cabeza algo terciada á las barreras, se armó el matador para estoquearle; le tanteó, citándole, ó llamándole la atencion á la muleta (deteniéndose y sesgándose algo más de lo regular), se arrojó á darle la estocada á toro pasado y le introdujo superficialmente como media espada por el lado contrario ó izquierdo. En este propio acto le enganchó con el piton derecho por el cañon izquierdo de los calzones, y le tiró por encima de la espaldilla al suelo, cayendo boca arriba. Bien porque el golpe le hizo perder el sentido, ó por el mucho con que pudo estar para conocer que en aquel lance debió de estar sin movimiento, es lo cierto que careciendo de él se mantuvo en dicha forma ínterin le recargó el toro con la mayor velocidad, y ensartándole con el cuerno izquierdo por la boca del estómago, le suspendió en el aire, y campaneándole en distintas posiciones, le tuvo mucho más de un minuto, estrozándole en menudas partes cuantas contiene la cavidad del vientre y pecho (á más de diez costillas fracturadas) hasta que le soltó en tierra inmóvil y con so-

lo algunos espíritus de vida. Esta la perdió enteramenta en poco más de un cuarto de hora, en cuyo intermedio se le suministraron todos los socorros espirituales que son posibles á la piedad más religiosa.

»Aunque sorprendidos los compañeros del desgraciado á presencia de una tan pavorosa catástrofe, y conociendo ser realmente punto ménos que inevitable el riesgo de perecer á que se exponian para quitar la fiera de la inmediacion á él, ya casi cadáver (en un paraje tan sin recurso en aquel caso como es el de la puerta del toril), superó á esta prevision de su evidente precipicio el ardor con que se metieron en él, mudando con las capas la situacion del toro. Tambien lo emprendió, en cuanto le fué dable, el celo de *Juan Lopez*, procurando ponerle una vara á caballo levantado.

»A su ejemplo deben respectivamente ejecutarlo todos los picadores, siempre que estén en peligro sus compañeros, ó los de á pié, así como estos lo hacen á cada instante con aquellos; á cuyo fin es indisculpable en unos y otros aun el menor descuido y falta de tino para preveer el resultado de las buenas y malas suertes.

»Inmediatamente Pedro Romero tomó su espada y muleta, y usando de la superioridad que tiene en ella y de la intrepidez con que recibe los toros á la muerte, se la dió á la fiera de dos bien dirigidas estocadas, con todo el denuedo y serenidad de espíritu que acostumbra y pedia lo árduo de la empresa, graduando las críticas circunstancias que la hacian más difícil.



En medio de la consternacion general le administró el Santo Oleo el cura de la capilla de la plaza.

»Muchos son los lances que pudieran individualizarse en que constantemente dió pruebas nada equívocas de su sin ejemplar valor el héroe de esta trágica memoria, con singularidad despues de haber sido gravemente herido con veinticinco cornadas (en otras tantas azarosas suertes), que repartidas en todo el cuerpo recibió en el discurso de su vida; pero en ninguna comprobó más su gran presencia de ánimo que en la última, en que con admiracion le vimos forcejear sobre los brazos, apoyadas las manos al piton que le tenia atravesado, para desprenderse de él, hasta que ya quedó con la cabeza y demás miembros descoyuntados, caidos y hecho un objeto de la mayor compasion. Esta se renovó en la mañana de hoy, por las innumerables gentes que ocupaban las dilatadas plazas y calles que hay desde el Hospital General, en que estaba depositado el cadáver hasta la parroquia de San Ginés, en que fué sepultado y conducido con una laudable y edificante profusion, dispuesta por la gratitud de su amado discípulo é inseparable compañero ANTONIO DE LOS SANTOS.

»No hay documentos que más impresion hagan para remedio de toda clase de infelicidades que la representacion de ellas mismas, analizando sus causas para contrarestarlas y precaverlas en los sucesos con los antídotos que nos dicta la propia racionalidad. A la memoria de Vd. (unida á su extraordinaria pericia en el práctico y especulalivo arte de lidiar toros á caballo y á pié) juzgo sea de la mayor satisfaccion darle una su-

cinta idea del fruto que deberia producir la fatal escena, que apenas me ha permitido detallar el acerbo dolor con que á todas horas se presenta en mi angustiada imaginacion. Libre esta algun tanto de la afliccion que la agita, me he puesto á meditar que las corridas de toros no son otra cosa que una especie de lucha ó batalla, que el valor de nuestros compatricios tiene adoptada como por galardon del que les es caracterísco; que bajo este concepto, otro (que por consultar la brevedad omito) nos están permitidas lícitamente por la potestad Suprema, en la inteligencia de que la de los españoles, en virtud de su habilidad, constituyen remoto el pelígro de sus vidas; y que no verificándose así con los toros de la enunciada clase; para salvar este género de violacion, para no infringir las sagradas leyes de la naturaleza y para que con sobrado fundamento las gentes y naciones cultas no censuren de bárbara esta diversion, se hace indispensable apelar á los recursos que nos dictan la razon y la prudencia. Estos, pues, son el de prohibir en todo el reino, con las combinaciones que exige la importancia de la materia, que los criadores ó dueños de toros que se hayan corrido dentro ó fuera de poblado desde que nacen, puedan venderlos para lidiarlos en las plazas, á imitacion de lo que con notorio crédito de sus vacadas y aumento de sus intereses ejecutan los señores *Gijon*, *Bello*, *Guendulain*, *Espinosa*, *Cabrera*, *Vazquez*, *Marin Trapero* los *Gallardos* y otros. Que á los asentistas ó á sus comisionados que los compran sin asegurarse hasta el último extremo de lo re-

ferido, se les castigue con el indicado rigor que sin violencia (de la que será responsable su autor) sigan trabajando en las funciones donde metan toros, que desde luego conozcan (como es de su obligacion) que no están sencillos, y sí desengañados de los objetos, ardides y medios con que los burlan, acometiendo por lo comun con aquel género de picardía ó probabilidad que les infunde su natural instinto, para hacer casi inexcusable el peligro de los lidiadores.

Es evidente que á pesar de lo expuesto podrá correrse algun otro toro que por razon de ser viejo (esto es, de más de cinco ó seis años, que es cuando están en su mayor poder y valentía) por demasiado cobarde ú otra accidental causa que se deba considerar comprendida en la clase expresada.

»En estos casos es muy consiguiente que la sábia y superior prudencia de los magistrados que presiden las plazas (prevenidos indirectamente por el lidiador ú otra persona de su confianza, que en realidad tenga todo el conocimiento necesario al efecto) le mande echar preso; en lo que no solo se evita el riesgo de las inapreciables vidas de los actores, sino es que al propio tiempo se divierte el público en disfrutar de unas luchas que le son de la mayor complacencia, y de tiempo inmemorial se han mirado como anejas é inseparables de las funciones de toros.

»Aunque para la muerte de los que van reprobados pudiera usarse del asta ó cuchilla, que llaman guadaña ó media luna, tiene entre otros inconvenientes el de

que cuando están distantes las barreras, y no se les puede con las capas aproximar á ellas, es difícil y peligrosa la operacion de desgarretarlos, tanto para los que la ejecutan, como para los que es indispensable ayuden al efecto.

»A esto se sigue ser necesario asestar los toros por las costillas con la espada, y despues acabarles de matar con la puntilla ó cachetero. Dichas maniobras son por lo comun dilatadas, y como á esto se agrega lo fastidioso que es ver dar vueltas por la plaza sobre los corbejones á un animal (que digámoslo así) se le ha asesinado con una especie de alevosía opuesta al crédito de los toreros, no pueden ménos los espectadores de mirar estos actos con desazon y repugnancia. La que los estoqueadores de primer órden siempre han tenido en consentir lo referido es tal, que repetidamente han representado, desistiéndose de trabajar antes que acceder á un tan mal recibido vejámen de su opinion, y como que aun cuando no deba considerarse así, siente el público del mismo modo que ellos han sido en todas épocas atendidos sus recursos con el éxito que se han propuesto.

»Habiendo únicamente tratado de precaver el próximo riesgo de los lidiadores de á pié, nos resta el que con la misma concision lo ejecutemos de los de á caballo. Los propios sentimientos de humanidad y racional precision que hablando de aquellos quedan significados, me impulsan á hacerlo de estos.

»Ya queda expuesto y convencido hasta la mayor evi-

dencia, que la explicada diversion, ni es racional, ni lícita en los propuestos casos; y ahora añado que en los trágicos que contínuamente ocurren con los picadores se hace más indispensable su correccion. Es cierto que la costumbre de ver á cada instante caer y sacar estropeados de entre las garras de la muerte á los picadores nos hace mirar sin toda la sensacion que corresponde el abandono de sus vidas, sin contemplar que, aunque pocos las pierdan en las plazas, son muchos los que de sus resultas no llegan á viejos, ó quedan lisiados ó enfermos.

»Y si por desgracia la expresada inconsideracion que nos conduce á estar como familiarizados en ser indolentes testigos de semejantes tragedias no disminuye en modo alguno la esencia de ellos, ni la de los consiguientes cargos á que su presencia nos conduce, ¿por qué no hemos de buscar el urgente medio de moderar aquellos? Este es el de que por ningun respeto se consienta la salida de picadores aventureros, intrusos, de desconocida ó poco acreditada habilidad. Que los que se admitan se presentan en caballos de su entera satisfaccion. Que las puas de las varas estén proporcionalmente desnudas y sin los extremados topes que imposibilitan la defensa de los hombres, y que en viendo que sin el inevitable riesgo de ser atropellados, caidos y hechos una miseria por los toros, no puede contrarrestarlos la habilidad y el poder, despues de haberles puesto seis ú ocho varas, cuando más, se manda banderillearlos.

»A excepcion de algun otro individuo de los pocos

que suelen infamarse en el hecho de precipitar á los toreros con abominables insultos, ó con indiscretos aplausos en el acto de las corridas, en sus concurrencias y tertulias, y aun esparciendo cartas y relaciones en que tienen la gran debilidad de no poder exagerar el mérito de los que llaman sus apasionados sin vituperar el de los demás lidiadores, censurándoles generalmente lo que debian elogiar, ó por el contrario, en incalculable perjuicio de los mismos que su obstinada preocupacion y capricho celebran: repito, que á excepcion de los insinuados enemigos de la humanidad, la de todo el pueblo racional y culto desea que el valor y la destreza de los lidiadores triunfe de la terrible ferocidad de los toros, como generalmente se logrará haciendo el mérito debido de las precauciones manifestadas.

»Muy interesantes son, sin disputa todas las reflexiones que van expuestas, si se atiende á su intergiversable esencia, y á la sinceridad y buen espíritu con que van producidas.

»Nadie contemplo que dejara de confesarlo así, aunque en el particular no tenga otras nociones que las generales que inspira la racionalidad más comun.

»Tampoco me persuado que á la misma se oculte otro de los puntos en que con incomparable superioridad á los tocados, se debe fijar la atencion en honor de la humanidad. Esta clama por el ejecutivo remedio de que al público no le veamos en muchas corridas ser el objeto de la furia de los toros que saltan á los tendidos,

y que, aunque pocas veces, han subido algunas en distintas plazas á la grada cubierta ó balcones.

»Para impedir estos dolorosos resultados, deben ejecutivamente vencerse todos los obstáculos que se puedan oponer por más dispendiosos é insuperables que parezcan.

»Si tanto en este punto como en los demás expresados, y que convenga tocarse, se lograra la reforma que es de esperar, las obras pías y públicas, interesadas en los productos de las funciones, los multiplicarian con superabundancia en la mayor concurrencia de las innumerables gentes, que por no verse en los explicados conflictos personales, ni mirar en los demostrados á os lidiadores, dejen de asistir á las corridas.

»Contestando á lo que la bondad de usted se sirve preguntarme en razon de lo que me parece de las estocadas á toro parado, y aun cuando arrancan á desproporcionada distancia, como tambien en que sostengo la opinion de ser utilísimo que los lidiadores de á pié, igualmente que los de á caballo, fuesen ambi-dextros, digo: que las estocadas á vuela-piés (inventadas por la refinada y original destreza de *Joaquin Rodriguez Costillares*, con el fin de que las clases de toros que se designarán, y antes se mataba de muchas estocadas con demasiado riesgo, en el dia se rematen con incomparables ménos que cuando embisten, y con la prontitud que vemos) únicamente deben usarse con los que, por cobardes, cansados, débiles, rendidos de las varas ó banderillas ú otra inopinada causa, no parten,

y consienten que el lidiador se les aproxime lo necesario al efecto, estando en la suerte que corresponde, en cuyo acto no debe detenerse en arrojarse á él, por las muchas y poderosas razones que por no dilatarme reservo.

»Los toros en que no militan dichas circunstancias, deben estoquearse arrancados, y avanzado de más ó ménos retirado, segun lo pida la proporcion oportuna que se presente. En este supuesto, los que hayan de estoquearse así, conviene que den con el poder que es útil pierdan punto menos que del todo, para verificarlo á vuela-piés. En los estoqueadores notamos que unos los matan con más lucimiento y facilidad de aquel modo, y otros de este. Penetrada por el magistrado dicha variedad, infiero hará la debida su docta trascendencia para mediar y disponer al indicado efecto cuanto debemos persuadirnos, dirigido á la mayor complacencia del público, y á la seguridad y brillantez de los estoqueadores.

»Estos al propio tiempo deben cortar el abuso de las muchas capas que por lo comun vemos arrojar; hacer quites y correr los toros fuera de propósito, enseñándoles á que traigan las cabezas altas, no obedezcan al engaño, le desarmen con incesantes derrotes, y en una palabra, les conviertan de sencillos en pícaros, reparados y detenidos para el estoque, banderillas y demás suertes. Al mismo tiempo conseguirán que libre la plaza de tantos objetos como distraen la atencion de los toros, les partan sin la incertidumbre que aumenta

imponderablemente el riesgo de unos y otros lidiadores; y por último, se excusará el indecente tropel y confusion que causa el concurso de un gran número de operarios que deben existir entre barreras hasta que les toque el turno de su salida.

»Por lo que mira á las razones en que fundo las ventajas que produciria el que los lidiadores fuesen ambidextros, no es necesario otra prueba que la de reflexionar que casi en todas partes de la plaza se hallarian en suerte, pues la que fuese mala á una mano, seria por lo general forzosamente buena para la otra; por lo que, ni el ser los toros tuertos del ojo derecho ni estar picardeados ni resabiados por el propio lado, ni otros muchos inconvenientes que se tocan en el dia, se graduarian de de tales por los que indistintamente usen de ambas manos. Por hacerlo así en lo respectivo á la suerte de banderillas *Sebastian de Bargas* y otros de los que componen las cuadrillas de esta plaza, no solo los ha constituido en la esfera de sobresalientes, sino que tambien en la de trabajar con mucha ménos contingencia que los que únicamente parean por un lado.

»En innumerables oficios y artes de mayor dificultad que el de torear (para lo que es la agilidad de ambas manos) vemos que las ejercitan con igual manejo, sin embargo de que les interesa su individual provecho y segur dad incomparablemente ménos que á el lidiador. Luego ¿por qué este no se esmera en una adquisicion que tanto le interesa.

»No pudiendo olvidar las dolorosas consecuencias á

que conducen semejantes desgracias, creo firmemente, que si llegase el afortunado dia en que los toreros reflejasen como deben, establecerian un Monte Pío para los que se retirasen, inutilizaran y viudas y huérfanos de los que fallecieren, cuya fundacion es quizás más urgente que todas las de su clase que hay ya creadas, atendidas las razones en que se han cimentado.

»Reitero á usted el inalterable deseo de que en todas distancias y situaciones me dispense preceptos en su obsequio.—Madrid 13 de Mayo de 1801.»

IV.

No puede darse un fin más desastroso que el que alcanzó el pobre Pepe-Hillo en la tarde del 11 de Mayo.

¡Sus presentimientos se realizaron!

Su muerte fué para Madrid un dia de verdadero luto.

La gente, al encontrarse en la calle, se abrazaba con efusion, lloraba, prorumpia en lamentaciones como si se tratase de una gran desgracia nacional.

¡Tan grande era el entusiasmo y el amor que sentia por el desgraciado Pepe-Hillo el pueblo madrileño!

Del toro, perteneciente á la ganadería de Peñaranda, se conserva la cabeza disecada en uno de los salones de la Historia Natural de Madrid.

Los poetas de entonces hicieron las honras fúnebres del torero con los siguientes versos:

I.

Se precipita al caudaloso rio
el nadador, jugando con las olas,
y del centro registra las más solas
alcobas de Neptuno sin desvío:
á donde la olla que el remanso oculta,
le arrebata, le lleva y le sepulta
en su muy arenoso centro frío;
á este modo Pepe-Hillo jugueteaba
con los toros burlando su braveza;
á los unos rendia y á los otros daba
la muerte con ardid y con destreza;
mas cuando ménos su valor pensaba,
le sepulta de un toro la fiereza.

II.

Hombre tanto en la suerte desgraciado
cuanto animoso en la difícil suerte:
¿cuántas veces en brazos de la muerte
te vió el espectador por arrestado?
Lidiador, que á las fieras presentado
con arte y gracia osabas atreverte,
despreciando el peligro de exponerte
por agradar á tanto apasionado:
¿qué mucho que tu muerte yo temiera

si para ti guardaba yo mi gloria?
Escena tal ¡oh, nunca yo la viera!
Mas no podré olvidar tu triste historia,
que aunque postró tu vida horrible fiera
eterno vivirás en la memoria.

III.

Aquí yace, mortales, quien venciendo
del feroz bruto la violenta saña,
triunfó mil veces con destreza extraña,
víctores repetidos consiguiendo;
murió, por fin, al golpe más tremendo
que en su cerco gentil miró la España,
y aun viéndolo, discurre que se engaña
y no escucha el popular estruendo:
y vosotros, lidiadores, que animados
de aplausos necios, é intereses pocos,
á igual riesgo correis precipitados,
dejad en el momento de ser locos,
conociendo en tan trágica experiencia
que no hay arte á frecuente contingencia.

IV.

Aquel valiente toreador que el pueblo
aclamó justamente veces tantas,
á cuyo brazo diestro é invencible

despojos abortó Tajo y Jarama;
aquel que á la cerviz más fulminante
de Gijon, Colmenar y Guadarrama
vió rendida á sus piés, los que gloriosos
en raudales de púrpura pisaba,
yace al golpe fatal de armada testa;
no el miedo lo causó, sí la desgracia;
que si del gran Romero la fortuna
Pepe-Hillo el animoso disfrutara,
ni la fama de aquel fuera tan una,
ni este en la sepultura se mirara.

EPITAFIO.

—

Pasajero, aquí yace sepultado
aquel famoso Hillo, aquel torero,
que habiendo sido siempre celebrado,
tuvo al fin desgraciado paradero:
detén el paso, míralo postrado,
no celebres su orgullo lisonjero;
pues toda gloria vana desfallece,
y el que busca el peligro en él perece.

Antes de explicar á los lectores las consecuencias que la muerte de Pepe-Hillo produjo en su familia, co-

mo vamos á llegar al período en que el pueblo español, sacudiendo su pereza y abandono llegó á admirar al mundo entero con su heroismo, voy á presentar á los lectores un nuevo personaje, para que, con su auxilio, conozcan el verdadero misterio de los ambiciosos planes de Napoleon, causa eficiente de la guerra de la independencia de Madrid.

CAPITULO XL.

El buhonero.

I.

A principios de Enero de 1808 llegó á Madrid, despues de haber recorrido algunas provincias de España, un jóven extranjero que chapurraba bastante el castellano, y que provisto de un cajon dividido en cuatro ó cinco compartimentos, se proponia expender en Madrid objetos de bisutería, pastillas de jabon, pomadas, cosméticos y otros cuantos artículos de los que constituian por entonces la clase de comercio llamada buhonería.

Aquel jóven tenia un apellido italiano, porque habia nacido en Córcega.

Llamábase Cárlos Zorzi.

Si desde el momento en que entró en España hasta la época en que le vemos llegar á Madrid, hubiera algun curioso seguido paso á paso al buhonero, no habria podido ménos de asombrarse del poco negocio que hacia y del mucho dinero que gastaba.

Apenas llegaba á alguna ciudad, salia una ó dos veces con el cajon de las mercancías; pero no tardaba

en meterse en una taberna para comer bien y beber mejor, ó ponerse á jugar con los desocupados que entraban en los templos de Baco.

Todas las noches al retirarse al hospedaje que buscaba, antes de descansar en la mullida cama que mandaba poner, pagándola con largueza, escribia cuatro ó seis páginas, y de ocho en ocho dias formaba con los escritos una abultada carta, que echaba al correo despues de escribir en el sobre:

A. MR. DURAN, *negociante en vinos*, *rue de Gouvernament.*

BAYONA.

II.

No crean mis lectores por esto que vivia dedicado á examinar los vinos españoles, y que explicaba sus cualidades al negociante en cuestion.

Apenas recibia este las cartas de Zorzi, las ponia un nuevo sobre y las dirigia al capitan Dupont, jefe del segundo cuerpo de observaciones de la Gironda, que organizaba en aquel departamento de Francia el indicado militar para que sirviese de instrumento á las ambiciones de Napoleon.

El buhonero no era más que un espía de los franceses.

Describia los caminos y los senderos, trazaba planos de las ciudades y de las fortificaciones, daba noticias de la situacion de los pueblos y del espíritu de sus habi-

tantes; en una palabra, con la mayor habilidad, con un instinto privilegiado, facilitaba á los que se preparaban á invadir al suelo español los datos más importantes á su propósito.

Por este trabajo recibia una copiosa remuneracion, y hé aquí por qué sin hacer negocio con el comercio que traia por pretexto, podia satisfacer sus ardientes pasiones y vivir como un príncipe, admirando á todos los que se enteraban de sus ganancias insignificantes, que no dejaban de preguntarse:

—¿De dónde sacará tanto como gasta?

III.

Cárlos Zorzi podria tener entonces veintiun años.

Era el tipo perfecto de la raza corsa.

Sus ojos eran pequeños, pero negros y de un brillo fosfórico.

Su cabeza, algo aplastada por las sienes, formaba un conjunto armónico con su nariz agüileña.

Su boca, algo caida, estaba adornada por un grueso labio inferior que, contribuyendo á formar dos pliegues á su lado, daba una gracia singular al rostro del espía.

Su pelo era negro.

El color de su cútis moreno.

Su traje correspondia al papel que desempeñaba.

Vestia un pantalon de color de ceniza, bota arrugada con campana de badana negra y una especie de ca-

potillo con esclavina, de paño pardo, completando su traje un sombrerete suizo de fieltro.

IV.

Al llegar á Madrid habia desempeñado, á satisfaccion de sus jefes, la primera parte de su cometido, y como ya por entonces habian penetrado los franceses en España, puesto que llegaron á Búrgos en 22 de Diciembre de 1807, estableciendo poco despues en Valladolid su cuartel general, la segunda no pudo realizarla hasta que llegasen á Madrid, como se prometian, las tropas del emperador.

V.

En cuatro palabras voy á contar el orígen de Zorzi.

Hijo de un pescador, habia pasado los primeros años de su vida en la playa, adquiriendo un gran desarrollo físico.

Dotado de una viva imaginacion, cautivó á dos frailes que pasaron por la isla, y despues de oir de sus labios la revelacion de que deseaba abandonar su patria y recorrer mundo, ofrecieron llevarle en su compañía si prometia ser obediente y aplicado.

El chico saltó de alegría al oir aquella proposicion; los frailes fueron á ver á sus padres, y estos, que estaban aburridos de las diabluras del muchacho, ante la perspectiva de que lo educasen bien y lo alimentasen

mejor en un convento, accedieron á los deseos de los reverendos.

Cárlos fué con los frailes á Sassari, una de las mejores ciudades de la isla de Cerdeña, y en el convento en que aquellos residian pasó dos años, sin que á pesar de los esfuerzos que hicieron los que alucinados por el despejo que notaron en el chico se propusieron instruirle en la doctrina, desenvolver sus facultades y hacer de él un hombre de provecho, lograrán sus deseos.

El espíritu del mal se habia apoderado de su imaginacion.

A pesar del ejemplo que veia á todas horas de la disciplina que observaban, cada cual en su órden jerárquico, todos los moradores del convento, su naturaleza fogosa, su carácter independiente, sus malos instintos le impulsaban á la desobediencia, y su imaginacion le sugeria los más ingeniosos medios de excusar sus faltas, de ocultar sus extravíos, de atribuir sus culpas á los inocentes, gozándose en los castigos que proporcionaba á otros y cobrando nuevos bríos al ver que aquellos santos varones, llenos de años y de experiencia, podian ser engañados por él.

VI.

Cansado, por fin, de la reclusion, se fugó un dia del convento y logró que le admitieran de grumete en un barco contrabandista.

Al cabo de un año de esta vida, hallándose en Géno-

va, hizo relaciones con unos monederos falsos, que apreciando en lo que valia su trastienda y sus disposiciones para la intriga, le asociaron á su empresa, encargándole la arriesgada mision de expender las monedas que fabricaban.

Desde Génova, punto de la fabricacion, salió para varias ciudades de Italia con crecidas cantidades de moneda, y realizó algunos viajes muy fructuosos.

En Nápoles fué descubierto y encerrado en una prision.

Dos años llevó el grillete de presidiario, teniendo por compañero á un antiguo abogado, que lleno de pereza y con unas manos primorosas para falsificar letras ajenas, habia cometido estafas considerables.

Contáronse sus respectivas historias, y Cárlos aprovechó las lecciones de su consorte, llegando á hacer trabajos caligráficos con una maestría que sobrepujaba á la de su profesor.

VII.

Al terminar su condena llevaba una porcion de proyectos de *hacer fortuna*.

Sin acordarse para nada de su familia, se trasladó á Alemania, y aprovechando sus conocimientos, trabajó algun tiempo con un arquitecto, amaestrándose en la confeccion de planos y toda clase de dibujos topográficos.

Era tal el horror que le inspiraba el recuerdo de los

dos años que habia pasado en el convento, que desprovisto de todo sentimiento religioso, dominado por la sed de goces y consagrando todas sus facultades al logro de sus deseos sin consideracion de ningun género, acabó por ser un materialista y un hombre vengativo é infame.

Pero al mismo tiempo era un verdadero hipócrita, y lograba engañar á cuantos le rodeaban.

VIII.

Tal confianza llegó á adquirir el arquitecto á cuyas órdenes se hallaba de su capacidad y de su honradez, que teniendo que cobrar una crecida cantidad de dinero de Hamburgo, dió al jóven los poderes necesarios para que percibiese aquella suma.

El antiguo presidiario vió el cielo abierto, como suele decirse.

Se puso en camino haciendo mil protestas, con ánimo resuelto de no volver.

Apenas cobró la cantidad, se embarcó á bordo de un navío que partia con rumbo para la Habana.

Se detuvo en la capital de Cuba, y pasó más de tres años presentándose allí como un ingeniero francés.

Sus trabajos no tardaron en ser muy estimados, proporcionándole grandes recursos.

Viéndose con dinero, dió rienda suelta á sus pasiones, y entre ellas la del juego llegó á dominarle.

Su estancia en la Habana le permitió aprender el español.

IX.

Cansado de aquella vida, apenas llegaron á sus oidos las noticias que se recibian de Europa relativas á los triunfos que obtenia Napoleon, concibió un pensamiento, y como nada le arredraba, lo llevó á cabo.

Aprovechó la primera ocasion, y con algunos recursos partió desde la Habana á los Estados-Unidos.

Desde allí se dirigió al Havre y averiguó dónde se hallaba á la sazon el soldado corso que habia libertado á la Francia de la anarquía y la habia convertido en un imperio.

Hallábase en Italia, y fué á su encuentro.

X.

Napoleon tenia una vehemente pasion por la isla que le habia servido de cuna, y protegia con esplendidez á todos sus paisanos.

Cárlos, á título de tal, le pidió una audiencia.

—Señor, le dijo cuando se halló delante del gran hombre y adoptando el aire hipócrita que tan buenos resultados le habia dado siempre de humilde pescador; he logrado á fuerza de grandes penalidades convertirme en un ingeniero. He recorrido casi todo el mundo, y hoy vengo á ofrecer á vuestra majestad mis servicios,

anunciándole desde luego que me comprometo á hacer planos y descripciones de los pueblos en donde convenga á vuestra majestad dar batallas, y servir de espía á los ejércitos del capitan valeroso del siglo.

Hízole algunas preguntas Bonaparte, y tan satisfefecho quedó de sus respuestas, que desde luego le aseguró que utilizaria sus servicios.

XI.

Apenas supo que hablaba el idioma español:

—Voy á poneros, le dijo, á las órdenes del general Dupont.

Y dándole un oficio para él y un bolsillo lleno de dinero para que emprendiera el viaje, se despidió de su compatriota diciéndole:

—Si cumplís fielmente, yo sabré recompensaros como á todos mis auxiliares.

—¡Qué! ¿lo duda vuestra majestad?

—Por si acaso, os prevengo que si sois traidor no os escapareis por más que huyais de mi castigo.

XII.

Zorzi corrió en busca de Dupont, que preparaba con otros generales, obedeciendo á los planes del jefe del imperio, la invasion de España, y el militar á quien el valor de los españoles humilló en Bailen, dió á Cárlos las instrucciones necesarias para que hiciera por la

Península el viaje y los trabajos de que ya he dado cuenta.

Informado de los planes de los invasores, cómo estos preparaban por medio de la diplomacia pública y la diplomacia secreta de los trastornos que estallaron en Aranjuez el 19 de Marzo, Cárlos recibió órden de venir á Madrid y de auxiliar poderosamente á los españoles que por candidez, por ambicion ó por maldad debian secundar los planes de Napoleon.

CAPITULO XLI.

Una carta de recomendacion.

I.

Los palaciegos que, aprovechándose de los malos instintos del hijo primogénito de Cárlos IV y María Luisa, le habian impulsado á fraguar una conspiracion contra su padre, fueron los agentes principales que escogió Napoleon para que produciendo la anarquía en el país fuesen los auxiliares más poderosos de sus planes usurpadores.

Descubierto el complot y castigados los cómplices del príncipe, obtuvo este el perdon de sus padres; pero no por eso dejó de conspirar contra ellos.

Odiaba al príncipe de la Paz, y este ódio, sostenido por los enemigos de aquel favorito, debia producir nuevas disensiones en el seno de la régia familia, disensiones que queria aprovechar Napoleon.

II.

A las grandes guerras preceden las grandes intrigas.

Las instrucciones que los agentes franceses habian

dado á los partidarios de Fernando eran las de que el pueblo se amotinase, y despues de pedir la destitucion del príncipe de la Paz, reclamase la abdicacion del rey en su hijo.

Napoleon queria producir este conflicto para tomar en seguida el papel de desfacedor de agravios, llamar á juicio al padre y al hijo y quitar á uno y á otro la corona para poner en el trono de España una dinastía de su agrado.

III.

Cárlos Zorzi recibió la mision de vigilar de cerca á los partidarios del príncipe de Astúrias, que debian promover el motin.

En Avila, que era la última ciudad en donde habia estado desempeñando su papel de espía, logró hacer buenas relaciones con un eclesiástico, que engañado por su hipócrita conducta, no tuvo inconveniente, al anunciarle el jóven que venia á Madrid, en darle una carta de recomendacion para un pariente suyo, que desempeñaba en palacio las funciones de sumiller de panetería (1).

(1) Empleado de palacio, á cuyo cargo estaba la ropa de la mesa y la plata del servicio. Llevaba la cuenta con los panaderos y cuidaba de la compra del pan y del trigo. Tenia la llave de la escusa-barajas en donde estaba encerrado el pan, y compraba la sal, palillos, mostaza y demás menudencias. Asistia á las horas de comer y cenar, subia el cubierto y recibia de rodillas el mantel. Estaban á sus órdenes los ayudas, mozos de oficio y panaderos, y con sus asentimientos se repartian las raciones. (*Diccionario Enciclopédico.*)

En la carta encomiaba su honradez, sus sentimientos religiosos, y anunciándole el comercio á que se dedicaba, rogábale que le tuviese presente siempre que la servidumbre de palacio tuviese necesidad de adquirir algunos de los artículos que constituian su comercio.

Esta recomendacion era de gran precio para Zorzi, puesto que le ponia en relaciones con los servidores de palacio, y si sabia jactarse su voluntad, podria enterarse por su conducto de muchas de las interioridades de aquella casa, tan necesarias al buen desempeño de su cometido.

IV.

En aquel tiempo las recomendaciones valian todavía alguna cosa.

El papel costaba caro, no se conocian los sobres, y por esta razon no se prodigaban las cartas como en estos tiempos.

Así pues, cuando una persona recibia una carta de un amigo recomendándole al portador de la misma, se consideraba en el deber de atender á aquella recomendacion, puesto que representaba por parte del que la hacia un gasto de papel y de tiempo muy digno de tenerse en cuenta.

Zorzi manifestó al sumiller D. Eleuterio de Eznaola que era huérfano, que careciendo de recursos se habia dedicado á la industria que desempeñaba; pero que sacaba tan poco provecho de ella, que si podia proporcio-

narle con su influencia en palacio algun empleo, por humilde que fuera, lo aceptaria gustoso, guardándole eterno reconocimiento.

Preguntóle D. Eleuterio de qué nacion era, y al oir decir que era italiano,

—Precisamente el jefe de la cocina es paisano de usted. Le hablaré, y si puede darle á Vd. algun empleo análogo á sus conocimientos, de seguro me atenderá.

V.

Cárlos hablaba el italiano, y sobre todo el dialecto de la isla de Cerdeña, que por estar tan próximo á la de Córcega daba lugar á contínuas relaciones entre los habitantes de una y otra isla.

El jefe de la cocina era precisamente de Cerdeña, y por tratarse de un compatriota y ser recomendado por el sumiller superior, le dió entrada en palacio, aunque en humilde condicion.

VI.

No deseaba otra cosa Zorzi.

Mostrándose agradecido á D. Eleuterio, le hizo, algunas visitas, y logró que le franquease las puertas de la habitacion que ocupaba con su esposa y su hija en el piso superior de palacio.

Al poco tiempo logró captarse las simpatías de doña Magdalena, la esposa del sumiller, y de Rosa, su hija,

jóven educada á la usanza de aquella época, en el temor de Dios, y que podria tener entonces unos diez y seis años.

Realzaba la belleza de esta niña el más puro candor.

VII.

Desde luego conoció Cárlos el flaco de aquella familia y se propuso engañar á todos sus individuos.

Los dias que no estaba de servicio, acudia á la hora de rezar el rosario, y ponia en evidencia un fervor que encantaba á la sencilla doña Magdalena y que entusiasmaba á su hija.

La niña era muy aficionada á la música; habia logrado que su papá la llevase algunas noches á los *Caños del Peral*, se acompañaba algunas canciones de las que entonces estaban más en boga, como *El pajarito que alegre cantabas* y *Madama Lavalliere*, y un dia manifestó grandes deseos de aprender el italiano para cantar en aquel idioma.

Cárlos se comprometió á dar lecciones á la jóven, y los padres de Rosa aceptaron aquel ofrecimiento.

VIII.

Contra la costumbre de la época, Rosa sabia leer y escribir correctamente, y aprovechándose de esta circunstancia, se propuso el intrigante corso matar dos pájaros de un solo tiro, esto es, servir á los que tan

bien pagaban su espionaje y seducir á aquella jóven, cuya belleza le habia fascinado.

IX.

Muertos en su alma los sentimientos generosos, sin otro estímulo para vivir que las pasiones que le dominaban, no comprendia, y aunque lo hubiera comprendido le hubiera importado poco, la trascendencia que podia tener el logro de sus infames deseos.

Turbar la paz y la felicidad de una familia; condenar á una jóven que por sus cualidades podia aspirar á la dicha de ser el tipo modelo de la mujer de su casa, de la mujer cristiana; arrastrarla á la perdicion, no eran obstáculos que arredrasen á aquel hombre desalmado.

X.

Escribió una carta declarando que sentia por la jóven un amor frenético, sin el cual su única esperanza era la muerte.

Doblando el papel se lo entregó á Rosa, aprovechando durante la leccion un momento en que doña Magdalena los dejó solos unos cuantos segundos.

Rosa, que por las miradas de Cárlos habia adivinado algo, se puso encendida y al principio rechazó el papel.

Pero al oirle decir «que viene su madre de Vd.» se lo guardó en el pecho con una ligereza impropia de su poca práctica en esta clase de ocultaciones.

CAPITULO XLII.

—

Intriga y amor.

I.

¡Es tan hermoso el primer latido de amor!

Las circunstancias en que experimentaba Rosa esta emocion eran tambien las más á propósito para fascinarla.

Tratábase de un jóven extranjero, sin familia, sin recursos, que habia corrido el mundo dedicado á un comercio más trabajoso que útil, que llegaba recomendado á su padre, y por la influencia de este adquiria un empleo.

La gratitud que Zorzi manifestaba hácia su protector la solicitud con que acudia á su casa, el placer que demostraba al hallarse en el seno de aquella familia que le prohijaba, el interés con que habia atendido á los deseos de Rosa enseñándole el italiano, todo aquello, unido á las bellezas de Cárlos, constituian para la jóven un tipo novelesco, pero novelesco á la manera de las novelas de aquella época; una especie de pastor de la Arcadia; en una palabra, un ideal.

II.

Educada Rosa con el mayor recogimiento, sin atreverse á alzar los ojos delante de sus padres; desarrollando las emociones de su alma, bien haciendo vibrar las cuerdas del salterio, ó bien cantando aquellas melodías tan puras y tan tiernas que nosotros recordamos hoy con cariñosa piedad porque van unidas á la memoria de nuestras madres; viviendo bajo la aureola de la castidad, como la flor en el invernadero, natural era que al recibir aquella carta, carta en la que desde luego adivinaba que Cárlos le habia revelado los sentimientos de su corazon, experimentase esa sensacion dulcísima que he llamado antes el primer latido de amor.

Algo habia adivinado la jóven antes de recibir la carta de Cárlos, porque Zorzi sabia hablar con los ojos, y con ellos le habia dicho la admiracion que su belleza le causaba.

Pero no podia imaginar que hubiese llevado el jóven tan allá su atrevimiento.

Deseaba, sin embargo, excusar aquella audacia, y se contestaba á sí misma:

—Sí; solo un amor inmenso puede haberle inducido á romper su silencio.

III.

El papel abrasaba su pecho.

Cárlos se despidió encargándola no demorase la respuesta, de que pendia su felicidad.

Rosa no pudo responder y Zorzi abandonó la estancia algo más confiado por la turbacion de la jóven.

Cuando esta se quedó sola, comenzó en su alma una agitada lucha.

Queria leer y no se atrevia; pero al mismo tiempo se entregaba á un éxtasis que la arrobaba, con la admiracion de lo que el mancebo habia podido escribirle.

Por otra parte, y esta era la que en más alarma la tenia, abrigaba el temor de que su madre adivinase que habia leido la revelacion de un hombre.

Temia ponerse muy encendida si le preguntaba la causa de aquel rubor, y no creyéndose con fuerza suficiente ni para engañar ni para decir la verdad, preferia retardar aquella primera impresion que la curiosidad la hacia ambicionar por otro lado.

IV.

Por fin, y á pesar de tantas dudas y de tantos temores, sucedió lo que tenia que suceder.

Al otro dia leyó la carta, y cuando hubo terminado la llevó involuntariamente á sus lábios exclamando:

—¡Oh... cuánto me ama!

Acto contínuo vió surgir una nueva dificultad que la hacia pensar mucho.

¿Cómo contestaba á aquella carta?

¿Cómo habia de atreverse á expresar los sentimientos que le inspiraba?

Y en último caso, ¿cómo dejaba de responder á ella?

Todas estas palabras que se dirigia eran otros tantos imposibles para la jóven Rosa.

Las que han pasado de esta hermosa edad, recordando su juventud de entonces, sus temores, sus dudas, no podrán ménos de sonreirse de este episodio de su vida, episodio que no falta, seguramente, en la novela de ninguna las que me leen.

V.

Mas de ocho dias trascurrieron sin que Rosa se atreviera á resolver el problema.

Pero eran tan insinuantes las miradas de Cárlos, pedia con tanta insistencia una respuesta, y revelaba de tal manera en su rostro el profundo pesar que le producia aquella incertidumbre, que al fin y al cabo oyó de los labios de la jóven el anhelado *sí*.

Al partir de aquel momento, todas las noches entregaba Cárlos á Rosa una carta apasionada que la jóven tomaba, enterándose de ella con más serenidad que al principio.

Rosa, que todos los dias tenia que escribir la leccion, intercalaba entre verbo y verbo alguna línea llena de

amor y de felicidad que prometia á Cárlos próximamente la realizacion de sus torpes deseos.

Pero no crea el lector que Cárlos Zorzi, el corso aventurero, amaba á Rosa de la misma manera que aquella cándida é inocente jóven le amaba á él.

La pobre niña creia con la mayor fe todas las protestas de amor que hacia Cárlos, escuchaba con satisfaccion sus proyectos de próxima felicidad.

El espía de los franceses hallaba en su camino una flor, aspiraba á poseerla y nada le importaba que muriese al cortarla del tallo; su corazon era perverso.

VI.

Los sucesos políticos avanzaban.

Los inícuos ejecutores de los designios de Napoleon no perdian tiempo, y ya Murat, gran duque de Berg y generalísimo de los ejércitos franceses, habia establecido su cuartel general en Búrgos, en tanto que otros generales se apoderaban de las plazas fuertes de España.

La corte era un semillero de intrigas.

Napoleon habia comprendido el carácter del príncipe de Astúrias.

Sabia que era taimado, ambicioso y que odiaba al favorito de sus padres.

Siguiendo la horrible máxima de *divide* y *vencerás*, su principal deseo era que el hijo se revelara contra sus padres; y le secundaban en este propósito, no solo la

embajada francesa, sino los que formaban la camarilla de Fernando.

Entre ellos, acaso sin saberlo, el más activo, el que con más habilidad movia los hilos de la trama, era el famoso conde de Montijo.

VII.

Tenia entonces á su favor el malhadado príncipe usurpador, el capitan del siglo, á todo el clero de España, y muy particularmente al de Madrid, porque aquellos venerables sacerdotes no conocian á Fernando, porque veian que la conducta de Godoy empujaba á la reina el trono de Cárlos IV, y creyendo lo que los servidores del príncipe de Astúrias decian acerca de sus virtudes, y esperando de su reinado mejores tiempos para la Iglesia, fomentaron en el pueblo el amor hácia el hijo de Cárlos IV y María Luisa, y las clases más inferiores de la sociedad eran las que con más entusiasmo deseaban la abdicacion del rey.

VIII.

De pronto apareció en los barrios bajos de Madrid un hombre ya de edad pobremente vestido, pero que no tardó en hacerse lugar entre los ignorantes, porque, como ellos decian, sabia mucho.

Nadie hubiera conocido bajo el disfraz del tio Pedro al conde de Montijo.

Y sin embargo, el hombre que tomando aquella forma grosera penetraba en las tabernas y en las casas de vecindad, conversaba en las esquinas con los mozos de cuerda y los aguadores, hablaba en los pórticos de las iglesias con las viejas que iban á comerse á los santos, y en todas partes hacia los mayores elogios del que debia ser Fernando VII, era uno de los más inteligentes miembros de la nobleza española y uno de los más activos partidarios del príncipe.

IX.

Cuando más entusiasmados estaban los dos amantes, se vió obligado Zorzi á anunciar á los padres de Rosa que durante algunos dias dejaria de ir á su casa.

La pobre niña no podia explicarse esta ausencia.

Era difícil que llegase á comprender su causa.

Cárlos recibió órden de ponerse de acuerdo con el tio Pedro, y para preparar los sucesos que poco despues estallaron en Aranjuez iba todas las noches á una casa de la calle de Lavapiés próxima á la plazuela.

Allí supo Zorzi que la corte debia trasladarse de un momento á otro á Aranjuez, y recibió instrucciones para desempeñar un papel importante en el motin que poco despues estalló durante la residencia de los reyes en dicho sitio.

X.

La real familia se trasladó á Aranjuez y con sus majestades fué el padre de Rosa.

Tambien Cárlos tuvo que ir al real sitio con la servidumbre, y al despedirse de doña Magdalena y de la jóven entregó á esta una carta, diciéndole:

«Es muy posible que no volvamos á vernos en algun tiempo.

»No puedo decirte las causas que van á dar lugar á esta separacion. Lo único que te juro es que te amaré siempre y volveré á buscarte.

»Sé fiel, y una próxima felicidad será el premio de tu constancia.

»Cuando vuelva á verte te revelaré un secreto y comprenderás y disculparás esta ausencia, que sin la seguridad de hallar tu cariño cuando regrese me mataria.»

A pesar suyo, pero para atender á los negocios políticos, tuvo que aplazar el infame proyecto que habia concebido.

CAPITULO XLIII.

—

Un gran favor.

I.

En la noche del 17 de Marzo, de acuerdo los conspiradores españoles y franceses con el príncipe de Astúrias, inauguraron la funcion.

El conde de Montijo, bajo el disfraz del tio Pedro, y sus parciales, lo primero que hicieron fué detener el carruaje en que doña Josefa Tudó, que pasaba por ser la íntima amiga del príncipe de la Paz, se disponia á salir de Aranjuez.

Un oficial de la Guardia disparó un tiro y comenzó el motin.

No lo describo, porque los motines son desgraciadamente muy conocidos de los españoles.

Lo mismo los ancianos que los jóvenes saben lo que esto significa, y al ménos economizaré la descripcion de un motin.

II.

Al dia siguiente se repitió la jarana; el príncipe de la Paz fué destituido y Cárlos IV abdicó en su hijo.

Murat avanzó á Madrid, y el mismo dia en que los heróicos madrileños eternizaban la fecha del 2 de Mayo partió Zorzi para Bayona con una mision muy delicada del gran duque de Berg.

Napoleon, que preparaba á Cárlos IV y á su hijo el lazo que les tendió en Bayona, quiso que Zorzi, cuya habilidad y cuyo conocimiento del idioma español podian serle muy útiles en aquellas circunstancias, permaneciese en la capital que baña las aguas del Adour, hasta el momento en que José I, nombrado rey de España por unas Córtes ilegales, atravesó el Vidasoa y vino á recibir en esta gran nacion un desengaño que hoy parece olvidado en los rincones de la historia.

El premio de todos los servicios que hizo Cárlos á los Bonapartes fué una crecida suma y un importante empleo en la policía de Paris.

III.

Cuatro años permaneció en aquella capital escudriñando los misterios del crímen, de los vicios y de las ambiciones políticas.

Disponiendo de mucho dinero, pasó todo aquel tiempo entregado á una vida crapulosa; pero cuanto más se arrastraba por el lodo de las pasiones, más vivo era el recuerdo que tenia de Rosa.

La angelical pureza de aquella jóven le ofrecia una ventura superior á cuantas constituian las impresiones de su vida cuotidiana.

Era la única esperanza de un paladar estragado, el único estímulo de un corazon seco, la única ilusion de un alma que las habia perdido todas.

IV.

Siguiendo paso á paso todos los episodios de la guerra, aprovechándose de su carácter de empleado de la policía, dirigia contínuas preguntas á los espías de Madrid para saber cuál era el paradero de su protector don Eleuterio y la situacion en que se hallaba su familia.

Por este medio supo que Fernando VII, al dia siguiente de su elevacion al trono, habia arrojado á los servidores más fieles de su padre, tocando entrar en el número de los excluidos al padre de Rosa.

Supo tambien que vivia muy retirado con su mujer y su hija en una modesta habitacion de la calle del Reloj.

Acechaba, pues, á su presa, y aguardaba con ánsia el momento de apoderarse de ella.

V.

Los heróicos esfuerzos que hacian los españoles para destruir á los franceses tenian en contínua zozobra el vacilante trono de José.

Las conjuraciones contra el rey intruso y sus secuaces se multiplicaban, y los consejeros de aquel desgra-

ciado soberano confiaron su salvacion á la habilidad de la policía.

Cárlos Zorzi recibió órden de pasar á Madrid para emplear su talento en aquel repugnante oficio.

Usando mil disfraces, recurriendo á todas las estratagemas que habia aprendido con tanto aprovechamiento, prestó grandes servicios á aquel rey á quien el pueblo llamaba Pepe Botellas, y no quiso darse á conocer á D. Eleuterio, sin perjuicio de que aprovechaba todas las ocasiones que tenia para ver desde lejos á Rosa.

Cuanto más la contemplaba mayor era el deseo que se desarrollaba en él de apoderarse de aquel tesoro de amor y de belleza.

VI.

Un contratiempo que pudo costarle la vida le hizo anticipar sus planes y penetrar en la modesta casa de la calle del Reloj, donde vivia D. Eleuterio.

Supo que en la inquisicion, que se hallaba en la calle conocida hoy con el nombre de Isabel la Católica, debian celebrar una reunion muy importante algunos individuos de la nobleza, enemigos declarados de José.

Todo lo tenia preparado Zorzi para que en un momento dado penetrasen los esbirros en el tribunal del Santo Oficio y se apoderaran de los conjurados.

Observaba paseándose por la plaza de Santo Domingo, cuando notó que un aguador le miró fijamente y comenzó á gritar de pronto:

—¡A ese, á ese, que es un pícaro francés! ¡Por su causa hay más hombres en la cárcel que pelos tengo en la cabeza!

—¿Quién es, quién? preguntaban indignados todos los que habian oido al aguador.

—Aquel que se hace el desentendido.

Y señalando á Zorzi al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, arrojó la cuba y apretó á correr detrás de él seguido de una multitud de hombres y mujeres que odiaban á muerte á los franceses.

VII.

Viéndose en peligro, apretó á correr Cárlos por la calle de Torija, y metiéndose por la de Fomento, se dirigió por la travesía á la calle del Reloj, entrando en casa de D. Eleuterio sin que los que le perseguian llegasen á tiempo de verle penetrar.

Con la mayor precipitacion subió la escalera y dió dos golpecitos con la mano.

La voz de Rosa preguntó:

—¿Quién es?

—Abra Vd., Rosa, por piedad; soy yo.

Aquella súplica resonó en el corazon de la jóven, é inmediatamente abrió la puerta.

—¡Sálveme Vd., sálveme Vd.! exclamó Zorzi. Vienen persiguiéndome una porcion de hombres.

Acudió doña Magdalena, y mientras tanto Rosa, que oia gritar en la calle, se asomó al balcon.

—En alguna de estas casas debe haberse metido, decia el pueblo.

—¡A registrarlas, á registrarlas!

—El que le oculte será tan francés como él.

—¡Mueran los franceses!

La jóven recordó instantáneamente que en el pasillo que conducia desde la cocina al comedor se hallaba un camaranchon.

Hizo esconderse en él á Zorzi, y entre ella y su madre, como medida de prevencion, colocaron algunas sillas viejas para demostrar que estaba lleno de trastajos.

VIII.

La operacion duró algunos minutos.

No bien acababa de esconderse Cárlos cuando llamaron á la puerta.

Eran sus perseguidores, que no habiéndole encontrado en dos ó tres casas, decidieron registrar aquella por haber visto una jóven en el balcon.

—¿Se ha escondido aquí un tunante? preguntaron llenos de ira.

—¿Quién? dijo Rosa aparentando una serenidad que estaba muy lejos de tener.

—El francés, el espía.

—Aquí no ha entrado nadie. Pasen Vds. á registrar si quieren.

—Sí, sí, entremos; dijeron algunos.

—No es necesario, exclamó uno de los circunstantes; conozco demasiado al inquilino de esta casa, y sé que debe su desgracia á los franceses. Figuraos si los odiará y si habia de prestarse á encubrirles.

Estas razones convencieron á los más, como habian hecho desistir del registro á quien las habia expuesto.

Sin embargo, los otros, que no se las tenian todas consigo, gritaron:

—Pues esa jóven estaba en el balcon cuando hemos llegado.

—Es cierto, y he visto correr á un hombre por la calle del Rio.

—Entonces se ha refugiado en las Caballerizas reales.

—No importa, entraremos en ellas; añadió el gallego que capitaneaba la turba.

IX.

La muchedumbre desapareció, y Rosa, que habia sido en aquellos momentos la mujer fuerte, se dejó caer en una silla.

No podia más.

Poco despues salió Cárlos de su escondrijo; explicó lo que habia pasado, asegurando que habia llegado á Madrid el dia anterior, y que sin duda le habian tomado por algun francés.

—Ya ven Vds., añadió, que no era oportuno entrar en contestaciones con el pueblo irritado.

—Ha hecho Vd. bien, repuso doña Magdalena.

—Yo doy á Vds. un millon de gracias por tan generosa hospitalidad; pero tengo precision de abandonar la casa y la familia que, seguramente, me ha librado de tan desastroso fin.

Magdalena y Rosa se oponian á aquella determinacion.

Cárlos fingió disponerse á partir cuando entró don Eleuterio.

Informado de lo que le habia sucedido,

—No, le dijo; Vd. no saldrá de mi casa, porque he observado que en todas las esquinas hay gente apostada. Creen que está Vd. escondido, esperan y son muy tenaces. Un año estarán si es preciso, relevándose unos á otros hasta dar con Vd.

Cárlos iba á contestar.

—Nada, nada; acepte Vd. mi hospitalidad, que no en vano fuimos amigos en otro tiempo.

X.

Zorzi manifestó resignarse á aquel favor; pero en realidad estaba gozoso de lo que habia sucedido, porque le permitia vivir cerca de Rosa, preparándose todo mejor de lo que podia imaginarse para la realizacion de sus designios.

CAPITULO XLIV.

Una inícua ingratitud.

I.

Desde el asilo que debia al bondadoso afecto de don Eleuterio sabia Cárlos las derrotas que sufrian los ejércitos franceses.

Convenciéndose cada vez más de que los planes de Napoleon fracasarian por completo, resolvió abandonar á España, pero no sin llevarse su presa.

No podia salir á la calle, y sin embargo, necesitaba ir á palacio, ver al rey José, recoger el dinero y las alhajas que tenia en la maleta y disponerlo todo para su partida.

II.

Rosa aprovéchaba todas las ocasiones de manifestarle el profundo amor que sentia por él.

Aquella tímida é inocente niña llegó á decirle que él era su única esperanza.

Todo se preparaba, pues, de una manera admirable para el logro de los infames proyectos de Cárlos.

No pudiendo escribirse los dos jóvenes, porque no querian dar á entender á los padres de Rosa los lazos que unian sus almas, se escribian, y la jóven recordó á Cárlos que al partir antes de los sucesos del 2 de Mayo ofreció revelarle un secreto.

«He esperado mucho tiempo, le decia, y ya no puedo esperar más.»

III.

La ocasion era propicia para que Cárlos, inventando una novela, acabase de seducir á la jóven.

Hé aquí la revelacion que trasmitió al papel y entregó á Rosa:

«Solo estando seguro, le decia, de que tu amor es mio exclusivamente; solo en el convencimiento de que te hallas dispuesta á sacrificarlo todo por mí, te hago una revelacion que, si cayese en otras manos, podria perderme para siempre.

»Cuando me viste llegar á tu casa y presentar á tu padre una carta de recomendacion, yo no fuí á tus ojos más que un pobre buhonero.

»Comprenderás por lo que voy á decirte lo inmenso de este amor que me devora.

»Llegué á ver á tu padre, y más tarde, con su influencia, obtuve un puesto ínfimo en la servidumbre de palacio. Me viste desempeñar con resignacion aquel empleo y no abandonarle hasta que estalló el motin de Aranjuez.

»Despues partí, y aunque nada has sabido de tu amante en cuatro años, yo he tenido medios para averiguar todo lo que te pasaba.

»Sería un infame si despues de haberte inspirado tanto cariño y de sentir hácia tí una entusiasta adoracion, no te revelase el misterio de mi existencia.

»Engañé á tus padres y tú lo has estado tambien hasta ahora.

»Yo no era un pobre huérfano.

»No necesitaba ni la industria que me viste ejercer ni el empleo que obtuve en palacio.

»Hijo de una de las más nobles familias de Córcega, emparentado con el emperador Napoleon, dueño de toda su confianza, vine á España sin otro objeto que el de ejecutar sus planes, y si yo no hubiera sentido despertarse en mi alma el amor que te profeso, es muy posible que fueran derrotas los triunfos que hoy cuentan los españoles.

»Pero te ví, te amé, y subyugado por tan grande pasion, huí de España para no ser yo cómplice, para no contribuir á la desgracia del país en cuyo seno habias nacido.

»¡Ah! ¡Si el emperador hubiera sabido que esta era la causa de mi retraimiento, de mi marcha de España, no me lo hubiera perdonado!

»Ya sabes la verdad.

»Soy rico, soy noble; y si he vuelto á España, ha sido para buscarte, para revelarte este secreto, para decirte que no puedo vivir sin tí, para pedirte un gran

sacrificio, sin el cual creeré que no me amas ni son verdaderos tus juramentos.

»Sí, Rosa; vengo para pedirte un sacrificio inmenso, que tú harás por mí, por nuestra felicidad, por la misma felicidad de tus padres. Es preciso que huyas conmigo.

»Y no temas por eso que tus padres te maldigan, no. Al saber que eres rica, que eres dichosa, que vives en medio de una de las córtes más principales de Europa, que tu esposo es íntimo amigo del extranjero cuyos laureles envidian todos los soberanos del mundo, te perdonarán; comprenderán que nuestra huida era indispensable para que fueses mi esposa, te abrirán sus brazos y vendrán con nosotros á participar de una felicidad que hoy no pueden darte.

»O sigues al pié de la letra mis instrucciones para huir conmigo á Francia y unirnos allí ante Dios, ó si te niegas á este deseo, que constituye la única esperanza de mi vida, abandonaré el asilo que me han ofrecido tus padres, buscaré á los que me persiguen, llamaré á mis verdugos, porque la vida sin tí me es odiosa y el premio de tu debilidad será verme espirar cerca de tí, arrastrado por los españoles, que al saber el papel que he desempeñado, realizarán su venganza haciéndome trizas.

»Resuelve, pues: ó nuestra felicidad, ó mi muerte.»

IV.

Tal fué la epístola que escribió Cárlos en un momento de inspiracion dramática.

La novela que habia hecho nacer aquel purísimo amor en el corazon de Rosa no hizo con esta carta más que desarrollar el interés, completar la obra.

¿Era posible que la humilde hija de un criado de palacio pudiese conquistar con el amor uno de los puestos más principales de la grandeza de un imperio?

¿Cómo no habia de aumentar la importancia que ya tenia á sus ojos Cárlos, presentándose á ella como un alto diplomático, como el confidente de un emperador, como el hijo de una opulenta familia?

Y desde los peligros que la resolucion que queria tomar llevaban en sí hasta las dificultades que para conseguir su objeto debia encontrar aquella desaparicion de la casa paterna, aquel viaje en silla de postas que veia en lontananza, las impresiones del espectáculo de una gran ciudad, aquella trasformacion que debia operarse en su modo de ser, todo esto tenia por fuerza que fascinar á aquella inocente niña.

Y como no dudaba de su amante, como juzgaba el corazon de Cárlos por el suyo propio, como no podia comprender que bajo aquellas palabras se ocultase la más refinada maldad, aunque la horrorizaba la idea de abandonar el hogar paterno; aunque le estremecia el pensamiento de la amargura que iba á derramar con su con-

ducta en el corazon de sus ancianos padres; aunque pensaba, como el moribundo, en sus recuerdos, en todas las escenas que habian constituido su infancia y los primeros dias de su juventud; aunque ante la idea de perderlos apreciaba mucho más las caricias de su madre, los consejos de su honrado padre, unido el sentimiento á la imaginacion en presencia de lo desconocido, alimentado el deseo por el fuego de un amor vehemente, la idea de libertad, la idea de felicidad, la esperanza de un porvenir risueño, la nó ménos grata de poder algun dia hacer partícipes de su ventura á los que debia el sér, imprimieron fuerza al débil corazon de la niña, le inspiraron amor al peligro, y arrebatada, ébria de fe, respondió á aquella carta con estas palabras:

»Soy tuya; dispon de mí.»

V.

Obtenido este primer triunfo con el ingenio que aquel hombre depravado tenia, pudo arreglar los pormenores de aquel inícuo rapto.

Dos dias despues dijo á D. Eleuterio:

—Yo no puedo abusar por más tiempo de la bondad de Vd. Necesito ir á Italia; necesito recoger antes mi equipaje y disponerlo todo para mi marcha, y no he querido tomar ninguna determinacion sin comunicársela á Vd.

—Si hay motivos poderosos para que tome Vd. ese acuerdo, yo lo respeto; pero si lo hace por creer que es

gravoso en mi casa, está equivocado. Soy pobre, y no le ofrezco á Vd. más que el hospedaje que puede brindar un modesto empleado, pero se lo ofrezco á Vd. de buena gana y puede Vd. estar aquí todo el tiempo que quiera.

—Lo reconozco así, y lo agradezco con toda mi alma; pero necesito partir.

—En ese caso, resuelva Vd. lo que guste.

—Deseo salir esta noche de casa. Ya hace dias que han desaparecido los que me espiaban, ¿no es cierto?

—Si tal; pero ¿quién sabe?

—Saldré de noche y muy embozado; volveré muy de madrugada, pasaré el dia con Vds., y por la tarde me pondré en camino. Pero no lo anuncie Vd. todavía á las señoras, porque sé que me estiman mucho, y temerosas de que puede sucederme algun fracaso, se asustarán. Que lo sepan en el último extremo.

-Como Vd. quiera.

VI.

Aquella noche salieron juntos D. Eleuterio y Cárlos. El primero se adelantó para explorar la calle, y viendo que no habia ninguna persona sospechosa, hizo una seña á Zorzi, este se unió á él, y siguiendo por la calle de los Ministerios, al llegar á las Caballerizas:

—Ahora me despido de Vd., dijo Cárlos.

Y se encaminó á palacio.

VII.

Su ausencia fué notada, y como tuvieron noticia de que el populacho habia perseguido á un francés y que este habia desaparecido, creyeron á Cárlos víctima del furor del pueblo, ó por lo ménos fugitivo para librarse de él.

Todos se sorprendieron al verle, y con gran facilidad pudo hablar al rey intruso.

Manifestándole la imposibilidad en que se hallaba de seguir prestando servicios en Madrid, anunció sus deseos de volver á Francia, y suplicó que le proporcionase recursos para efectuar su viaje.

Llegó en ocasion oportuna.

José necesitaba enviar á su hermano un pliego con mucha urgencia, y teniendo confianza como tenia en Cárlos,

—Esta tarde, le dijo, tendrás á tu disposicion una silla de postas. Saldrá de las Caballerizas á las siete, te esperará delante de la puerta de entrada de la montaña del Príncipe Pío, y como llevarás un salvo-conducto, los jefes militares franceses que encuentres al paso no te molestarán y podrás hacer el viaje en breve tiempo y con seguridad.

VIII.

Cárlos quedó en volver al dia siguiente con el pliego; se dirigió despues á la habitacion que ocupaba en palacio; hizo su maleta, poniendo en ella las alhajas y el dinero que poseia, y al dia siguiente á las doce se despidió del rey, guardó el pliego que debia entregar á Napoleon, recibió los fondos que necesitaba para el viaje y fué á ver al jefe de las Caballerizas para que pusiese á su disposicion la silla de postas.

Terminados estos preparativos se dirigió á casa de D. Eleuterio.

El pobre señor estaba impaciente porque les habia prometido ir temprano, y como habia faltado á su promesa, abrigaba el temor de que le hubiera sucedido algun desastre.

Comió con aquella honrada familia, y al levantarse de la mesa entregó un papel á Rosa.

IX.

«Tenlo todo preparado, le decia, para que partamos esta noche á las ocho.

»A esa hora estará tu padre fuera de casa, y tu madre, segun su costumbre, entregada á sus oraciones. Tengo una llave de la puerta de la calle; abriré con ella, tú abrirás con sigilo la de tu habitacion y saldremos.

»Cerca nos esperará una silla de postas.

»Cuando atravesemos la raya de Francia escribiremos á tus padres.»

X.

Zorzi habia ideado un medio para que no pudieran oponerse á su fuga ni D. Eleuterio ni su esposa.

Era demasiado infame.

Rosa se hubiera negado á ser su cómplice.

Con mucho cuidado echó en la botella del vino unos polvos que eran un narcótico.

Rosa no bebia más que agua, y él, pretextando que se hallaba mal, dejó de tomar vino en aquella comida.

Despues de comer se retiró.

No habia pasado una hora cuando D. Eleuterio respondió á las palabras que le dijo su esposa preguntándole si pensaba salir:

—No, me encuentro muy pesado; tengo sueño. Puede ser que me acueste un poco.

Así lo hizo, y se quedó profundamente dormido.

Doña Margarita no tardó en experimentar los mismos síntomas.

XI.

A cosa de las seis llamó Cárlos con plena seguridad.

Rosa abrió la puerta.

—¿Ha salido tu padre? le preguntó.

—No; yo no sé lo que le pasa, y á mi madre tambien, que se han quedado dormidos.

—¿Es posible?

—Sí.

—Todo nos favorece.

Y aquel hombre impío se atrevió á añadir:

—¿No ves algo de providencial en ese sueño?

—Y sin embargo, dijo Rosa, al verlos así he perdido todo el valor que teia.

—¿Qué es eso, vacilas?

—¡Ah! Yo te pido, añadió la jóven postrándose de hinojos; yo te pido que renuncies á ese plan. ¿Qué va á ser de los infelices cuando sepan mi desaparicion? ¡Oh! se morirán de pena.

—No lo creas; además, dentro de cuatro dias tendrán aquí una carta mia; sabrán por ella lo ventajoso de tu posicion, los móviles que nos han impulsado, á mí á parecer ingrato, á tí á parecer una hija depravada, y nos perdonarán; no lo dudes, nos perdonarán. No hablemos de eso.

—¡Cárlos, por Dios!

—Si vacilas un instante siquiera, abro el balcon, grito, declaro que yo soy el que han buscado hace dias y entonces me verás morir.

—No, no, eso no.

—Tenlo todo dispuesto; dentro de una hora vendré por tí.

—No, no te separes de mi lado; si tal haces no tendré valor para seguirte.

—En ese caso, partamos ahora mismo.

—¿Pero no me engañarás? ¿Seré tu esposa?

Aquel hombre tan malvado tuvo el valor suficiente para decirla:

—Te lo juro por la memoria de mi madre.

La jóven se postró de hinojos ante la imágen de una Vírgen de la Soledad para implorar su perdon y pedirla todas las fuerzas que necesitaba para abandonar á sus queridos padres.

Despues de haber pronunciado Cárlos tan solemne juramento, su conciencia empezó á mortificarle.

Sintió en su interior una voz misteriosa que le decia:

«¡Malvado! no arranques á esa infeliz del lado de sus padres; no arrojes la hiel de tu perversidad en su corazon de ángel. Apártate de ella; y si no lo haces, si persistes en tu iniquidad, horribles seran los castigos que te esperan.»

Zorzi, resuelto á salvar todas las apariencias para inspirar confianza á Rosa, se postró á su lado y fingió orar.

XII.

Durante el tiempo que se sometió á tan ruda prueba, horribles fantasmas asaltaron la imaginacion de Cárlos.

Veia rios de sangre, escollos insuperables, abismos sin fondo.

Revoloteaban en torno de su cabeza aves agoreras, oia gemidos, gritos, imprecaciones...

Y todo era efecto de los crueles remordimientos que sentia.

Levantándose de pronto:

—Partamos; dijo.

Rosa enjugó el copioso llanto que vertian sus ojos y con una mirada suplicante le dijo:

—Déjame al menos ver á mis pobres padres.

—No, de ningun modo. Su vista te conmoveria demasiado. ¿Dudas de mí?

—No dudo.

—Pues entonces sígueme.

El amor que sentia hácia Cárlos era tan vehemente, que una fuerza irresistible obligó á la jóven á prestar obediencia á aquella órden.

XIII.

Rosa colocó maquinalmente un velo sobre su cabeza, un abrigo en sus hombros, y arrastrada por Cárlos abandonó su casa, bajó las escaleras sin poder contener las lágrimas, y á favor de la oscuridad se deslizó con su amante por la escalinata de la calle del Rio, llegando en breve tiempo donde les esperaba la silla de postas.

Cárlos se habia ya entendido con el conductor, y apenas entraron los dos jóvenes en el carruaje arreó los caballos y la silla se puso en marcha rápidamente.

Sigamos á estos desventurados, que iban buscando, sin saberlo, el castigo de sus culpas.

CAPTÍULO XLV.

La realidad de un sueño.

I.

Para dar una idea del aprecio en que tenia Zorzi el triunfo que acababa de conseguir apartando á una honrada hija de familia del lado de sus padres, es necesario figurarse al avaro en presencia de sus riquezas, al aldeano que pisa por primera vez los alfombrados salones de un palacio, al ciego que recupera la vista.

Parece mentira que aquel hombre, acostumbrado á andar entre el lodo de la sociedad, fuese dueño de aquella vírgen inmaculada, de aquel tesoro de virtud y de amor, de aquella inocente niña á quien podríamos llamar el ángel del sacrificio.

Y como el avaro, y como el aldeano, y como el ciego fijarian sus ojos en aquel tesoro, en aquella magnificencia, en aquel rayo de luz, veremos que creia soñar, y solo la realidad llena de felicidad lograba convencerle de su inmensa fortuna.

II.

Pero á pesar de la emocion que experimentaba, no elevaba sus ojos al cielo.

¡Cómo habia de elevarlos si su alma estaba muerta, si solo sus sentidos se agitaban ante dicha tan grande!

Cuanto más venturoso era Cárlos, mayor era la aflic- cion de Rosa.

Sin poderse explicar la causa, sentia una tristeza profunda.

No se atrevia ni á alzar los ojos ni á bajarlos.

El azul trasparente del cielo, la tierna florecilla, parecian acusarla.

El rumor de la brisa al mecer el ramaje de los árboles parecia reflejar para ella el eco de una voz de su conciencia.

III.

Llegaron á París, no sin haber pasado antes en el camino muchos trabajos.

En España, al salir, detenidos por las avanzadas francesas, mientras que Cárlos enseñaba el salvo-conducto, Rosa cubria su cara con un velo, y en Francia, al llegar á las posadas, se encendia como la grana cuando la llamaban esposa de aquel hombre, que todavía no era más que su amante.

Su primer cuidado, al llegar á París fué que Cárlos escribiera á sus padres.

Hízolo así, en efecto, y enseñó la carta á la jóven, carta concebida en términos iguales á los que le habian servido para engañarla, y la infeliz aguardó con ánsia la respuesta.

IV.

Pero á los dos dias de su estancia en París llegó Cárlos muy agitado.

—Necesitamos partir inmediatamente, dijo.

—¿Sin esperar la respuesta de mis padres?

—Es imposible.

—Y ¿dónde vamos?

—A Alemania. El emperador me ha confiado una mision importantísima, y no puedo desobedecerle. Pero no temas. Yo haré que al punto donde vayamos nos dirijan las cartas procedentes de España para nosotros.

La mision que habia recibido Zorzi era la de espiar al gobierno prusiano, y con este objeto se encaminó á Berlin.

V.

Cárlos empezó á demostrar á la jóven sus depravados instintos y su corazon falto de sentimientos religiosos.

El infame seductor se enfurecia al ver que Rosa im-

ploraba contínuamente á la Vírgen el perdon de sus culpas.

—¿Acaso has cometido algun crímen con seguirme? la decia fuera de sí. ¿No te impulsó el amor á sufrir mi suerte?

—Es verdad; pero mi conciencia no estará tranquila mientras no sea legal mi situacion.

—No me hables de eso porque no estoy conforme con tus opiniones. Para nada nos hace falta esa ceremonia. ¿Habias de amarme más por eso, harias más sacrificios por mí?

—No; pero...

—Silencio, digo, si no quieres que estemos en contínua guerra, y que mi amor se convierta en ódio hácia tí.

Este lenguaje descorrió á los ojos de Rosa una parte del velo que ocultaba su porvenir.

Pero ¿qué podia hacer?

Era ya su esclava del pecado, y tenia que sufrir las consecuencias de su falta.

VI.

Fueron á Prusia, permanecieron en aquella córte algun tiempo, él vendiendo como italiano objetos de ornamentacion de yeso, y ella como su esposa, pero sin negar su cualidad de española, circunstancia que convenia en extremo á los planes de Zorzi, porque no habia de suponer la policía prusiana que un agente de

Napoleon estaba unido á una de las heroinas que tanto habian contribuido á sus derrotas en España.

VII.

Zorzi estaba verdaderamente enamorado de Rosa, y no cesaba de rendirle ese culto que tributa el amor al objeto amado.

Pero jamás un noble pensamiento hallaba expresion en sus labios.

Todo era mezquino, material en aquel hombre.

Rosa, subyugada por él, siempre que se hallaba en su presencia sonreia.

En cuanto se separaba de su lado, sus ojos se llenaban de lágrimas.

Poco á poco fueron perdiendo sus mejillas aquel purísimo color que las esmaltaba en otro tiempo.

VIII.

—Tú estás mala, le decia Cárlos.

—No lo creas.

—¿Piensas en tus padres?

—Sí.

—Haces muy mal; ya ves que no han contestado á nuestras cartas. Eso prueba que se han creido rebajados porque te has unido á mí, y me ofenden.

—¡Quién sabe si habrán muerto!

—¡Oh! si eso fuera así ya lo habríamos sabido. Pero

no quiero que te aflijas pensando en ellos. Tú me perteneces; todos tus pensamientos deben ser para mí. Las lágrimas, las ideas, los recuerdos que yo no te inspire son un robo que me haces. Has de estar siempre alegre, has de ser muy dichosa, porque ya ves que no te falta nada, que yo solo pienso en tí. Ya ves que procuro adivinar tus deseos para realizarlos... No solo se falta á un hombre arrojándose en los brazos de otro: se falta tambien con el pensamiento, con la voluntad.

IX.

De resultas de esta conversacion, acabó la jóven de ahogar en su alma los sentimientos, ocultar más y más sus dolores, sonreir siempre y prestarse á las miserables orgías con que gozaba aquel hombre, que, tan distinto como se lo habia figurado, se apareció á sus ojos.

Necesitando algun consuelo, se acordó la pobre niña de que todas las noches rezaba en su casa el rosario, de que al acostarse y al levantarse daba gracias á Dios, de que en la religion habia encontrado siempre consuelo, y aprovechaba todos los momentos en que se hallaba sola para orar.

X.

Así pasaron algunos meses.

La pobre jóven sufria horriblemente; estaba avergonzada de su conducta.

No pudiendo guardar silencio por más tiempo, Rosa se atrevió un dia á recordarle que no estaban unidos legalmente, y que hallándose en cinta, no por ella, por su hijo, le suplicaba que le cumpliese su palabra.

—Tienes razon, le dijo Cárlos; en cuanto lleguemos á Francia haremos que nos case la ley.

XI.

A mediados de Agosto llegaron á París, y Cárlos cumplió su palabra.

Pero encontró muchos obstáculos.

En primer lugar, necesitaba presentar varios documentos, tales como la fé de bautismo de Rosa, el consentimiento de sus padres, etc.; y en la imposibilidad de obtenerlos, recurrió á los medios que emplean todos los hombres que, habiendo perdido el temor de Dios, no tienen reparo alguno en engañar á la justicia, en cometer delitos, con tal de satisfacer sus inícuos deseos.

XII.

Todavía no se habia eclipsado la estrella de Napoleon, y Cárlos Zorzi, como uno de sus agentes secretos más importantes, confiaba en aumentar su fortuna y vivir en la mayor prosperidad cuando la paz se restableciese en Europa.

Lo que necesitaba no era salvar su conciencia ha-

ciendo á Rosa su compañera por efecto de su union con ella ante Dios.

Esto le importaba poco.

Ni creia, ni temia.

Pero le encantaba tanto la belleza, la humildad de la jóven, que hasta se prometió vivir siempre á su lado y hacerla participar de sus venturas.

Pero iba á tener un hijo, existia una ley, y necesitaba amoldar el nacimiento de aquel niño á las reglas establecidas, para que no tuviera que avergonzarse nunca de su orígen y pudiera participar legalmente de los bienes de sus padres.

Dadas las dificultades que ofrecia la adquisicion de los documentos relativos á Rosa, se proponia lo que otros jóvenes á cambio de una cantidad insignificante, y se dispuso á cometer una suplantacion de estado civil.

XIII.

Como Rosa no conocia el idioma francés, despues de tenerlo todo preparado en la alcaldía:

—Mañana, le dijo Cárlos, vamos á unirnos con arreglo á las costumbres de este país. Nuestro matrimonio será tan válido como si lo verificásemos en España. Todo está preparado, y no tendrás más que responder afirmativamente á las preguntas que hagan, aunque no las entiendas.

Gracias á esto, quedaron unidos ante la ley Cárlos

Zorzi con Eloisa Moran, que este era el nombre de la jóven costurera á quien habia comprado Cárlos los documentos necesarios para legalizar su union.

Inmediatamente pidió Rosa á Cárlos que santificara la Iglesia su matrimonio.

Zorzi se opuso tenazmente, y la infeliz Rosa no tuvo más remedio que callar y sufrir.

XIV.

Poco despues nació una niña, y al presentarla al registro civil fué anotada con el nombre de Elena Zorzi Moran.

Las tentativas que hizo Rosa para que fuese bautizada la niña fueron inútiles.

Esta resolucion de parte del hombre á quien creia su esposo, dió fuerza á la infeliz para insistir, hasta el punto de incomodar á Cárlos.

—Mira, le dijo este lleno de cólera, no solo he de oponerme siempre á semejante deseo, sino que, para que lo tengas muy presente, voy á hacerte una revelacion: el dia que yo quiera puedo separarme de tu lado y quitarte á tu hija.

—Tanta iniquidad no seria posible.

—Y sin embargo, la ley, que es fuerte, te obligaria á ese sacrificio.

—¿No soy tu esposa? ¿No soy su madre?

—Eso lo sé yo solo.

—¿Por ventura no se celébró nuestro casamiento?

Una horrible carcajada respondió á tan justa pregunta.

—¿Qué significa eso...? ¡Habla, por Dios! No sé por qué me estremece tu risa.

—Oyeme. La dificultad de obtener el permiso de tus padres y de adquirir tu partida de bautismo y otros documentos, me obligó ante la proximidad de tu alumbramiento...

—¿A qué... á qué...? preguntó Rosa sospechando alguna nueva infamia de su seductor y temblando ante la respuesta que esperaba.

—A la cosa más sencilla del mundo; á comprar esos papeles á una pobre costurera; y en la alcaldía consta que me he casado, no contigo, sino con Eloisa Moran.

Estas palabras dejaron muda de espanto y asombro á la jóven.

No se atrevia á darles crédito; imaginaba estar soñando; pero su infame verdugo continuó con una serenidad á toda prueba:

—No creas por esto que voy á abandonarte. Entonces cumplí una formalidad y nada más. Pero si te revelas contra mí, si continúas en tus quiméricas pretensiones, te arrojaré de mi lado. Y cuantos esfuerzos hicieres serian inútiles, porque la ley te responderia: «La esposa de Cárlos Zorzi es Eloisa Moran. La madre de Elena Zorzi es Eloisa Moran.» Pero no temas; añadió al ver anegada en llanto á Rosa. Dame gusto. ¿Qué trabajo te cuesta? ¿Por ventura dejaré de amarte

menos á tí porque rechaces ceremonias que no me parecen necesarias para nada?

XV.

Entonces fué cuando Rosa comprendió toda la gravedad de la falta que habia cometido al abandonar á sus padres para seguir á aquel malvado.

Pero al mismo tiempo comprendió tambien que no tenia más remedio que resignarse á sufrir las consecuencias de su delito.

En aquellos dias fué derrotado Napoleon y conducido á la isla de Elba.

Perseguidos sus agentes, fueron aherrojados unos y los demás debieron su salvacion á su precipitada fuga.

Entre estos últimos figuró Cárlos Zorzi.

Abandonando á Rosa y á su hija, partió á Italia con todos los recursos que tenia, y para pasar la frontera tuvo que gastar hasta su última moneda en sobornar á los que de otro modo le hubieran entregado á la justicia.

XVI.

Poco tiempo despues logró Napoleon triunfar de nuevo, y empezó el breve reinado de los cien dias.

Cárlos volvió, buscó á su esposa y procuró de nuevo volver á la gracia del restaurado emperador.

Pero á los dos dias de su llegada y cuando se dispo-

nia á ver á sus antiguos protectores, se presentó la policía en su casa, ocupó sus papeles y se le llevó preso, poniéndole incomunicado.

La causa de esta medida se fundaba en noticias que habian llegado de que Zorzi, convencido de que el nuevo triunfo de Napoleon seria efímero, y deseando estar bien con el gobierno que alcanzase una victoria definitiva, habia ido á Lóndres y habia aceptado el papel doblemente infame de hacerse agente secreto de los imperialistas para comunicar sus planes á los restauradores.

En atencion á los anteriores servicios que habia prestado, fué condenado á ocho años de presidio en Cayena.

XVII.

Antes de partir á cumplir su condena escribió á Rosa una carta, concebida en estos términos:

«Deseando aumentar nuestra fortuna, acepté una comision peligrosa. Descubiertas mis intenciones, he sido condenado á ocho años de presidio.

»Vé á Madrid con nuestra hija; implora el perdon de tus padres y espérame. Yo te aseguro que lo más pronto que pueda iré á verte y aseguraré tu porvenir y el de Elena.»

XVIII.

Rosa intentó ver á Cárlos, pero sus tentativas fueron inútiles.

Con los escasos recursos que tenia llegó á Madrid y buscó á sus padres.

En una casa inmediata á la que habia habitado en la calle del Reloj preguntó por ellos.

La mujer de un carpintero, á quien dirigió esta pregunta:

—Encomiéndelos Vd. á Dios, la dijo. Doña Margarita murió al mes de marcharse su hija, su descastada hija, y el pobre D. Eleuterio no tardó en seguirla.

Rosa contuvo las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, y desapareció hasta sin despedirse de la pobre mujer que le habia comunicado aquellas noticias.

XIX.

La desgracia da fuerzas á los séres más débiles, y aunque Rosa tenia poca experiencia de la vida, comprendió que necesitaba dominar las circunstancias, y se resignó á ir poco á poco desprendiéndose de sus trajes y de sus alhajas, se resignó á trabajar; en una palabra, á buscar los medios de sostener á su hija y esperar la llegada de Cárlos.

XX.

Poco tiempo despues recibió una carta.

Por ella supo que Cárlos habia muerto en la prision, y renunciando al mundo se refugió en el convento de las Arrepentidas.

Más tarde la reina Amalia, tomando á su hija bajo su proteccion, la educó á sus expensas en el colegio de Santa Isabel.

CAPITULO XLVI.

Transicion.

I.

El episodio que acabo de presentar á los lectores me ha servido para darles una idea general, bajo el punto de vista íntimo, del período que abarcó en España la dominacion de los franceses.

Bien habrán comprendido que, sin el auxilio de algunos españoles, es decir, de algunos malos españoles, ni el príncipe D. Fernando se habria revelado contra su padre, ni le habria obligado á abdicar en él, ni habria tenido lugar el motin de Aranjuez, ni por consiguiente habria hallado Napoleon el pretexto que deseaba para inmiscuirse en los asuntos de la real familia española erigiéndose en árbitro de los destinos de esta gran nacion.

Ya sé que no digo nada nuevo al recordar que no hay efecto sin causa.

La causa de la abyeccion en que por un momento cayó España no era otra que el abandono en que habian vivido durante largo tiempo el rey y el pueblo.

El rey, dotado de un excelente corazon, pero de una

fatal inercia, mostrábase contento cuando al volver de sus excursiones al Pardo podia referir á sus cortesanos que habia matado muchas reses, y S. M. al sentirse dichoso creia que todo el pueblo lo era tambien.

II.

No tenia motivos para pensar otra cosa.

Aquel pueblo que hemos visto al principio de esta historia correr agitado por calles y plazas, ofrecer todo género de sacrificios en aras de la patria para proporcionar al rey un ejército con que batir á los soldados de la República francesa que habian contribuido al asesinato de Luis XVI; aquel pueblo que tan admirablemente han dejado descrito D. Ramon de la Cruz en sus sainetes, Goya en sus cuadros y Moratin en algunos de los personajes de sus comedias, tenia muy arraigado en el alma el sentimiento religioso.

Este sentimiento le alimentaban contínuamente las comunidades.

Idolatraba al rey, porque era, y esto no lo ha perdido el pueblo español, porque era eminentemente monárquico, y como, por añadidura, las fiestas nacionales, las corridas de toros estaban en todo su apogeo; como habia romerías, verbenas, bailes de candil, serenatas por las calles, comedias en los corrales de la Cruz y del Príncipe, aloja y limonada en el café de Canosa, vino manchego puro en todas las tabernas, manolas agraciadas á quien llenar de flores, chisperos y

asquerosos mendigos á quienes encomendar una venganza, procesiones y novenas; en una palabra: como estaba perfectamente distraido, no se preocupaba de la cosa pública, y Godoy, ministro de talento, pero ambicioso, gobernaba el país.

III.

Placeres en el pueblo, placeres en la córte. Hé aquí lo que fué durante muchos años Madrid, ó mejor dicho, España.

Mientras en palacio los altos personajes de la córte bailaban, con todas las reglas del arte, complicados minués, las parrandas del pueblo corrian las calles, se metian en los pisos bajos de las casas de Lavapiés, de la calle Real del Barquillo, y nadie sospechaba, al agitar sus piés sobre la mullida alfombra, sobre la arena de la pradera del Canal ó sobre los ladrillos pintados de almagra del patio de una casa de vecindad de los barrios bajos, que palpitaba un volcan bajo sus piés.

Al ver encumbrado á Godoy, la envidia por una parte y la ambicion por otra afilaron sus armas.

En el mismo palacio, estos intrigantes rodearon al príncipe de Astúrias, explotaron el ódio que sentia hácia el favorito de sus padres, y á trueque de ganar su voluntad y de medrar con su favor desarrollaron los instintos del príncipe, le obligaron á conspirar contra su padre en el Escorial y más tarde en Aranjuez, como



Un sarao en palacio.

hemos visto, y le pusieron al frente de la conjuracion, arruinándole y arruinando á la patria.

IV.

La historia de ese período tan triste como grandioso de la vida de España está muy presente en todos los españoles, y no he de repetirles lo que saben; pero cumpliendo la promesa que he hecho desde un principio y con el fin de demostrar por qué razon el pueblo de pan y toros pudo en breve tiempo llegar á ser el heróico defensor de la independencia española, voy á ofrecer á los lectores una coleccion de cuadros que representan los episodios más importantes, más dramáticos de esa gran epopeya.

Ellos nos bastarán á demostrar que cuando los pueblos tienen en su alma el sentimiento de la religion y de la patria, son capaces de convertirse, de míseros esclavos, en esforzados héroes.

Tras estos cuadros daré término á mi libro refiriendo la suerte que alcanzó á las personas que en él han figurado.

Aunque parezcan las páginas que van á seguir hojas sueltas, reunidas coadyuvarán á mis propósitos, y aunque mi pluma no acierte á copiarlas en toda su grandeza, como la tienen en los hechos que he de narrar, suplirá el fondo á la forma.

Y este será el boceto, el embrion de una galería de cuadros que no faltará quien trace con más inspiracion

y con más espacio y más calma que el autor de este libro.

Cortemos, pues, por un instante la narracion que venimos haciendo desde el principio y enriquezcámosla con las hermosas joyas que la fé y el valor de nuestros padres nos han legado.

CAPÍTULO XLVII.

—

El verdugo.

I.

Comencemos nuestra tarea con un episodio relativo á una de las familias más distinguidas de España.

El campanario de la pequeña ciudad de M... acababa de anunciar la media noche.

En aquel momento un jóven oficial francés, apoyado en el antepecho de un anchuroso terraplen que circuia los jardines del castillo de la poblacion, parecia abismado en una contemplacion más profunda al parecer de lo que le permitia la indolencia de la vida militar; pero necesario se hace advertir tambien que jamás hora, sitio ni lugar alguno brindaron más propicios á la meditacion.

El hermoso cielo de España desplegaba una grandiosa cúpula de zafiro sobre su cabeza.

El centelleo de los astros y la suave y melancólica luz de la luna alumbraban caprichosamente un valle delicioso, que ostentaba todos sus tesoros á sus piés. Apoyado en el tronco de un florido naranjo, el jóven coronel podia ver á cien piés de elevacion sobre su cabeza la ciudad de M..., que parecia haberse refugiado

al abrigo de los vientos del Norte en la base del peñasco, en cuya cúspide descollaba el inexpugnable castillo. Si por acaso volvia la cabeza, presentábase á su vista el mar, cuyas aguas brilladoras orlaban el paisaje con una especie de lámina de plata. El castillo estaba fantásticamente iluminado.

El bullicioso tumulto del baile, las melodiosas vibraciones de la orquesta, las estrepitosas carcajadas de algunos oficiales y de sus encantadoras parejas llegaban á sus oidos entremezcladas con el murmullo lejano de las ondas.

La deliciosa frescura de la noche imprimia quizá una especie de energía á su cuerpo fatigado por el ardor del dia; en fin, los jardines estaban sembrados de árboles tan odoríferos, de flores tan embelesantes y suaves, que el jóven se hallaba como sumergido en un voluptuoso baño de perfumes.

El castillo de M... pertenecia á un grande de España, que lo habitaba en aquel entonces con toda su familia.

En el trascurso de toda aquella noche, la mayor de sus dos hijas habia fijado sus ojos en el oficial con un interés tan tierno y mezclado de una tristeza tan profunda, que el sentimiento de conmiseracion expresado por la española podia muy bien explicar la meditacion y melancolía del francés. Matilde era hermosa; y si bien tenia tres hermanos y una hermanita, los haberes del marqués de Leganés parecian más considerables para persuadir á Víctor Marchand que la jóven llevaria un cuantioso dote.

Pero ¿cómo atreverse á creer que la hija del anciano más entusiasmado por su nobleza y la independencia de su patria pudiese ser concedida al hijo de un simple droguero de Paris?

Los franceses eran generalmente aborrecidos.

Habiendo sospechado el general G...t...r, que gobernaba la provincia, que el marqués de Leganés preparaba un levantamiento á favor de Fernando VII, el batallon á cuya cabeza se hallaba Víctor Marchand fué acantonado en la reducida ciudad de M... para servir de coto en cierto modo á las comarcas vecinas, que obedecian al anciano marqués.

Una reciente comunicacion del general Ney hacia temer á más que los ingleses desembarcasen en la costa dentro de breve tiempo, y designaba al marqués como sospechoso de mantener inteligencias secretas con el gabinete de Lóndres. Por lo tanto, á pesar de la cordial acogida con que este español se ofreciera á Víctor Marchand y á sus soldados, el jóven oficial se mantenia siempre en contínua espectacion.

Al dirigirse hácia el terraplen á donde venia para examinar el estado de la ciudad y sus cercanías, confiados á su vigilancia, procuraba inquirir en sus adentros de qué manera debia interpretar las muestras de amistad con que el marqués no habia cesado de cumplimentarle, y de qué modo la tranquilidad del país podia conciliarse con la inquietud de un general, cuando de improviso un sentimiento de prudencia y una curiosidad muy legítima vinieron á borrar estas ideas de la

mente del jóven efe y á derramar un rayo de luz sobre su corazon, oprimido por una angustiosa perplejidad.

Acababa de descubrir en la ciudad un crecido número de focos resplandecientes, siendo así que, á pesar de la festividad de Santiago, habia dado órden aquella misma mañana para que toda clase de fuegos fuesen apagados á la hora ordinaria prescrita por la ordenanza. Sólo el castillo habia sido excluido de esta medida.

Veia brillar las bayonetas de sus soldados apostados en las avanzadas ordinarias; pero el silencio era solemne y nada anunciaba que los españoles se hallasen entregados á los arrebatados transportes de una fiesta.

Despues de haberse esforzado inútilmente á fin de penetrar la causa de la general infraccion en que habian incurrido los habitantes, descubrió en este delito un misterio, tanto mayor cuanto que habia dejado varios oficiales encargados de la policía y vigilancia en el trascurso de la noche. Con la impetuosidad que caracteriza á la juventud, estaba ya pronto á abalanzarse por una brecha para descender de las rocas con mayor rapidez y llegar con más prontitud á un reducido puesto situado á la entrada de la ciudad por la parte que mira hácia el castillo, cuando un leve ruido vino á detenerle en su impetuosa carrera.

Parecióle oir la menuda arena de las alamedas gemir bajo la planta ligera de una mujer. Volvió la cabeza, pero ningun objeto se presentó á su vista, y sus ojos se quedaron como deslumbrados por el extraordinario brillo del Océano.

De repente apareció sobre sus ondas alejadas un espectáculo tan funesto, que permaneció inmóvil de sorpresa, no dando crédito aun á sus propios sentidos. A los tremendos rayos de la luna descubrió un gran número de velas, si bien á una considerable distancia.

Estremeciéronse sus miembros, procurando en vano convencerse de aquella terrible vision, que no era sino un lazo de óptica tendido por la combinacion de las caprichosas ondas y del astro de la noche.

Al mismo tiempo una voz enronquecida le llamó por su nombre.

Miró el oficial hácia la brecha y vió elevarse con lentitud por entre sus ruinas la cabeza del soldado que le condujera al castillo aquella misma noche.

—¿Sois vos, mi comandante?

—Sí; pero ¿qué hay? le dijo á media voz el jóven, á quien un secreto presentimiento advirtiera el obrar misteriosamente.

—¡Las gentes del país se agitan de un modo inusitado...! Me apresuro á comunicaros, si lo teneis á bien, mis humildes observaciones, que...

—Habla, repuso Víctor Marchand.

—Acabo de seguir la pista á un hombre del castillo que se dirigió por aquí con una linterna en la mano. Podeis muy bien figuraros que una linterna es un objeto de todo punto sospechoso, porque no creo que este bendito cristiano deba encender cirio alguno á una hora tan adelantada. Quieren degollarnos, héme dicho yo en mis adentros... y al mismo tiempo me he dis-

puesto para seguir sus pasos... Ahora bien, mi comandante, he descubierto á tres pasos de este sitio una crecida cantidad de haces de leña cuidadosamente ocultos entre las rocas...

Un grito terrible retumbó en la ciudad y vino á interrumpir la declaracion del soldado.

Un súbito resplandor iluminó de repente al jóven comandante.

El pobre granadero recibió al mismo tiempo un balazo en medio de la frente y se desplomó cadáver.

Un fuego de paja y de leña seca brillaba á la par de un incendio á diez pasos de Víctor.

Los instrumentos y las risas cesaron instantáneamente en la sala de baile, y un silencio semejante al reposo de la tumba, interrumpido solamente por suspiros y gemidos, reemplazó el rumor y el bullicio de la fiesta.

Un fúnebre cañonazo hizo retumbar sus ecos por las dilatadas llanuras del Océano. La frente del jóven oficial estaba bañada de un frio sudor. ¡Estaba desarmado! Conoció al instante que todos sus soldados habian perecido y que los ingleses iban á efectuar un desembarco. Vióse deshonrado si sobrevivia á la catástrofe; veíase conducido ante un consejo de guerra... y entonces midió con sus ojos la profundidad del valle.

Iba á precipitarse, cuando su mano se halló detenido por la de Matilde.

—¡Huid! le dijo; mis hermanos vienen en pos de mí. Al pié de las rocas encontrareis el caballo de Juanito. Al punto ¡huid...!

Y sus manos empujaron á Víctor.

El jóven la miró un momento estupefacto.

Pero luego, obedeciendo al natural instinto de la propia conservacion, que jamás abandona ni aun al hombre más animoso, se abalanzó hácia el parque tomando la direccion indicada, y corrió al través de las rocas, que hasta entonces solo habian hollado los rebaños.

Oyó á Matilde instigar á sus hermanos á que le persiguiesen, oyó los pasos precipitados de sus asesinos, y las balas de las repetidas descargas silbaron á sus oidos en su impetuosísima carrera; pero, no obstante, salvó el valle, halló el caballo, montó en él y desapareció con la rapidez del rayo.

Al cabo de pocas horas, el jóven oficial llegó al cuartel del general G...t...r...

Este jefe estaba á la sazon comiendo con su Estado Mayor.

—Vengo á haceros dueño de mi cabeza, para que sea esta lavada con el plomo, exclamó el jefe de batallon, cuyo semblante se hallaba pálido y desfigurado.

Sentóse y refirió su horrible aventura. Un espantoso silencio acogió su relacion.

—Os juzgo más desgraciado que criminal, repuso al fin el terrible general. Vos no sois cómplice en la conspiracion de los españoles, é ínterin el mariscal no decida de otra suerte, yo os absuelvo.

Estas palabras fueron de muy leve consuelo para el edsgraciado oficial.

—¡Cuando el emperador sepa este fracaso...! exclamó.

—Querrá mandaros fusilar... dijo el general; pero veremos. En fin, no hablemos más sobre el particular, añadió en tono severo, sino para tomar una pronta venganza que imponga un terror saludable al país.

Una hora despues, un regimiento entero, un destacamento de caballería y una batería de campaña estaban en camino. El general y Víctor Marchand iban á la cabeza de aquella columna.

Los soldados, informados del degüello de sus infortunados camaradas, se hallaban poseidos de un furor sin ejemplo. La distancia que mediaba entre el cuartel general y la ciudad de M... quedó salvada con una rapidez asombrosa. En el camino, el general encontró poblaciones enteras sobre las armas. Cada uno de aquellos abandonados burgos fué entregado al saqueo y diezmados sus habitantes enfermos y ancianos.

Por una de aquellas fatalidades inexplicables, los buques ingleses habian quedado al pairo sin dar muestra alguna de querer operar (súpose más tarde que aquellos navíos no llevaban más que artillería, y que habian adelantado considerablemente en la marcha el resto de los trasportes). De manera que la ciudad fué cercada por las tropas francesas casi sin disparar un tiro.

Sobrecogidos de terror sus moradores y viéndose privados del socorro que la aparicion de las velas inglesas parecia prometerles, ofrecieron rendirse á discrecion.

Por uno de aquellos heróicos sacrificios que no han sido raros en la Península, los matadores de los franceses, preveyendo, segun la notoria crueldad del general, que la poblacion seria quizá entregada á las llamas y pasados á cuchillo sus habitantes, propusieron presentarse ellos mismos al general. Aceptó este la oferta, poniendo por condicion que todos los habitantes del castillo, desde el último criado hasta el mismo marqués, le serian entregados sin dilacion.

Aprobada esta capitulacion, el general prometió hacer gracia al resto de la poblacion é impedir á sus soldados que saqueasen la ciudad ó que la incendiasen.

Decretóse una crecida contribucion, y los habitantes más ricos se constituyeron prisioneros para garantir el pago, que debia efectuarse á las veinticuatro horas.

Habiendo tomado el general todas las precauciones necesarias para la seguridad de sus tropas y proveido á la defensa del país, se negó absolutamente á alojar á sus soldados en las casas. Despues de haberles hecho acampar, subió al castillo y se apoderó militarmente de todos los individuos de la familia de Leganés, que fueron maniatados sin distincion y vigilados con centinelas de vista.

El general ordenó que se encerrase á los prisioneros en el salon en donde se efectuara el baile.

Desde las ventanas de aquella pieza se abrazaba fácilmente el terraplen que dominaba la ciudad.

Establecióse el Estado Mayor en una galería vecina, en donde el general tuvo en primer lugar un consejo acerca de las medidas de defensa en caso de efectuarse un desembarco.

Despues de haber despachado un ayudante de campo al mariscal Ney, y dado órden para establecer varias baterías á lo largo de la costa, el general y su Estado Mayor se ocuparon, en fin, en lo concerniente á los prisioneros.

Algunos españoles que habian sido cogidos con las armas en la mano fueron fusilados acto contínuo sobre el terraplen.

Despues de esta operacion militar, el general mandó colocar sobre el terraplen tantas horcas cuantas eran las personas detenidas en la sala del castillo, dando órden para hacer venir al verdugo de la ciudad.

Aprovechando unos momentos que iban á trascurrir antes de que la comida estuviese pronta para el Estado Mayor en la galería del castillo, Víctor Marchand fué á visitar á los prisioneros.

No bien estuvo de vuelta, cuando se presentó al general.

—Vengo á vuestra presencia, le dijo, para pediros algunas gracias...

—¡Vos...! repuso el general con un tono amargamente irónico.

—¡Ah, son tan tristes estas gracias que debo implorar de vuestra bondad! respondió Víctor. El marqués, al ver colocar las horcas en el terraplen, ha confiado

alcanzar la conmutacion de este género de suplicio para los de su familia. Os suplica permitais que los nobles sean decapitados.

—Sea, contestó el general.

—Piden más, que se les concedan los socorros de la religion y que se les libre de sus prisiones. Os prometen, bajo su palabra, no intentar la fuga.

—Convengo en ello... dijo el general; pero desde ahora sobre vos recae la responsabilidad.

—El anciano os ofrece además toda su fortuna en caso de que tengais á bien librar de la muerte á su hijo mayor.

—¡Bravo...! respondió el jefe; pero estos bienes pertenecen ya desde ahora al rey José...

Paróse al pronunciar estas palabras.

Una idea de desprecio arrugó su frente; luego añadió:

—Voy á adelantarme á su propio deseo. Adivino muy bien la importancia de su última peticion. ¡Pues bien! ¡Compre enhorabuena la posteridad de su nombre, y conserve eternamente su familia la memoria de su traicion y de su suplicio...! Acepto toda su fortuna y concedo la vida á aquel de sus hijos que haga las veces de verdugo en la próxima ejecucion.

Víctor permaneció inmóvil.

La comida se hallaba pronta. Todos los oficiales que figuraban en ella satisfacian un apetito aguzado por la fatiga. Uno solo faltaba entre ellos. Víctor Marchand.

Despues de haber vacilado largo tiempo se decidió

por fin á entrar en el salon en donde gemia la infortunada familia de Leganés. Entró, y arrojó una mirada sombría sobre el espectáculo que presentaba aquel mismo salon, en el que la noche anterior habia visto girar precipitadamente, impelidas por el wals, las elegantes y adornadas cabezas de los tres jóvenes y de las dos doncellas.

Estremecióse al reflexionar que dentro de poco debian rodar separadas de sus troncos por el hacha formidable del verdugo. El padre, la madre, los tres hijos y las dos niñas, fuertemente sujetados en las doradas poltronas, permanecian en un estado de completa inmovilidad. En pié, y con las manos atadas á sus espaldas, veíanse á ocho silenciosos servidores.

Estos quince infortunados se miraban gravemente unos á otros, reconociéndose apenas en sus ojos los sentimientos que oprimian en aquel momento los enlutados corazones. Una resignacion profunda, y el pesar de ver frustrados sus atrevidos planes, se leian en la expresion de algunas frentes. Mirábanles algunos soldados inmóviles, respetando el dolor de sus enemigos abatidos.

Un movimiento de curiosidad animó todos los semblantes á la llegada de Víctor.

Dió órden para librar de sus prisiones á los delincuentes, y fué á desatar con sus propias manos las cuerdas que sujetaban á Matilde, prisionera en su silla de brazos.

Sonrióse ella tristemente, y el oficial no pudo impe-

dir que se rozaran sus manos con los elegantes y bien contorneados brazos de la jóven.

Admiró su hermosa cabellera negra como el ébano, su flexible talle, porque era una verdadera española, y su tez, aunque no blanca, que aparecia como por entre un ligero celaje de color pálido. Tenia los ojos rasgados, las cejas ligeramente inclinadas, las pestañas largas y encorvadas, y la niña del ojo más negra que el ala del cuervo.

—¿Por fin lo habeis alcanzado? le dijo con una de aquellas sonrisas que participan aun de la ternura é inocencia infantil.

Un profundo gemido se desprendió á su pesar del pecho de Víctor. Miró sucesivamente á Matilde y á los tres hermanos.

Uno de ellos, que era el primogénito, tenia treinta años.

Pequeño, algo contrahecho, de altivo y desdeñoso semblante, notábase sin embargo un cierto aire de nobleza en sus maneras, no pareciendo en él extraña aquella delicadeza en el sentimiento que tan célebre hiciera en otro tiempo á la galantería española.

Llamábase Juanito. El segundo, Felipe, tendria unos veinte años: era parecido á Matilde.

El último contaba apenas ocho abriles.

Un pintor hubiera descubierto en las facciones de Rafael algo de aquella constancia romana que prestó David á los niños en sus páginas republicanas.

Veíase al anciano marqués por último, cuya noble

cabeza, cubierta de canas, parecia pertenecer á alguno de los preciosos cuadros de Murillo.

A su vista, el jóven oficial meneó la cabeza, desesperando ver aceptar por ninguno de aquellos cuatro personajes la proposicion hecha por el general.

No obstante, la confió á Matilde.

Apoderóse al principio de ella un ligero temblor, pero tomó de repente un continente tranquilo y fué á hincarse de rodillas delante de su padre.

—¡Oh! le dijo; haced jurar á Juanito que obedecerá las órdenes que le trasmitireis. Estaremos satisfechos.

La anciana madre se estremeció de esperanza; pero cuando inclinándose ante su esposo hubo comprendido la horrible confidencia de Matilde, se desvaneció.

Juanito lo entendió todo y brincó como un leon dentro de su jaula.

Víctor tomó á su cargo el despedir los soldados, despues de haber obtenido del marqués la seguridad de una completa sumision.

Los domésticos fueron sacados de la sala y entregados al verdugo.

Cuando la famila tuvo á Víctor por única custodia, el anciano padre se levantó.

—¡Juanito! dijo.

El jóven, comprendiendo el mandato de su padre, solo respondió con una inclinacion de cabeza, que equivalia á una formal negativa. Dejóse caer de nuevo sobre su silla, y miró á su familia con ojos hoscos y terribles.

—Matilde fué á sentarse sobre sus rodillas, y con aire risueño y jugueton:

—Querido Juanito, le dijo enlazando sus brazos en derredor del cuello de su hermano y besándole en la frente: ¡sí supieses cuán dulce me será la muerte recibida de tu mano! No deberé sufrir el odioso contacto de las manos de un verdugo. Me librarás de los crueles pesares que me aguardaban y... ¿No me dijiste otras veces que sentirias mucho que otro me poseyese? Pues bien...

Y sus ojos expresivos lanzaron una mirada de fuego á Víctor, como para evitar en el corazon de Juanito su horror para con los franceses.

—¡Valor! le dijo su hermano Felipe; de otro modo se acabó nuestra familia.

De repente Matilde se levantó: el grupo que se habia formado en torno de Juanito se separó y vióse de pié, delante de él, á su padre, que con tono solemne exclamó:

¡Juanito, yo te lo mando!

Como el jóven marqués permaneciese aun inmóvil, su padre se precipitó á sus piés. Matilde, Rafael y Felipe le imitaron como por instinto, y tendiendo juntamente sus brazos hácia el que debia salvar á su familia del deshonor y olvido, parecieron repetir estas paternales palabras:

—¡Hijo mio! ¿Buscaremos en vano en tu pecho la energía española y la verdadera sensibilidad? ¿Permitirás que permanezca largo tiempo de rodillas, y sobre-

pondrás tus sufrimientos á la extincion de tu familia?

—¿Es este mi hijo, señora? añadió el anciano volviéndose hácia la marquesa.

—Consiente en ello... exclamó la madre con el acento de la desesperacion, porque advirtió en Juanito un movimiento de cejas, cuya significacion ella sola conocia.

Mariquita, la hija segunda, se mantenia de rodillas, estrechando á su madre en sus tiernos brazos; y como llorase amargamente, su tierno hermano Rafael fué á reprenderla.

En aquel momento entró el capellan del castillo; vióse en un instante rodeado de toda la familia y condujósele en presencia de Juanito. Víctor, no pudiendo sobrellevar por más tiempo tal exceso, hizo una seña á Matilde y se dió prisa para tentar un último esfuerzo junto al general. Hallóle de buen humor en medio del festin y bebiendo vino delicioso acompañado de los demás oficiales, que empezaban á experimentar los efectos vaporosos del licor.

Una hora despues, cien de los más notables habitantes de M... fueron conducidos al terraplen para ser testigos, segun las órdenes del general, de la ejecucion de la familia de Leganés.

Apostóse un destacamento de infantería con el fin de contener á los prisioneros, que fueron colocados bajo las horcas, de las cuales pendian los cadáveres de los criados del marqués, y cuyas cabezas rozaban casi con los piés de aquellos mártires.

A treinta pasos de ellos se elevaba un tajo y brillaba una cuchilla.

El verdugo se hallaba presente, en caso que Juanito se decidiese por la negativa.

Bien pronto se oyó en medio del más profundo silencio los pasos de varias personas, el sonido acompasado de un piquete de soldados y el ligero retintin de sus fusiles.

Estos diferentes rumores se mezclaban con las risotadas de los oficiales y el sonar de los vasos. De repente volviéronse todas las miradas hácia el lado del castillo, viéndose á la noble familia avanzar con increible serenidad: todas las frentes estaban tranquilas y despejadas; un solo hombre, pálido y abatido, andaba con pasos vacilantes, apoyándose en el sacerdote, que le prodigaba todos los consuelos de la religion; era el único que debia vivir.

El verdugo conoció, como todo el mundo, que Juanito aceptaba su empleo por un solo dia.

El marqués y su mujer, Matilde, Mariquita y sus dos hermanas fueron á arrodillarse á algunos pasos del sitio fatal.

Juanito fué conducido por el sacerdote. Cuando llegó al lugar en que se encontraba el tajo, el ejecutor, tirándole de la manga, le llamó aparte y le dió probablemente algunas instrucciones.

El confesor situó las víctimas de manera que no pudiesen ver el suplicio; pero eran verdaderos españoles: se mantuvieron de pié y sin dar la menor muestra de

debilidad; Matilde se precipitó la primera hácia su hermano.

—Juanito, le dijo, compadécete de mi poco valor. ¡Empieza por mí...!

Dejáronse oir en aquel momento los pasos precipitados de un hombre.

Víctor llegó al lugar de la escena.

Matilde se hallaba ya de hinojos, y ya su alto cuello estaba pronto á recibir el golpe terrible.

El oficial palideció, pero haciendo un penoso esfuerzo se arrojó al cadalso.

—¡El general te concede la vida si aceptas mi mano! le dijo.

Pero la española, lanzando sobre el oficial una mirada de fortaleza y de desprecio:

—¡Vamos, Juanito...! dijo con profundo acento.

Y su cabeza rodó hasta los piés de Víctor. La marquesa de Leganés se agitó con un movimiento convulsivo al oir el lúgubre sonido de la cuchilla: esta fué la única muestra de su dolor.

—¿Estoy bien así, mi querido Juanito? fué la sola pregunta que hizo el jóven Rafael á su hermano.

—¡Ah! ¿Lloras, Mariquita? dijo Juanito á su hermana.

—¡Oh, sí! repuso la tierna jóven; pienso en tí, mi pobre Juanito... ¡Ah, cuán desgraciado vas á ser sin nuestra compañía!

En seguida apareció el semblante noble y tranquilo del marqués. Miró la sangre de sus hijos, y volviéndose

hácia los espectadores, mudos é inmóviles, extendió sus manos sobre Juanito y dijo con voz firme:

—¡Españoles! ¡doy á mi hijo la bendicion paternal! Acompáñele esta hasta el sepulcro. ¡Ahora bien, marqués, hiere sin temor porque está sin tacha. Morimos por la patria, que es dulce morir.

Pero cuando Juanito vió acercarse á su madre, sostenida por el confesor:

—¡Ella me ha amamantado! exclamó, y aquel grito filial arrancó otro grito de horror á toda la asamblea. El rumor del festin y las alegres risotadas de los oficiales se acallaron al oir el terrible clamor.

Conociendo la marquesa que el valor de Juanito se hallaba agotado, se lanzó de un salto por encima de la balaustrada y fué á estrellarse sobre las rocas.

Un grito unánime de admiracion salió de entre la multitud.

Juanito cayó desvanecido.

—Mi general, dijo un oficial medio embriagado, Marchand acababa de contarme alguna cosa tocante á esa ejecucion... Apuesto á que no la habeis ordenado.

—¿Olvidais, señores, exclamó el general G...t...r... que nos hallamos en España? ¿Quereis dejar aquí vuestras cenizas?

Despues de esta corta alocucion, no hubo una sola persona, ni siquiera un subteniente, que se atreviese á vaciar un solo vaso más. Apoderóse de todos ellos el terror. Sus temores no eran infundados. Aunque ciegos instrumentos de la desmesurada ambicion de un

hombre, que ignoraba que la España no puede ser esclavizada por nadie y mucho menos por un extranjero, por poderoso que sea, aquellos hombres presentian todo lo peligroso de su situacion. Pocos dias despues, muchos de ellos habian sido sacrificados á su vez por los defensores de su independencia, pereciendo en aquella gloriosa lucha para España el primogénito del marqués, que se habia impuesto el gran sacrificio de ser el matador de su familia antes que consentir que fuese manchada su estirpe por la impura mano del extranjero.

CAPITULO XLVIII.

El Currutaco.

I.

España es así.

Permanece dos, cuatro, seis, diez años en la inaccion; consiente que la humillen, que la vejen; vive en la holganza; ahoga en los espectáculos y en los placeres las penas que devoran su corazon, y cuando algun tirano, observando su inercia, su desfallecimiento, su abyeccion á veces, cree que va á poder esclavizarla, cree que va á poder colocar en su cuello el dogal de la esclavitud, la nacion abatida se yergue, la esclava rompe la cadena, la pereza se torna en diligencia, la ineptitud en acierto, la apatía en heroismo, y tras las páginas de vergüenza vienen en la historia de esta gran nacion páginas en las que resplandecen las virtudes más sublimes.

Un ejemplo va á servirnos para demostrarlo hasta a evidencia.

Al referirlo á los lectores tendremos ocasion de recordar la sangrienta epopeya del Dos de Mayo.

Digan lo que quieran, toda sociedad forma un solo cuerpo.

Los artistas y los poetas constituyen su imaginacion.

Los filósofos y los sábios de todas clases, su inteligencia.

Los obreros, sus brazos, y así sucesivamente.

Los hombres que piensan, aunque menores en número, dirigen á los que ejecutan.

El talento, débil por sí, triunfa siempre de la fuerza.

Una idea agita á un pueblo y le arrastra, como la locomotora agita y arrastra un tren.

En la época al parecer más apacible del reinado de Cárlos IV, los pensadores, protegidos y halagados por el favorito de los reyes y favorecidos con espléndidas pensiones, veian todo de color de rosa, y ni enseñaban con sus advertencias á las clases de arriba, ni se preocupaban para nada de las clases de abajo, considerándolas felices porque en la apariencia lo eran.

El pueblo, ya lo hemos dicho varias veces, vivia hacinado en míseras viviendas, se revolvia entre el polvo y la basura de las calles y no se preocupaba de nada absolutamente.

Para satisfacer las necesidades de su cuerpo tenia conventos dispuestos á ofrecerle, con la sopa, una alimentacion sustancial, y esto de tomar el sol, ir á los toros, ó por lo menos al arrastradero, satisfacia por completo todas sus aspiraciones.

Así es que, aun los hombres de más inteligencia y más imaginacion, vivieron desde 1790 hasta 1808, en el colmo de la felicidad.

Mentira parece que hombres sérios pudieran emplear sus ócios, que eran toda su vida, en las pueriles ocupaciones en que los empleaban.

Los periódicos, es decir, el *Diario de Avisos*, se hacia eco de sus casi infantiles distracciones.

II.

Uno de los jóvenes de más gracejo y más apto en otra época para influir poderosamente en los destinos del país, contaminado por la lectura de las obras francesas, que, á pesar de la vigilancia de los aduaneros penetraban por la frontera, solo, rico, libre y compartiendo el tiempo entre las agraciadas manolas del barrio de Lavapiés, por las que tenia especial predileccion, las murmuraciones de las gradas de San Felipe, las conversaciones chispeantes con los cómicos del corral de la Cruz y del Príncipe y las sabrosas pláticas que celebraba con algunos poetas, críticos, eruditos á la violeta y desocupados de todas clases, debia ser con el tiempo uno de los héroes de la Independencia de España en el primer acto de este gran drama, es decir, en las calles de Madrid durante la jornada del Dos de Mayo.

Por la clase de ocupaciones á que vivia entregado, por su afan en destruir la moda española del calzon corto, la chupa y la casaca, sustituyéndolas con el pantalon colan, la bota de campana, el chaleco de solapa, la levita con esclavina y el sombrero de copa corto,

que la Revolucion francesa habia adoptado en sus figurines, llegó á ser muy conocido en todo Madrid, y cuantos le conocian no le llamaban sino el *Curru-taco*.

Él, por decirlo así, fué el creador de la famosa Academia de los Cernícalos, y para dar una idea de la preocupacion diaria del público lector, al mismo tiempo que para comprender el cambio radical que se operó en este hombre, voy á reproducir curiosos documentos, que, al presentarnos á los españoles bajo un punto de vista tan miserable, tan raquítico, dan mayor importancia al brusco y heróico cambio que se operó en su alma apenas sintieron en sus espaldas el látigo del tirano de Europa.

III.

Nuestro héroe habia tomado el pseudónimo de El Abate Pan-blando, y con él regalaba al *Diario de Avisos* artículos como el siguiente:

«Noticia de la Academia de Cernícalos Polífagos, y extracto de los acuerdos que tomaron con motivo de la carta inserta en el *Diario de Madrid* de 11 de Mayo de 1799.

»Esta Academia es casi tan antigua como el mundo; hay probabilidades de que fueron muchos sus fundadores. Se llama *Academia* porque celebra sus sesiones, ventila los puntos más árduos y toma sus acuerdos. Se apellida de los *Cernícalos Polífagos* porque ninguno

de sus individuos deja de estar aprobado en todas las facultades, siendo su insignia distintiva una criba con anchurosos agujeros... para dar á entender que sus entendimientos han sido bien *cernidos*, como la ceniza para sacar el negro carbon que esconde. *Polífagos*, porque de todo saben y digieren, hasta el veneno más corrosivo.

. . . .

. . . .

»Estos tales nunca hacen viajes, ni toman un telescopio en la mano... ni siquiera han aprendido la raiz cúbica... No entran en un laboratorio de física ó historia natural... porque lo cernido de sus talentos lo penetra todo sin estos medios en una ojeada dogmática y magistral.

»No tienen dia, lugar, ni método para celebrar sus juntas... con todo, siempre se comunican sus ideas para morder á otros y aun á ellos mismos. Su presidente Pistolitas, por su figura cuca y agraciada como un cachorrillo. Su secretario D. Tente Campana-capador, de cuyo nombre se ignora el orígen.

»En esta Academia se leyó la carta dirigida á los diaristas firmada por los señores J. F. V. y J. L. R. Quedó archivada para perpétua memoria y admitido el primero de sus autores como individuo de número, suspendiéndose la del segundo por temer algunos cernícalos que le gustan Newton y Boerhave. Se dió comision á cuatro polífagos para que se enterasen de este hecho.

»Al citado *Diario* se le puso la nota siguiente: «Nosotros los rancios y bienhadados de la inmemorial y honradísima Academia de los Cernícalos Polífagos, en vista de la presente carta *discursivo-diálogo-nigromántica-misiva*, estampada en letras de molde el año 1793, decimos que es obra peregrina acabada y excelente para resucitar las liendres que oculta la difunta caspa de nuestros antepasados los maestros de todo lo sabido y por saber: que el discurso del español antiguo está relleno de aquella dignidad y categoría de los tiempos de la nunca bien alabada caballería andante, que merece ser envidiada de los tiempos más remoto-venideros, y que no será de admirar que en las academias de baile se salte y brinque como en los tiempos de doña Urraca, y aun bailen la danza primero las señoritas de afiligranado talle, calzadas con los zapatos de los aguadores de puerta cerrada: que se prohiba que la tierra ande, pues es claro que sobre ella andan todos los cernícalos polífagos, delante de cuya presencia la señora tierra se guardará muy bien de tener la osadía de moverse sin su licencia, que nunca le darán. Que la locucion es magistral y con verdadero olor á las rancias antigüedades que tanto nosotros veneramos. Que la pregunta de si son necesarias las citas en las obras para acreditarlas de buenas, está muy bien escrita para que solo la entendamos nosotros los cernícalos. Que la otra de si ha habido en todo el tiempo escritores españoles dignos de admiracion y aplauso es oportunísima, para que se vea la misteriosa sabiduría cómo nos

explicamos por esdrújulos, pues aunque nadie ha negado esta proposicion, conviene echar de cuando en cuando estas pildoritas, que suelen dar tanta sustancia á un guisado literario como un grano de arena á un estofado de perdices, etc.» Despues de puesto este útil comentario á la carta que contiene el *Diario* susodicho, se levantó un cernícalo y dijo: que á la verdad era digna de lástima la suerte de nuestros españoles, que habian florecido en las ciencias útiles, de grandes empresas; que nunca son estudiados ni meditados por sus compatriotas con la aplicacion que se merecen. Lo mismo fué oir esto los demás cernícalos, y que habló de ciencias útiles, de grandes empresas, de estudio y de meditacion, que lo conjuraron como á energúmeno, y viéndole incorregible le expulsaron con vilipendio de su compañía; pues ellos no saben más que leer, nunca estudian ni meditan, ni convienen en que haya más ciencias útiles que las que les han enseñado don Diego de Torres ó la tradicion de sus abuelos. ¡Qué pocos cernícalos se ven repudiados de esta Academia con tan poca venganza!

»Yo, que soy el expulso, me he tomado la licencia de anotar estas noticias, que suplico las incluyan en su periódico.

»El Abate Pan-blando.»

IV.

Despues de figurar su expulsion de la Academia, seguia de este modo haciendo crítica de cosas y personas:

«Aunque expulsado para siempre de la insigne Academia de los Cernícalos, confieso á Vds. la tengo tal aficion, que nunca puedo olvidar ni dejar de preguntar por *interpositas* personas lo que resulta de sus divertidas ocupaciones y útiles tareas. Y he sabido que últimamente han publicado una obra de grabado que ha merecido la aprobacion de todos los grabadores, dibujantes y geógrafos de la region Cernícala... Este se intitula *Plano ideal* (quiere decir que se ha sacado de lo más sutil del talento, y no del terreno que nunca impresionan estas gentes), que *manifiesta la situacion de nuestro ejército en el balle de Morallas*, *teniendo cortada toda comunicacion á los castillos Belagar y de Arles, su hojo de vista en el Cuartel General.*

»La locucion es estupenda, la gramática original y aquello de *hojo de vista* muy propio para aumentar el diccionario de frases *castizo-cernícalas*, que un cierto *quidam* está trabajando. No es menos apreciable, para alivio de la lengua, escribir *Figeras* por Figueras, *Perpinan* por Perpiñan, porque esto podrá favorecer algun dia la desidia de los copiantes. Mucho más útil podrá ser para algunos convertir en plural lo que es

singular, como por ejemplo, *quedan entre este y los Pirineos todo lo conquistado.*

»¿Qué tal, señores diaristas? Tomemos un polvo, estornudemos, pasémonos la mano por la cara, estirémonos la pierna izquierda, pongámosla sobre la otra y pasemos adelante, y al primer encuentro hallaremos *que el ejército está campado en tiendas y en los pueblos conquistados, y los pueblos que no caben en el Rosellon, se hallan en la librería de Brabo, calle de las Carretas.*

»¿Les parece á Vds., señores diaristas, que esta noticia no merece la atencion de todo un público? ¡Ay, buen Dios, y qué de cosas en una contradanza! exclamaba un profesor de baile; y yo exclamo: ¡Ay, bendito tú, Hermógenes, y qué de cosas en un plano *cernícalo-geográfico!* En él se ven dos soldados al lado de unos campamentos más grandes que tres tiendas de campaña, aunque no se nos dice el nombre, lo que es lástima, pues seria noticia muy curiosa. Allí estan al revés nuestro terreno y el contrario. Allí hay castillos mayores que montañas, montañas menores que el soldado, y hasta sapos, lagartijas y alacranes representa el campo y cielo de tal plano, que todo se halla sembrado de cositas muy bonitas y capaces de hacerle á uno de echar un *hojo de vista* si las mira con codicia. No tiene rosa de vientos, ni escala, ni candrícula, pues no saben nada de esto los cernícalos, ni lo necesitan para ser consumados geógrafos y levantadores de planos; y aun á mí me expulsaron porque pronunciaba estos y otros nombres que llaman algarabía.

»Ustedes no pueden pensar lo que se sabe en esta Academia. Ella se compone de matemáticos, físicos, astrónomos, químicos, farmacéuticos, botánicos, médicos, cirujanos, historiadores, escritores públicos, poetas, músicos, arquitectos, etc., etc., etc., y esto que en la vida han estudiado estas facultades, pues como ya tengo dicho en la otra parte, todo se lo saben *per se*; pero son al mismo tiempo enemigos natos de todo el que ha meditado y ha leido con lo que Vds. llaman aprovechamiento.

»Un cernícalo se paseaba el dia del Córpus por el Jardin Botánico, y como era botánico de aquellos á quienes su Academia habia cargado de honras herbáceas, aunque no llevaba más insignias que una cara gótica y algo exuberosa, mostrando un sumo desprecio á todo lo que olia á Lineo, se arrimó á un tiesto, leyó un papel que encerraba un cañutero, y vió que decia *euforbio*, y con un desden digno de su consumada ciencia, dijo: ¡Eh! aquí han puesto lo primero que les ha dado la gana, majaderos! y siguió paseando con un aire que llenaba de sabiduría todo el jardin.

»Otra vez les daré á Vds. más noticias; y á fé mia que les divertirán é instruirán.

»El Abate Pan-blando.»

V.

Los cándidos madrileños y no pocos provincianos leian con avidez estos artículos, y la fama de El Abate

Pan-blando se desenvolvia con suma rapidez en todo el continente.

Dos nuevas cartas consolidaron su reputacion.

Hélas aquí:

«Señores diaristas: Creo seria muy útil al público una nueva obra titulada *Diccionario universal de frases*, que se está componiendo en la Academia de los Cernícalos, y creo que se imprimirá pronto á beneficio de los pobres enfermos de cabeza que existen en el hospital de inválidos de dicha Academia. Pero por si acaso Vds. y yo nos morimos antes que goce de la comun prerogativa de verse de letras de molde, me he determinado á darles una muestra, aunque pequeña, de obra tan loable y tan útil ál público.

»No soliciten Vds., por amor de Dios, que yo siga un rigurosísimo órden alfabético en artículos tan reducidos, y que se encuentran á la primera hoja: con esta protesta, ahí van segun los copió Antonio mi escribiente, sugeto aprovechado, muy hombrecito de bien, que hace muy buena letra, pero que en cuarenta y dos años, que copia y escribe á más de trescientos amos que ha tenido, aún no sabe lo que es punto y coma, ni cómo se ha de usar la b y la h: por eso tambien pido á ustedes encarguen al Sr. Regente que enmiende los errores de ortografía que haya en esta copia.

«*Bellos esperimentos.* Oportuna frase digna de ocupar la pluma más indulgente que haya entre todas las que usan los escritores públicos. Cuando queremos citar los experimentos de Schele ó de Bertollet, dire-

mos v. gr. «Los bellos esperimentos de Schele ó de Bertollet nos han enseñado» esto ú lo otro: pues así se da á entender y hay tambien esperimentos que no son bellos, y sí feos ó puercos ó inmundos ó que no son tan bonitos como los que haria una Venus de Medicis ó una Sirena encantadora de las que nos pinten los poetas antiguos.

»*Frutos de los climas.* Esta frase es muy clara y legible. Podrá usarse diciendo por ejemplo que las aromas, las resinas y los aceites «volátiles son el fruto del clima del Mediodia;» porque sin duda seran árboles los climas en el Mediodia que producirán fruta.

»*Satisfacer.* Verbo con más de mil significados campanudos, muy útil para ayudar la elocuencia y para sacar con aire de los mayores apuros, á cualquier pobre Cernícalo que se meta á escritor ó traductor.

«El químico más difícil de satisfacerse penetra el tejido de las sustancias.»

¡Qué tal! á la verdad que tiene razon, porque los señores químicos son muy difíciles de tener satisfaccion en nada; gentes tétricas, tiznadas, emparentadas con Vulcano y los lícoples, ya se ve: ¿cómo han de hallar satisfaccion? Con todo *penetran un tejido* y no es extraño. A fé mia que serán ellos muy capaces de convertirse en polvo en ether, y tambien en nada; pues hombres que cogen el aire con la mano, serán capaces de hacer diablitos.

»¡Jesús que gente! Pero en esta Academia no hacen nada de eso, y son tan gordos de entendimiento que

apenas penetran con todo su ingenio la abertura de un monte. Sin embargo, usan con frecuencia estas mismas frases.

Economía del trato comun. Esta frase la entenderá del modo siguiente, cualquiera que no sea cernícalo: *hablar poco, visitar pocas personas, tratar poco, visitar pocas amigas*, etc. Pero en esta Academia se entiende por otra cosa, ó es más lata la sentencia: pues la economía del trato comun saca muchas ventajas de las ciencias naturales, y sinó, véase un diario de 10 de Junio de 1793, página 671, línea segunda del artículo Literatura.

»*Entes corpóreos y sustancias materiales.* Algunos entenderan por ente corpóreo, todo lo que tiene cuerpo, ó que está sujeto á las tres dimensiones de longitud, latitud y profundidad, pero á fé mia que no será Cernícalo el que así lo crea. No, no haya miedo que tenga semejante prerogativa, pues para tenerla, es menester precisamente creer que el *peso*, *la gravitacion*, el *movimiento* y el *sonido* son entes que tienen cuerpo y sustancias materiales, á cuyo conocimiento nos dirige la física esperimental, que se enseña en la susodicha Academia. Esta se publicó en un diario (de 10 de Junio), para que todo el mundo lo lea, con ánimo sin duda de que no se extiendan los conocimientos que ustedes llaman útiles y que se aumente el número infinito de Cernícalos, que tanto cunde en nuestra era.

»A Dios señores diaristas, de Vds. su siempre afecto.

»El Abate Pan-blando.»

«Señores diaristas: Ya he dicho á Vds. que en la célebre Academia de los Cernícalos, hay gentes de todas profesiones, clases, edades y sexos: tenia ánimo de decir algo á Vds. de sus poetas; pero hoy me duele mucho la cabeza, y no he tenido ganas de comer, con lo que me acuerdo de algunos Médicos que trate antes de mi memorable expulsion y me parece será muy útil á la humanidad propagar por todo el mundo su método curativo. Ante todas cosas allí no entra ninguno, ni sube grado ni grada, por más que se descalabace, consumado y terco sistemático, de manera que luego que haya adoptado su método, no debe variar de él, aunque visiblemente vea que se le mueren los enfermos.

»No tienen más noticia de los simples, que lo que dicen los Empíricos de todos los tiempos pasados y presentes, pues para ser buenos Médicos han de haber probado en alguna disertacion que contenga ciento y cincuenta silogismos, aunque sean en bárbara, con sus apéndices, colorarios y demás zarandajas, que el bueno y experimentado Médico no ha de conocer qué planta es la que le traiga ningun hortelano ó jardinero, pues este conocimiento indigno no digo yo de un médico de bigotera, sino tambien de un boticario Cernícalo, solo debe tenerlo el herbolario ó harbolario ó como Vds. gusten llamarlo. Así se decretó en una de las juntas que se celebraron habrá una docena de siglos por esta Academia, quedando decidido que el *Médico debia ser Médico, el Boticario, Boticario y el Herbolario Herbolario.*

»En esto se quiso dar á entender que las yerbas solo las debe conocer un hombre que en su vida sepa leer ni escribir, que los remedios nadie debe saber cómo se componen más que el Sr. Boticario, y que el doctor Cernícalo en Medicina ajeno de todos estos conocimientos, no debe alambicar, estraer, confeccionar, ni analizar sino el meollo sustancial de las enfermedades, que en último resultado debe dejar un tesoro precioso de ciencia útil que se pueda ver, oir, sonar y palpar.

»Bien conozco señores diaristas, que hay muchos médicos en el dia aborrecidos en esta Academia, que estan adornados de los que se llaman conocimientos útiles, y que no tan solo saben la medicina en toda su extension, sino que tambien conocen con fundamentos sólidos todos los puntos de contacto que los demás ramos del grande estadio de la naturaleza, tienen con esta ciencia acaso la más necesaria en la sociedad humana; conozco á muchos que estudian en el libro utilísimo de los hechos y de la observacion; quien no visita al dia más de diez enfermos de peligro; quien estudia de nuevo cada enfermedad en cada individuo y no se fia de sus conocimientos adquiridos, sino en cuanto puede comprobarlos ó adquirir otros nuevos; quien no pierde vista las observaciones de los demás y procura enterarse de los nuevos descubrimientos que ofrece el mundo sábio; finalmente quien dueño de las ciencias exactas y de una crítica sana y juiciosísima calcula, compara y estudia los resultados de un crecido número de hechos bien averiguados. Pero en la

Academia no hay ni un médico de esta clase: los Médicos Cernícalos ó bien se encaprichan en un sistema del que nunca se apartan, porque se les figura un crímen abominable, ó bien nunca salen de definiciones, axiomas, silogismos, demostraciones lógicas, rigor lógico, argumentos exclusivamente propios é incortables en toda disputa racional, en lo cual dan á entender que la lógica es capaz de resolver por sí sola una cuestion médica; y si no díganlo los que estudian Súmulas; que los argumentos no han de ser inclusives impropios, sino propios y exclusivos que querrá decir ó monopolistas, y que hay disputas racionales é irracionales, como por ejemplo, la que tendria un Médico con otro sobre la inoculacion: esta será racional comparada con el altercado que tendria un burro elocuente rebuznador con el amo, que le da de palos, la cual se puede llamar impropiamente disputa irracional.

»¿Qué curas tan famosas no hacen estos médicos? ¿Pues, y sus cirujanos? Con solo el estudio de la Plebotonía (obra profunda y capaz de hacer sábio á cualquier peluquero en media hora de tiempo) hacen prodigios de valor quirúrgico; y sino uno que metiéndose á médico mandó el extracto thebaico á cierto Cernícalo para curarle un acceso de sabiduría en un *no sé qué por no se quien*, que lo volaba á Zaragoza: otro que á una señorita en un tumor la aplicó un braguero de resortes, y la privó así de una de las cualidades que distinguen la especie humana, cual es la de andar en dos piés: otro que prohibió á un enfermo la gallina,

porque decia que apocaba el ánimo é indigestaba el estómago; sobre esta materia escribió una erudita memoria en que probó las enfermedades que suelen ocasionar á los jóvenes las gallinas, aunque no salgan del gallinero ni hayan sido degolladas. ¡Qué aplausos no mereció semejante escrito en esta célebre Academia! Adios, señores diaristas, saben Vds. que su afecto servidor es

«El Abate Pan-blando.»

VI.

Pues bien; el Abate Pan-blando, el Currutaco, ó D. José de Osaca, que era su verdadero nombre, constituia en los primeros años del siglo actual el tipo del hombre de mundo, del bohemio literato de nuestra época.

Planta exótica en aquella sociedad, entre toreros, cómicos, manolas y literatos, vivia alegremente; gastaba su patrimonio dejando una buena parte de él entre los mercaderes prestamistas de la calle de los Preciados, sin cuidarse del porvenir, porque sabia que en último caso el hospital de San Juan de Dios le daria cama para morir y el cementerio general siete piés de terreno para la sepultura.

En 1807, nuestro Currutaco no tenia la menor nocion del sentimiento patriótico.

Hasta entonces se vanagloriaba de haber enamorado

á muchas mujeres, sin que ninguna de ellas hubiera conseguido esclavizarle.

Sin embargo, el amor debia redimirle.

La historia de su redencion es breve, pero como constituye una de las páginas ignoradas de la gran epopeya, voy á contarla.

VII.

Una mañana del mes de Abril de 1807 se hallaba conversando con varios amigos en la puerta de una de las covachuelas de San Felipe, cuando acertaron á pasar dos manolas por delante de nuestro Currutaco.

Involuntariamente fijó los ojos en una de ellas y no pudo menos de saludarla con una frase galante.

—Mira, mira; dijo la que iba al lado de la que inspiraba la galantería. Ese señó don Líquido va á derretirse por tus peazos.

—Arrópese Vd. mucho, dijo Serapia, que así se llamaba la manola á quien se dirigió el Currutaco, porque está usté malito y pa pocas gromas.

Serapia era el tipo perfecto de la hija de los barrios bajos de Madrid, y se comprende que su belleza, unida al natural desparpajo, á la gracia y á la desenvoltura que la caracterizaban, fascinase á José.

VIII.

Las manolas siguieron su camino y nuestro jóven desocupado guardó impresa en su alma la imágen de aquella mujer, y, á pesar suyo, sintió que le preocupaba su recuerdo más de lo que hasta entonces le habian preocupado los asuntos femeninos.

—¡Bah, ya la olvidaré! se dijo.

Pero en vano queria cumplir este propósito.

Su imaginacion le representaba á todas horas la belleza encantadora de Serapia, prometiéndole con su amor tesoros de felicidad.

—Pues señor, no hay más remedio, se dijo. Necesito buscarla y la buscaré.

Conocia en la calle de Toledo un tratante en ganado, llamado Juan Candiles.

—No hay duda, este la ha de conocer por fuerza.

Y se decidió á verle inmediatamente.

Era el Juan Candiles un gitano de raza, de rumbo y muy campechano.

Una vez que se hubieron saludado:

—Mira, Juaniyo, le dijo José hablándole en su particular dialecto; estoy *chalao.*

—¿Qué me cuenta *su mercé?*

—Lo que oye.

—Arguna jembra de caliá...

—La manola má remanola de tó Madrí má sorbio los sesos.

—Pu si es manola, por fuersa que es de mi conosensia.

—Así lo creo y por eso vengo á verte.

—Hable su mersé, que yo le escucharé sin pestañeá.

—Es preciso que en cuarquié casa der barrio Lavapiés á onde tú tengas confiansa, armes un baile y procures que vayan ayí toas las mosas guapas der barrio. Yo iré contigo y si la encuentro te indicaré quien és pa que me informes de sus costumbres y su trato.

—¿Ná más que eso?

—Por ahora ná más.

—Bien. Hoy es viernes, continuó el gitano. Er domingo habrá er baile.

—Espero que no te se olvidará.

—Descuie su mersé.

Los dos se separaron y el Currutaco no hacia más que pensar en la manola y en si Juan cumpliria la palabra.

IX.

En efecto; el dia señalado se reunía una buena parte de la manolería de Madrid en el piso bajo de una casa de la plaza de Lavapiés.

La banda de guitarras, bandurrias y hierrecillos de Antonio el *Tuerto* constituia la orquesta.

Los majos y las majas, con los trapitos de cristianar, animaban el cuadro.

Poco despues de comenzar el baile se presentaron el Currutaco y Juanillo Candiles.

No tardó el primero en descubrir entre las manolas el agraciado palmito de la Serapia.

El gitano, que debió fijarse en la misma:

—¿Es la Serapia? dijo.

—Aquella de ojos negros, rasgados, con el corpiño grana.

—La mesma. Me lo habia figurao. Camará, añadió dándole unos golpecitos en el hombro. Ya pué su mersé andá solo por el mundo. Se ha ido á prendá de lo má varí de toa la manolería. Pero así como digo á su mersé una cosa, le digo otra. Esa jembra que por fuera paese un fuego artifisial, es por drento má fria que el agua que chorrea en el invierno la Mari-blanca é la Puerta er Sol.

—Háblame de ella, que tú debes conocerla á fondo.

—La conozco como si la hubiá parío.

—¿Cómo vive, de qué se mantiene?

—Su mare, la tia Chana, tié un cajon en er Rastro á onde vende esperdisios, y como fué una rial mosa, las malas lenguas isen que si tuvo ó no tuvo que ver en sus moseaes con un mayordomo der conde de Aranda, pero lo sierto es que toos los meses va á una casa de la caye los Presiaos onde cobra la renta de un dineriyo que ar morirse er mayordomo dejó á un mercaer pa eya.

—¿Pero la chica es soltera, casá ó tiene arrimo?

—No se la ha conosío más que un novio, pero por lo

fino; quié isir con la intension de casarse con eya.

—¿Está en el baile?

—¡Qué más quisiá él!

—Pues ¿dónde anda?

—No anda, que está parao.

—Explícate, Juanillo.

—Boquera, que así se yamaba er gaché, era banderiyero de la cuadriya de Costiyares y hablaba con Serapia... Vamos, que los dos se habian tomao querensia. En esto el hijo er Romo se encalabrinó por la mosa, empesó á dirigirle jarabe de vihuela y jarabe de pico, rondó la caye, se entera Boqueriya, busca ar bocon, se van los dos mosos ar Campiyo é Manuela, sacan los arfileres y Boqueriya le endiñó una al hijo er Romo que le hiso sartar las tripas enviándole al otro barrio. Los corchetes cogen á Boqueriya, me lo yevan á chirona y ende ayí á presidio. Er probesiyo está sufriendo la condena y tié pá mucho tiempo entadía si Dió no lo remedia.

X.

Estas noticias bastaron á José.

Poco despues tuvo ocasion de cerciorarse de que Juan Candiles no le habia engañado acerca del carácter de la jóven.

Nuestro Currutaco se acercó á la manola y empezó á echarla piropos.

Serapia oyó sus galanterías como quien oye llover y

le demostró que por nada del mundo se ablandaría su corazon.

Esto incitó más y más el deseo del jóven y desde aquel dia no cesó de hacer la rueda en toda regla á la manola.

Sus esfuerzos, su oratoria eran inútiles.

Siempre la encontraba dispuesta á defenderse; siempre tenia en sus labios un epígrama ó un chiste con que poner en ridículo su amor.

Serapia llegó á convencerse de que José estaba verdaderamente enamorado de ella y se propuso marearle, jugar con su pasion, aliviar las penas que le causaba la ausencia de su amante con aquella galantería que le proporcionaba la envidia de las otras manolas.

Uno de los dias que se acercó José á hablarla:

—A mí me gustan los hombres rumbosos, le dijo Serapia, y muy pronto se acerca la ocasion de que veamos si usté lo es.

—¿Qué ocasion es esa?

—La de la Cruz de Mayo. Dentro de cuatro dias pondremos la cruz en la caye de Lavapié en casa de la Eustoquia. Habrá baile y jolgorio, y si usté vá, veremos cómo se porta.

XI.

Llegó por fin el dia, y con arreglo á la costumbre que entonces estaba en su apogeo y que se ha conservado hasta hace poco, se reunieron varias amigas, cu-

brieron el portal de la casa de la señora Eustoquía con colchas, formaron un pabellon, colocaron bajo él la santa Cruz adornada de flores, y las manolas y manolos comenzaron desde el amanecer á practicar la cuestacion consabida con el fin de emplear las ganancias en un banquete.

De cuando en cuando sonaba la vihuela, habia cantos flamencos y las manolas apuraban su labia para sacar los cuartos á los que movidos de curiosidad visitaban aquel dia los barrios bajos para admirar la gracia de las manolas y su buen gusto para adornar la santa Cruz.

José estaba ya medio loco.

Los obstáculos que hallaba su pasion la aumentaban por momentos.

XII.

Llegó á la calle de Lavapiés, y apenas habria andado veinte pasos cuando se vió asaltado por dos manolas.

Una de ellas era Serapia.

—Señorito, para la Cruz de Mayo, dijo su compañera.

—Vamos á ver el rumboso, añadió la moza.

José, sin saber lo que hacia, porque Serapia le tenia hechizado, sacó la bolsa y pagó al mismo tiempo el tributo en amor y en moneda.

—Me estás matando, dijo á la manola.



Sin saber lo que hacia, porque Serapia le tenia hechizado, sacó la bolsa y pagó al mismo tiempo el tributo en amor y en moneda.

—No será tanto.

—Sí, te lo digo de veras. Y aunque me he convencido de que no tienes corazon; aunque sé positivamente que estás jugando conmigo, no puedo abandonarte. ¡Sí Dios te tocara en el corazon...!

—Dió no se mete en esas cosas.

—Pero ¿estás convencida de lo que te quiero?

—Me paé que sí.

—Y ¿tú no me correspondes?

—Yo no puedo amar á naide.

—Si merecen algo mis finezas, te suplico un favor.

—Diga usté.

—Quiero poder hablar contigo á solas; dame una cita.

—No se canse usté; ni usté ha nasío pá mí, ni yo pá usté; con que así lo mejó es poner tierra é por medio.

En vano insistió José con sus ruegos.

Se separaron, pero ya le era imposible dejar de verla todos los dias, y continuó visitando el barrio de Lavapiés.

XIII.

Dos meses despues de la escena que habian tenido el dia de la Cruz de Mayo, cayó enferma la madre de Serapia, y la muchacha, que era buena hija, se contristó muchísimo.

José, que entraba ya en su casa, llevó un médico de

los mejores de Madrid y él mismo hizo de enfermero.

La enfermedad era muy grave, mucha la edad de la paciente, y al cabo de veinte dias sucumbió.

Con la muerte de la madre de Serapia cesó la pension que le daba el mercader de la calle de los Preciados, y la jóven quedó en la mayor pobreza.

La pasion habia variado por completo las costumbres y las inclinaciones de José.

Ya no se ocupaba para nada de la Academia de los Cernícalos ni de las críticas dramaticales.

Ya no frecuentaba los degolladeros de los corrales, ni apenas parecia por el café de Canosa, y era *rara avis* en las gradas de San Felipe.

En cambio, todas las mañanas apenas salia de su casa iba á la de Serapia y no cesaba un solo instante de hablarle de su pasion, pero ya de otra manera muy distinta.

Al afecto se unia el deseo de proteccion que la desgracia de la jóven le inspiraba.

Al fin de tanto ruego pudo conseguir que aceptara algunos auxilios, y aumentando el respeto en él á medida que era mayor la desgracia de la jóven, pudo arrancarle una promesa.

—Déme Vd, le dijo Serapia, un año de término. Prométame Vd. en tó ese tiempo no hablarme, no verme, y si yo me convenzo por esta prueba de que es verdadero el afecto que me profesa, yo le aseguro que sabré corresponder á él.

José se resignó.

—Voy á hacer lo que quieres, le dijo, y se despidió de ella resuelto á ganar su amor con aquel sacrificio.

José no volvió á ver á Serapia.

La pobre jóven reconoció su cadáver entre los de los esforzados madrileños fusilados por los francos en la Montaña del Príncipe Pío en la madrugada del 3 de Mayo de 1808.

Veamos lo que pasó.

José permaneció un mes sufriendo los efectos de la ausencia.

Cuanto más apartado vivia de Serapia, mayor era el fuego que sentia en su alma.

Fijo su pensamiento en la jóven, ni áun en sueños se apartaba su recuerdo de su mente.

Al fin decidió faltar á su palabra.

—Me es imposible vivir sin verla; no la hablaré, pero sabré si es dichosa ó si sufre.

Y se encaminó al barrio de Lavapiés.

Sus pesquisas para encontrarla fueron inútiles.

Serapia habia abandonado su casa, habia desaparecido del barrio, habia ocultado á todo el mundo su resolucion y nadie sabia su paradero.

¿Qué significaba aquella determinacion?

El deseo de hallarla animó á José, y desde entonces se consagró á inquirir, á averiguar dónde se habia ocultado Serapia.

La desdichada pasion del jóven llegó á ser conocida y respetada de toda la manolería.

José fué en extremo simpático para aquella gente, tan

dispuesta á burlarse de los currutacos insolentes, como á respetar y á querer á los individuos de las clases superiores que mostraban á sus ojos grandeza de alma.

Trascurrió todo el invierno de 1807 á 1808 sin que José lograse averiguar el paradero de Serapia.

En este tiempo trabó verdadera amistad con los manolos más queridos del pueblo.

No sabia apartarse de su lado; sus costumbres le entusiasmaban; su trato distraía sus penas.

Como el pueblo inconscientemente se preparaba al gran drama que poco despues debia verificarse en España con asombro del mundo, participó del sentimiento patriótico, que poco á poco fué ganando el corazon de los españoles.

Desde luego renunció á la moda francesa; cambió su traje pretencioso por el de los españoles rancios; y animado en medio de sus desengaños por la esperanza de que Serapia cumpliria su promesa, se preocupaba con sus nuevos amigos de los asuntos que interesaban al porvenir de la pátria.

Sabido es que en aquellos tiempos por ódio al Príncipe de la Paz los frailes enseñaban al pueblo á obedecer al Príncipe de Astúrias.

En Palacio los servidores de este urdian intriga sobre intriga para aniquilar al favorito, para poner en pugna á Fernando con Cárlos, al hijo con el padre.

A la conspiracion del Escorial sucedió el motin de Aranjuez.

Napoleon tenia por agentes de sus planes los

ambiciosos que rodeaban al Príncipe de Astúrias.

Al mismo tiempo pactaba con Godoy.

Gracias á esta táctica, so pretexto de pasar á Portugal entraron en España numerosas legiones de franceses, se apoderaron traidoramente de algunas plazas, y á fines de Abril de 1808 llegaron á Madrid los generales más distinguidos del Imperio.

Entre tanto no habia ni sombra de gobierno en la capital de la monarquía.

El pueblo despertó tarde de su letargo.

Nadie hubiera sospechado que los que como esclavos se acortaron el dia 1 de Mayo de 1808 aparecieran como irritadas fieras el dia siguiente.

Abandonemos un momento á José para reproducir aquí el magnífico cuadro que del dia 2 de Mayo ha trazado una mano movida por un corazon entusiasta y leal.

Al final de la catástrofe volveremos á hallarle entre los héroes y los mártires de tan sublime epopeya.

XIV.

Amaneció el dia 2 de Mayo, dia memorable en los fastos de la insurreccion española, y el que los franceses habian señalado para la salida de las personas reales que aun quedaban en Madrid.

Varios coches de camino y una grande escolta de tropas francesas se hallaban en la plaza de Palacio, que estaba llena, desde muy de mañana, de una inmensa

multitud de hombres y mujeres que contemplaban tristemente los preparativos del viaje; veíase grabado en sus semblantes el carácter de aquel triste abatimiento que precede á las grandes explosiones del alma. A las nueve, la reina de Etruria con sus hijos salió de palacio, en donde quedaron dos coches, que varios criados de la casa real cargaban con precipitacion. Corrió el rumor de que aquellos coches estaban destinados para la salida del infante D. Antonio; y la servidumbre del infante D. Francisco referia en algunos corrillos que este interesante niño lloraba lleno de dolor, no queriendo salir de Madrid. Esta noticia contrista á las mujeres y desespera á los hombres. A las once un edecan de Murat viene á dar la órden de la marcha, y el pueblo, que adivina fácilmente su comision, profiere contra él las mayores injurias y amenazas. Al bajar por la escalera principal para tomar el coche los infantes D. Antonio y D. Francisco, su presencia arrebata á la multitud, y una miserable anciana, que aun se ignora si desahogó sus propios sentimientos ó servia á los designios de los franceses, exclamó en alta voz:

—*¡Válgame Dios! que se llevan á Françia á todas las personas reales.*

Este grito es la señal de explosion de la violenta ira de la multitud, que se lanza presurosa á cortar los tiros de los coches destinados á conducir los príncipes, resuelta á impedir su marcha. El destacamento de la guardia imperial que debia servirles de escolta, hace fuego entonces sobre la multitud indefensa, que lejos de

aterrarse ataca denodada á los soldados vencedores del mundo. El fuego de la insurreccion se extendió con la celeridad del rayo; Madrid entero se levanta contra los franceses, y cada casa es una fortaleza; ármanse como pueden los habitantes de toda clase, edad y sexo, y llenos de rabia y desesperacion atacan á los franceses en las calles y en las plazas, y otros desde lo alto de los tejados y ventanas.

No se oian más que voces mezcladas con el redoble de los tambores y trompetas que llamaban á los soldados á sus respectivos cuarteles, pero ínterin llegaban las tropas, continuaba en todas partes el asesinato de los franceses aislados. Veíanse jóvenes resueltos, sin más armas que un puñal ó un palo, arrojarse con el mayor denuedo á los franceses, y morir contentos despues de haber atravesado á dos ó tres de estos. Otros desde las esquinas asestaban sus tiros contra los edecanes que conducian órdenes y entorpecian las comunicaciones; otros, unidos en corto número, hicieron retroceder grandes masas de caballería; otros, saltando con la mayor agilidad sobre los caballos del enemigo, derribaban á puñaladas á los ginetes, haciéndose dueños del caballo y de las armas. Otros degüellan en sus mismas casas á los oficiales alojados en ellas: los albañiles, desde la altura en que les sorprendió el movimiento, lanzan sobre los franceses cuantos materiales tenian á mano. Las mujeres desde los balcones arrojan tiestos, ladrillos, piedras y agua hirviendo sobre las tropas que recorrian las calles. Y hasta los niños tomaron parte en

esta heróica lucha, y así se vieron muchos descalzos de pié y pierna que á diez pasos de distancia tiraban piedras cara á cara á los dragones formados en escuadron, mientras que otros arrastran y golpean al moribundo francés. El ódio del pueblo es sobre todo inexorable contra los mamelucos que caen en sus manos, ansiosos de herir con un solo golpe un francés y un musulman.

En tanto, cuatro mil hombres de tropas españolas se hallaban encerrados en sus cuarteles, en donde los jefes apenas podian contenerlos. Tres horas habian trascurrido desde que se empeñó la terrible lucha entre el pueblo y sus opresores, y los habitantes de Madrid continuaban incansables en la destruccion y carnicería de los franceses. Desde el principio de la insurreccion arranca Murat al infante D. Antonio, que se hallaba en su poder, una órden para que la tropa no saliese en todo aquel dia de sus cuarteles.

Desde que se oyeron los primeros tiros, el mariscal Moncey y los demás generales que no mandaban cuerpos se reunieron al duque de Berg, y tomaron posicion en el alto de la puerta de San Vicente con un regimiento de fusileros de la guardia imperial.

Las tropas que se hallaban en Madrid recorrieron las calles, y sus jefes destacaban partidas que entrasen en las casas donde se habia hecho fuego y castigasen á los agresores. La artillería volante hizo algunas descargas en la calle de Alcalá sobre la multitud, que no por eso se arredró y continuó el ataque: la columna apostada en la plaza de Palacio subió por la calle Mayor

haciendo fuego á los balcones y ventanas, y al mismo tiempo y hora de las doce, las columnas francesas de los campamentos de Chamartin, San Bernardino y la Casa de Campo entraron en la capital y ocuparon todas las calles.

La caballería de la guardia imperial penetra por la puerta de Alcalá, y en dos divisiones carga al galope á la multitud por las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, viniendo á situarse en la puerta del Sol, en donde son inhumanamente asesinados grupos enteros de patriotas. Al mismo tiempo una columna de infantería ocupaba la extension de la calle de San Bernardo, reuniéndose en la plazuela de Santo Domingo con las tropas que defendian las inmediaciones del palacio de Murat.

Fuertes destacamentos de caballería sitiaban las puertas de la capital para impedir la entrada de los habitantes de los pueblos inmediatos.

Todas las calles de Madrid estaban erizadas de bayonetas francesas, y en todas se combatia sin consultar su número.

El general de brigada Lefranc al frente de una columna francesa, quiere apoderarse del parque de artillería español, situado en la calle de San José, en el barrio de las Maravillas. Dos valientes oficiales de artillería, D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, con treinta y tres hombres del regimiento de Voluntarios del Estado, hicieron rendir las armas á un destacamento de cien franceses que ocupaban aquel punto; y reunidos á

catorce artilleros, la mayor parte inválidos, dieron entrada á una multitud de hombres y mujeres que suspiraban por armas para combatir contra el enemigo. Daoiz y Velarde tomaron el parque y sacaron cinco cañones tirados por los paisanos. Dos se colocaron enfilando la calle de San Pedro la nueva; uno lo interior del parque, cuyas puertas se cerraron inmediatamente; y los otros tres, el uno á la salida del cuartel, mirando á la calle Ancha de San Bernardo, otro en la confluencia de las cuatro calles que están al extremo superior de la de San José, el que fué servido por las mujeres cuando murieron los artilleros á quienes se encargó, y el tercero quedó de reten en el patio.

Al recibir la intimacion de rendicion, el cañon cargado de metralla responde arrollando la columna enemiga. Por tres veces cargan nuevas tropas á paso de ataque contra la débil batería española y son nuevamente arrollados, dejando la calle cubierta de cadáveres.

El combate se renueva con más furor, y el enemigo, reforzado por todas partes, emprende un ataque general; pero Daoiz y Velarde aplican á un mismo tiempo la mecha á sus cañones y la columna entera queda destrozada, cubierta la calle de cadáveres y puestos en fuga los franceses.

Volvió á renovarse el ataque, en que fué herido gravemente Daoiz por no haber querido ponerse á cubierta de la metralla enemiga, sin poder reducirle á que se retirara. Acabóse la metralla; y con el cajon de pie-

dras de chispa que encontró en los almacenes Velarde, cargó las dos últimas veces Daoiz y disparó su cañon; volvieron á la carga los franceses, y mientras Velarde activaba dentro del parque el apresto de municiones, tuvieron que replegarse al interior del edificio los pocos artilleros y voluntarios que habian quedado. Daoiz, herido y sin querer retirarse al cuartel, permaneció casi solo en medio de la calle apoyado sobre un cañon, no pudiendo por su herida sostenerse en pié, pero con su espada en la mano. El general Lagrange, bajo pretexto de tratar de parlamento, se le aproxima para insultar el heroismo y alza su sable para herirle; pero Daoiz le da una fuerte estocada, y sofocado con el número de los franceses que cargan sobre él, recibe innumerables heridas, de las que murió aquella misma tarde.

Velarde al salir del almacen halla el patio del parque inundado de franceses, y un oficial polaco le asesta por la espalda alevosamente un pistoletazo, que atravesándole el corazon le dejó sin vida al momento.

Los voluntarios continuaban desde el interior del edificio el fuego; pero el asesinato de sus valientes comandantes desanimó sus corazones, y al saber que el gobierno intimaba la pacificacion, depusieron su actitud hostil y lograron volver á sus cuarteles, á pesar de que Murat habia mandado no se diese cuartel á los que se hallasen en el parque; pero el valor heróico de sus defensores admiró á sus enemigos, y el mismo general Lagrange y los comandantes franceses fueron sus intercesores.

La historia conservará eternamente los nombres de Daoiz y Velarde como el de los primeros heróicos mártires de la independencia y de la gloria nacional.

Tres horas trascurrieron desde que se habia empeñado la terrible lucha entre el pueblo y sus opresores, y los habitantes de Madrid continuaban incansables. Una hora más de duracion hubiera causado males espantosos, pues ya los habitantes de los pueblos circunvecinos se aproximaban inflamados para reunirse á sus valientes compatriotas. Murat, que á pesar del excesivo número de sus tropas desconfió de vencer y expidió órden á Dupont, que se hallaba en Toledo, para que al instante marchase sobre Madrid, adoptó un medio para pacificar la insurreccion: trató con el infante D. Antonio de evitar la efusion de tanta sangre, y los ministros de la Junta Suprema salieron por las calles agitando sus pañuelos para publicar una amnistía si los habitantes deponian sus armas y se retiraban á sus casas.

A las dos de la tarde los ministros de los consejos de Castilla, Indias, Hacienda y Ordenes, que se hallaban reunidos en un mismo local en la calle de Santa María de la Almudena, frente á la iglesia de este nombre, salieron solemnemente acompañados de los guardias de Corps y de algunos generales franceses, y divididos en secciones recorrieron todos los barrios de la capital, llevando en las manos pañuelos blancos y profiriendo las palabras de *paz*, *paz*, *que todo está compuesto*, salvando al mismo tiempo á varios infelices que habian caido en manos de los franceses.

La dulce voz de paz, proferida por los trémulos labios de magistrados venerables, hizo deponer á los habitantes de Madrid sus armas en el momento de su mayor exaltacion; y á la sola voz de la autoridad pasaron de la venganza á la prudencia y del furor al respeto: ejemplo único en los anales del mundo, y digno del mismo pueblo que en 19 de Marzo de aquel año contuvo su indignacion contra el privado á la sola voz augusta de un príncipe idolatrado.

Murat no se contentó con ver ceder al pueblo de Madrid, debido menos que á la fuerza de las armas á la persuasion de los magistrados, y quiso vengar pérfidamente la muerte de sus soldados. Un bando publicado al tiempo de anunciar la pacificacion imponia la pena de la vida á cuantos se encontrasen con armas. Bando que, á pesar de haber sido oido por muy pocos, empezó á obligar desde luego; y en un dia en que por la general efervescencia se hallaban obligados á llevarlas cuantos ignoraban la prohibicion de su uso, la capital se inundó de fuertes patrullas, que recorriendo sus calles, registraban escrupulosamente á todos los que encontraban, y los conducian á los cuerpos de guardia más inmediatos, y de allí á la casa de Correos, donde se habia establecido una comision militar presidida por el capitan general español D. Francisco Javier Negrete y el general francés Grouchi, desde donde eran conducidos al Prado y fusilados inhumanamente, sin concederles la asistencia de un sacerdote que los auxiliase en sus últimos momentos: así perecieron muchos ino-

centes, cuyo único crímen era el habérseles hallado casualmente una navaja, tijeras ó cortaplumas, hasta algunos miserables barberos por encontrarles las navajas de afeitar; los infelices trajineros por las agujas de ensalmar, que traian, segun costumbre, en las monteras, y aun los esquiladores, que llevaban descubiertas las tijeras de su oficio. Sacaron además á los pacíficos habitantes de las casas desde donde habian recibido más daño los franceses, y fueron igualmente condenados á muerte hombres, mujeres, sacerdotes, religiosos; todos confundidos perecieron impunemente en la noche funesta del 2 de Mayo, cuyo lóbrego silencio interrumpia á largas distancias el pavoroso estruendo de las descargas, que abrian la puerta de la inmortalidad á centenares de víctimas de la patria.

El terror heló el corazon de los heróicos madrileños, que en la madrugada del 3 vieron continuada la catástrofe de la noche. Cuarenta hombres que los franceses habian hecho prisioneros durante la sangrienta lucha del 2, y que habian sido conducidos al cuartel que se halla en la altura de la puerta de San Vicente cerca del palacio que ocupaba Murat, fueron fusilados al amanecer del 3 en la cima de la montaña del Príncipe Pío. La órden de perdon que aparentemente les concedio Murat, para reconciliarse con el pueblo, llegó algunos minutos despues de la ejecucion.

XV.

Los lectores acaban de ver la dramática y conmovedora pintura que del dia 2 de Mayo, él más glorioso de la historia moderna de España, he trascrito á estas páginas, tomándolas de un interesante opúsculo.

El pueblo de pan y toros, aquella masa inconsciente que hemos visto en todo el curso de esta historia viviendo poco menos que en la abyeccion, hizo más, mucho más, en aquellas solemnes circunstancias que los personajes que hasta entonces habian vivido al calor de la córte dirigiendo los negocios del país, influyendo en la marcha de la política ó conspirando en las antecámaras de palacio para saciar su ambicion.

Nadie estaba preparado para castigar la insolencia de los franceses; nadie hubiera creido en la madrugada del dia 2 que durante las horas que iban á seguir, el pueblo de Madrid se haria digno de la gloria de Numancia y Sagunto.

Desde la plaza de Oriente corrió como una chispa eléctrica la noticia del atentado cometido por los secuaces de Murat, y al llegar á los barrios bajos se encontraba José en la calle de Lavapiés.

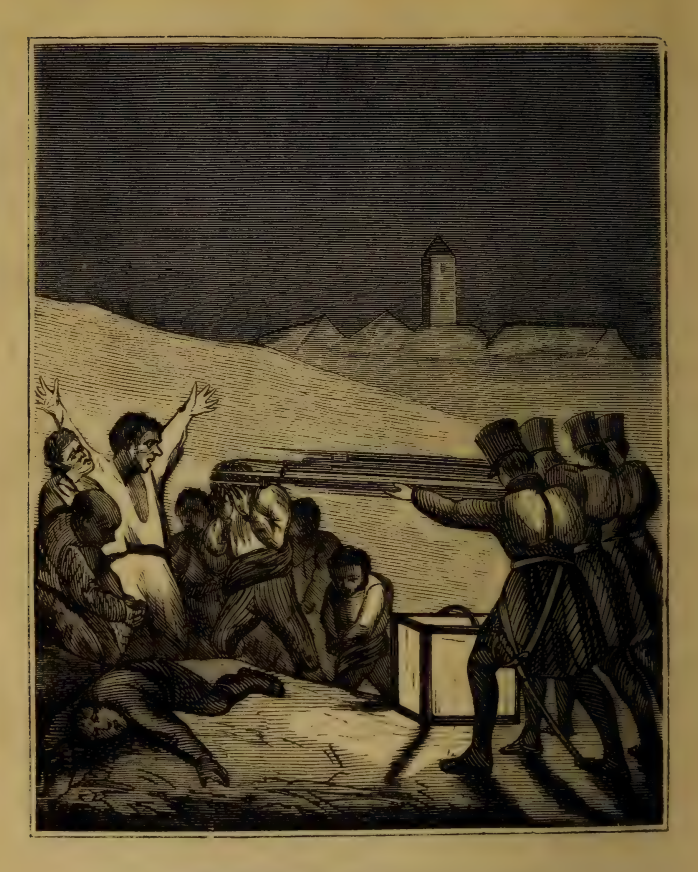
Aquel hombre dominado por una pasion, aquel hombre que al dia siguiente, segun las promesas de Serapia, debia volver á verla, poseido del sentimiento patriótico que embargó todos los ánimos en aquel instante, no pensó en otra cosa más que en ofrecer, como los

demás, el sacrifricio de su vida en holocausto de la independencia de la pátria. El fué el primero que en el barrio de Lavapiés, corriendo de un lado á otro, llamando á sus amigos, recogiendo todas las armas que encontraba, abasteciéndose de municiones, colocándose al frente de un grupo numeroso de manolos, se batió en los alrededores del convento de la Merced y recorrió con su hueste la calle de Toledo y la plaza Mayor hasta las cercanías de palacio.

Aquel grupo de hombres esforzados sembró el terror en las filas del ejército francés, y con navajas, puñales, trabucos, escopetas, pistolas, martillos y garrotes aterraban á los soldados de Murat, y aunque algunos cáyeron, las balas enemigas respetaron á José.

Al llegar á noticia de este la sin igual defensa que Daoiz y Velarde hacian en el parque, acudió con su gente, y con los que sobrevivieron á aquel heróico episodio del drama fué apresado por los franceses al caer la tarde y conducido con unos cuantos al cuartel de guardias de Corps.

En aquellos instantes no le hubieran reconocido los lectores. Durante la refriega se habia destrozado su traje; su rostro, tostado por la pólvora, habia perdido la brillantez y la blancura que le distinguian antes. Desgreñado, desencajado por la ira, y sin formacion de causa, fué conducido en la madrugada del dia 3 á una de las alturas de la montaña del Príncipe Pio y fusilado inícuamente por los soldados del invasor. Pero ni aun entonces decayó su ánimo.



Fusilamientos del 3 de Mayo de 1808.

De rodillas al lado de otros infelices que iban á recibir la muerte, extendiendo los brazos al cielo:

—¡Destruidnos, verdugos, exclamó, que muy en breve nos vengará la España entera!

Aun no habia terminado esta frase, cuando cayó mortalmente herido con los demás que formaban el peloton sentenciado á muerte.

La noticia de estos inícuos atentados circuló por Madrid; los soldados de Napoleon abandonaron los cadáveres, y todas las personas que echaban de ménos algun sér querido acudieron á la montaña del Príncipe Pio para examinar los cadáveres y ver si entre alguno de ellos se hallaban las personas unidas por los más estrechos vínculos á su corazon.

La escena era desoladora; el cielo, como si tomase parte en la profunda tristeza del pueblo de Madrid, estaba encapotado. Soplaba el viento de Guadarrama con la misma fuerza que en el mes de Diciembre.

Entre las infinitas personas que acudieron á la montaña, hubo una que, poseida de una fiebre horrible, buscaba con avidez un rostro conocido entre los de los infelices que yacian en tierra.

Era Serapia.

Al fin y al cabo halló al hombre de cuyo amor y fidelidad estaba plenamente convencida, y al reconocerle se postró de hinojos ante él y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Un instante despues se vió sorprendida por un destacamento de soldados franceses, quienes burlándose de

su aflicción se apoderaron de ella para ofrecerla como una buena presa á su oficial.

Á viva fuerza la conducian hácia el cuartel de Guardias.

Serapia estaba resuelta á morir antes que ser víctima de los inícuos planes de aquellos hombres.

Al estar ya cerca del cuartel pudo escaparse de sus manos y refugiarse en casa de un pintor.

Los soldados entraron en ella, y no solo volvieron á apoderarse de Serapia, sino de todos los que habitaban en dicha casa; pero la jóven habia logrado su intento.

Sin que nadie se apercibiera se apoderó de un frasco que tenia aguarrás, y al acercarse á ella dos soldados para sujetarla, les roció la cara con parte de aquel líquido, y comprendiendo que su belleza era la causa de aquella persecucion, vertió en su rostro una buena cantidad de aguarrás que quedaba todavía en el frasco.

Su heroismo admiró á los circunstantes.

Conducida Serapia al hospital, sucumbió en él al poco tiempo, terminando de esta manera la historia de los dos protagonistas de este episodio.

CAPITULO XLIX.

Recuerdos de la guerra de la Independencia.

I.

Vamos á ofrecer á la consideracion del lector los principales episodios que sirvieron como de prólogo, por decirlo así, al alzamiento en algunas provincias españolas, apenas comprendieron por la pérfida actitud de los soldados de Napoleon y las inícuas alevosías cometidas por su general en jefe con los habitantes de Madrid las miras opresoras de aquel hombre tan grande y tan funesto.

Ya hemos presenciado la heróica jornada del Dos de Mayo.

Despues veremos á los aragoneses hacerse dignos de la gloria inmortal que alcanzaron para su nombre.

Observemos ahora cómo nació el patriotismo en otras provincias y los primeros actos debidos á aquel fuego, á aquel entusiasmo que, despertando á los españoles del letargo en que vivian, los convirtió en héroes.

II.

El mismo dia 2 de Mayo llegó al pueblo de Móstoles, muy próximo á Madrid, la noticia del atentado cometido en la córte por los franceses. El alcalde de aquel pueblo se hizo inmortal, declarando la guerra á los extranjeros, llamando á las armas á todos sus compatriotas para que se opusiesen á los designios del opresor.

Esta breve y enérgica declaracion de guerra fué remitida por el alcalde á todas las provincias, y como chispa eléctrica comunicó á todas ellas el fuego que la habia producido.

III.

«Las mujeres y los niños, dice un historiador, los mozos y los ancianos, arrebatados del fuego patrio, llenos de cólera y rabia, clamaron unánime y simultáneamente por pronta, noble y tremenda venganza.

»Renació España, por decirlo así, fuerte, vigorosa, denodada; renació recordando sus glorias pasadas, y sus provincias conmovidas, alteradas y enfurecidas, se presentaban á la imaginacion como las describia Veleyo Patérculo.

»El viajero que un año antes, prosigue, pisando los anchos campos de Castilla, hubiese atravesado por medio de la soledad y desamparo de sus pueblos, si de

nuevo hubiese vuelto á recorrerlos entonces, viéndolos llenos de gente de afanosa diligencia, con razon hubiera podido achacar á mágica trasformacion mudanza tan extraordinaria y repentina. Aquellos moradores, como los de toda España, indiferentes poco antes á los negocios públicos, salian ansiosamente á informarse de las novedades y ocurrencias del dia, y desde el alcalde hasta el último labriego, horrorizados con las muertes y tropelías del extranjero, prorumpian al oirlas en lágrimas de despecho.

. . . .

»Cuanto mayores é inesperados habian sido los últimos triunfos, más terrible y asombroso fué el público sacudimiento. La historia no nos ha trasmitido ejemplo más grandioso de un alzamiento tan súbito y unánime contra una invasion extraña.

»Como si un premeditado acuerdo, como si una suprema inteligencia hubiera dirigido tan gloriosa determinacion, las más de las provincias se levantaron espontáneamente, casi en un mismo dia, sin que tuviesen muchas noticias de la insurreccion de las otras, y animadas todas de un mismo espíritu exaltado y heróico.»

IV.

Hasta aquí el historiador. Vamos á demostrar la razon que le asiste para expresarse de este modo.

Apenas llegó al noble Principado la noticia de los sucesos del Dos de Mayo, se amotinó el pueblo en Gi-

jon, y no contentándose con esto, apedreó la casa del cónsul francés. No faltó quien hiciera correr el rumor de que aquel desacato habia dado lugar á que se dirigiera desde Madrid á las autoridades de Astúrias órdenes terminantes para castigar á los revoltosos.

Murat trasmitió á todas las provincias el bando que con motivo de la lucha del Dos de Mayo publicó en Madrid.

La Academia territorial, de acuerdo con el jefe militar de la provincia, reprodujo el bando, y este fué el principio del alzamiento en Astúrias. Los estudiantes le iniciaron, y todas las demás clases de la sociedad se apresuraron á secundarle. Sus gritos ensordecian la voz del pregonero.

—¡Viva Fernando VII! ¡Muera Murat! decian, y con sus gritos y su actitud obligaron á las autoridades á retroceder, quedándose sin publicar el bando.

Las personas más influyentes se reunieron para considerar despacio la situacion y ver qué partido deberian tomar.

Nacieron mil escrúpulos, llegando á apoderarse de la mayor parte de los conciliados el temor de que los ejércitos franceses tratasen de tomar venganza de sus acuerdos; pero en aquella ocasion no faltó un hombre de energía, el marqués de Santa Cruz de Marcenado, quien oponiéndose á las medidas contemplativas, exclamó:

—Donde quiera que se levante un hombre contra Napoleon, tomaré un fusil y me pondré á su lado.

No hay para qué decir que sus palabras exaltaron á todos los conciliados.

V.

Murat no quiso enviar allí sus soldados; pero exigió á las autoridades españolas, con quienes se entendia, que acudiesen á sofocar la insurreccion de Astúrias.

El paraje que escogieron para dar el golpe de gracia fué Oviedo. El dia que debia llegar el general La Llave enviado por Murat, fueron llamados á la capital todos los que habitaban en los alrededores, y se encargaron de acaudillar á las masas D. Ramon de Llanes Ponte y D. Manuel de Miranda. Se habia convenido en que la insurreccion empezaria á las once, tocando á rebato las campanas de las iglesias de la ciudad y de las aldeas vecinas. Por una equivocacion no resonó el toque de alarma hasta las doce; pero lo que hicieron los patriotas fué apoderarse de cien mil fusiles que habia en un depósito de la ciudad.

El general La Llave, digámoslo en honra suya, estaba de acuerdo con los sublevados, y pisando la potestad suprema afirmó la rebelion. Al dia siguiente declaró solemnemente la guerra á Napoleon, y el entusiasmo de todos los astures fué asombroso.

No todos los militares que formaban parte de las tropas acantonadas en Astúrias se adhirieron al alzamento; pero los pocos que no lo hicieron llegaron á ser odiados de tal manera, que, para evitar desórdenes

y atropellos, la Junta de armamento y defensa que se nombró en Astúrias resolvió enviarlos fuera de los límites de la provincia. Hallábanse detenidos y los sacaron de la ciudad en un coche. Antes de salir de las puertas, comenzaron á gritar unas mujeres:

—¡Que se marchan los traidores!

Esto bastó para que cundiese la noticia, y los afrancesados cayeron en poder de los revoltosos.

VI.

Acto contínuo los condujeron al campo de San Francisco, extramuros de la ciudad, y los ataron á los árboles, disponiéndose á fusilarlos.

La Providencia quiso que no manchase la limpia página del heroismo asturiano la sangre de aquellos hombres.

Un canónigo corrió al lugar del suplicio, recordó á los que iban á sacrificarlos que no podian morir aquellos hombres sin recibir los Sacramentos; pidió que se los concediera; el pueblo accedió, y de esta manera pudo salvarles.

Los mismos que momentos antes estaban decididos á darles un ejemplar castigo, se alegraron despues de no haber cargado su conciencia con aquel peso.

En Galicia, el pueblo y los soldados fraternizaron, y los jefes que mostraron alguna resistencia sufrieron los efectos de la justicia popular.

Por desdicha, no en todas partes se verificó el alza-

miento sin horrores. El clero fomentó y sostuvo la llama del patriotismo.

A los pocos dias de la insurreccion, corrió la voz de que entraban los franceses en Galicia, y esto produjo graves desórdenes.

En Orense, un hidalgo de Puga mató de un tiro á un regidor en la misma puerta de la Casa consistorial solo porque dijeron que era afecto á los franceses.

Más tarde hubo que lamentar el asesinato del bizarro general Filangieri.

En la provincia de Santander comenzó la insurreccion con el siguiente pretexto: un francés que residia en la ciudad y le llamaban Carreiron, envalentonado porque el mariscal Bessiéres habia enviado tropas francesas á la provincia, hizo ostentacion de su génio díscolo y se permitió dar un azote á un niño.

El padre de la criatura salió, como era natural, á su defensa; la riña atrajo gente; el ódio se manifestó, y todos los que formaban el grupo pidieron á voces que se prendiese, no solo al francés, sino á todos los demás franceses que se hallaban en Santander.

Tocaron á rebato las campanas, los tambores á generala; se dieron vivas á Fernando VII y mueras á Napoleon; en ménos de media hora se armó todo el vecindario, arrestó á los franceses, los condujo á la puerta de San Felipe y se formó la Junta de armamento y defensa del mismo modo que en las otras provincias.

Castilla siguió el ejemplo; pero, por desgracia, en alnas de sus ciudades se cometieron desórdenes.

El gobernador de Ciudad-Rodrigo fué asesinado por la plebe; en Madrigal, el corregidor y algunos alguaciles; en Valladolid fué arrestado D. Miguel de Ceballos, etc.

VII.

En el espacio de dos meses, España entera estuvo armada contra los invasores; pero donde el drama llegó á su mayor desarrollo, donde el más subido patriotismo produjo los horrores más espantosos, fué en Valencia.

Allí hubo héroes y mártires, víctimas y verdugos.

En la madrugada del 23 de Mayo se recibió en Valencia la *Gaceta de Madrid* del dia 20, en la que aparecieron las renuncias de la familia real en la persona del emperador de los franceses.

Solian reunirse las gentes del pueblo en un puesto de la plazuela de las Pasas, y un estudiante se encargaba de leer en alta voz las noticias de la *Gaceta*.

Formaba parte del corro un vendedor de pajuelas llamado *Francisquet*.

Al oir las noticias que leia el estuniante, ardiendo en ira exclamó en el dialecto valenciano:

—¡Mueran los franceses! Valencia les declara la guerra por mi boca.

VIII.

Sus palabras fueron acogidas con entusiastas aplausos. Respondieron á su voz los numerosos oyentes, dice



El pajuelero de Valencia.

el autor de la *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, y corriendo con la velocidad del rayo, se repitió el mismo grito hasta en los más apartados lugares de la ciudad. Se aumentó el clamoreo agrupándose miles de personas, y acudieron en tropel á la casa del capitan general, que lo era el conde de la Conquista. En vano intentó este apaciguarlos con muchas y atentas razones. El tumulto arreció, y en la plazuela de Santo Domingo mostráronse sobre todo los amotinados muy apiñados y furiosos.

Faltábales caudillos, y allí por primera vez se les presentó el P. Juan Rico, religioso franciscano, el cual, resuelto, fervoroso, perito en la popular elocuencia y resguardado con el hábito, que le santificaba á los ojos de la muchedumbre, unia en su persona poderosos alicientes para arrastrar tras sí á la plebe, dominarla é impedir que enervase esta su fuerza con el propio desórden.

Arengó brevemente al innumerable auditorio, le indicó la necesidad de una cabeza, y todos le escogieron para que llevase la voz. Excusóse Rico, insistió el pueblo, y al cabo, cediendo aquel, fué llevado en hombros desde la plazuela de Santo Domingo al sitio en que el Real Acuerdo celebraba sus sesiones. Hubo entre los individuos de esta corporacion y el P. Rico largo coloquio, esquivando aquellos condescender con las peticiones del pueblo, y persistiendo el último tenazmente en su invariable propósito. Acalorándose con la impaciencia los ánimos, asintieron las autoridades á lo que

de ellas se exigía, y se nombró por general en jefe del ejército que iba á formarse al conde de Cervellon, grande de España, propietario rico del país, aunque falto de las raras dotes que semejante mando y aquellos tiempos turbulentos reclamaban imperiósamente. Como el de la Conquista y el Real Acuerdo se habian sometido con repugnancia á tamaña resolucion, procuráron escudarse con la violencia, dando subrepticiamente parte á Madrid de lo que pasaba, y pidiendo con ahinco un envío de tropas que los protegiese. El pueblo, ignorante de la doblez, se recogió tranquilamente á sus casas la noche del 23 al 24. En ella habia tratado de sobornar á Rico el arzobispo, ofreciéndole una cuantiosa suma si queria desamparar á Valencia. Este pacto no se llevó á efecto por la honrosa repulsa del solicitado; se despertaron entonces los recelos, y en acecho los principales promovedores del alboroto, prepararon otro mayor para la mañana siguiente.

IX.

Rico se habia albergado aquella noche en el convento del Temple en el cuarto de un amigo. Muy temprano, y á la sazon en que el pueblo empezó á conmoverse, fué á visitarle el capitan de Saboya, D. Vicente Gonzalez Moreno, con dos oficiales del propio cuerpo. Era de importancia su llegada, porque además de aunarse así las voluntades de militares y paisanos, tenía Moreno amistad con personas de mucho influjo en el

pueblo y huerta de Valencia, tales eran D. Manuel y D. Mariano Beltrán de Lis, quienes de antemano juntábanse con otros á deplorar los males que amenazaban á la pátria, pagaban gente que estuviese á su favor, y atizaban el fuego encubierto y sagrado de la insurreccion. Conformes en sentimientos Moreno y Rico, meditaron el modo de apoderarse de la Ciudadela.

Un impensado incidente estuvo entre tanto para envolver á Valencia en mil desdichas. La serenidad y valor de una dama lo evitó felizmente; habíase empeñado el pueblo en que se leyesen las cartas del correo que iba á Madrid, y en vano se cansaron muchos en impedirlo; la balija que las contenia fué trasportada á casa del conde de Cervellon, y á poco de haber comenzado el registro se dió con un pliego, que era el duplicado del parte arriba mencionado, y en el que el Real Acuerdo se disculpaba de lo hecho y pedia tropas en su auxilio. Viendo la hija del conde, que presenciaba el acto, la importancia del papel, con admirable presencia de ánimo al intentar leerle le cogió, rasgóle en pedazos, y sin turbarse arrostró el furor de la plebe amotinada. Esta, si bién colérica, quedó absorta y respetó la osadía de aquella señora, que preservó de la muerte á tantas personas. Accion digna de eterno loor.

X.

En el mismo dia 24 y conforme á la conmocion preparada, pensaron Rico, Moreno y sus amigos en enseñorearse de la Ciudadela. Con pretexto de pedir armas

para el pueblo, se presentaron en gran número delante del Acuerdo, y como este contestase, segun era cierto, que no las habia, exigieron los amotinados para cerciorarse con sus propios ojos que se les dejase visitar la Ciudadela, en donde debian estar depositadas. Se concedió el permiso á Rico con otros ocho; pero llegados que fueron, todos entraron de monton, pasando á su bando el baron de Rus, que era gobernador. Gran brio dió este suceso á la revolucion, tanto que sin resistencia de la autoridad se declaró el dia 25 la guerra contra los franceses, y se constituyó en seguida una Junta numerosísima en que andaba mezclada la más elevada nobleza con el más humilde artesano.

La situacion, empero, de Valencia hubiera sido muy peligrosa, si Cartagena no la hubiese socorrido con armas y pertrechos de guerra. Estaba en esta parte tan exhausta de recursos, que aun de plomo carecia; pero para suplir tan notable falta empezó igualmente la fortuna á soplar con próspero viento. Por singular dicha arribó al Grao una fragáta francesa cargada con 4.000 quintales de aquel metal, la cúal, sin noticia del levantamiento, vino á ponerse á la sombra de las baterías del puerto, dándole caza un corsario inglés. A la entrada fué sorprendida y apresada, y se envió á su contrario, que bordeaba á la banda de fúerza, un parlamento para comunicarle las grandes novedades del dia y confiarle pliegos dirigidos á Gibraltar. En esta doble y feliz casualidad vió el pueblo la mano de la Providencia y se ensanchó su ánimo alborozado.

XI.

Hasta ahora, en medio del conflicto que había habido entre las autoridades y los amotinados, no se había cometido exceso alguno. Sospechas nacidas del caso empezaron á empañar la revolucion valenciana y acabaron al fin por ensangrentarla horrorosamente.

D. Miguel Saavedra, baron de Albalat había sido uno de los primeros nombrados de la Junta para representar en ella á la nobleza. Mas reparándose que no asistía, se susurró haber pasado á Madrid para dar en persona cuenta á Murat de las ruidosas asonadas: rumor falso é infundado. Solamente habia de cierto que el baron, odiado por el pueblo desde años atrás, en que como coronel de milicias decíase haber mandado hacer fuego contra la multitud opuesta á la introduccion y establecimiento de aquel cuerpo, creyó prudente alejarse de Valencia mientras durase el huracan que la azôtaba, y se retiró á Buñol, siete leguas distante. Su ausencia renovó la antigua llaga, todavía no bien cerrada, y el espíritu público se encarnizó contra su persona. Para aplacarle ordenó la Junta que, pues había rehusado acudir á sus sesiones. se presentase arrestado en la Ciudadela. Obedeció, y al tiempo que el 29 de Mayo regresaba á Valencia, se encontró á tres leguas en el mar del Poyo con el pueblo, que impaciente habia salido á aguardar el correo que venía de Madrid. Por una ciega coincidencia, el de Albalat y el correo llegaron juntos, con

lo cual tomaron cuerpo las sospechas. Entonces, á pesar de sus vivas reclamaciones, cogiéronle y le llevaron preso. A media legua de la ciudad se adelantó á protegerle una partida de tropa al mando de D. José Ordoñez, quien á ruegos del baron, en vez de conducirle directamente á la Ciudadela, torció á casa de Cervellon, estravío que en parte coadyuvó á la posterior catástrofe, extendiendo la voz de su vuelta, y dando lugar á que atizase el encono público y aun el privado. Entró en aquellos umbrales amargado ya por los puñales de la plebe: aceleró hácia allí sus pasos el P. Rico, y vió al baron tendido sobre un sofá, pálido y descaecido. El infeliz se arrojó á los brazos de quien podía ampararle en su desconsuelo: y con trémulo y penetrante acento le dijo: «Padre, salve Vd. á un caballero, que no ha cometido otro delito que obedecer la órden de que regresara á Valencia.»

Rico se lo prometió, y contando para ello con la ayuda de Cervellon, fué en su busca; pero este, no menos atemorizado que el perseguido, se había metido en la cama con el simulado motivo de estar enfermo, y se negó á verle y á favorecer á un desgraciado con quien le enlazaba antigua amistad y deudo. Ruin villanía y notable contraposicion con el valor é intrepidez que en el asunto de las cartas había mostrado su hija.

Entonces el P. Rico, pidiendo el público desaforadamente la cabeza del baron, determinó con intento de salvarle que se le trasladase á la Ciudadela, metiéndole en medio de un cuadro de tropa mandado por Moreno.

Sin que fuese roto por los remolinos y oleadas de la turba, consiguieron llegar al pedestal del obelisco de la plaza. Allí al fin forzó el pueblo el cuadro, penetró por todos lados, y sordo á las súplicas y exhortaciones de Rico, dieron de puñaladas en sus propios brazos al desventurado baron, cuya cabeza, cortada y clavada en una pica, la pasearon por la ciudad. Difundióse en toda ella un terror súbito, y la nobleza, para apartar, toda sospecha, aumentó sus ofrecimientos y formó un regimiento de caballería de individuos suyos, que no deslucieron el esplendor de su cuna en empeñadas acciones.

XII.

Triste y doloroso como fué el asesinato del baron de Albalat, desaparece á la vista de la horrorosa matanza que á pocos dias tuvo que llorar Valencia, y á cuyo recuerdo la pluma se cae de la mano.

Como si esto no fuera bastante, despues del heroísmo inspirado por el sentimiento de independencia, produjo el fanatismo resultados espantosos.

El pueblo fué grande: sus caudillos inícuos.

La plebe frenética, dice un historiádor, la autoridad popular floja por sí misma y aterrada en crísis tan lamentable, las armas en poder del populacho, los hombres más incultos y sanguinarios derramados á todas horas por la ciudad, los fanáticos labradores corriendo á la voz de venganza contra los impíos franceses, todo

presagiaba una catástrofe: en tan angustioso estado, y cuando habían sido encerrados en la Ciudadela para preservarlos del hacha de sus verdugos más de cuatrocientos franceses que pacíficamente ejercian la industria y el comercio, presentóse en la ciudad D. Baltasar Calvo, canónigo de San Isidro de Madrid, hombre furibundo y travieso, hipócrita y apasionado admirador de los jesuitas.

Empapado en las máximas de sangre y destruccion, mónstruo con figura humana, representando en los templos indignas farsas de devocion y arrobamiento, y forastero, en fin, captóse el respeto de todos los asesinos, con quienes trabó estrechas relaciones. Comenzó el tumulto con el saqueo de las casas de comercio de los franceses, desde cuyos balcones tiraban á las calles ricos géneros de seda y lana, amontonándolos en la plaza del Mercado y de la puerta Nueva. Así desaparecieron inmensas fortunas, pasando centenares de familias de la opulencia á la miseria. Invadida despues la Ciudadela por sus satélites, difundido el rumor de que un ejército del imperio habia salido de Madrid y cruzando por la provincia de Cuenca se encaminaba á las márgenes del Túria, aparecio Calvo, cual otro Maillard en París, á la cabeza de los bebedores de sangre de Setiembre.

XIII.

«No, la naturaleza no habia criado tantos mónstruos para un solo dia, dice el elocuente Thiers. ¡Unicamen-

te el espíritu de partido puede extraviar tantos hombres á un mismo tiempo! ¡Triste leccion para los pueblos! ¡Creen en los peligros, juzgan que es preciso vencerlos, lo repiten, se enfurecen, y mientras que unos proclaman con ligereza que es necesario herir, otros hieren con sangrienta audacia!» Las comunidades de religiosos con el Santísimo Sacramento y las imágenes más veneradas corrieron á la Ciudadela á contener con su presencia la efusion de sangre; en vano ruegan y ponen ante los ojos de la embriagada multitud los objetos sagrados de la religion; el canónigo les incita con sus gritos de tigre á no soltar la presa, que ya devoraban con sus ojos. La imaginacion se asombra y el alma se estremece contemplando allí aquella lucha de los asesinos con los ministros del culto, y del Dios del cristianismo con el demonio de la destruccion. Oigamos cómo la pinta un contemporáneo testigo de vista: «No hay confesion. A pesar de esta voz sacrílega, que descendiendo de lo alto del baluarte llenó de escándalo y terror hasta el mismo vicio, la religion y la piedad emplearon toda su eficacia para que se les permitiera confesar. Confiésanse, en efecto, pero apenas se levantan de los piés del confesor, cuando cada uno de aquellos verdugos agarra su víctima y clava en ella repetidas veces el fiero puñal. Formábanse bien pronto montones de cadáveres, y todo nada en sangre. Cuantos, á su pesar, son espectadores de aquella horrorosa tragedia, todos experimentan en su alma los más vivos efectos de compasion y de ternura; la naturaleza

se queja del ultraje que se les hace con un suplicio que riega de sangre el pavimiento de aquellas estancias; los mismos asesinos, agitados de un estremecimiento involuntario, parece que se interesan á favor de aquellos infelices; solo el canónigo los ve sin estremecerse.» Y más adelante: «Pero en tanto que pasaba esto, los asesinos, cuyos brazos movian á la imperiosa voz del canónigo, sacan de la Ciudadela los ciento cincuenta y tres franceses que pudieron salvarse aquella noche tan á costa de los religiosos, con el pretexto de conducirlos á las torres de la puerta de Cuarte y tenerlos allí más seguros. Habíalo decretado así aquel inhumano jefe para llevar adelante sus ideas sanguinarias, y este decreto era irrevocable. En vano se le habia intentado persuadir que aquella conduccion era arriesgada entonces, porque la gente feroz que andaba á su rededor todavía respiraba estragos y el fuego de su cólera no estaba aun bien apagado; en vano se le dijo que la suspendiese hasta la noche, cuando el furor tal vez habria calmado ya; aquella alma inflexible, aquel hombre desapiadado, en cuya naturaleza de hierro no hacian mella los halagos ni las blanduras, no quiso ceder á las dulces reconvenciones de la humanidad. De hecho, la carnicería se multiplica, pues los sayones, á quienes bárbaramente habian encargado la conduccion bajo la equívoca promesa de perder antes sus vidas que permitir á nadie que los matase, apenas se ven fuera de los muros y llegan junto á la plaza de los toros, se avalanzan á la presa que anticipadamente devoraban con

sus miradas, y hacen el destrozo más bárbaro y cruel que pueda caber en la imaginacion.»

XIV.

El número de las víctimas inmoladas ascendió á cuatrocientos. La historia no ofrece en sus páginas un espectáculo tan atroz, porque el único delito que se les imputaba, horroriza el decirlo, era haber visto la luz en Francia, aun cuando hubiesen dado claras y patentes pruebas de no participar de las ideas que servian de base á la conducta del jefe de sú nacion. Concluida la horrible matanza, presentáronse los asesinos á entregar los relojes y alhajas de que habian despojado á los muertos, y pidieron la paga de su trabajo para parecerse en esto tambien á los setembristas de Maillard. El magistrado D. José Manescau mandó al escribano dar á cada uno treinta reales, con la condicion de inscribir sus nombres y pueblos donde vivian para poder presentar la cuenta de la cantidad invertida. Pareciόle este un ingenioso pensamiento para descubrir á los verdugos, sin ocurrirle que muchos infelices, atraidos por el cebo de la recompensa, acudirian á recogerla, suponiéndose matadores de los franceses. Y cuando sosegada la ciudad, preso el canónigo Calvo y sentenciado al patíbulo, se pensó en vengar la ley ultrajada, formóse un tribunal de seguridad pública, compuesto de tres magistrados, para que juzgase á los reos que habian cometido tantos horrores en la Ciudadela.

La anarquía se habia apoderado de la patria é invadido hasta el santuario de las leyes. En vez de emplear las formas legales, servia de única é irrecusable prueba la inscripcion en la lista de que hemos hablado; á las dos horas de haber sido preso un desgraciado, ya no existia; sin defensa, sin pruebas, sin justificar siquiera la identidad de la persona. Hombre hubo que sentado ya en el suplicio, fué preguntado por su nombre; y conocido el error, se le desató y puso en libertad. ¡Desventurado! Ya habia sufrido la muerte, puesto que habia padecido sus mortales agonías. Así perecian agarrotadas veinte ó más personas cada noche en la cárcel, y al dia siguiente amanecian suspendidas de las horcas en las plazas públicas. Un sacerdote que confesaba á los reos, horrorizado con la muerte de algunos inocentes, acudió al tribunal, solicitó más detenimiento, más justicia; pero fueron despreciados sus ruegos y se le impuso silencio. Trescientos individuos de la sociedad fueron ajusticiados de este modo arrebatado é ilegal; á nosotros nos aterrorizan más los asesinatos jurídicos que los puñales del vulgo.

XV.

Borremos la impresion de estos recuerdos con una de las páginas más brillantes de la historia del patriotismo.

Dos cartas, una del general Sebastiani á Jovellanos, y otra de este á aquel, reproducidas aquí, serán el tes-

timonio vivo y el ejemplo elocuente de lo que era España á los ojos de los usurpadores y de lo que pensaban los españoles de corazon y de talento.

«Señor: La reputacion de que gozais en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la patria, el deseo que manifestais de verla feliz, deben haceros abandonar un partido que solo combate por la Inquisicion, por mantener las preocupaciones, por el interés de algunos grandes de España y por los de Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer aumentar las desgracias de la España. Un hombre cual vos sois, conocido por su carácter y sus talentos, debe saber que la España puede esperar el resultado más feliz de la sumision á un rey justo é ilustrado, cuyo génio y generosidad deben atraerle á todos los españoles que desean la tranqnilidad y prosperidad de su patria. La libertad constitucional bajo un gobierno monárquico, el libre ejercicio de vuestra religion, la destruccion de los obstáculos que varios siglos hace se oponen á la regeneracion de esta bella nacion, serán el resultado feliz de la Constitucion que os ha dado el génio vasto y sublime del emperador. Despedazados con facciones, abandonados por los ingleses, que jamás tuvieron otros proyectos que el de debilitaros, el robaros vuestras flotas y destruir vuestro comercio, haciendo de Cádiz un nuevo Gibraltar, no podeis ser sordos á la voz de la patria, que os pide la paz y la tranquilidad. Trabajad en ella de acuerdo con nosotros y que la energía de España solo se emplee desde hoy en cimentar su verdadera fe-

licidad. Os presento una gloriosa carrera; no dudo que acojais con gusto la ocasion de ser útil al rey José y á vuestros conciudadanos. Conoceis la fuerza y el número de nuestros ejércitos; sabeis que el partido en que os hallais no ha obtenido la menor vislumbre de suceso; hubiérais llorado un dia si las victorias le hubieran coronado; pero el Todopoderoso en su infinita bondad os ha libertado de esta desgracia.

»Estoy pronto á entablar comunicacion con vos y daros pruebas de mi alta consideracion.—HORACIO SEBASTIANI.»

XVI.

Hé aquí ahora la respuesta de Jovellanos:

«Señor general: Yo no sigo un partido; sigo la santa y justa causa que sigue mi pátria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla, y que todos hemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendeis, por la Inquisicion, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España: lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religion, nuestra Constitucion y nuestra independencia. Ni creais que el deseo de conservarlos esté distante del de destruir los obstáculos que puedan oponerse á este fin; antes por el contrario, y para usar vuestra frase, el deseo y el propósito de regenerar la España y levantarla al grado de esplendor

que ha tenido algun dia, es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones. Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera reconozcan que la misma nacion que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su rey y su libertad contra una agresion tanto mas injusta cuanto menos debía esperarla de los que se decian sus primeros amigos, tiene tambien bastante celo firmeza, y sabiduría para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrorosa suerte que le preparaban. No hay alma sensible que no llore los atroces males que esta agresion ha derramado sobre unos pueblos inocentes, á quienes despues de pretender denigrarlos con el infame tituto de rebeldes, se niega aun aquella humanidad que el derecho de la guerrra exige y encuentra en los más bárbaros enemigos. Pero ¿á quién serán imputados estos males? ¿A los que los causan violando todos los principios de la naturaleza y la justicia, ó á los que lidian generosamente para defenderse de ellos y alejarlos de una vez y para siempre de esta grande y noble nacion? Porque, señor general, no os dejeis alucinar; estos sentimientos que tengo el honor de expresaros son los de la nacion entera, sin que haya en ella un solo hombre bueno, aun entre los que vuestras armas oprimen, que no sienta en su pecho la noble llama que arde en el de sus defensores. Hablar de nuestros aliados fuera impertinente si vuestra carta no me obligase á decir en honor suyo que los propósitos que les atribuís son tan injuriosos como ajenos de

la generosidad con que la nacion inglesa ofreció su amistad y sus auxilios á nuestras provincias, cuando desarmadas y empobrecidas las imploramos desde los primeros pasos de la opresion con que la amenazaban sus amigos.

»En fin, señor general, yo estaré muy dispuesto á respetar los humanos y filosóficos principios que segun nos decís profesa nuestro rey José, cuando vea que ausentándose de nuestro territorio reconozca que una nacion, cuya desolacion se hace actualmente á su nombre por vuestros soldados, no es el teatro más propio para desplegarlos. Este sería ciertamente un triunfo digno de su filosofía; y vos, señor general, si estais penetrado de los sentimientos que ella inspira, debereis gloriaros tambien de concurrir á este triunfo, para que os toque alguna parte de nuestra admiracion y nuestro reconocimiento. Solo en este caso me permitirán mi honor y mis sentimientos entrar con voz en la comunicacion que me proponeis si la Suprema Junta central lo aprobase. Entre tanto, recibid, señor general, la expresion de mi sincera gratitud por el honor con que personalmente me tratais, seguro de la consideracion que os profeso.

Sevilla 24 de Abril de 1809.—Gaspar de Jovellanos. —Exmo. Sr. General Horacio Sebastiani.»

CAPITULO L.

La inmortal Zaragoza.

I.

Hablemos de Zaragoza inmortal.

Los sucesos acaecidos en la ciudad con motivo de haber sido atacada y sitiada con el mayor empeño por el numeroso ejército de tropas francesas, son de tal naturaleza que exceden á cuantos presenta la historia.

Hélos aquí brevemente narrados por un testigo ocular en un notable manuscrito que se halla en mi poder.

El 17 de Mayo, á las doce y cuarto del dia próximamente, se divisó una nube que figuraba una blanca y hermosa palma, que, destacándose de un fondo azulado, y no ofreciendo á su alrededor sino otras pequeñas nubecillas, descubria con toda claridad la configuracion más concreta y de bastante extension.

Conmovióse todo el pueblo á la vista de aquel admirable espectáculo, y aunque se hubo disipado la nube, se redoblaron las súplicas, y la devocion, siempre viva en alma de los zaragozanos, tomó incremento, manifestando en aquella noche los fieles su gratitud con pú-

blicas y solemnes rogativas cual no se habian visto jamás.

Este suceso merece un detenido exámen para satisfaccion de las almas piadosas y confusion de las incrédulas.

II.

Hubo quien observó la nube, que, como ya hemos dicho, figuraba una palma desde el templo de Nuestra Señora del Portillo hasta el de la Vírgen del Pilar.

Por fin se disipó, habiendo sido su duracion de media hora.

Todos los que observaron la nube prorumpieron en un grito unánime:

—¡Es un milagro que se anuncia! dijeron.

Sin embargo, como la plebe está acostumbrada á hacer cierto abuso de una voz tan respetable, no faltó quien indicase que podia ser un fenómeno, aunque no dejaba de sorprender su aparicion.

Pero comprobado todo con lo ocurrido posteriormente, nadie ha dejado de confesar á boca llena que María quiso dar á entender á los zaragozanos su proteccion por medio de aquel anuncio, y asegurarles la victoria que tan gloriosamente lograron sobre sus enemigos.

En breve cundió la voz de tan singular acontecimiento hasta por los ángulos más remotos, y el pueblo siguió en sus oraciones sin comoverse.

Ocho dias despues, se vió á los paisanos dirigirse al

palacio del capitan general D. Jorge Juan de Guillelmi, y con la mayor armonía, aunque con intrepidez, pidieron las armas que se hallaban cerradas en el castillo de la Aljafería.

El 21 de Mayo se recibió en Zaragoza la órden para el nombramiento de diputados que debian ir á Bayona.

El 22 se notaron ya ciertas reuniones en los parajes más públicos, que indicaban ya lo que iba á suceder.

El 24 estaba la casa de Administracion de Correos, calles y plazas inmediatas cubiertas de un inmenso gentío.

En el momento en que se divulgó la violenta renuncia de Fernando VII, que traia la *Gaceta* de Bayona, sacó un estudiante su escarapela, y colocándola en el sombrero, exclamó:

—Está visto; el que quiera que me siga.

Y deteniéndole un artesano que escuchaba la lectura de la *Gaceta*, gritó:

—Vive Dios, que este negocio se ha de terminar con el puñal en una mano y el rosario en la otra.

III.

En breve todos se hallaron poseidos de iguales sentimientos y se dirigieron al palacio del capitan general, quien accedió por fin á las aclamaciones de la multitud, y fué conducido en brazos del pueblo al castillo donde se hallaban las armas.

Era tal el entusiasmo y calor del pueblo, que los que no pudieron tomar armas sacaron los cañones y cureñas, y en pocas horas montaron un sin número de piezas de artillería, operacion que en otras circunstancias hubiera costado muchos miles á un soberano; pero que por efecto del amor patrio fué ejecutada en poquísimo tiempo por aquella multitud ávida de gloria.

Los campesinos miraban con cierta complacencia aquellos instrumentos inventados para la destruccion de la humanidad, y los custodiaban con la exactitud que pudieran hacerlo los soldados mejor disciplinados.

Pasado el primer momento de efervescencia, observaron que les faltaba un jefe para dirigirles, pues sin él estaban seguros de que sus esfuerzos serian poco ménos que inútiles. En semejante estado todos aclamaron á Palafox, corriendo á buscarle y á prestarle sus homenajes.

Hallábase bien ajeno, por cierto, de tal nombramiento el Sr. D. José Palafox y Melci; pues retirado del bullicio de la córte, y sorprendido con lo que habia presenciado en Bayona, no hacia sino llorar en su retiro los males que auguraba para su amada patria; queria salvarla, pero como por sí solo le era imposible, se resignó á sufrir, presa de la más negra melancolía con el propósito de pasar el resto de sus dias en la torre llamada de la Alfranca.

De improviso vió llegar una tropa de paisanos armados, que con indescriptible alegría le rodearon, y

haciéndole saber cuál era la voluntad general, le proclamaron por su general y protector.

Palafox les hizo breves y profundas reflexiones sobre lo arriesgado del empeño, sobre la diversidad de padéceres, que podrian ocasionar una sedicion siempre odiosa, y por último les recordó la existencia de su antiguo general y aun la de su lugarteniente D. Cárlos Mori.

A pesar de cuantas reflexiones y argumentos empleó Palafox nada pudo convencer á la agitada muchedumbre, que se apoderó de él conduciéndole á la capital con festivas aclamaciones.

Palafox repitió de nuevo los graves inconvenientes que llevaba consigo una empresa superior á sus fuerzas, y propuso que se hiciese la eleccion por las autoridades y que estas señalasen una persona de su completo agrado.

Consiguió por fin que se reunieran los magistrados, y en el acuerdo general que se celebró en el dia de la Ascension procuró con enérgicas razones evadirse de un cargo tan delicado, expresando que por mucho que se esmerase en su cumplimiento nunca estaria á cubierto de la maledicencia, dispuesta siempre á turbar el órden y sembrar la discordia entre gentes que, por lo comun, se dejan llevar de las primeras impresiones.

Pero esta nueva resistencia de Palafox tampoco logra, no ya convencer á los zaragozanos, sino ni siquiera acallar por un instante la unánime aclamacion.

La delicadeza del negocio exigia una larga discusion, pero el inmenso gentío que esperaba con ánsia en la

plaza de la Seo y en las puertas de la Real Audiencia, no pudiendo contener su entusiasmo ni tolerar la pérdida de aquel tiempo precioso, empezó á demostrar su impaciencia con rumores que no dejaron de alarmar á algunas personas sensatas, las cuales, con objeto de evitar cualquier incidente, propusieron á los demás que subirian en comision á hacer presente la inquietud del pueblo al Real Acuerdo.

IV.

La proposicion fué aceptada.

Algunos sugetos distinguidos pidieron audiencia, que les fué concedida, y manifestaron que el pueblo estaba algun tanto conmovido esperando la decision; que el deseo general reclamaba á Palafox y que desearian poder anunciarles en breve que quedaba formalmente reelegido.

Poco tardaron en tener esta satisfaccion.

El grato nombre del nuevo jefe voló de boca en boca, y mil vivas acordes resonaron por todas partes.

Valvió Palafox á su casa rodeado de los magistrados y seguido de la muchedumbre, que redoblaba sus demostraciones de júbilo.

Inmediatamente dió las órdenes más eficaces con varios manifiestos que indicaban bien el fuego y entusiasmo de que estaba poseido.

V.

Por no cansar á los lectores omitimos el que en 31 de Mayo dirigió á los valientes aragoneses.

Baste saber que todos ellos excitaron más y más el ardor de los zaragozanos, que rayaba en frenesí.

De improviso apareció un sin número de gentes con su escarapela encarnada, que era la divisa abrazada por todos.

En aquella tarde, desde el niño hasta el anciano todos quedaron hechos militares, dispuestos á derramar su sangre por su religion, por su patria y por su rey, y la multitud acudió en tropel al castillo para ver los cañones que el paisanaje habia extraido de la Aljafería y que custodiaba con tanta exactitud.

Era tal la impaciencia de los zaragozanos, que muchos valientes sintieron hervir su sangre y ambicionaban el momento de la lucha.

Entre tanto Palafox se ocupaba sériamente en la árdua empresa á que el cielo le destinaba, y conociendo las dificultades que tenia que superar en tan críticas circunstancias, no perdió un solo momento y tomó desde luego las disposiciones necesarias.

Dispuso, entre otras cosas, la convocacion de Córtes del reino y habiéndose despachado la circular se celebraron estas el dia 9 de Junio, aprobándose en ellas lo ejecutado y resolviéndose proclamar á Fernando VII con la debida solemnidad.

No se omitió trabajo alguno para organizar las tropas y poner la capital en estado de defensa.

Formáronse desde luego tercios de valientes aragoneses, que, ansiosos de volar al campo del honor, se instruyeron en el manejo de las armas y salieron en breve para las ciudades de Tarazona, Calatayud, Daroca y demás puntos, en número de cuatro ó cinco mil, para frustrar los planes del enemigo, y opònerse á su paso devastador.

VI.

Continuamente llegaban de los pueblos circunvecinos á Zaragoza miles de entusiastas patricios, á quienes se armába sobre la marcha.

Cuando se trataba de darles instruccion y arreglar otras mil cosas necesarias, se supo que habian salido con direccion á Zaragoza algunas tropas francesas, que se aproximaban á marchas dobles y que muy pronto llegarían á Túdela.

Partieron varias compañías á aquella ciudad, bastantes para haber hecho una vigorosa defensa si hubieran hallado buena acogida; pero, por desgracia, sus habitantes no solo yacian en la indolencia, sino que, supeditados por jefes tal vez envilecidos por la intriga, se vieron en la dura necesidad de sofocar tan nobles sentimientos.

Sin embargo, algunos paisanos, amantes de su honor, supieron, leales cuando menos, evitar la ruina de los que acudian de Zaragoza.

Circulaban las noticias con una rapidez increible, y en el instante se supo que parte de las tropas enemigas habia pasado á Tarazona, cuyos naturales, no pudiendo defenderse por haber salido las suyas á unirse con las de Tudela, se vieron en la triste precision de ceder.

VII.

Entraron los franceses con su acostumbrado orgullo, y despues de haber destrozado las pocas armas que hallaron, dejándolos indefensos, de guerreros se convirtieron en traficantes, y se vió á los vencedores de Marengo hacer plaza y vender los trajes y ropas que tranquilamente y á placer robaron á sus aliados de Tudela.

Esta conducta, propia tan solo de salteadores, sirvió ya para dar á los zaragozanos una idea del carácter de sus enemigos.

Consternáronse los habitantes de Zaragoza al ver frustrados los primeros pasos y al reflexionar que con la rapidez del rayo iban á descargarse sobre ellos los franceses.

VIII.

En la noche del 13 de Junio, noche de horror y espanto, que no se borrará tan fácilmente de la memoria de los héroes zaragozanos, á las doce se oyó tocar ge-

nerala con la campana de la torre Nueva, cuyo sonido difundía un terror pánico.

De repente se vió ir, venir y moverse en todas direcciones á millares de personas, dirigiéndose unas al depósito de las armas y pidiéndolas con el mayor empeño, y otras á disponer lo necesario para una pronta expedicion.

Los pasos silenciosos de unos y otros, el ruido de los carros y los caballos, el estrépito de las armas, todo formaba una tétrica é imponente escena.

Una vez dispuestos, se reunieron en el campo llamado del Sepulcro, extramuros de la ciudad, y allí se encontraba al mozo junto al anciano, al soltero junto al padre de familia, al eclesiástico y al religioso.

Era un cuadro á la vez que imponente arrebatador y lleno de encanto.

Elegidos sus jefes, se distribuyeron de la mejor manera posible las compañías.

Dióse la señal y S. E. partió al frente de todos á las inmediaciones de Alagon.

Como la mayor parte de los que se reunieron para esta jornada eran personas mayores y bien acomodadas, y otras que por su nacimiento, educacion y costumbres no tenian la suficiente robustez, llegaron casi exánimes y agobiados por el calor.

Una parte de caballería del regimiento de dragones que se habia destacado para la descubierta, aseguró á los fatigados zaragozanos que podian descansar porque el enemigo estaba distante; pero cuando, confia-

dos en semejantes palabras, se iban á entregar á un ligero descanso para organizarse, se distinguió el ejército francés, el cual, desplegándose en toda la línea, no les dió lugar para defenderse, por lo que fué preciso, despues de una pequeña escaramuza, evitar un nuevo encuentro.

En este suceso, más desgracias ocasionó la premura de la partida, que por la reunion de hechos posteriores se ha visto que fué suscitada por algunos tumultuarios, que la destreza del grande ejército.

No dejó este de exagerar el suceso, pues los franceses se alimentan con las descripciones pintorescas y desconocen la verdad, pero bien pronto quedó confundida su altanería.

IX.

Se hallaba Zaragoza á la sazon como un desierto.

Reinaba en sus calles y plazas el silencio más profundo.

Las infelices esposas y madres no esperaban sino que se les noticiase la muerte de sus maridos y de sus hijos.

Amaneció el dia 15, y S. E., herido como estaba por un acaso, previendo una fatal consecuencia, á las nueve de la mañana, enarbolando una bandera blanca con la efigie de Nuestra Señora del Pilar, salió á reunirse con sus tropas dispersas, por si llegaba á ser invadida la capital.

Para formarse una idea, aproximada siquiera, de los

maravillosos sucesos ocurridos en el dia más célebre que pueden contar los zaragozanos, se hace indispensable referir aquí lo que constituia sus preparativos de defensa.

X.

Nadie ignora que esta ciudad se halla rodeada de hermosísimos paseos, que en varias calles ofrecen halagüeñas perspectivas; muchos edificios, ya de conventos, ya de torres y caseríos particulares; que estaba llena de flancos, que consistian en débiles tapiales; que sus puertas no eran de gran sesistencia, y que ofrecia mil puntos accesibles y peligrosos, para cuya custodia se hubieran necesitado ejércitos enteros.

En aquella mañana se cerraron á la parte del Ebro las puertas llamadas del Sol y de San Ildefonso hácia el Oriente, y la Quemada hácia el Mediodia junto al rio Huerva.

Las de Santa Engracia, Cármen, Portillo, Sancho y Angel permanecieron abiertas.

A la parte interior de sus umbrales habia uno ó dos cañones y algun obus, sin trincheras, fosos ni fortificacion alguna.

Como que la colocacion de estos cañones era obra del paisanaje, se divisaban dos en la plaza del Pilar junto á la puerta superior del templo metropolitano, tres en el Mercado, uno en la calle de Predicadores y así esparcidos por dentro del pueblo sin direccion.

Observado esto por algunos buenos patricios se hizo presente al ilustrísimo Ayuntamiento, quien comisionó á tres de sus iddividuos para que persuadiesen al pueblo, como lo hicieron, de la mala distribucion que se habia dado á las armas de defensa, manifestándoles que, en vez de servirles allí de utilidad alguna, les causarian destrozos de consideracion.

Cedieron á tan justas insinuaciones los paisanos y se volvió á practicar la distribucion de los cañones en esta forma.

Dos se colocarau en la puerta del Cármen, otros dos en la calle del Sol y otro en el cuartel de caballería, que se hallaba inmediato á la puerta del Portillo.

Hecha esta operacion, quedaron los artilleros en sus respectivos sitios con una limitada porcion de municiones y algunos pocos paisanos para resguardarlos.

XI.

Tal era todo el aparato y disposicion para recibir y detener á más de diez mil hombres que venian esparciendo el terror.

El invencible ejército se aproximaba erguido con sus figurados triunfos, satisfecho de la acogida que le habian prometido sus parciales y en la seguridad más completa de que sin el menor esfuerzo ni sacrificio conquistarian á Zaragoza.

Era digno de notarse el aire y continente de los ginetes y la arrogancia delos infantes, pues cubiertos los

primeros de cotas y morriones y enristrando disformes lanzas, parecia que era poco para ellos la atmósfera que les rodeaba y la tierra que pisaban.

Tan confiados estaban en su inevitable triunfo, que anticipadamente celebraron la vitoria, adornándose con sus mejores trajes y joyas las mujeres que les acompañaban.

Ya se sentía el ruido de las armas y el relincho de los caballos; todo era estrépito y confusion.

Algunos que voluntariamente habian salido y llegado á la Casa Blanca, volvian anunciando que se hallaban cerca los franceses y que iba á ser imposible impedir que entrasen.

Esta noticia, léjos de infundir el espanto, reanimó á los pocos ciudadanos que se hallaban con armas, y sin detenerse á considerar que no habia un jefe militar; que los artilleros no solo estaban á cuerpo descubierto sino que no podian atender al desempeño de todas sus funciones, y en fin, que no podian resistir tanta fuerza, se abalanzó cada cual donde le llamaba su destino y á las dos de la tarde se sintió romper el fuego con la mayor actividad en la puerta del Cármen.

Cayeron las primeras filas como las espigas á impulsos de la hoz, pero en el instante se vió ocupado su lugar por otras nuevas.

Los intrépidos saltaban por encima de los cadáveres, lanzándose frenéticos hasta la boca del cañon, pero no por eso tuvo mejor suerte su heroicidad.

Entre tanto, el paisanaje sostenia un fuego graneado

que hacia medir el suelo á muchos soberbios de los que arrostraban por todo con una temeridad increible.

Viendo los franceses que la resistencia era ya formal y que empezaba á costarles demasiado caro el empeño, procuraron rehacerse, y lejos de atacar de frente, trataron de desfilar unidos á las paredes, para huir así de la direccion del fuego y salirse de los cañones, que amenazaban destruirles.

Hostigados por sus jefes, que espada en mano les iban arengando, usaron para acometer de una estrategia que tal vez no tenga ejemplo en la táctica militar, y aunque en mucho tiempo no pudieron avanzar un solo paso, por fin, huyendo el cuerpo y aprovechándose del desórden, llegaron por intérvalos á internarse unos cien hombres, que con tambor batiente se dirigieron hácia la Misericordia y puerta del Portillo.

Bien pronto, sin embargo, fué abatido su orgullo por los labradores esparcidos á la sazon por dicho tránsito.

Al ver los franceses la tenaz persecucioon de que eran objeto, desorganizados y dispersos, trataron de huir por las puertas del cuartel de caballería; pero fué inútil, porque estaban completamente cercadas por los incansables y heróicos zaragozanos, que cayeron sobre ellos.

Con igual sistema y bajo tales procedimientos atacaron á un mismo tiempo las cinco puertas referidas y con la misma heroicidad fueron rechazados.

En vano procuraron los franceses sorprender el vigor

y actividad de los zaragozanos; en vano tambien se propusieron fatigarlos con su tenacidad.

El fuego se sostenia sin intermision; retumbaban las cercanías con el estampido del nuevo cañoneo y cada vez se aumentaba más y más la pérdida de los enemigos.

Activaban los heróicos defensores el tiroteo con tanto acierto, que á media tarde se vió que iba perdiendo el grande ejército mucho de su teson y que sus tropas sin órden andaban vagando de puerta en puerta haciendo inútiles tentativas.

La infinidad de arboledas que rodea á la capital, les proporcionaba un sin número de asilos, desde los cuales hicieron los mayores esfuerzos, siendo notable la ligereza de sus maniobras y la actividad de su fusilería, que apenas dejaba á los defensores tomar aliento.

Como que las disposiciones eran muy limitadas, se veia concluir por momentos la municion de los zaragozanos.

Pero muy lejos estuvieron de desmayar por tan peligroso incidente, pues con un calor y entusiasmo indescriptibles, al notar aquella falta se pusieron en movimiento mujeres y muchachos, los cuales recorriendo la ciudad se dirigieron unos á los almacenes á tomar pólvora y cartuchos; otros iban pidiendo metralla por las casas y ropas para tacos, y todos precipitadamente se dirigian donde les llamaba la necesidad.

Nadá, pues, se omitió para completar la mayor resistencia de todas las puertas que atacaba el enemigo, y

hasta las mismas mujeres se presentaron junto á los cañones para ayudar á los intrépidos artilleros, animandoles con las frases más tiernas y poniendo en sus manos jarros de agua y vino porque no les era posible resistir más.

La serenidad con que semejantes heróinas se presentaron en medio del fuego, tomando algunas la mecha y aun tizones en su defecto haciendo las veces de los artilleros, fué un incentivo que acabó de acalorar los ánimos irritados, y redoblándose la energía comun, continuó con igual valor la defensa.

Los enemigos, desesperados, iban de puerta en puerta, sin saber dónde atacar ni de qué manera.

Las heróicas mujeres les decian sin cesar:

—¿Veis cómo la Vírgen nos asiste y nos favorece?

Algunas de ellas distribuian estampas de Nuestra Señora del Pilar, que los artilleros colocaban con la mayor devocion y alegría en sus sombreros.

Los franceses observaban en torno suyo los cadáveres hacinados y multitud de heridos próximos á espirar.

Su orgullo no podía tolerar aquellas pruebas de su vencimiento, y mientras se complacian los más crueles en hacer dar á muchos el último suspiro, los ambiciosos llevaban tras sí los muertos para despojarles y ocultar así mejor sus pérdidas.

No cesaban de atacar los batallones á las puertas, precedidos de sus jefes, que con su oficialidad y algunos soldados de á caballo, se presentaron á su frente enarbolando las banderas y haciendo resonar con bronca

voz el nombre del destructor comun, poniéndoles á la vista las águilas imperiales y recurriendo á todos los medios posibles para ver de sembrar el espanto en los heróicos defensores.

Los franceses se aproximaban con fiero continente y ánimo resuelto; en su semblante se descubría cierto aire de satisfaccion, porque las legiones francesas tenian la necia vanidad de apellidarse invencibles creyendo que á todas partes les acompañaba la vitoria, y que para conseguirla no necesitaban sino presentarse en el campo de batalla.

—¡Qué! decian, ¿es posible que retrocedamos ante unos cañones aislados, con unos artilleros indefensos y algunos labradores? ¿No debemos mirar todo eso como un juguete? ¡Adelante, adelante!

Y diciéndo esto, se arrojaron las nuevas huestes á carrera tendida hasta poner los caballos sobre el mismo cañon.

Pero en esto rompió felizmente el fuego y su boca vomitó mil muertes á la vez, confundiendo la loca osadía de los *invencibles* franceses.

Los muchachos, poseidos tambien del entusiasmo de aquellos heróicos defensores, penetraron entre la mortandad y uno de ellos logró arrancar una bandera, partiendo todos con la velocidad propia de sus años y gritando:

—¡Viva la Vírgen del Pilar! al que respondian con lágrimas en los ojos las piadosas mujeres, que por calles y balcones se agitaban, aunque llenas de confianza en

su patrona y prevenidas con cal, fuego, piedras y hierros para hacer la más vigorosa defensa.

Ya resonaban los vivas por todas partes, cuando se percibió de nuevo jugar con más calor que nunca la artillería; oyóse un fuego graneado y aterrador, y á la conmocion sucedió el más profundo silencio.

Al ver aquella tenacidad, los pusilámines creyeron cierta su perdicion y titubearon; pero los heróicos defensores cobraron mayor denuedo, y rechazando de nuevo á los invasores, llenaron el campo de cadáveres en disposicion de cortar el paso al enemigo.

Siguió, sin embargo, la pelea con indecible entusiasmo por una y otra parte, y los incansables zaragozanos, reforzados con una pequeña parte de voluntarios del regimiento de Aragon, dignos de todo elogio, se disputaban la honra de pelear, ansiosos de morir, si era preciso, por la más justa causa, y teniéndose por felices los que espiraban en medio del combate.

Cada hombre parecía un leon fiero cuando vé aproximarse al cazador que quiere quitarle sus leoncillos, y la idea de que defendian sus esposas, sus hijos y sus hogares los hacia tomar con más ardor la resistencia hasta que no hubiese en pié quien pudiera continuarla.

Y al acordarse de que su religion peligraba; que iban á perder su libertad y que de esto dependia el recuperar á su soberano, deseaban tener en sus manos todo el fuego del Etna para abrasar á tan viles opresores.

Sin embargo, estos peleaban con la mayor obstinacion é inmediatamente cubrian los puestos que dejaban los muertos ó heridos, y aunque estos tenian igual suerte, á la siete de la tarde duraba la peléa con los mismos síntomas que si acabara de principiarse.

Era inmenso el polvo y humo que llenaba la atmósfera de la heróica Zaragoza, y el funesto estampido del cañon, que continuamente dejaba sentirse, al par que a gritería y ayes de los moribundos, ofrecía la escena más triste y desgarradora que puede concebirse.

Nada inmutaba á los valientes defensores; obraban todos con el acierto y destreza que pudieran hacerlo los ejércitos más aguerridos, y destrozando cuanto se les ponía por delante, se sonreian de placer en medio de tan duras fatigas.

Furiosos los jefes enemigos, poseidos de cólera y sin comprender cómo una porcion de campesinos, insignificante en número al lado de los franceses, con unos míseros cañones, sin jefes ni órden, impedian el paso al innumerable ejército, y se lo impedian teniendo abiertas las puertas, lo que era más vergonzoso; alucinados por su orgullo y empujados por la ira que rebosaba en sus pechos, trataron de hacer un último esfuerzo.

Pero la misteriosa mano oculta que velaba por los zaragozanos hizo con admiracion general que se les viera retroceder, trémulos, aterrados y dispuestos á una precipitada fuga.

Un grito universal reconoció á la protectora que tan

visiblemente se mostraba y nadie dudó de la total victoria.

La noche puso término á tan reñido combate, y á las ocho, prevalidos de las tinieblas, se retiraron los franceses despues de un ataque de nueve horas consecutivas, arrastrando en su marcha con el mayor cálculo todos los cadáveres que les fué posible.

Las almas piadosas tributaron las más rendidas gracias á María, y los muchachos y mujeres presentaron hasta seis banderas, llevadas en triunfo por todas partes.

Iluminároñse las fachadas de las casas para celebrar aquella victoria, y muchos vecinos honrados llevaron á los artilleros y defensores, que no abandonaban su puesto por nada, los alimentos y refrescos necesarios para reparar sus fuerzas.

XII.

Así terminó el dia 15 de Junio, dia glorioso é inolvidable que dará fama eternamente á Zaragoza, poniendo á sus habitantes al lado de los héroes mas célebres de la antigüedad.

Una ciudad que tenia por muros débiles tapiales, las puertas abiertas sin tropas ni auxilios; en una palabra, indefensa, sorprendida por los sucesos de los dias anteriores, dispersa la mayor parte de sus ciudadanos, impedir la entrada á un ejército de diez á catorce mil hombres aguerridos y acostumbrados á vencer, es ver-

daderamente asombroso y debe recordarse siempre con orgullo.

Apenas se cerró la noche, cuando lejos de pensar en el reposo, se trató de pertrechar los puntos lo mejor posible, no cesando de preparar metralla y de tomar otras precauciones por lo que pudiera suceder.

El enemigo continuaba silencioso; se hallaba inmediato al puente de la Muela y dividido en cuatro divisiones.

Ni en aquel dia ni en los inmediatos se observó de su parte el más leve movimiento: tal fué el espanto que le infundieron las puertas de Zaragoza.

Los zaragozanos se ocupaban con ardor en multiplicar sus medios de defensa, y en las pequeñas escaramuzas que tuvieron aquellos dias rechazaron con igual energía á los franceses.

Estos mientras tanto hicieron varias correrías por las inmediaciones, sin abandonar tampoco el puente de la Muela, saqueando, incendiando y cometiendo toda clase de excesos.

Despues de ser robado y quemado el monasterio de Santa Fé dieron muerte al abad y algunos de sus monges.

Los pueblos de Cuarte, Cadrete, María y otros sufrieron atropellos semejantes, tal vez con objeto de que tales nuevas llevaran el espanto y desfallecimiento á los heróicos zaragozanos.

Admiraban estos la aparente calma del enemigo, pero la aprovechaban para disponer cuanto era necesario

á fin de no hallarse desprevenidos y contener nuevamente á los franceses.

XIII.

Ocho dias se habian pasado sin que lograse el invasor sobrecoger á los zaragozanos por medio de ataques repentinos y á horas irregulares. Siempre alerta aquellos heróicos defensores, les dispersaban sin dejarles ganar un solo pié de terreno.

De repente vieron los zaragozanos maniobrar al enemigo con mucha tenacidad en el punto de la torre llamada de la Bernardona, y en el acto tomaron las más activas y sérias medidas.

Trasladaron la pólvora de los almacenes de Torrero á la ciudad y fortificaron aquel punto, al cual no se habia aproximado aun el enemigo, y se expidieron comisionados á Lérida en demanda de artillería de grueso calibre, granadas y bombas.

Todo ofrecia un aspecto ventajoso, cuando el dia 27 de Junio, á las tres de la tarde, un espantoso ruido, mayor aun que el de cien cañones disparados á la par, hizo temblar y crujir todos los edificios, creyendo los habitantes que iban á quedar sepultados en sus ruinas.

Corrió la noticia de lo que habia ocasionado tan formidable detonacion y todos se dirigieron al sitio que les indicaban, y hallaron, llenos de admiracion y horror, el Seminario Conciliar derruido y hecho escombros.

Sospechando los franceses que aquella espantosa sacu-

dida fué ocasionada por haber volado algun repuesto de pólvora, intentaron aprovecharse de aquel incidente, suponiendo que estarian abandonadas las puertas; pero al llegar á ellas, la artillería les demostró que se habian engañado y pagaron su proyecto regando el suelo con su sangre.

XIV.

Al dia siguiente, á pesar de la resistencia que opusieron los zaragozanos, logró su enemigo apoderarse de las importantes alturas de Torrero, donde colocaron algunas baterías, por más que procuraron impedírselo sus contrarios.

En esto Palafox, que habia reunido parte de las compañías formadas de los primeros tercios con otras de línea y algunas de caballería que se le habian agregado, al hallar tomada tan buena posicion por los franceses, trató de llamar su atencion, pero aquellos se desentendieron.

Las puertas de la heróica Zaragoza llegaron á hacerse inexpugnables; pero los franceses tenian que apoderarse de la ciudad, fuera como fuese, y cuando los valientes defensores, al terminar el dia 30 y dadas las doce de la noche pensaban que pronto se retiraria el enemigo, al ver lo inútil de sus esfuerzos empezó este á bombardear desde Torrero y la Bernardona.

Las primeras granadas que despidieron de Torrero fueron á sepultarse en la corriente del Ebro; pero debi-

litando en seguida su impulso, se abrieron algunas camino por las bóvedas de la parte superior del templo de Nuestra Señora del Pilar de la fábrica antigua.

Llovian sin cesar de una y otra parte las granadas, destruyendo los edificios, y á media noche se veian caminar infinitas familias por las calles, que ignorando el partido que deberian tomar, decidieron salir por el puente de Piedra á la campiña, horrorizadas por el estrépito que ocasionaba la explosion de las granadas y la ruina de los caseríos.

Las madres, trémulas de espanto, llevaban á sus hijuelos ya de la mano, ya en su regazo, esperando el momento en que la muerte, que volaba en torno de Zaragoza, se los arrebatase impíamente.

En poco tiempo quedó destruida la parroquia de San Pablo, y todo lo que miraba frente á Torrero se vió envuelto en humo denso, advirtiéndose de trecho en trecho los tristes escombros de la desolacion.

Amaneció aquel dia lúgubre y los naturales miraron con rostro sereno y ánimo heróico el vil atentado del enemigo, cuidándose tan solo de socorrer á sus hermanos y enjugar las lágrimas de los infelices que habian experimentado las consecuencias de la explosion.

El bombardeo continuaba con tanta actividad que no dejaba respirar á los corazones, llegando á mil cuatrocientas las bombas y granadas que en veintiocho horas expidieron los franceses desde Torrero y la Bernardona, segun los partes del vigía situado en la atalaya de la Torre Nueva.

En aquel dia se experimentaron bien los desastres que la guerra ocasiona, y la ferocidad del enemigo llegó á tal extremo que en el acto del bombardeo atacó las puertas é hizo los mayores esfuerzos para abrirse paso; pero quedaron frustrados sus intentos, porque el espíritu de los zaragozanos excedió entonces al de los mayores héroes.

Si en el dia 15 brilló la proteccion de la Virgen del Pilar y todos reconocieron la maravilla, en el momento del bombardeo desplegó su patrocinio para gloria de Zaragoza y confusion de los sectarios del mónstruo que habia jurado reducirla á cenizas.

Tanto es así, que aun cuando los edificios sufrieron bastante, las desgracias fueron de muy pequeña consideracion, cuando semejante bombardeo hubiera bastado para reducir á polvo, no solo la ciudad de Zaragoza, que por su antiguo caserío y posición ofrecia la menor resistencia, sino la fortaleza más famosa.

Por todas partes resonaban las palabras, milagro, portento, maravilla; pues muchas fueron las que se experimentaron durante el bombardeo, habiéndose salvado casi todos los niños á pesar de caer las bombas cerca de sus cunas sin causarles la menor lesion.

XV.

Una hora antes de amanecer el dia 2 de Julio quedó todo en el mayor silencio; pero al rayar el alba, el enemigo, reuniendo sus tropas y figurándose que el bom-

bardeo habria consternado á todos los habitantes, trataba de pasar las puertas.

Nuevamente fueron rechazados con más energía que nunca, logrando ponerles en precipitada fuga.

Doce horas duró el sangriento combate, y al cabo de ellas los valientes defensores pudieron descansar de sus fatigas, cargados de gloria y de multitud de fusiles y mochilas, en las cuales no solo hallaron varias riquezas, sino tambien candeleros, patenas y hasta un manto, procedente todo sin duda del saqueo que habian verificado en las cercanías, que al momento se puso á la Vírgen del Portillo, llevando las demás alhajas á la iglesia del Pilar.

Las armas fueron presentadas á S. E., cuya satisfaccion fué extremada al ver cómo los hijos de Zarogoza conseguian cada dia y á cada momento una victoria, y al hallarlos incansables y dispuestos á derramar su sangre por su religion, por su patria y por su rey.

Distribuyó infinidad de premios, y entre otros á la mujer de un artillero, que en la puerta del Portillo desempeñaba sus funciones dando fuego al cañon con una serenidad y destreza admirables.

Viendo el enemigo que las puertas eran inexpugnables, procuró aproximarse á varios puntos, y despues de muchas pérdidas logró situarse en los conventos de Capuchinos y de San José, inmediatos á ellas, como cosa de medio tiro de fusil.

La proximidad les hizo concebir el plan de dar un ataque por la noche, para ver si obtenian mejor éxito.

Dada la norma del ataque, el 17 de Julio, á las nueve de la noche, se dirigieron desde Capuchinos á la puerta del Cármen con el mayor sigilo para procurar ponerse bajo tiro cañon.

A pesar de haberlo observado los artilleros, guardaron el mayor silencio sin moverse de su sitio.

Ya se figuraban los franceses hallarse en posesion de las baterías y próximos á tocar el fin de sus desastres, cuando de repente rompió el fuego, haciendo caer á la mayor parte y estrellándolos, á pesar suyo.

Creyeron, sin embargo, los pocos que quedaban con vida que habria sido una leve pérdida, y cuando se disponian á atacar de nuevo, una segunda descarga de fusilería les impidió pasar adelante.

Escarmentados de este modo, permanecieron tranquilos hasta media noche, en que con más furiai ntentaron un nuevo ataque por las puertas de Santa Engracia, Cármen, Portillo y Sancho, pero en todas ellas hallaron la más firme resistencia.

El mal éxito que alcanzaron los franceses debia contenerlos; pero como Zaragoza debia tomarse á toda costa, aun cuando se sacrificase la Francia, siguieron en las noches sucesivas aparentando ataques falsos para despues hacerlos con todo vigor.

Por dos veces se empeñaron, durante aquellas noches, en asaltar el convento de los Trinitarios, pero siempre los heróicos zaragozanos les obligaban á retroceder abriendo profunda brecha en sus filas.

XVI.

Dueños los franceses de los conventos de Capuchinos y San José, como sabemos, se propusieron pasar el Ebro para sitiar á los zaragozanos, habiendo tanteado vadearle, en cuya operacion pagaron muchos con su vida.

Lo consiguieron al cabo, y con una maravillosa prontitud fabricaron un sólido y ancho puente para facilitarse paso.

Por fortuna la primera division de caballos que vadeó el Ebro se dirigió huyendo de los tiros de la batería colocada en las alturas de Juslibol y Torre de Ezmiz, hácia Villamayor, Zueza y otros pueblos, con lo que dieron lugar á los hijos de Zaragoza para fortificar las entradas del arrabal, que estaba del todo indefenso.

Aunque los labradores rechazaron por dos veces la infantería francesa en el campo de Ranillos, próximo al puente que habian fabricado, y llegaron á rodear á más de cuatrocientos, siendo ellos ménos número, vieron aparecer legiones enteras, sin saber por dónde, y les fué preciso ceder al torrente impetuoso de la fuerza y retirarse con precaucion.

Dirigiéronse los franceses á Juslibol, destrozando é incendiando los molinos y todo cuanto encontraban al paso.

Apoderándose tambien del puente Gállego, le dieron fuego, y en un momento se vieron rodeados de humo los heróicos defensores de Zaragoza, cortada toda co-

municacion, ardiendo los campos y sufriendo sin cesar choques á las puertas.

Mientras que ellos carecian de auxilios, el enemigo recibia incesantemente tropas en número considerable y municiones, y aunque por no ser una ciudad murada no tenia aquello el carácter ni podia ser un sitio formal, sin embargo, los franceses se colocaron á la vista de los puntos más importantes, impidiendo el paso á toda provision, bien fuese de boca, ya de guerra.

En esta situacion los zaragozanos recogieron el trigo y otros artículos de primera necesidad que guardaba el vecindario, amasándose pan de municion, que todos, hasta las personas bien acomodadas, comian con sumo gusto.

Se estaban esperando de dia en dia las tropas auxiliares que de todas partes iban para acudir á la defensa de los zaragozanos; pero estos, llevados de su intrepidez y sin aguardar refuerzo alguno, salieron el dia 29 de Julio con ánimo de batirse en campo abierto; sin detenerse á reflexionar la diversidad de fuerzas, reunieron el escuadron de cazadores de Fernando VII, compuesto de cincuenta plazas, otro de igual número del cuerpo de reserva, treinta voluntarios y de cuatrocientos á quinientos paisanos armados y les atacaron con la mayor osadía.

Los franceses se retiraron hácia el rio Gállego, en cuyas inmediaciones se hallaba emboscada una buena parte de ellos, y en tanto que los defensores de la independencia atacaban su retirada, notaron que de las al-

turas de Juslibol y San Gregorio se dirigian dos columnas bastante numerosas; les fué preciso dividir las pocas fuerzas con que contaban para hacerles frente, y antes de que se aproximaran las grandes columnas ya se habian recuperado los molinos, castigando con la mayor energía al enemigo, pues los heróicos zaragozanos avanzaban despreciando todo peligro.

Al ver la caballería francesa semejante destreza y que se pisoteaban las águilas imperiales, llegó á todo galope, aproximándose como á tiro de pistola á la de los zaragozanos, que permanecia oculta entre la arboleda; pero al divisarlos se arrojaron sobre ellos como tigres hambrientos, con un valor que no puede explicarse lo bastante, haciéndoles revolcarse en su sangre, y tocando á degüello hicieron huir vergonzosamente á carrera tendida á los franceses.

Esta expedicion merece figurar al lado de las más gloriosas, pues las pérdidas del enemigo fueron considerables, al paso que las de los zaragozanos, que componian un pequeñísimo número para luchar con ellos, solo fueron de un voluntario de Aragon y unos cuatro heridos, habiéndose apoderado de bastantes provisiones de boca y multitud de fusiles, mochilas y cajas de cartuchos.

Los labradores habian desplegado tambien un valor sin igual unidos al corto ejército de los zaragozanos.

XVII.

Apenas amaneció el siguiente dia, el enemigo, tantas veces cubierto de ignominia, juró la venganza más atroz, y despechados, más que atrevidos, se lanzaron con ímpetu sobre las avanzadas zaragozanas, que lograron, sin embargo, hacerles retroceder un buen trecho.

En esto llegó un escuadron de reserva de S. E. que causó gran destrozo en los franceses; pero como de las alturas de Juslibol y San Gregorio bajaban dos columnas en su auxilio que constaban de seiscientos hombres cada una y además otra que se hallaba de emboscada por la parte de Gállego, fué preciso á los zaragozanos retirarse hasta la torre del Arzobispo, desde cuyo sitio sostuvieron un fuego vivísimo, hasta que llegando una compañía de refuerzo del regimiento de Extremadura y la caballería volante, cargaron todos con el mayor denuedo sobre el enemigo.

Confiado este en sus extraordinarias fuerzas resistió el primer ímpetu, si bien les hizo titubear, pero al segundo se vieron precisados á sucumbir, maldiciendo en su agonía al ambicioso emperador que tanto daño les ocasionaba, dando igual cuenta la artillería volante de os que acudian en refuerzo de los franceses.

Su general, ébrio de coraje, les arengaba poniéndose al frente de ellos, pero los franceses reparaban más en sus vergonzosas derrotas que en los figurados triunfos que les pintaba su jefe y combatian enteramente á remolque.

Animóles de nuevo su general, pero una bala cortó su palabra y cayó exánime al lado de las infinitas víctimas sacrificadas á los manes del estúpido ambicioso.

Despues de tan espantosa lucha quedó el campo enemigo enteramente cubierto de cadáveres, siendo extraordinario el número de los heridos y bastantes los prisioneros.

Los fusiles, sables, mochilas y demás fueron tan considerables que hubo necesidad de entrarles á cargas por la puerta del Angel.

Las pérdidas de los heróicos zaragozanos fueron ocho muertos y doce heridos.

El pueblo, compuesto de ancianos, mujeres y niños, salió á recibir á los vencedores con una gritería inmensa, y los paisanos y soldados, cubiertos de sudor, sangre y polvo, se presentaron satisfechos completamente, sin acordarse de sus fatigas, por la plaza del Seo, llenos de victoria y precedidos del triunfo.

La madre pátria les recibió en su seno vertiendo lágrimas de inmenso placer, pues la vigorosa defensa que hicieron destrozando completamente á tan viles opresores, teniendo en cuenta su exíguo número, es superior á la decantada batalla de las Termópilas y á las célebres de la antigüedad.

El júbilo era inmenso, y entre algunas exclamaciones de esta especie, decia un labrador:

—El placer que yo experimento cuando rendido por las duras faenas del campo veo llegar á mi hija que me trae un vaso de vino fresco, no puede compararse

al que he disfrutado al contemplar cómo corrian los franceses.

XVIII.

Por espacio de quince dias se ocupó el enemigo en rehabilitar un camino cubierto, desde el convento de San José, por las orillas del rio Huerva, hasta las del Ebro, en las inmediaciones de la torre de la Bernardona, con objeto de formar allí sus baterías.

Como tenian que custodiar los zaragozanos multitud de puntos, no les era posible impedir la maniobra de los franceses, á pesar de hallarse demasiado cerca y de conocer sus marcadas intenciones.

El 1.° de Agosto arrojaron los franceses algunas bombas y granadas, desde el amanecer hasta las ocho, pero cesaron en dicha hora, y ni en el resto del dia ni al dia siguiente hicieron el más leve movimiento.

Pero amaneció el fatal y horroroso dia 3, empezaron á una los morteros, obuses y cañones, y el bombardeo se desencadenó con toda su furia diabólica, pues parecia que el infierno lanzaba sobre Zaragoza el fuego que la abrasaba.

Primero procuraron los franceses destruir los edificios mas próximos á las puertas, luego dirigir sus proyectiles al convento de San Francisco y en seguida al hospital general de Nuestra Señora de Gracia, en el que cayeron por la mañana varias bombas en las mismas salas de los pobres enfermos, siendo otros tantos prodigios, pues no les causaron el menor daño.

Causaba horror y despedazaba el alma ver á los infelices salir desnudos á la calle, cubiertos de palidez, arrastrando algunos sus camillas y clamando al cielo con lastimeros ayes.

XIX.

¡Crueles y más que bárbaros franceses! ¡El abrigo de la humanidad hubiera sido respetado por los sarracenos!

Asestar sus tiros contra el infeliz que yace en el lecho del dolor, complacerse en su extincion y precisarle á buscar un nuevo asilo, no lo hubieran hecho todos los tiranos juntos que han existido, pero lo han hecho los franceses.

Los celosos patricios trasladaron á los infelices á la Lonja de la Ciudad, entresuelos de la casa del ilustre Ayuntamiento, á la Real Audiencia y á otras casas inmediatas.

El destrozo fué completo y aterrador: el hospital general destruido; las inmediaciones de las puertas del Cármen y Santa Engracia reducidas á escombros; la hermosa calle del Coso convertida en ruinas; pues infinitas casas habia por tierra, y otras ardiendo á impulsos del fuego más voraz.

Aun no caia un edificio, cuando se sentía la explosion de otro, y por el aire volaban al mismo tiempo el fuego y la muerte, que parecian querer no dejar punto alguno donde refugiarse.

En efecto, así sucedia, pues el que iba huyendo llegaba á tiempo de presenciar cómo se hacia el funesto globo mil pedazos, sucediéndole igual fracaso si se refugiaba en otra parte.

Solo la justa confianza que todos tenian en Nuestra Señora del Pilar, cerciorados de lo ocurrido en el primer bombardeo, podia sostener á los zaragozanos; pues por mucho que se exagere, nunca se describirá con exactitud dia tan terrible.

Por la noche continuó con mayor intensidad el bombardeo. Las vírgenes tuvieron que abandonar su clausura, las huérfanas su recinto, porque los inícuos y bárbaros franceses dirigian con preferencia su encarnizamiento á los asilos de la virtud y la inocencia.

Por todas partes se veia traspasar las imágenes y os vasos sagrados para impedir que quedasen sepultados en los escombros; todos los semblantes estaban agitados, trémulos y sin accion para levantar los ojos del suelo.

XX.

Al amanecer el dia 4 no se respiraba en Zaragoza aire, sino fuego; el sol parecia ensangrentado, las nubes brotaban centellas, temblaban los edificios, los trozos de las torres y casas de alguna elevacion, impelidos por la bala rasa, se desplomaban con una fuerza parecida á la de la piedra que arroja la honda.

La mayoría de las bombas y granadas se dirigian á la batería de la puerta de Santa Engracia.

Menudeaban las bombas y granadas sin dejar maniobrar á los artilleros.

Aun no perecian unos, ya otros los reemplazaban.

Los defensores, apiñados en la puerta, se veian en la imposibilidad de herir á los que tan cruelmente los sacrificaban usando de la mayor cobardía.

Espiraban los valientes hijos de Zaragoza con toda la grandeza del heroismo, bien satisfechos del inmarcesible laurel que iban á conseguir.

Entre tanto el estrépito del combate era semejante al que produce un volcan al fermentar en sus entrañas los combustibles que forman luego ardiente lava, ó al que produciria una montaña que se abriese por medio de una explosion, volando por el aire formidables peñascos y dejándose oir un millon de estampidos.

Despues de ocho horas que se sostuvo tan nutrido fuego y la más inaudita defensa, el enemigo consiguió abrir brecha con objeto de apoderarse de la batería; pero ya los zaragozanos, con general admiracion, habian retirado los cañones.

Aprovechándose los franceses de la brecha que habian conseguido abrir en los heróicos zaragozanos, se lanzaron á un tiempo por el monasterio de Santa Engracia, y por la huerta que corresponde á la parte del convento de Santa Catalina, cerca de tres mil hombres.

Suspendiéronse por tres horas las operaciones; pero asediados los zaragozanos por todas partes, tuvieron al fin que ceder, y á las dos de la tarde se dirigieron los franceses á salir por San Diego á la calle de Santa

Engracia, y de esta á la del Coso, publicando que habian conquistado á Zaragoza.

¡Infelices, no habian calculado en toda su extension la heroicidad de los zaragozanos!

Cuando más envalentonados estaban los franceses, unos siete labradores salieron al encuentro del ejercito, y el primero que pereció fué el orgulloso jefe que los mandaba; pero como un jefe no podia quedar aislado, los labradores le hicieron todo el obsequio que se merecia matando al tambor y rodeando con una rapidez extremada su cuerpo de cadáveres.

A estos siete labradores se unieron muchos escopeteros y la fusilería empezó á hacer el fuego más activo; colocando además un cañon en la calle de la Parra y otro cerca de la plaza de la Magdalena, consiguieron hacer una completa carnicería, dejando muchos cadáveres tendidos por aquel trecho.

Confundidos los franceses al ver tan espantosa mortandad y que sus columnas desaparecian, trataron de rehacerse los dispersos y al primer paso dejaban de existir.

Si alguno se refugiaba dentro de las casas, allí encontraba su segura muerte.

Fueron desplegándose los demás hácia la Cruz del Coso y extendiéndose hasta el palacio del general Guillelmi, y no pudiendo refrenar por más tiempo sus instintos, se olvidaron del aparente carácter de guerreros y se entregaron al robo y al asesinato.

Robaron la tesorería, maltratando á cuantos opusie-

ron alguna resistencia; saquearon la casa del conde de Sástago, la de Aranda y demás principales, cometiendo todo género de atropellos y asesinatos.

Algunos zaragozanos de las parroquias de San Miguel y San Pablo, al ver semejantes excesos, subieron á las casas pidiendo venganza, y sepultando en el pecho de los franceses que encontraban sus bayonetas, teñidas ya en sangre, los arrojaban por los balcones con el mayor desprecio.

Los que al pronto no tuvieron el espíritu necesario para chocar con la muchedumbre, al considerar las infamias que cometian los invasores, empezaron á hacer el destrozo más horrendo que puede imaginarse, tanto por la calle del Coso como por las de Santa Fe y Cármen.

Otras ocho horas duró tan célebre combate, que dió una victoria más á los zaragozanos; pues aterrorizado el enemigo corrió á refugiarse al convento de San Francisco para hacerse fuerte.

Hacia ya más de diez y seis horas que estaban peleando los zaragozanos, y sin embargo, sin dejar unos de hacer fuego á los encastillados, otros cerraron las bocas calles, abrieron fosos y formaron en ellos sus baterías.

Ni las granadas, ni la bala rasa, ni la metralla que disparaba el enemigo desde sus baterías, colocadas en las calles de Santa Engracia y del Cármen, lograban suspender sus operaciones.

Llegó á apoderarse el terror del ánimo de los france-

ses hasta tal punto, que solo se presentaban por los torreones del convento ó por algunas troneras; pero el dia 6 fingieron querer entregarse para llevar á cabo sus inícuos planes.

La buena fué característica de la nacion inclinó á los zaragozanos á dar crédito á tan infame traicion, y don Pedro Hernandez, teniente coronel, su ayudante, don Simon Jimeno, y un religioso de San Ildefonso fueron á parlamentar con el enemigo.

No bien se presentó el ayudante Jimeno con una pica en la mano y en su lanza un pañuelo blanco, cuando fué traspasado por una bala junto á la cruz del Coso, aproximando la mecha al cañon para pagar así la hidalguía y buena fé de los nobles zaragozanos, que no esperaban traicion tan baja y atroz.

Tambien intentaron hacer lo mismo los cobardes franceses por el lado de Convalecientes; pero los defensores, en vez de pañuelo blanco presentaron uno rojo con las palabras *vencer ó morir*.

En medio de tales apuros, acudió en auxilio de los zaragozanos un batallon de voluntarios por las alturas de Villamayor, que, con los tercios formados en el partido de Huesca y Barbastro y un número extraordinario de catalanes, guardias walonas y suizos, componian un número de cinco á seis mil hombres, ahuyentando á su paso cuantos franceses habian pasado el Ebro.

Reforzados ya todos los puntos, se hizo la más heróica defensa, con particularidad en el convento de Santa Catalina y Hospital de Convalecientes.

Los franceses continuaron, sin ganar un solo paso, en la porcion de caserío que hay desde Santa Catalina á San Francisco, y desde este por San Diego y Santa Rosa hasta la puerta del Cármen, sin atreverse á romper por ningun punto ni á internarse en la ciudad.

Pero su ferocidad y su barbárie no estaban aun satisfechas.

El anciano, el párvulo y el adulto fueron pasados á cuchillo; el esposo vió perecer á su esposa, y ambos dieron, juntos tal vez, el último suspiro.

Los que salieron ilesos de aquellas atrocidades, conocidas tan solo entre salvajes, sufrieron el hambre, la sed y todos los horrores de la miseria.

El dia 12 observó el vigía de la Torre Nueva que habia partido hácia Alagon una columna de más de mil hombres conduciendo algunas piezas de artillería, lo que les indujo á crer en una retirada.

Sin embargo, atacaron varias veces enviando infinidad de granadas, pero sin causar el más leve daño, pues la mayor parte cayeron en la ribera del Ebro.

Siguieron el 13 las hostilidades, y por la noche, despues de entregar los franceses los prisioneros que tenian, incendiaron á Torrero y varias casas de la ciudad, y por último se sintio á cosa de las doce una explosion disforme que estremeció todos los cimientos, cuya causa fué el haber volado el monasterio de Santa Engracia.

Esta fué la señal de su fuga y la demostracion de la ira que sentian en su infame pecho.

Partieron aquella noche las tropas francesas precipi-

tada y desordenadamente, abandonando en su vergonzosa retirada muchos comestibles, pertrechos de guerra é infinitas piezas de artillería de todo calibre.

Quisieron ocultar entre la oscuridad, no la vergüenza, desconocida entre ellos, sino su soberbia y cólera, al reflexionar que, habiéndose presentado ante una ciudad indefensa, abierta, con más de veinte mil hombres entre caballería é infantería, fueron arrollados y vencidos siempre, por simples labradores sin práctica ni disciplina, y que despues de haber arrojado más de siete mil bombas y granadas en quince ó más ataques que intentaron por espacio de dos meses, no consiguieron otra cosa que aumentar el número de sus infamias y cobardías, dejando en el campo más de catorce mil franceses.

Esto llenó de coraje y despecho al jóven Lefevre y á Verdier, que, á pesar de sus juramentos y de las órdenes superiores, tuvieron que huir cabizbajos y taciturnos.

¡Triunfo sublime el de la inmortal Zaragoza; pero cuán costoso!

Ofrezcamos aparte el cuadro de uno de los episodios más notables de aquella epopeya.

CAPITULO LI.

—

El héroe de Santa Engracia.

I.

Al estallar la guerra contra los franceses desempeñaba el cargo de corregidor de Teruel el coronel don Antonio Quadros.

Vivia feliz al lado de su esposa y sus tres hijos, dos varones, contento de su suerte, ávido de servir al rey y á la patria.

La noticia del primer sitio de los franceses á la inmortal Zaragoza llegó á Teruel y produjo en sus habitantes la misma indignacion que en el resto de España.

Cada español sintió en su alma la levadura de un soldado, y por eso en pocos dias la España entera se puso en armas.

El corregidor de Teruel se informó de los detalles, admiró las proezas de los aragoneses, ardió en ira al saber la perfidia de los sitiadores, y obedeciendo á un noble y generoso impulso de su corazon, reunió cien soldados y trescientos paisanos, les confió su plan, que

no era otro que el de auxiliar á los valientes de Zaragoza, inflamó su espíritu, y poniéndolos inmediatamente en marcha, les ofreció guiarlos á la victoria ó á la muerte.

Corrió á su casa, comunicó poseido de viva emocion, á su adorada esposa el designio que habia concebido, estrechó en sus brazos á sus hijos, y llamó á su hija Cármen, niña entonces de ocho años.

La pobrecita, como si presintiera el inmenso dolor que iba á embargar á su familia, apenas oyó las primeras palabras de su padre, resolvió esconder las botas de montar del ilustre soldado, creyendo, con tan inocente ardid, evitar el peligro al autor de sus dias.

II.

Quadros partió con lágrimas en los ojos, porque dejaba la mitad de su corazon, y su esposa y sus hijos se despidieron de él con lágrimas tambien, lágrimas que en mucho tiempo iban á ser los horizontes de su alma.

El caudillo se reune á sus tropas, avanza con ellas, traspasa el Ebro á pesar de encontrarse cercada la ciudad por el enemigo, y penetra en Zaragoza el dia 3 de Julio.

Escuchen los lectores como uno de sus más ilustres descendientes (1) refiere la breve pero grandiosa epoya de su última campaña:

---

(1) La Excma. Señora Marquesa de San Miguel de la Vega, nieta del brigadier Quadros.

«Por sus distinguidos servicios, conocimientos militares y prendas políticas, habia sido nombrado á los 37 años el coronel Quadros corregidor de la provincia de Teruel, y desempeñó este importante cargo diez años con tal acierto y satisfaccion de sus administrados, que se ganó su afecto hasta el punto que el Ayuntamiento y Junta de gobierno de aquella ciudad se creyeron en el deber de manifestar al capitan general del reino de Aragon que la memoria de aquel quedaria para siempre grabada en los leales y agradecidos corazones de los habitantes de dicha ciudad.

»Llegó el momento de la accion y de la lucha, sonó la hora en que la independencia y la libertad de España necesitaron los esfuerzos de sus hijos, y con el espíritu que es solo propio de los corazones nobles y virtuosos, olvidó su posicion, sus intereses y su familia, y respondió voluntariamente al llamamiento de la patria, reuniendo una compañía de cien hombres, única fuerza militar que habia en Teruel, y trescientos veinte voluntarios que su prestigio reclutó en breves momentos, dirigiéndose con ambas fuerzas á Zaragoza.

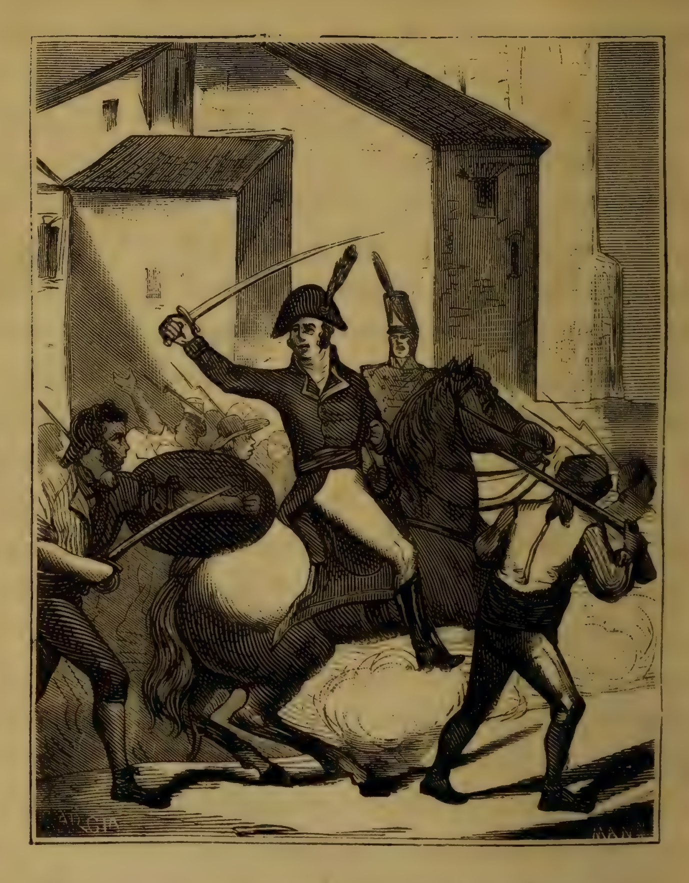
»El 3 de Junio á las cuatro y media de la mañana entró con ellas en Puebla, pues la gente que el gobernador de Daroca habia reunido para remitírsela se retiró á sus casas antes de agregársele, con cuyo ejemplo estuvo expuesto á que le abandonasen los suyos y en grandes apuros para continuar su marcha.

»El ejército francés oponia tambien nuevas y grandes dificultades á la realizacion de su idea, porque ocu-

paba el monte Torrero; pero su prestigio y dotes de mando vencieron el primer peligro, y su estrategia y táctica militar superaron el segundo, realizando una larga, difícil y penosa marcha, logrando pasar el Ebro y penetrar en Zaragoza con todos los suyos.

»Ya en la ciudad, se dedicó á su defensa con tal ardor, pericia, acierto y heroismo, que llamó particularmente la atencion del brigadier de los reales ejércitos, D. José Rebolledo de Palafox y Melci, capitan general del reino de Aragon y de su ejército, y mereció que le confiriese la comandancia de Santa Engracia, el punto más arriesgado, y al que señaladamente dirigia el enemigo sus ataques, y que lo nombrase brigadier de los reales ejércitos el dia 1.° de Agosto, empleo que, prévias las informaciones necesarias, confirmó el rey ocho años despues de su muerte, el 15 de Mayo de 1816.

»Imposible es detallar sus heróicos esfuerzos y las arriesgadas empresas que realizó con buen éxito, segun dijo Palafox, contribuyendo eficazmente á la prolongacion del sitio; por desgracia para la historia y la honra nacional, desaparecieron por completo los partes y diarios de guerra, dando lugar á que se pierdan en el olvido proezas y nombres que servirian de notable ejemplo al mundo; pero en aquella desigual y gigantesca lucha, ni los sucesos debiàn salvarse: pueden, sin embargo, deducirse por las indicaciones que hace el historiador de los dos sitios de Zaragoza, D. Agustin Alcaide Ibieca, en su concisa y elocuente obra compuesta y publicada poco despues de los acontecimientos, y



El brigadier Quadros momentos antes de morir combatiendo en Zaragoza.

por el constante cuidado con que añade siempre al hablar de Quadros los adjetivos de «valiente, denodado, impertérrito, etc.,» y de las declaraciones hechas por Palafox en el certificado que expidió para constatar su heroismo y gloriosa muerte.

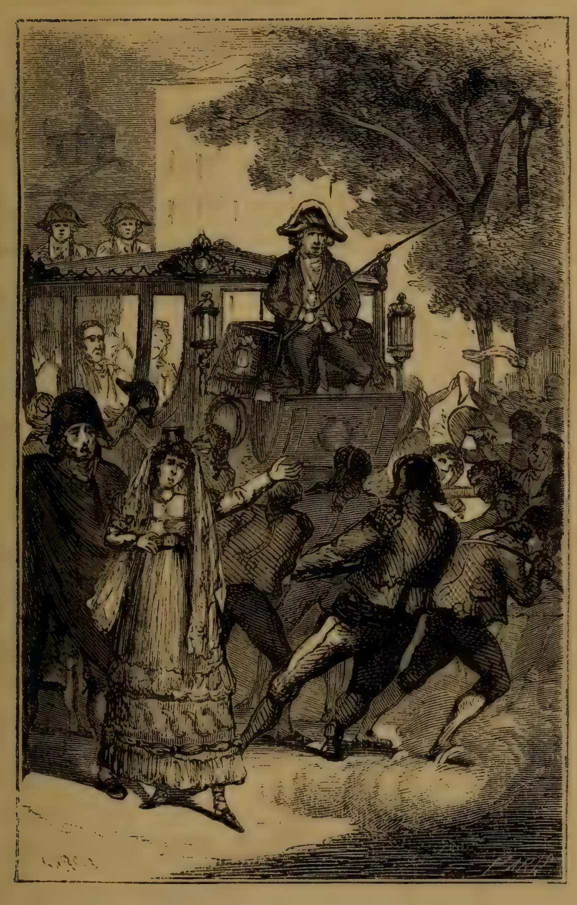
»Pero amaneció el dia 4 de Agosto, dia terrible sobre toda ponderacion, fecha de sangre y de horror, en que los edificios se desplomaron y la inmortal ciudad se estremeció en su asiento, y envuelto en las ruinas de Santa Engracia con todos sus defensores, murió Quadros despues de haberse sostenido solo y tratado de formar de nuevo la batería con sacos de arena llevados y colocados por sí mismo á pecho descubierto, con una temeridad y arrojo que rayaron en lo imposible; por lo que el historiador citado refiere esta notable pérdida en las siguientes breves pero sentidas frases: «Para colmo de las infinitas desgracias que ocurrian, »sobrevino que al tiempo de poner el valiente D. An»tonio Quadros un saco *para formar batería*, una bala »de fusil le dejó yerto; y esta notable pérdida hizo una »impresion extraordinaria sobre todos los que conocian »el mérito que este jefe tenia contraido,» y que el marqués de Lazan consignara su muerte al referir los sucesos de aquel dia de gloria y de luto diciendo: «En »medio de aquellos tan denodados ataques, acabó su »vida gloriosamente el coronel D. Antonio de Quadros, »corregidor de Teruel y comandante que era del pun»to de Santa Engracia.»

»Y por último, los despachos de Palafox de 1.° de

Octubre de 1808, nombrando á los dos hijos varones de Quadros, D. Antonio María y D. José María, de seis y cuatro años de edad, abanderado agregado al tercer batallon de Reales Guardias españolas, y teniente del primer batallon de voluntarios de Aragon, respectivamente, con derecho á percibir desde luego el sueldo de sus empleos, concedidos por dicho general el mismo dia de la muerte de Quadros, y en que fueron confirmados por el rey el 1.° de Noviembre de 1814, prueban más elocuentemente que la palabra, la admiracion y el alto aprecio que los hechos de su padre inspiraron á los testigos presenciales y que interpretó el inmortal Palafox.

»La fecha, el sitio y la forma de su muerte correspondieron á la grandeza de su alma, ni sus restos pudieron recogerse para tributarles el último recuerdo de la vida, la tumba, y es que su glorioso destino le tenia preparada como premio de sus virtudes cívicas y militares la aureola de los mártires, y los mártires no tienen tumba porque viven en la memoria de los pueblos.

»Mas como no se derrama en vano la sangre por la pátria, ni han brillado jamás en el mundo, para apagarse eternamente, hechos de tan sublime abnegacion, algunos años despues, Zaragoza, la inmortal ciudad, daba el nombre del brigadier Quadros á una de sus calles; Galvez y Brambila, comisionados por el gobierno para grabar las ruinas de Zaragoza, dedicaban una lámina al comandante de armas de Santa Engracia, impresionados por su heroismo, que publicaban aquellas



Entrada de Fernando VII en Madrid á su regreso de Valencey.

ruinas y que aun calentaban sus cenizas. Más tarde distinguidos artistas han reproducido en el lienzo este hecho, que inflamó sus génios y arrancó la inspiracion de sus paletas; y por último, el ayuntamiento de Baeza pueblo que le vió nacer, «acordó declararle benemé»rito de aquella ciudad, y mandó colocar su retrato de »cuerpo entero en tamaño natural en el salon de sesio»nes de las Casas Consistoriales, con el fin de perpetuar »la memoria y conservar un recuerdo más vivo del »héroe que, inflamado del amor de su pátria, se sacri»ficó por ella, y para que su vista sirva de noble entu»siasmo y estímulo á sus conciudadanos.»

Esta página arrancada al olvido es la ejecutoria de una familia, y uno de los timbres de gloria de la España de 1808.

Las letras y las artes han eternizado la memoria de Quadros: su nombre, unido á los de Daoiz y Velarde, figurará siempre en primer término en el catálogo de los héroes y de los mártires de la independencia de España.

CONCLUSION.

—

El novelista propone y las circunstancias disponen. De lo que nos proponiamos hacer á lo que hemos hecho hay gran distancia. Hemos reunido datos, tipos, sucesos y los hemos presentado sin órden ni concierto.

Circunstancias que no son para contadas, y nuestra insuficiencia, han sido causa de esta torpeza.

Pero de todos modos hemos ofrecido á la España de hoy, que pretende ser civilizada, la España de ayer sin civilizar, y hemos visto que los sentimientos de religion y de pátria convirtieron en grande y heróico al pueblo abyecto y bárbaro.

Alguna analogía hay entre ayer y hoy: solo un gran sacudimiento puede sacarnos de la postracion en que estamos. La religion y la pátria nos hicieron grandes y temibles, y aun pueden salvarnos.

El amor á la monarquía no ha podido borrarse ni se borrará de nuestra alma.

Los héroes de la independencia, vencedores, llamaron á Fernando VII, depusieron á sus piés sus laureles, y la entrada de Fernando VII en Madrid á su regreso de Valencey fué una prueba de que la religion, la pátria y el rey habian sido los móviles del heroismo de los españoles.

Fernando VII no supo pagar su deuda de gratitud, y con su conducta creó el liberalismo, que nos ha tenido y nos tiene en contínua agitacion desde entonces.

España ha perdido el carácter español, y solo podrá recuperarlo cuando, impulsados sus hijos por los mismos sentimientos, hagan de la religion, de la pátria y de la monarquía el punto de partida de su progreso, la base de su felicidad y el timbre de su gloria.

FIN.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

En brazos de la molicie.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.

Páginas.

TOMO SEGUNDO.



